COMBATE ESPIRITUAL,

POR EL

V. P. D. LORENZO ESCUPOLI,

DEL ÓRDEN DE LOS PP. CLÉRIGOS REGULARES DE SAN CAYETANO.

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR

D. DAMIAN GONZALEZ CUETO,

y reducido á la pureza del original por el Padre

D. RAMON GUÑINEL,

del mismo Órden.

NUEVA EDICION CORREGIDA CON ESMERO.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA,

IMPRENTA DEL HEREDERO DE PABLO RIERA,

calle de Robador, n.º 24 y 26.

1865.

TABLA
DE CAPÍTULOS

PRIMERA PARTE.

Pág.

Elogios del Combate espiritual. V

Al supremo capitan y gloriosísimo triunfador Jesucristo, hijo de María santísima y Señor nuestro. XIII

CAPÍTULO I. En qué consista la perfeccion cristiana, y que para adquirirla es necesario pelear y combatir; y de cuatro cosas que se requieren para este combate. 17

CAP. II. De la desconfianza de si mismo. 29

CAP. III. De la confianza en Dios. 34

CAP. IV. Cómo podrémos conocer si obramos con la desconfianza de nosotros mismos, y con la confianza en Dios. 39

CAP. V. Del error de algunas personas que tienen á la pusilanimidad por virtud. 41

CAP. VI. De otros avisos importantes para adquirir la desconfianza de si mismo y la confianza en Dios. 43

CAP. VII. Del ejercicio y buen uso de las potencias, y primeramente del entendimiento, y necesidad que tenemos de guardarlo de la ignorancia y de la curiosidad. 46

CAP. VIII. De las causas que nos impiden el juzgar rectamente de las cosas, y de la regla que se debe observar para conocerlas bien. 49

CAP. IX. De otro vicio de que debemos guardar el entendimiento para que pueda conocer lo que es útil. 53

CAP. X. Del ejercicio de la voluntad, y del fin á que debemos dirigir todas nuestras acciones, así interiores como exteriores. 58
CAP. XI. De algunas consideraciones que mueven la voluntad á querer en todas las cosas el agrado de Dios. 67
CAP. XII. Que en el hombre hay muchas voluntades que se hacen continuamente guerra. 69
CAP. XIII. Del modo de combatir la sensualidad, y de los actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes. 75
CAP. XIV. De lo que se debe hacer cuando la voluntad superior parece vencida de la inferior, y de otros enemigos. 85
CAP. XV. De algunas advertencias importantes para saber en qué modo se ha de pelear, contra qué enemigos se debe combatir, y con qué virtud pueden ser vencidos. 91
CAP. XVI. Del modo con que el soldado de Cristo debe presentarse al combate por la mañana. 94
CAP. XVII. Del órden que se debe guardar en el combate contra las pasiones y vicios. 99
CAP. XVIII. De qué manera deben reprimirse los movimientos repentinos de las pasiones. 100
CAP. XIX. Del modo en que se debe combatir contra el vicio deshonesto. 104
CAP. XX. Del modo de pelear contra el vicio de la pereza. 115
CAP. XXI. Cómo debemos gobernar los sentidos exteriores, y servirnos de ellos para la contemplacion de las cosas divinas. 123
CAP. XXII. Cómo podrán ayudarnos las cosas sensibles para la meditacion de los misterios de la vida y pasion de Cristo nuestro Señor. 130
CAP. XXIII. De otros modos de gobernar nuestros sentidos, segun las ocasiones que se ofrecieren. 134

CAP. XXIV. Del modo de gobernar la lengua. 144
CAP. XXV. Que para combatir bien contra los enemigos debe el soldado de Cristo huir cuanto le fuere posible de las inquietudes y perturbaciones del corazon. 149
CAP. XXVI. De lo que debemos hacer cuando hemos recibido alguna herida en el combate espiritual. 156
CAP. XXVII. Del órden que guarda el demonio en combatir, así á los que quieren darse á la virtud, como á los que se hallan en la servidumbre del pecado. 161
CAP. XXVIII. De los artificios que usa el demonio para acabar de perder á los que tiene ya en la servidumbre del pecado. 163
CAP. XXIX. De las invenciones de que se sirve el demonio para impedir la entera conversion de los que hallándose convencidos del mal estado de su conciencia, desean corregir y reformar su vida, y de dónde nace que los buenos deseos y resoluciones muchas veces no tengan efecto. 166
CAP. XXX. Del engaño de algunos que piensan que están en el camino de la perfeccion. 171
CAP. XXXI. Del engaño y de la guerra que nos suele hacer el demonio para que dejemos el camino que nos lleva á la virtud. 174
CAP. XXXII. Del último asalto y engaño con que procura el demonio que las mismas virtudes nos sean ocasiones de ruina. 182
CAP. XXXIII. De algunos avisos importantes para mortificar las pasiones y adquirir nuevas virtudes. 195
CAP. XXXIV. Que las virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados, ejercitándose primero en una virtud y despues en otra. 201
CAP. XXXV. De los medios para adquirir las virtudes, y cómo debemos servirnos de ellas por algun tiempo para aplicarnos á una sola virtud. 204

CAP. XXXVI. Que en el ejercicio de la virtud se ha de caminar siempre con continua solicitud. 209
CAP. XXXVII. Que siendo necesario continuar siempre en el ejercicio de las virtudes, no hemos de huir de las ocasiones que se nos ofrecieren para conseguirlas. 212
CAP. XXXVIII. Que debemos abrazar con gusto todas las ocasiones que se nos ofrecieren de combatir para adquirir las virtudes, y principalmente aquellas que fueren mas dificiles y penosas. 215
CAP. XXXIX. Cómo se puede practicar una misma virtud en diversas ocasiones. 221
CAP. XL. Del tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento. 224
CAP. XLI. Que no debemos desear con ardor librarnos de los trabajos que sufrirémos con paciencia, y de qué modo debemos reglar nuestros deseos. 227
CAP. XLII. Del modo de defendernos de los artificios del demonio cuando procura engañarnos con devociones indiscretas. 230
CAP. XLIII. Cuán poderosas sean en nosotros nuestra mala inclinacion, y la instigacion del demonio, para inducirnos á juzgar temerariamente del prójimo, y del modo de hacerles resistencia. 236
CAP. XLIV. De la oracion. 241
CAP. XLV. Qué cosa sea oracion mental. 249
CAP. XLVI. De la oracion por via de meditacion. 253
CAP. XLVII. De otro modo de orar por el camino de la meditacion. 256
CAP. XLVIII. De un modo de orar, fundado en la intercesion de María santisima Nuestra Señora. 257
CAP. XLIX. De algunas consideraciones para que con fe y seguridad acudamos al patrocinio de la Virgen María. 261
CAP. L. De un modo de meditar y orar por medio de

los Ángeles y de los bienaventurados. 264
CAP. LI. De diversos sentimientos afectuosos que se pueden sacar de la meditacion de la pasion de Jesucristo. 268
CAP. LII. De los frutos que podemos sacar de la meditacion de la cruz, y de la imitacion de las virtudes de Jesucristo. 278
CAP. LIII. Del santísimo sacramento de la Eucaristía. 287
CAP. LIV. Del modo de recibir el santísimo sácramento de la Eucaristía. 289
CAP. LV. Cómo debemos prepararnos para la comunion á fin de excitar en nosotros el amor de Dios. 295
CAP. LVI. De la comunion espiritual. 307
CAP. LVII. Del modo de dar gracias á Dios. 311
CAP. LVIII. Del ofrecimiento. 313
CAP. LIX. De la devocion sensible, y de la sequedad del espíritu. 319
CAP. LX. Del exámen de la conciencia. 330
CAP. LXI. Como en este combate espiritual debemos perseverar hasta la muerte. 332
CAP. LXII. Del modo de prevenirnos contra los enemigos que nos asaltan á la hora de la muerte. 335
CAP. LXIII. De cuatro géneros de tentaciones con que nos asalta el demonio á la hora de la muerte; y primeramente de la tentacion contra la fe, y del modo de resistirla. 337
CAP. LXIV. De la tentacion de la desesperacion, y cómo podrémos defendernos de ella. 340
CAP. LXV. De la tentacion de vanagloria. 343
CAP. LXVI. Del asalto de las ilusiones y falsas apariencias en la hora de la muerte. 344

SEGUNDA PARTE.

TRATADO PRIMERO.

QUE CONTIENE LAS ADICIONES AL COMBATE ESPIRITUAL.

PÁG.

CAPÍTULO I. Qué cosa sea la perfeccion cristiana. 347

CAP. II. Cómo conviene combatir para alcanzar la perfeccion cristiana. 348

CAP. III. De tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo. 349

CAP. IV. De la resistencia y violencia, y del modo de gobernarse con ellas. 350

CAP. V. Que conviene velar continuamente sobre nuestra voluntad, para reconocer á cuál de las pasiones se inclina mas. 353

CAP. VI. Cómo quitando la primera pasion, que es el amor de las criaturas, y de nosotros mismos, y dándola á Dios, todas las demás pasiones quedan corregidas y ordenadas. 355

CAP. VII. Que conviene socorrer y ayudar á la voluntad humana. 358

Cap. VIII. Cómo venciéndose el mundo viene á quedar en gran manera socorrida la voluntad del hombre. 359

CAP. IX. Del segundo socorro con que se ha de ayudar la voluntad humana. 362

CAP. X. De la tentacion de la soberbia espiritual. 365

CAP. XI. Del tercer socorro de la voluntad humana. 367

CAP. XII. Del modo en que ha de habituarse el hombre para tener presente á Dios todas las veces que quiera. 368

CAP. XIII. De algunos avisos acerca de la oracion. 371
CAP. XIV. De otro modo de orar. 373
CAP. XV. Del cuarto socorro de la voluntad humana. 374
CAP. XVI. De la meditacion del ser de Dios. 375
CAP. XVII. De la meditacion del poder de Dios. 376
CAP. XVIII. De la meditacion de la sabiduría de Dios. 377
CAP. XIX. De la meditacion de la bondad de Dios. 378
CAP. XX. De la meditacion de la belleza de Dios. 379
CAP. XXI. De lo que ha hecho Dios por el hombre, con qué ánimo, y qué mas hiciera si fuese necesario. 380
CAP. XXII. Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre. 381
CAP. XXIII. Cuánta bondad muestra Dios aguardando y tolerando al pecador. 382
CAP. XXIV. Qué hará Dios en la otra vida, no solo con quien le ha servido bien, sino con el pecador convertido. 383
CAP. XXV. Del quinto socorro para la voluntad humana. 386
CAP. XXVI. De qué modo se podrá conocer el amor propio. 387
CAP. XXVII. Del sexto socorro de la voluntad humana. 390
CAP. XXVIII. De la comunion sacramental. 393
CAP. XXIX. De la confesion sacramental. 395
CAP. XXX. Cómo se ha de vencer la pasion deshonesta. 398
CAP. XXXI. De cuántas y cuáles cosas se debe huir para no caer en el vicio deshonesto. 401
CAP. XXXII. Qué es lo que se ha de hacer cuando se ha caido en el vicio deshonesto. 403
CAP. XXXIII. De algunos motivos para que el pecador se convierta presto á Dios. 405
CAP. XXXIV. El modo de procurar la conversion, y el llanto de la ofensa de Dios. 409
CAP. XXXV. De algunas razones por que los hom-

bres viven descuidados, sin llorar las ofensas de Dios, y sin aspirar á la virtud ni á la perfeccion cristiana. 411
CAP. XXXVI. Del amor para con los enemigos. 416
CAP. XXXVII. Del exámen de la conciencia. 419
CAP. XXXVIII. De dos reglas para vivir en paz. 421

TRATADO SEGUNDO.

DE LA PAZ INTERIOR Y VERDADERA SENDA DEL PARAÍSO.

CAP. I. Cuál sea la naturaleza del corazon humano, y cómo debe ser gobernado. 424
CAP. II. Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse y adquirir una perfecta tranquilidad. 426
CAP. III. Que esta habitacion pacífica de corazon se ha de edificar poco á poco. 428
CAP. IV. Que el alma debe negarse á toda consolacion y contento, porque en esto consiste la verdadera humildad y pobreza de espíritu con que se adquiere esta paz interior. 429
CAP. V. Que el alma debe conservarse sola y desasida para que Dios obre en ella. 433
CAP. VI. De la prudencia con que se debe amar al prójimo, porque no se pierda ó turbe esta paz. 436
CAP. VII. Cuán desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios. 441
CAP. VIII. De la fe que se debe tener en el santísimo Sacramento del altar, y del modo con que debemos ofrecernos al Señor. 447
CAP. IX. Que no se deben buscar delicias, ni cosas que dén gusto, sino solamente Dios. 449
CAP. X. Que no debe acobardarse ó perder el ánimo el siervo de Dios, aunque sienta en sí repug-

nancia, perturbacion y dificultad para esta paz interior. 452
CAP. XI. De la diligencia que usa el demonio para turbar esta paz, y cómo debemos guardarnos de sus engaños. 455
CAP. XII. Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores. 460
CAP. XIII. Que Dios nos envia estas tentaciones para nuestro bien. 463
CAP. XIV. Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras caidas y flaquezas. 470
CAP. XV. Que el alma debe quietarse en las caidas y faltas, sin perder el tiempo ni su aprovechamiento espiritual. 476

TRATADO TERCERO.

DE LOS DOLORES MENTALES DE JESUCRISTO NUESTRO REDENTOR.

Proemio. 479
El primer dolor mental de Jesús fue por las almas, que aunque unidas á él, se habian de condenar. 482
El segundo dolor mental fue por los pecados de todos los escogidos. 488
El tercer dolor mental de Jesús fue por su Madre santísima. 494
El cuarto dolor mental de Jesús fue por su enamorada discípula Magdalena. 497
El quinto dolor mental de Jesucristo fue por sus queridos y amados discípulos y Apóstoles. 502
El sexto dolor mental de Jesús fue por la ingratitud de su amado discípulo el traidor Judas. 505
El séptimo dolor mental de Cristo fue por la ingratitud del pueblo judáico. 509
El octavo dolor mental de Jesús fue por la ingratitud de todas las criaturas. 511

TRATADO CUARTO.

DEL MODO DE CONSOLAR Y AYUDAR Á LOS ENFERMOS Á BIEN MORIR.

CAP. I. Cuán grande sea la obra de ayudar á los enfermos. 518
CAP. II. De las consideraciones que debemos hacer cuando nos llaman á ayudar á los enfermos. 519
CAP. III. De los medios principales de que necesitamos para ayudar á los enfermos. 521
CAP. IV. De los estados diferentes en que pueden hallarse los enfermos. 522
CAP. V. Del modo de ayudar á los del primer estado. 523
CAP. VI. Del modo de ayudar á los enfermos del segundo estado, que son los que tienen mas largo tiempo de vida para disponerse, y rehusan conformarse con la voluntad divina. 525
CAP. VII. Del primer retrato de las miserias de esta vida, delineado en auxilio de los enfermos del segundo estado. 526
CAP. VIII. Del segundo retrato de la vida miserable del hombre. 529
CAP. IX. Del tercer retrato de la vida humana. 533
CAP. X. Cómo se ha de ayudar á los que padecen tentaciones por morir en la juventud. 540
CAP. XI. De la ayuda de aquellos que por hallarse constituidos en dignidades no quieren morir. 544
CAP. XII. Del modo de socorrer á los que sienten el morir por causa de sus hijos. 547
CAP. XIII. De aquellos que no mueren gustosos por causa del temor de sus pecados y del juicio de Dios. 550
CAP. XIV. Cómo se ha de tratar con aquellos que no

quisieran morir por desear hacer penitencia de sus pecados. 553
CAP. XV. De la tentacion de diferir la confesion. 555
CAP. XVI. De las principales causas por que el pecador va dilatando la confesion. 559
CAP. XVII. De la segunda causa, que es el odio contra alguno. 561
CAP. XVIII. De la tercera causa. 567
CAP. XIX. De la cuarta causa. 569
CAP. XX. De dos medios universales para inducir al enfermo á morir gustoso. 573
CAP. XXI. Del tercer estádo de los enfermos, y en qué consista el auxilio que se les debe dar. 575
CAP. XXII. De lo que el enfermo debe hacer con el médico. 576
CAP. XXIII. Cómo deben portarse los enfermos con quien los gobierna. 578
CAP. XXIV. Cómo debe portarse el enfermo con su enfermedad. 580
CAP. XXV. Del modo de excitar al enfermo á la paciencia y del arte de tolerar. 583
CAP. XXVI. Cómo ha de portarse el enfermo con Dios. 587
CAP. XXVII. Del modo de servirse de todas las ocasiones que ocurren, para que el enfermo esté siempre unido con Dios. 592
CAP. XXVIII. Qué se debe decir cuando se toma el Crucifijo en la mano. 603
CAP. XXIX. Del modo de armar al enfermo para la batalla que ha de tener con el enemigo de solo á solo. 606
CAP. XXX. Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la fe. 608
CAP. XXXI. De la protestacion de la fe. 610
CAP. XXXII. Del combate contra la esperanza, y de sus deseos. 612
CAP. XXXIII. Del tercer asalto, que es el de la presuncion, y del modo de rebatir los enemigos. 616

CAP. XXXIV. De algunas advertencias para el último paso de la muerte. 617
CAP. XXXV. Lo que se debe decir cuando al enfermo se le da el Viático. 621
CAP. XXXVI. Del cuarto estado de los enfermos. 622
CAP. XXXVII. Qué se debe hacer despues que el enfermo haya muerto. 628
CAP. XXXVIII. Del quinto y último estado de los enfermos. 631

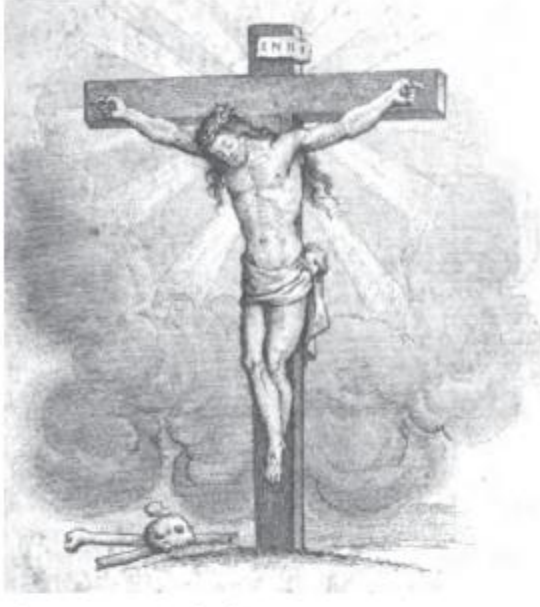
FIN DEL ÍNDICE DEL COMBATE ESPIRITUAL.

ADICION.

Diálogos de Cristo con el alma su esposa; escritos por el R. P. Gaspar de Lafiguera de la Compañía de Jesús, y que forman el tratado tercero de su Suma espiritual. 635
Introduccion. 635
DIÁLOGO I. De la diferencia que tienen los afectos espirituales de los afectos sensibles. 639
DIÁLOGO II. En que se declara mas el primero, y se dan mas señales para discernir los afectos espirituales de los sensibles. 648
DIÁLOGO III. En que se declara qué sea oracion de quietud, con sus propiedades y nombres. 657
DIÁLOGO IV. De las espinas que ahogan el fruto de la oracion, y de las que le hacen crecer. 662
DIÁLOGO V. De la moderacion que se debe tener en todos los afectos sensibles, aunque sean buenos, porque no quiten la paz al alma. 689
DIÁLOGO VI. De la oracion de quietud, y qué se entiende por no pensar nada en ella. 699
DIÁLOGO VII. Que los caminos de Dios son muchos, y que nadie debe estorbar el que Dios le da á cada uno. 705

Esta preciosísima obra se publica por recomendacion del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Fernando de Echanove y Zaldivar, arzobispo de Tarragona y PROTECTOR ESPECIAL DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA.

Varios Prelados de España han concedido 2480 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.



Vos hodie contra inimicos vestros pugnam committitis: non pertimescat cor vestrum, nolite metuere, nolite cedere, nec formidetis eos, quia Dominus Deus vester in medio vestri est, et pro vobis contra adversarios dimicabit, ut eruat vos de periculo. (Deut. XX, 3, 4).

Vosotros entrais hoy en batalla contra vuestros enemigos: no desmaye vuestro corazon, no os intimideis, no volvais pié atrás, ni les tengais miedo; porque el Señor Dios vuestro está en medio de vosotros, y peleará por vosotros contra los enemigos, para sacaros del peligro.

ELOGIOS

DEL COMBATE ESPIRITUAL,

SACADOS DE LAS OBRAS DE SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO DE GINEBRA, Y SU DISCÍPULO EL ILMO. CAMÚS.

El *Combate espiritual* es uno de aquellos libros excelentes, cuyo solo título es su mayor elogio. Los hombres mas eminentes del siglo XVII se han derramado en sus alabanzas; pero la mayor prueba de su excelencia y precio son las que ha merecido de san Francisco de Sales, el cual lo proponia como única instruccion á las almas que aspiraban á la perfeccion cristiana, como se verá en los honrosos elogios que este gran Santo le hace, especialmente en sus cartas.

En el libro de la *Introduccion á la vida devota*, llamado comunmente *la Filotea*, en la parte segunda, capítulo XVII, encomienda el Santo la lectura del *Combate espiritual*, y le propone con algunos libros de santos Padres, y de autores muy ilustrados, y que fueron dotados de grande sabiduría en materia de espíritu.

En las cartas del mismo Santo, parte primera, libro II, carta 32, instruyendo á una viuda en el modo de servirse de la imaginacion para meditar, la dice: « El libro del método de servir á Dios es « muy bueno; pero confuso, y no os con- « viene: el *Combate espiritual* trae con « mejor órden, mejor claridad, y con dis- « tincion, lo necesario para vuestro pro- « vecho. »

En la carta 55, dando algunos consejos á una viuda, dice: « El *Combate* « *espiritual* es un gran libro: yo quince

« años que le llevo continuamente en el « bolsillo, nunca le he leido sin sacar al- « gun provecho. »

En la misma parte, libro III, carta 16, prescribiendo algunos ejercicios de devocion á una señora casada, dice en el fin : « Leed frecuentemente el *Com- « bate espiritual*, yo os enconmiendo mu- « cho este libro. »

En la segunda parte, libro IV, carta 94, escribiendo á una viuda, y exhortándola á la simplicidad y pureza de corazon, y á no desear con sobrada eficacia verse libre de las tentaciones, la dice: « Amada hija mia, leed el capítulo « XXIX (en la presente obra es LIX) del « *Combate espiritual*, que es mi libro fa- « vorito y privilegiado: diez y ocho años « há que le llevo siempre conmigo, y no « le leo jamás sin fruto y provecho. Ju- « lio 24 de 1607. » Esta carta se registró

en los procesos de la beatificacion y canonizacion del Santo.

En la misma segunda parte, libro V, carta 48, exhortando á una religiosa abadesa á la paz interior, dice: «Amada hija mia, leed los capítulos XV, XVI «y XVII del *Combate espiritual*, y unid «su doctrina á lo dicho: y esto basta por «ahora.»

En el mismo lugar, carta 75, escribiendo á una señora viuda, y consolándola en la muerte de un hijo suyo, dice: «Conviene que hagamos una vez en «la semana un ejercicio particular de «querer y amar mas vigorosamente la «voluntad de Dios; esto es, mas tierna «y amorosamente que ninguna cosa del «mundo; y esto no solo en los accidentes que nos parecen tolerables, sino en «los mas insufribles. Hallaréis tambien «un no sé qué para este intento en el

« *Combate espiritual,* que es el libro que « tantas veces os he recomendado. Hija « mia, para decir la verdad, esta doctri- « na es alta ; pero Dios, que nos la dic- « ta y enseña en este libro, es altísimo. »

El Ilmo. Sr. D. Pedro Camús, obispo de Belley, en el libro que intituló : *El Espíritu de san Francisco de Sales,* parte tercera, seccion XII, que se titula del Combate espiritual, dice : « Este libro « todo de oro (habla del libro de la *Imi-* « *tacion de Cristo)* excede á toda alabanza ; « pero con todo esto no era el libro que « aconsejaba mas nuestro Padre sino el « *Combate espiritual :* este era su libro pri- « vilegiado y favorito. »

El mismo autor en la parte séptima, seccion VII, que tiene por título : De los libros de devocion, dice : « Tres libros « pequeños de *devocion* eran los que « nuestro Santo tenia en alta estimacion : « el primero era el *Combate espiritual ;*

« este, hermanas mias, es el libro de « que tantas veces os he hablado; este « es el libro que os encomendó tan parti- « cularmente el mismo Santo, y que en- « comendaba con particular estudio á sus « discípulos, confesándoles que lo habia « llevado consigo diez y siete años con- « tinuos, leyendo todos los dias algun « capítulo, y siempre con nuevas luces « del cielo. »

El mismo autor en el libro citado, parte décimacuarta, seccion xv, que tiene por título : Consejo á un director espiritual, dice : « Yo le pregunté un dia « ¿quién era su director ó maestro de es- « píritu? y me respondió, sacando del « bolsillo el *Combate espiritual:* Este es el « que con la divina asistencia me ha go- « bernado desde mi juventud : este es mi « maestro en las cosas de espíritu y de « la vida interior. Despues que siendo « estudiante en Padua un Padre teatino

« me dió noticia de él, y me aconsejó le « leyese, he seguido su parecer, y me ha- « llo muy bien con él. Fue compuesto por « una persona muy grave de aquella ilus- « tre Congregacion, que ocultó su nom- « bre particular, y le dejó correr con el « de su Religion, que se sirve de él en la « misma forma que los venerables Padres « de la Compañía de Jesús del libro de los « Ejercicios de su santo Padre Ignacio de « Loyola. »

Nota. Hemos suprimido algunas citas de san Francisco de Sales por creer bastantes las que van puestas, y tambien la de otros autores que se han esmerado en elogiar el *Combate espiritual,* para no fastidiar á nuestros lectores.

(Nota de los Editores).

Ribo d. Amills g.

Quien en pos de mi quiere venir, nieguese á si mismo, y tome su crux cada dia, y sígame. Luc IX 23.

AL

SUPREMO CAPITAN

y gloriosísimo triunfador

JESUCRISTO,

HIJO DE MARÍA SANTÍSIMA Y SEÑOR NUESTRO.

Siempre agradaron, Señor, á V. D. M. los sacrificios y ofrendas que los mortales hacen con pura intencion de vuestra santísima gloria: por esta razon os ofrezco este breve tratado del *Combate espiritual*. No me desanima que la ofrenda sea pequeña; porque no ignoro que sois aquel sublime Señor que se deleita en las cosas humildes y desprecia las grandezas del mundo, su ambicion y sus vanidades. Pero ¿cómo pudiera yo, sin grave detrimento mio, y sin que se me imputase á culpa, dedicarle á otro que á V. D. M., Rey del cielo

y de la tierra? Los documentos de este libro salieron de vuestra escuela, y vuestra es su doctrina; pues nos enseñais y mandais que

Desconfiando de nosotros,
Confiemos en Vos,
Combatamos, y oremos.

Además, en todo combate se necesita de un cabo experimentado que guíe los escuadrones, y anime los soldados, que tanto mas valerosamente pelean, cuanto creen mas invecible al capitan debajo de cuya bandera militan: y ¿no tendrá necesidad de un valeroso y experimentado caudillo este *espiritual Combate?* A Vos, pues, poderosísimo Jesús, escogemos por nuestro capitan, todos los que estamos resueltos á combatir con nuestras pasiones, y á vencer á nuestros enemigos: á Vos, digo, que habeis vencido al mundo y al príncipe de las tinieblas, y con vuestra preciosísima sangre y sacra-

tísima pasion y muerte habeis fortalecido la fragilidad de los que valerosamente pelearon, y pelearán hasta la fin del mundo. Cuando disponia, Señor, y ordenaba este *Combate*, me ocurrian á la memoria aquellas palabras de vuestro vaso de eleccion: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis* [1]: que sin Vos y sin vuestra asistencia no podemos tener un solo pensamiento que sea bueno; ¿cómo, pues, podrémos solos pelear con tantos y tan poderosos enemigos, y no caer en las ocultas redes que tienden, ni en los lazos [2] que para nuestra ruina disimuladamente nos arman? Vuestro es, Señor, este *Combate* por todas razones; porque, como he dicho, vuestra es su doctrina, y vuestros son los que militan en esta espiritual milicia, entre los cuales esta-

[1] II Cor. III, 5.
[2] Psalm. CXXXIX, 6.

mos alistados los *Clérigos reglares Teatinos;* y así postrados todos á vuestros sacratísimos piés, os pedimos que aceptéis esta ofrenda, y recibais este *Combate,* moviendo *siempre,* y esforzando nuestra flaqueza con el auxilio de vuestra gracia actual, para pelear generosamente; estando, como estamos ciertos, que combatiendo Vos en nosotros[1] y con nosotros, alcanzarémos la deseada victoria, para gloria vuestra y de vuestra Madre, María santísima Nuestra Señora.

Vuestro mas humilde siervo, redimido con vuestra preciosísima sangre,

Lorenzo Escupoli, C. R.

[1] Judith, v.—S. Cyprian. ad Martyr. et Confess. epist. 8.

COMBATE ESPIRITUAL.

PRIMERA PARTE.

Non coronabitur, nisi qui legitime certaverit. (*II Tim.* II, 25).

CAPÍTULO I.

En qué consiste la perfeccion cristiana, y que para adquirirla es necesario pelear y combatir; y de cuatro cosas que se requieren para este combate.

Si deseas, ó hija muy amada en Jesucristo, llegar al mas alto y eminente grado de la santidad y de la perfeccion cristiana, y unirte de tal suerte á Dios, que vengas á ser un mismo espíritu con él, que es la mayor hazaña y la mas alta y gloriosa empresa que puede decirse é imaginarse, conviene que sepas primeramente

en qué consiste la verdadera y perfecta vida espiritual.

Muchos, no atendiendo á la gravedad de la materia, creyeron que la perfeccion consiste en el rigor de la vida, en la mortificacion de la carne, en los cilicios, disciplinas, ayunos, vigilias y en otras penitencias y obras exteriores.

Otros, y particularmente las mujeres, cuando rezan muchas oraciones, oyen muchas misas, asisten á todos los oficios divinos, y frecuentan las iglesias y comuniones, creen que han llegado al grado supremo de la perfeccion.

Algunos, aun de los mismos que profesan vida religiosa, se persuaden á que la perfeccion consiste únicamente en frecuentar el coro, en amar la soledad y el silencio, y en observar exactamente la disciplina regular y todos sus estatutos.

Así los unos ponen todo el fundamento de la perfeccion evangélica en estos: los otros en aquellos ó semejantes ejercicios; pero es cierto que todos igualmente se en-

gañan, porque no siendo otra cosa las mencionadas obras que ó disposiciones y medios para adquirir la santidad, ó frutos de la santidad misma, no puede decirse que en semejantes obras consista la perfeccion cristiana y el verdadero espíritu.

No es dudable que son medios muy poderosos para adquirir la verdadera perfeccion y el verdadero espíritu, en los que las usan con prudencia y con discrecion para fortificarse contra la propia malicia y fragilidad, para defenderse de los asaltos y tentaciones de nuestro comun enemigo, y en fin, para obtener de la misericordia de Dios los auxilios y socorros que son necesarios á todos los que se ejercitan en la virtud, y particularmente á los nuevos y principiantes.

Son tambien frutos del Espíritu Santo en las personas verdaderamente espirituales y santas, las cuales afligen y mortifican su cuerpo para castigar sus rebeldías pasadas contra el espíritu, y para humillarlo y tenerlo sujeto á su Criador: viven

en la soledad y en una entera abstraccion de las criaturas para preservarse de los menores defectos y no tener conversacion sino en el cielo (*Philip.* III, 20) con los Ángeles y bienaventurados: ocúpanse en el culto divino y en las buenas obras: se aplican á la oracion, y meditan en la vida y pasion de nuestro Redentor, no por curiosidad, ni por gustos ó consolaciones sensibles, mas por conocer mejor la bondad y misericordia divina y la ingratitud y malicia propia; por ejercitarse mas cada dia en el amor de Dios y en el odio de sí mismos, siguiendo con la cruz, y con la renunciacion (*Matth.* XVI, 24) de la propia voluntad los pasos del Hijo de Dios: frecuentan los Sacramentos sin otro fin que el del honor y gloria de Dios, y de unirse mas estrechamente con su divina Majestad, y de cobrar nuevo vigor y fuerza contra sus enemigos.

Lo contrario sucede á las almas imperfectas, que ponen todo el fundamento de su devocion en las obras exteriores, las

cuales muchas veces son causa de su perdicion y ruina, y les ocasionan mayor daño que los pecados manifiestos: no porque semejantes obras no sean buenas y loables en sí mismas; sino porque se ocupan de tal suerte en ellas, que se olvidan enteramente de la reforma del corazon, y de velar sobre sus movimientos; y dejándole que siga libremente sus inclinaciones, lo exponen á las asechanzas y lazos del demonio; y entonces este maligno espíritu, viendo que se divierten y apartan del verdadero camino, no solamente las deja continuar con gusto sus acostumbrados ejercicios, pero llena la imaginacion de quiméricas y vanas ideas de las delicias y deleites del paraíso, donde piensan algunas veces que se hallan ya entre los coros de los Ángeles, como almas singularmente escogidas y privilegiadas, y que sienten á Dios dentro de sí mismas. Usa tambien del artificio de sugerirles en la oracion pensamientos sublimes, curiosos y agradables, á fin de que imaginándose, como san Pablo,

arrebatadas al tercer cielo *(II Cor.* XII, 2), y persuadiéndose á que no son ya de esta baja region del mundo, vivan en una abstraccion total de sí mismas, y en un profundo olvido de todas aquellas cosas en que deberian mas ocuparse.

Mas en cuántos errores y engaños vivan envueltas semejantes almas, y cuán léjos se hallen de la perfeccion que vamos buscando, se puede reconocer fácilmente de su vida y de sus costumbres; porque en todas las cosas grandes ó pequeñas desean ser siempre preferidas á los demás: son caprichosas, indóciles y obstinadas en su propio parecer y juicio; y siendo ciegas en sus propias acciones, tienen siempre los ojos abiertos para observar y censurar las ajenas, y si alguno las toca, aunque sea muy levemente, en la opinion y estimacion que tienen concebida de sí mismas, ó las quiere apartar de aquellas devociones en que se ocupan por costumbre, se enojan, se turban y se inquietan sobremanera: y en fin, si Dios para

reducirlas al verdadero conocimiento de sí mismas, y al camino de la perfeccion, les envia trabajos, enfermedades y persecuciones, que son las pruebas mas ciertas de la fidelidad de sus siervos, y que no suceden jamás sin órden ó permision de su providencia, entonces descubren su falso fondo, y su interior corrompido y gastado de la soberbia; porque en cualesquiera sucesos tristes ó alegres, felices ó adversos de esta vida, no quieren conformar su voluntad con la de Dios, ni humillarse debajo de su divina mano, ni rendirse á sus adorables juicios, no menos justos que impenetrables, ni sujetarse, á imitacion de su santísimo Hijo, á todas las criaturas, amando á sus perseguidores como á instrumentos de la bondad divina, que cooperan á su mortificacion, perfeccion y eterna salud.

De aquí nace el hallarse siempre en un funesto y evidente peligro de perecer; porque como tienen viciados y oscurecidos los ojos con el amor propio y apetito de la

propia estimacion, y se miran siempre con ellos á sí mismas, y á sus obras exteriores, que de sí son buenas, se atribuyen muchos grados de perfeccion, y llenas de presuncion y soberbia censuran y condenan á los demás; y á veces las deslumbra y ciega de tal suerte su orgullo, que es necesaria una gracia extraordinaria del cielo para convertirlas y sacarlas de su engaño, pues, como muestra cada dia la experiencia, con mas facilidad se convierte y se reduce al bien el pecador manifiesto, que el que se oculta y cubre con el manto de la virtud.

De todo lo referido podrás, hija mia, comprender con claridad que la vida espiritual no consiste en alguno de estos ejercicios y obras exteriores con que suele confundirse la santidad, y que son muchos los que en este punto se dejan preocupar de grandes errores.

Si quieres, pues, entender en qué consiste el fondo de la verdadera piedad, y toda la perfeccion del Cristianismo, sabe

que no consiste en otra cosa, sino en conocer la bondad y la grandeza infinita de Dios, y la bajeza y propension de nuestra naturaleza al mal: en amar á Dios, y aborrecernos á nosotros mismos: en sujetarnos no solamente á su divina Majestad, sino tambien á todas las criaturas por su amor: en renunciar enteramente nuestra propia voluntad, á fin de seguir siempre la suya; y sobre todo en hacer todas estas cosas únicamente por la honra y gloria de Dios, sin otra intencion ó fin que agradarle, y porque su divina Majestad quiere y merece ser amado y servido de sus criaturas.

Esta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos (*Deut.* VI, 5.—*Matth.* XX, 37): esta es aquella abnegacion de sí mismo y crucifixion del hombre interior, tan encomendada de Jesucristo en el Evangelio (*Matth.* XVIII): este es su yugo suave y su peso ligero (*Matth.* XI, 22): esta es aquella perfecta obediencia que este divino Maestro nos ha enseñado siempre

con sus palabras y con sus ejemplos. (*Philip.* II).

Si aspiras, pues, hija mia, no solamente á la santidad, sino á la perfeccion de la santidad, siendo forzoso para adquirirla en este sublime grado combatir todas las inclinaciones viciosas, sujetar los sentidos á la razon, y desarraigar los vicios, lo cual no es posible sin una aplicacion infatigable y continua, conviene que con ánimo pronto y determinado te dispongas y te prepares á esta batalla; porque la corona no se da sino á los que combaten generosamente (*II Tim.* II, 25).

Pero advierte, hija mia, que así como esta guerra es la mas difícil de todas, pues combatiendo contra nosotros mismos, somos combatidos de nosotros mismos (*I Petr.* II), así la victoria que se alcanza es la mas agradable á Dios, y la mas gloriosa al vencedor; porque quien con valor y resolucion mortifica sus pasiones, doma sus apetitos, y reprime hasta los menores movimientos de su propia voluntad, ejecuta

una obra de mucho mayor mérito á los ojos de Dios, que si conservando alguna de ellas viva en su corazon, afligiese y maltratase su cuerpo con las mas ásperos cilicios, disciplinas, ó ayunase con mas austeridad y rigor que los antiguos anacoretas del desierto, ó convirtiese á Dios millares de pecadores; porque aunque no es dudable que Dios estima y aprecia mas la conversion de una alma considerando este ejercicio en sí, que la mortificacion de un apetito ó deseo desordenado; no obstante tú no debes poner tu principal cuidado en querer y ejecutar lo que segun su naturaleza es mas noble y mas excelente, sino en obrar lo que Dios pide y desea particularmente de tí: y es constante que Dios se agrada mas de que trabajes en mortificar tus pasiones, que si dejando una sola con voluntad y advertencia viva en tu corazon, le sirvieses en cualquiera otra cosa, aunque fuese mas considerable y de mayor consecuencia.

Ya, pues, que has visto, hija mia, en

qué consiste la perfeccion cristiana, y que para adquirirla es necesario que te determines á una continua guerra contra tí misma, conviene que te proveas de cuatro cosas, como de armas seguras y necesarias para conseguir la palma y quedar vencedora en esta espiritual batalla: estas son, la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios, el ejercicio y la oracion, de las cuales tratarémos clara y sucintamente con la ayuda de Dios en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II.

De la desconfianza de sí mismo.

La desconfianza propia, hija mia, nos es tan necesaria en el combate espiritual, que sin esta virtud no solamente no podrémos triunfar de nuestros enemigos, pero ni aun vencer la menor ó la mas leve de nuestras pasiones.

Debes imprimir y grabar profundamente en tu espíritu esta verdad; porque aunque verdaderamente no somos sino un puro nada, no obstante no dejamos de concebir una falsa estimacion de nosotros mismos, y persuadiéndonos sin algun fundamento que somos algo, presumimos vanamente de nuestras propias fuerzas.

Este vicio, hija mia, es un funesto y monstruoso efecto de la corrupcion de nuestra naturaleza, y desagrada mucho á los ojos de Dios, el cual desea siempre en

nosotros un fiel y profundo conocimiento de esta verdad : que no hay virtud ni gracia en nosotros que no proceda de su bondad , como de fuente y orígen de todo bien, y que de nosotros no puede nacer algun pensamiento que le sea agradable.

Pero si bien esta importante desconfianza de nosotros mismos es un don del cielo que Dios comunica á sus escogidos, ya con santas inspiraciones , ya con ásperos castigos , ya con violentas y cási insuperables tentaciones, ya con otros medios que nos son ocultos; no obstante, porque su divina Majestad quiere que hagamos de nuestra parte todo el esfuerzo posible para adquirirla, te propongo cuatro medios, con los cuales, ayudada del socorro de la gracia, infaliblemente la alcanzarás.

El primero es que consideres tu vileza y tu nada, y reconozcas que con tus fuerzas naturales no eres capaz de obrar algun bien por el cual merezcas entrar en el reino de los cielos.

El segundo, que con fervor y humildad

pidas frecuentemente á Dios esta virtud; porque es don suyo, y para obtenerla debes desde luego persuadirte, no solamente á que no la tienes, sino tambien á que nunca podrás adquirirla por tí misma. Despues postrándote en la presencia del Señor se la pedirás con fe viva de que por su infinita bondad se dignará concedértela; y si perseverases constante en esta esperanza por todo el tiempo que dispusiere su providencia, no dudes que la alcanzarás.

El tercer medio es que te acostumbres poco á poco á no fiarte de tí misma, y á temer las ilusiones de tu propio juicio, la violenta inclinacion de nuestra naturaleza al pecado, la formidable multitud de enemigos que nos cercan de todas partes, que son sin comparacion mas astutos y fuertes que nosotros, que saben transformarse en ángeles de luz (*II Cor.* XI, 14), y ocultamente nos tienden lazos en el camino mismo del cielo.

El cuarto medio es que cuando cayeses en alguna falta, entres mas vivamen-

te en la consideracion de tu propia flaqueza, y entiendas que Dios no permite nuestras caidas sino solamente á fin de que alumbrados de una buena luz nos conozcamos mejor, y aprendamos á menospreciarnos como viles criaturas, y concibamos un sincero deseo de ser menospreciados de los demás.

Sin este menosprecio, hija mia, no esperes adquirir jamás perfectamente la desconfianza de tí misma, la cual se funda en la verdadera humildad, y en un conocimiento experimental de nuestra miseria; porque es cosa infalible y clara, que quien desea unirse con la soberana luz y verdad increada, debe conocerse bien á sí mismo, y no ser como los soberbios y presuntuosos, que se instruyen con sus propias caidas, y solo empiezan á abrir los ojos cuando han incurrido en algun grave error y desórden de que vanamente imaginaban que podrian defenderse, permitiéndolo Dios así á fin de que reconozcan su flaqueza, y con esta funesta experiencia

vengan á desconfiar de sus propias fuerzas.

Pero Dios no se sirve ordinariamente de un remedio tan áspero para curar su presuncion, sino cuando los remedios mas fáciles y suaves no han producido el efecto que su divina Majestad pretende. Su providencia permite que el hombre caiga mas ó menos veces, segun ve que es mayor ó menor su presuncion y soberbia: de manera, que si se hallase alguno tan exento de este vicio como lo fue la bienaventurada Vírgen María Nuestra Señora, es constante que no caeria jamás en alguna falta.

Todas las veces, pues, que cayeres, recurre sin tardanza al humilde conocimiento de tí misma, y con ferviente oracion pide al Señor que te dé su luz para que te conozcas tal cual eres verdaderamente á sus ojos, y no presumas de tu virtud; de otra suerte no dejarás de reincidir de nuevo en las mismas faltas, y por ventura cometerás otras mas graves, que causarán la pérdida de tu alma.

CAPÍTULO III.

De la confianza en Dios.

Aunque la desconfianza propia es tan importante y necesaria en este combate, como hemos mostrado, no obstante, si se halla sola esta virtud en nosotros y no tiene otros socorros, serémos fácilmente desarmados y vencidos de nuestros enemigos. Por esta causa es necesario que á la desconfianza propia añadas una entera confianza en Dios, que es el autor de todo nuestro bien, y de quien solamente debemos esperar la victoria; porque así como de nosotros que nada somos no podemos prometernos sino frecuentes y peligrosas caidas, por cuyo motivo debemos desconfiar siempre de nuestras propias fuerzas; así con el socorro y asistencia de Dios conseguirémos grandes victorias y ventajas sobre nuestros enemigos, si conven-

cidos perfectamente de nuestra flaqueza, armamos nuestro corazon de una viva y generosa confianza en su infinita bondad.

Cuatro son los medios con que podrás adquirir esta excelente virtud.

El primero es pedirla con humildad al Señor.

El segundo considerar y mirar con los ojos de la fe la omnipotencia y sabiduría infinita de aquel Ser soberano, á quien nada es imposible ni difícil, y que por su suma bondad y por el exceso con que nos ama se halla pronto y dispuesto á darnos cada hora y cada instante todo lo que nos es necesario para la vida espiritual, y para la entera victoria de nosotros mismos, como recurramos á sus brazos con filial confianza.

¿Cómo será posible que este dulce y amable Pastor, que por el espacio de treinta y tres años ha corrido tras la oveja perdida y descaminada (*Luc.* xv, 7) con tanto sudor, sangre y costa suya, para re-

ducirla y traerla de los despeñaderos y veredas peligrosas á un camino santo y seguro, de la perdicion á la salud, del daño al remedio, de la muerte á la vida? ¿cómo será posible que este Pastor divino, viendo que su ovejuela le busca y le sigue con la obediencia de sus preceptos, ó á lo menos con un deseo sincero, bien que imperfecto y flaco de obedecerle, no vuelva á ella sus ojos de vida y de misericordia, no oiga sus gemidos, y no la recoja amorosamente y la ponga sobre sus divinos hombros, alegrándose con los Ángeles del cielo de que vuelva á su redil y ganado, y deje el pasto venenoso y mortal del mundo por el suave y regalado de la virtud?

Si con tanto ardor y diligencia busca la dracma del Evangelio *(Idem, v.* 8) que es la figura del pecador, ¿cómo será posible que abandone á quien como ovejuela triste y afligida de no ver á su pastor lo busca y lo llama?

¿Quién podrá persuadirse á que Dios,

que llama continuamente á la puerta de nuestro corazon (*Apoc.* III, 21) con deseo de entrar en él y comunicarse á nosotros, y colmarnos de sus dones y gracias, hallando la puerta abierta, y viendo que le pedimos que nos honre con su visita, no se dignará de concedernos el favor que deseamos?

El tercer medio para adquirir esta santa confianza es recorrer con la memoria las verdades y oráculos infalibles de la divina Escritura, que nos aseguran clara y expresamente que los que esperan y confian en Dios no caerán jamás en la confusion. (*Psalm.* II, 17.—*Eccli.* II, 11).

El cuarto y último medio con que juntamente podrémos adquirir la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios, es que cuando nos resolviéremos á ejecutar alguna obra buena, ó á combatir alguna pasion viciosa, antes de emprender cosa alguna, pongamos los ojos de una parte sobre nuestra flaqueza, y de la otra sobre el poder, sabiduría y bon-

dad infinita de Dios; y templando el temor que nace de nosotros con la seguridad y confianza que Dios nos inspira, nos determinarémos á obrar y combatir generosamente. Con estas armas, unidas á la oracion, como dirémos en su lugar, serás capaz, hija mia, de obrar cosas grandes, y de conseguir insignes victorias.

Pero si no observares esta regla, aunque te parezca que obras animada de una verdadera confianza en Dios, te hallarás engañada; porque es tan natural en el hombre la presuncion de sí mismo, que insensiblemente se mezcla con la confianza que imagina que tiene en Dios, y con la desconfianza que cree tener de sí mismo.

Para alejarte, pues, hija mia, cuanto te sea posible de la presuncion, y para obrar siempre con las dos virtudes que son opuestas á este vicio, es necesario que la consideracion de tu flaqueza vaya delante de la consideracion de la omnipotencia de Dios, y que la una y la otra precedan á todas tus obras.

CAPÍTULO IV.

Cómo podrémos conocer si obramos con la desconfianza de nosotros mismos, y con la confianza en Dios.

Muchas veces imagina y cree una alma presuntuosa que ha adquirido la desconfianza de sí misma y la confianza en Dios; pero este es un engaño que no se conoce bien sino cuando se cae en algun pecado, porque entonces si el alma se inquiéta, si se aflige, si se desalienta y pierde la esperanza de hacer algun progreso en la virtud, es señal evidente de que puso su confianza, no en Dios, sino en sí misma; y si fuere grande su tristeza y desesperacion, es argumento claro de que confiaba mucho en sí y poco en Dios.

Porque si el que desconfia mucho de sí mismo y confia mucho en Dios comete alguna falta, no se maravilla, no se turba, ni se entristece conociendo que su caida es

efecto natural de su flaqueza, y del poco cuidado que ha tenido de establecer su confianza en Dios; antes bien con esta experiencia aprende á desconfiar mas de sus propias fuerzas, y confiar con mayor humildad en Dios; detestando sobre todas las cosas su falta, y las pasiones desordenadas que la ocasionaron, con un dolor quieto y pacífico de la ofensa de Dios vuelve á sus ejercicios, y persigue á sus enemigos con mayor ánimo y resolucion que antes.

Esto seria bien que considerasen algunas personas espirituales, que apenas caen en alguna falta se afligen y se turban con exceso, y muchas veces mas por librarse de la inquietud y pena que les causa su amor propio, que por algun otro motivo, buscan con impaciencia á su director ó padre espiritual, al cual deberian recurrir principalmente para lavarse de sus pecados por el sacramento de la Penitencia, y fortalecerse contra sus recaidas por el de la Eucaristía.

CAPÍTULO V.

Del error de algunas personas que tienen á la pusilanimidad por virtud.

Es tambien una ilusion muy comun el atribuir á virtud la pusilanimidad y la inquietud que se siente despues del pecado, porque aunque la inquietud que nace del pecado sea acompañada de algun dolor, no obstante, siempre procede de una secreta presuncion y soberbia, fundada en la confianza que se tiene de las propias fuerzas. Ordinariamente las almas presuntuosas que por juzgarse bien establecidas en la virtud menosprecian los peligros y tentaciones, si vienen á caer en alguna falta, y á conocer por experiencia su fragilidad y miseria, se maravillan y se turban de su caida como cosa nueva; y viendo derribado el apoyo de una en el que vanamente se habian confiado, pierden el ánimo, y como pusilámines

y flacas se dejan dominar de la tristeza y de la desesperacion.

Esta desgracia, hija mia, no sucede jamás á las almas humildes que no presumen de sí mismas y se apoyan únicamente en Dios; porque cuando caen en alguna falta, aunque sientan grande dolor de haberla cometido, no se maravillan ni se inquietan, conociendo con la luz de la verdad que las ilumina, que su caida es un efecto natural de su inconstancia y de su flaqueza.

CAPÍTULO VI.

De otros avisos importantes para adquirir la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios.

Como toda la fuerza de que necesitamos para vencer á nuestros enemigos depende de la desconfianza de nosotros mismos y de la confianza en Dios, me ha parecido darte algunos nuevos avisos, que son muy útiles y necesarios para obtener estas virtudes.

Primeramente, hija mia, has de tener por verdad indubitable, que ni con todos los talentos ó dones, ya sean naturales, ya adquiridos, ni con todas las gracias gratuitas, ni con la inteligencia de toda la sagrada Escritura, ni con haber servido á Dios por largo espacio de tiempo, y estar acostumbrado á servirle, te hallarás capaz de cumplir la voluntad divina y de satisfacer á tus obligaciones, si la mano

poderosa de Dios con especial proteccion no fortifica tu corazon en cualquier ocasion que se te presentare, ó de hacer alguna buena obra, ó de vencer alguna tentacion, ó de salir de algun peligro, ó de sufrir alguna cruz y tribulacion.

Es necesario, pues, que imprimas profundamente en tu corazon esta importante verdad, y que no pase dia alguno sin que la medites y consideres; y por este medio te alejarás y preservarás del vicio de la presuncion, y no te atreverás á confiarte temerariamente en tus propias fuerzas.

En lo que toca á la confianza en Dios, has de creer constantemente que es muy fácil á su poder vencer todos nuestros enemigos, sean pocos ó muchos (*I Reg.* XVI, 6), sean fuertes y aguerridos, ó flacos y sin experiencia.

De este principio fundamental inferirás como consecuencia precisa, que aunque un alma se halle llena de todos los pecados, imperfecciones y vicios imaginables,

y despues de haber hecho grandes esfuerzos para reformar sus costumbres, en lugar de hacer algun progreso en la virtud sienta y reconozca en sí mayor inclinacion y facilidad al mal; no obstante, no por eso debe perder el ánimo y la confianza en Dios, ni abandonar las armas y los ejercicios espirituales, sino antes bien combatir siempre generosamente; porque has de saber, hija mia, que en esta pelea espiritual no puede ser vencido quien no deja de combatir y de confiar en Dios, cuya asistencia y socorro no falta jamás á sus soldados, bien que algunas veces permite que sean heridos. Combatamos, pues, con constancia hasta el fin, que en esto consiste la victoria; porque los que combaten por el servicio de Dios, y en él solo ponen su confianza, hallan siempre para las heridas que reciben un remedio pronto y eficaz, y cuando menos piensan ven el enemigo á sus piés.

CAPÍTULO VII.

Del ejercicio y buen uso de las potencias, y primeramente del entendimiento, y necesidad que tenemos de guardarlo de la ignorancia y de la curiosidad.

Si en el combate espiritual no tuviésemos otras armas que la desconfianza de nosotros mismos y la confianza en Dios, no solamente no podríamos vencer nuestras pasiones, mas caeríamos en frecuentes y graves faltas. Por esta causa es necesario añadir á estas virtudes el ejercicio y buen uso de nuestras potencias, que es la tercera cosa que hemos propuesto como medio necesario para adquirir la perfeccion.

Este ejercicio consiste principalmente en reglar bien el entendimiento y voluntad.

El entendimiento debe conservarse siempre libre y exento de dos grandes vicios que suelen pervertirlo: el uno es la ignorancia, la cual le impide el conocimiento

de la verdad, que es su propio objeto. Es necesario, pues, iluminarlo de tal suerte con el ejercicio, que vea y conozca con claridad lo que se debe hacer para purificar el alma de las pasiones desordenadas, y adornarla de las virtudes.

Esta luz se alcanza por dos medios: el primero y mas importante es la oracion, y pidiendo al Espíritu Santo que se digne infundirla en nuestros corazones; y no dudes, hija mia, que el Señor te la comunicará abundantemente siempre que verdaderamente lo busques y desees cumplir su divina ley, y sujetes tu propio juicio al de tus superiores ó padres espirituales.

El segundo es una aplicacion continua á considerar y examinar bien las cosas que se presentan para conocer si son buenas ó malas, juzgando de su bondad ó de su malicia, no por la exterior apariencia en que se presentan á los sentidos (*I Reg.* XVI, 7), ni segun la opinion del mundo, sino segun la idea que nos da el Espíritu Santo. Esta consideracion y exámen nos

hará conocer con evidencia que lo que el mundo ama y busca con tanto ardor es ilusion y mentira : que los honores y placeres de la tierra no son otra cosa que vanidad y afliccion de espíritu *(Eccles.* 1) : que las injurias y los oprobios son para nosotros ocasiones de verdadera gloria , y las tribulaciones de verdadero contento : que el perdonar y hacer bien á nuestros enemigos es magnanimidad , y una de las acciones que nos hacen mas semejantes á Dios : que vale mas despreciar el mundo, que poseerlo : que es mayor generosidad y grandeza de ánimo obedecer con gusto por amor de Dios á las mas viles criaturas , que mandar á príncipes grandes: que el humilde conocimiento de nosotros mismos debe apreciarse mas que las ciencias mas sublimes ; y últimamente que el vencer y mortificar los propios apetitos , por pequeños que sean , merece mayor alabanza que conquistar muchas ciudades, vencer grandes ejércitos con las armas, obrar milagros y resucitar muertos.

CAPÍTULO VIII.

De las causas que nos impiden el juzgar rectamente de las cosas, y de la regla que se debe observar para conocerlas bien.

La causa por que no juzgamos rectamente de las cosas, es porque apenas se presentan á nuestra imaginacion, nos dejamos llevar ó del amor, ó del odio de ellas: y estas pasiones ciegas que pervierten la razon, nos las desfiguran de tal suerte, que nos parecen diferentes de lo que verdaderamente son en sí mismas.

Si quieres, pues, hija mia, preservarte de un engaño comun y tan peligroso, es necesario que estés siempre advertida y sobre aviso, para tener, cuanto te fuere posible, la voluntad libre y purificada de la accion desordenada de cualquiera cosa.

Y cuando se te presentare algun obje-

to, deberás considerarlo y examinarlo bien con el entendimiento, antes que la voluntad se determine á abrazarlo, si fuere agradable, ó á aborrecerlo si fuere contrario á tus inclinaciones naturales, porque entonces el entendimiento, no hallándose preocupado de la pasion, queda libre y claro para conocer la verdad, y discernir el mal encubierto con el velo de un bien aparente, del bien que tiene la apariencia de un mal verdadero; pero si la voluntad primero se inclina á amar el objeto ó aborrecerlo, el entendimiento queda incapaz de conocerlo como es verdaderamente en sí, porque la pasion se lo desfigura de suerte, que la obliga á formar una falsa idea: y representándolo entonces segunda vez á la voluntad en todo diferente de lo que es, esta potencia ya movida y excitada, pasa á amarlo ó aborrecerlo con mayor vehemencia que antes; y no puede guardar reglas ni medidas, ni escuchar la razon.

En esta confusion y desórden, el entendimiento se oscurece mas cada instante, y

representa siempre á la voluntad el objeto, ó mas ódioso, ó mas amable que antes; de suerte que si no se observa muy exactamente la regla que dejo escrita, que es muy importante en este ejercicio, las dos mas nobles facultades del alma viesen á caminar siempre como dentro de un círculo de errores en errores, de tinieblas en tinieblas, de abismo en abismo.

Guárdate, pues, hija, con todo cuidado del afecto desordenado de las cosas, antes de examinar y conocer lo que son verdaderamente en sí mismas con la luz de la razon, y principalmente con la sobrenatural que el Espíritu Santo te comunicare, ó por sí mismo, ó por medio de tu padre espiritual.

Pero advierte, hija mia, que este documento es mas necesario en algunas obras exteriores que de sí son buenas, que en otras menos loables, porque en semejantes obras por ser buenas en sí mismas, hay de nuestra parte mayor peligro de engaño ó de indiscrecion. Conviene, pues que no te

empeñes en ellas ciegamente y sin reflexion; porque una sola circunstancia de lugar ó de tiempo que se omita puede causar grave daño, y basta el no hacer las cosas en un cierto modo ó segun el órden de la obediencia, para cometer grandes faltas, como lo acredita el ejemplo de muchos que se perdieron en los ministerios y ejercicios mas loables y santos.

CAPÍTULO IX.

De otro vicio de que debemos guardar el entendimiento para que pueda conocer lo que es útil.

El otro vicio de que debemos defender y guardar nuestro entendimiento, es la curiosidad; porque cuando lo llenamos de pensamientos nocivos, impertinentes y vanos, lo inhabilitamos enteramente para unirse y aplicarse á lo que es mas propio para mortificar nuestros apetitos desordenados, y para llevarnos á verdadera perfeccion.

Por esta causa, hija mia, conviene que estés como muerta á las cosas terrenas, y que no procures saberlas ni investigarlas, si no son absolutamente necesarias, aunque sean lícitas.

Restringe y recoge cuanto pudieres tu entendimiento, y no le permitas que se

derrame vanamente en muchos objetos. Hazlo como estúpido para todos los conocimientos profanos ; no dés jamás la oreja á las nuevas que corren : los sucesos y diversas revoluciones del mundo no hagan en tu espíritu mas impresion que si fuesen imaginaciones ó sueños. Aun en el deseo de saber las cosas del cielo has de procurar tambien ser humilde y moderada : no queriendo saber otra cosa que á Jesucristo crucificado (*I Cor.* II , 2) , su vida y su muerte , y lo que desea y pide particularmente de tí. De las demás cosas no tengas algun cuidado ó solicitud , y de este modo agradarás á este divino Maestro, cuyos verdaderos discípulos no buscan ni desean saber sino lo que puede contribuir á su aprovechamiento, y serles de algun socorro para servirle y hacer su voluntad. Cualquiera otro deseo, inquisicion ó cuidado, es amor propio, soberbia espiritual ó lazo del demonio.

Si tú, hija mia , observas estos avisos, te librarás de muchas asechanzas y enga-

ños; porque la serpiente antigua, viendo en los que abrazan con fervor los ejercicios de la vida espiritual una voluntad firme y constante, los combate de parte del entendimiento á fin de ganar por esta noble potencia á la voluntad, y hacerse señor de las dos. Con este fin suele inspirarles en la oracion pensamientos sublimes y sentimientos elevados, principalmente si son espíritus vivos, agudos, curiosos y fáciles, prontos á ensoberbecerse y enamorarse de sus propias ideas para que ocupándose con deleite en el discurso y consideracion de aquellos puntos en que falsamente se persuaden que tienen con Dios las mas íntimas comunicaciones, no cuiden de purificar su corazon, ni de adquirir el conocimiento de sí mismos, ni la verdadera mortificacion: de donde nace, que llenos de presuncion y vanidad se formen un ídolo de su entendimiento, y acostumbrándose poco á poco á no consultar en todas las cosas sino á su propio juicio, vienen á imaginarse y per-

suadirse que no necesitan del consejo ó direccion ajena.

Este es un mal muy peligroso y cási incurable; porque es mas difícil de curarse la soberbia del entendimiento que la de la voluntad; porque la soberbia de la voluntad, siendo descubierta y reconocida por el entendimiento, puede fácilmente remediarse con una voluntaria y rendida sumision á las órdenes de aquel á quien debe obedecer: mas á quien está firme en la opinion de que su parecer es mejor que el de los otros, ¿quién será capaz de desengañarle? ¿Cómo podrá reconocer su error? ¿Cómo se sujetará con docilidad á la direccion y consejo de otro, quien se imagina mas sábio y mas iluminado que todos los demás? Si el entendimiento, que es la luz del alma, con que solamente se puede ver y conocer la soberbia de la voluntad, está enfermo, ciego y lleno de la misma soberbia, ¿quién podrá curarlo? ¿quién hallará remedio á su mal? Si la luz se

trueca en tinieblas, si la regla es falsa y torcida ¿qué será de todo lo demás?

Procura, pues, hija mia, oponerte desde luego á un vicio tan pernicioso antes que se apodere de tu alma. Acostúmbrate á sujetar tu juicio al ajeno, á no sutilizar demasiado en las cosas espirituales, á amar aquella simplicidad evangélica que tanto nos encomienda el Apóstol (*II Cor.* I. — *Ephes.* VI. — *Colos.* III), y serás incomparablemente mas sábia que Salomon.

CAPÍTULO X.

Del ejercicio de la voluntad y del fin á que debemos dirigir todas nuestras acciones, así interiores como exteriores.

Despues de haber corregido los vicios del entendimiento, es necesario que corrijas los de la voluntad, regulándola de tal suerte, que renunciando á sus propias inclinaciones se conforme enteramente con la voluntad divina.

Pero advierte, hija mia, que no basta querer y procurar las cosas que son mas agradables á Dios, sino que es necesario tambien que las quieras y las obres como movida de su gracia, y con fin solamente de agradarle.

En esto principalmente necesitamos de combatir y luchar contra la propia naturaleza, la cual, como infecta y depravada por el pecado, es tan inclinada á sí misma, que en todas las cosas, y tal vez en

las espirituales con mas cuidado que en las demás, busca su propia satisfaccion y deleite, alimentándose de ellas sin recelo ni escrúpulo, como de un manjar saludable y nada sospechoso. De donde nace, que cuando se nos ofrece y presenta la ocasion de ejercitar alguna obra, luego la abrazamos y la queremos, no como movidos de la voluntad de Dios, ni á fin solamente de agradarle, sino por el gusto y satisfaccion que algunas veces hallamos en hacer las cosas que Dios nos manda.

Este engaño es tanto mas oculto y menos advertido, cuanto es mejor en sí misma la cosa que queremos. Hasta en los deseos de unirnos á Diós y de poseerlo suelen mezclarse los engaños del amor propio; porque en desear poseer á Dios, miramos mas á nuestro interés propio y al bien que de ello esperamos, que su gloria y al cumplimiento de su voluntad, que es el único objeto que se deben proponer los que lo aman y lo buscan, y hacen profesion de guardar su divina ley.

Para evitar este peligroso lazo, que es de grande impedimento en el camino de la perfeccion, y acostumbrarse á no querer ni obrar cosa alguna sino segun la impresion ó impulso del Espíritu Santo, y con intencion pura de honrar y agradar únicamente á Dios, que debe ser el primer principio y el último fin de todas nuestras acciones, observarás esta regla:

Cuando se te presentare la ocasion de ejercitar alguna buena obra, no inclines tu voluntad á quererla, sin haber levantado primeramente el espíritu á Dios, para saber si es voluntad suya que la hagas, y examinar si la quieres puramente por agradarle. De este modo tu voluntad, prevenida y regulada por la de Dios, se inclinará á querer lo mismo que Dios quiere, por el único motivo de agradarle y procurar su mayor gloria.

De la misma suerte te gobernarás en las cosas que Dios no quiere; porque antes de repelerlas ó desecharlas, deberás elevar tu espíritu á Dios para conocer su voluntad,

y para tener alguna certeza de que repeliéndolas y desechándolas podrás agradarle.

Pero es bien que adviertas, hija mia, que son grandes y muy poco conocidos los artificios y engaños de nuestra naturaleza corrompida, la cual buscándose siempre á sí misma con especiosos pretextos, nos hace creer que en todas nuestras obras no nos proponemos otro fin que el de agradar á Dios. De aquí nace que lo que abrazamos ó repelemos solo con el fin de satisfacernos y contentarnos á nosotros mismos, nos persuadimos á que no lo abrazamos ni lo repelemos sino por el deseo de agradar á Dios, ó por el temor de ofenderle. El remedio mas esencial y propio de este mal consiste en la pureza de corazon, que todos los que se empeñan en este espiritual combate deben proponerse por fin, desnudándose del hombre viejo para vestirse del nuevo. (*Colos.* III, 9, 10).

El modo de usar y poner en práctica este divino remedio, es que en el principio de

tus acciones procures desnudarte siempre de todas las cosas en que se mezcle algun motivo natural y humano, y no te determines á obrar ó á repeler cosa alguna, si primero no te sintieres movida y guiada de la pura voluntad de Dios.

Si en todas tus operaciones, y particularmente en las interiores del alma, y en las exteriores que pasan prontamente, no pudieres sentir siempre la impresion actual de este motivo, procura á lo menos tenerlo virtualmente, conservando en el fondo del alma un verdadero y sincero deseo de no agradar sino solamente á Dios.

Pero en las acciones que duran algun espacio de tiempo, no basta que en el principio dirijas tu intencion á este fin; es necesario tambien que la renueves muchas veces, y que procures conservarla en su primera pureza y fervor; porque de otra manera podrás fácilmente caer en los lazos del amor propio, que prefiriendo en todas las cosas la criatura al Criador, suele encantarnos de suerte, que en breve tiempo nos

hace mudar inadvertidamente de intencion y de objeto.

El siervo de Dios que en este punto no vive muy advertido y con cautela, empieza ordinariamente sus obras sin otra intencion ó fin que de agradar á Dios ; pero despues poco á poco, y sin conocerlo, se deja inducir y llevar á la vanagloria : porque olvidándose de la divina voluntad , se aplica y se aficiona á solo el placer y gusto que halla en su trabajo , y no mira sino la utilidad ó la gloria que le puede resultar ; de manera , que si el mismo Dios le impide el progreso de su obra con alguna enfermedad ó accidente , ó por medio de alguna criatura, se turba , se enoja y se inquieta, y á veces murmura , ya contra este, ya contra aquel, por no decir contra el mismo Dios. De donde viene á conocerse con claridad que su intencion no era recta y pura, y que naciade un mal principio; porque cualquiera que obra por el movimiento de la gracia, y con intencion pura de agradar á Dios, no se inclina ó se aficiona mas á un ejercicio

que á otro; y si desea alguna cosa, no pretende obtenerla sino en el modo y en el tiempo que Dios quiere, sujetándose siempre á las órdenes de su providencia, y quedando en cualquier suceso, ó favorable ó contrario, igualmente tranquilo y contento; porque no quiere ni desea sino solamente el cumplimiento de la voluntad divina.

Por esta causa, hija mia, debes estar siempre muy recogida en tí misma, procurando dirigir todas tus acciones á un fin tan excelente y tan noble: y si alguna vez, pidiéndolo así la disposicion interior de tu alma, te movieres á obrar bien por el temor de las penas del infierno, ó por la esperanza de la gloria, podrás tambien en esto proponerte por último fin el agrado y voluntad de Dios, que quiere que no te pierdas ni te condenes, sino que entres en la posesion de la bienaventuranza de su gloria.

No se puede fácilmente decir ni comprender cuán eficaz y poderosa es la virtud de este motivo; pues cualquiera accion,

aunque sea vilísima en sí misma, si se hace puramente por Dios, es de mayor excelencia y precio que infinitas otras, aunque sean de mucho valor y mérito en sí mismas, si se obran con otro fin. De este principio nace, que una pequeña limosna dada á un pobre por sola la honra y gloria de Dios, es sin comparacion mas agradable á sus ojos, que si con otro fin nos despojásemos de todos nuestros bienes, aunque nos moviésemos á esto por la esperanza de los bienes del cielo: bien que este movimiento sea muy loable en sí mismo, y digno de que nos lo propongamos.

Este santo ejercicio de hacer todas nuestras obras con solo el fin de agradar á Dios, te parecerá difícil en los principios; pero con el tiempo se te hará no solamente fácil, sino gustoso si te acostumbras á buscar á Dios, y á desearlo con los mas vivos afectos del corazon, como á tu único y perfectísimo bien, que por sí mismo merece que todas las criaturas lo busquen, lo sirvan y lo amen sobre todas las cosas.

Y advierte, hija mia, que cuanto mas continua y profundamente entrarás en la consideracion de su mérito infinito, tanto mas tiernos y frecuentes serán los afectos de tu corazon á este divino objeto, y por este medio adquirirás mas fácil y brevemente la costumbre de dirigir todas tus acciones á su honor y gloria.

Últimamente te aviso, que para adquirir un motivo tan excelente y elevado, se lo pidas con oracion importuna á Dios, y consideres los innumerables beneficios que te ha hecho y te hace continuamente por puro amor y sin algun interés suyo.

CAPÍTULO XI.

De algunas consideraciones que mueven la voluntad á querer en todas las cosas el agrado de Dios.

Para inclinar mas fácilmente tu voluntad á querer en todas las cosas el agrado y honra de Dios, deberás considerar que su bondad infinita te ha prevenido con sus beneficios y misericordias, amándote, honrándote y obligándote en diversos modos.

En la creacion, formándote de nada á su imágen y semejanza, y dando el ser á todas las demás criaturas para que te sirvan. (*Genes.* I). En la redencion, enviando no un Ángel, sino su unigénito Hijo (*Hebræor.* I, 2. — *I Joan.* IV, 9), para rescatarte, no á precio de plata ni de oro, que son cosas corruptibles, sino de su propia sangre. (*I Petr.* I). En la Eucaristía, ofreciéndote en este inefable y augusto Sa-

cramento el cuerpo de su Unigénito amado en comida y alimento de vida eterna. (*Joan.* VI).

Despues de esto, no hay hora ni momento en que no te conserve y te proteja contra el furor y envidia de tus enemigos, y en que no combata por tí con su divina gracia. ¿No son estas, hija mia, señales y pruebas evidentes del amor que te tiene este inmenso y soberano Dios?

¿Quién podrá comprender hasta dónde llega la estimacion y aprecio que esta Majestad infinita hace de nuestra vileza y miseria, y hasta dónde debe llegar nuestra gratitud y reconocimiento con un Señor tan alto y liberal, que ha obrado y obra por nosotros cosas tan grandes y maravillosas?

Si los grandes de la tierra se juzgan obligados á honrar á los que los honran, aunque sean de humilde condicion, ¿qué deberá hacer nuestra vileza con el soberano Rey del universo, que nos da tantas señales de su amor y de su estimacion?

Sobre todo, hija mia, debes considerar y tener siempre en la memoria, que esta Majestad infinita merece por sí misma que la amemos, la honremos y sirvamos puramente por agradarle.

CAPÍTULO XII.

Que en el hombre hay muchas voluntades que se hacen continuamente guerra.

Dos voluntades se hallan en el hombre: la una superior, la otra inferior: la primera llamamos comunmente razon: á la segunda damos nombre de apetito de carne, de sentido y de pasion; pero como, hablando propiamente, el ser del hombre consiste principalmente en la razon, cuando queremos alguna cosa con los primeros movimientos del apetito sensitivo, no se entiende que verdaderamente la queremos, si despues no la quiere y no la abraza la voluntad superior.

Por esta causa toda nuestra guerra espiritual consiste en que la voluntad superior y racional, estando como en medio de la voluntad divina y de la voluntad inferior, que es el apetito sensitivo, se halla igualmente combatida de la una y de la otra; porque Dios de una parte, y la carne de la otra, la solicitan continuamente, procurando cada una atraerla á sí, y sujetarla á su obediencia.

Esto causa una pena indecible á los que habiendo contraido malos hábitos en su juventud, se resuelven finalmente á mudar de vida, y á romper las cadenas que los tienen en la esclavitud del mundo y de la carne, para consagrarse enteramente al servicio de Dios; porque entonces su voluntad superior se halla poderosamente combatida á un mismo tiempo de la voluntad divina y del apetito sensitivo, y son tan fuertes y tan violentos los golpes que recibe de una y de otra parte, que no puede resistirlos sin mucha pena y trabajo.

No padecen este combate y lucha inte-

rior los que se han habituado ya en la virtud ó en el vicio, y quieren vivir siempre de la manera que han vivido; porque las almas habituadas en la virtud se conforman fácilmente con la voluntad de Dios; y las que ha corrompido el vicio ceden sin resistencia á la sensualidad.

Pero ninguno presuma que podrá adquirir las verdaderas virtudes, y servir á Dios como conviene, si no se determina generosamente á hacerse fuerza y violencia á sí mismo, y á sufrir y vencer la pena y contradiccion que se siente en renunciar no solamente á los mayores placeres del mundo, sino tambien á los mas pequeños, á que antes tenia pegado el corazon con afecto terreno.

De aquí procede ordinariamente que sean tan pocos los que llegan á un alto grado de perfeccion; porque despues de haber sujetado los mayores vicios, y vencido las mayores dificultades, pierden el ánimo, y no quieren continuar en hacerse fuerza á sí mismos, bien que no tengan ya que soste-

ner sino muy fáciles y ligeros combates para destruir algunas flacas reliquias de su propia voluntad, y sujetar algunas pequeñas pasiones, que fortificándose de dia en dia mas, se apoderan finalmente de su corazon.

Entre estos se hallan muchos, por ejemplo, que si bien no roban los bienes ajenos, aman no obstante apasionadamente los propios: si no procuran con medios ilícitos los honores del mundo, no los aborrecen como deberian, ni dejan de desearlos, y algunas veces de pretenderlos por otros caminos que juzgan legítimos: guardan rigurosamente los ayunos de obligacion; pero no quieren mortificar la gula, absteniéndose de manjares exquisitos y delicados: son castos y continentes; pero no dejan ciertas conversaciones y pláticas de su gusto, que son de grande impedimento para los ejercicios de la vida espiritual, y para la íntima union con Dios.

Como estas conversaciones y pláticas son peligrosas para todo género de personas,

y principalmente para los que no temen las consecuencias funestas, conviene que cada uno ponga particular cuidado en evitarlas; porque de otra manera será imposible que no haga todas sus obras con tibieza de espíritu, y que no mezcle en ellas muchos intereses, imperfecciones y defectos ocultos, y una vana estimacion de sí mismo, y deseo desordenado de ser aplaudido del mundo.

Los que se descuidan en este punto, no solamente no hacen algun progreso en el camino de la perfeccion, sino que retroceden con evidente peligro de recaer en sus vicios antiguos, porque no aman ni buscan la verdadera virtud, ni agradecen el beneficio que el Señor les hizo en librarlos de la tiranía del demonio; y no conociendo como ignorantes y ciegos el infeliz y peligroso estado en que se hallan, viven siempre en una falsa paz y en una seguridad engañosa.

Aquí debes observar, hija mia, una ilusion tanto mas digna de temerse, cuan-

to es mas difícil de descubrirse. Muchos de los que se entregan á la vida espiritual, amándose con exceso á sí mismos (si es que puede decirse que se aman á sí mismos) eligen los ejercicios que se conforman mas con su gusto, y dejan los que se oponen á sus propias y naturales inclinaciones y apetitos sensuales, contra los cuales deberian emplear todas sus fuerzas en este espiritual combate. Por esto, hija mia, te exhorto á que te enamores de las penas y dificultades que ocurren en el camino de la perfeccion; porque cuanto fueren mayores los esfuerzos que hicieres para vencer las primeras dificultades de la virtud, será mas pronta y segura la victoria; y si te enamorares mas de las dificultades y penas del combate, que de la victoria misma, y de los frutos de la victoria, que son las virtudes, conseguirás mas breve y seguramente lo que pretendes.

CAPÍTULO XIII.

Del modo de combatir la sensualidad, y de los actos que debe hacer la voluntad para adquirir el hábito de las virtudes.

Siempre que la voluntad superior y racional fuere combatida por una parte de la inferior y sensual, y por otra de la divina, es necesario que te excites de muchas maneras para que prevalezca enteramente en tí la voluntad divina, y consigas la palma y la victoria.

Primeramente, cuando los primeros movimientos del apetito sensitivo se levantaren contra la razon, procurarás resistirlos valerosamente, á fin de que la voluntad superior no los consienta.

Lo segundo, cuando hubieren ya cesado estos movimientos, los excitarás de nuevo en tí, para reprimirlos con mayor ímpetu y fuerza.

Despues podrás llamarlos á tercera ba-

talla para acostumbrarte á propulsarlos con un generoso menosprecio.

Pero advierte, hija mia, que en estos dos modos de excitar en tí las propias pasiones y apetitos desordenados, no tienen lugar los estímulos y movimientos de la carne, de que hablarémos en otra parte.

Últimamente, conviene que formes actos de virtud contrarios á todas las pasiones que pretendes vencer y sujetar. Por ejemplo: tú te hallas por ventura combatida de los movimientos de la impaciencia; si procuras entonces recogerte en tí misma, y consideras lo que pasa en tu interior, verás sin duda que estos movimientos que nacen y se forman en el apetito procuran introducirse en tu voluntad, y ganar la parte superior de tu alma.

En este caso, hija mia, conforme al primer aviso que te he dado, deberás hacer todo el esfuerzo posible para detener el curso de estos movimientos, á fin de que tu voluntad no llegue jamás á consentirlos, y no te retires del combate hasta tanto que

tu enemigo vencido y postrado se sujete á la razon.

Pero repara en el artificio y malicia del demonio. Cuando este espíritu maligno ve que resistimos valerosamente alguna pasion violenta, no solamente deja de excitarla y moverla en nuestro corazon: pero si la halla ya encendida, procura extinguirla por algun tiempo, á fin de impedir que adquiramos con una firme consistencia la virtud contraria, y de hacernos caer despues en los lazos de la vanagloria, dándonos á entender con destreza, que como valientes y generosos soldados hemos triunfado en poco tiempo de nuestro enemigo. Por esta causa, hija mia, conviene que en este caso pases al segundo combate, reduciendo á tu memoria y despertando de nuevo en tu corazon los pensamientos que fueron causa de tu impaciencia; y apenas hubieren excitado algun movimiento en la parte inferior, procurarás emplear todos los esfuerzos de la voluntad para reprimirlos.

Pero como muchas veces sucede, que despues de haber hecho grandes esfuerzos para resistir y rechazar los asaltos del enemigo, con la reflexion de que esta resistencia es agradable á Dios, no estamos seguros ni libres del peligro de ser vencidos en una tercera batalla; por esto conviene que entres tercera vez en el combate contra el vicio que pretendes vencer y sujetar, y concibas contra él no solamente aversion y menosprecio, sino abominacion y horror.

En fin, para adornar y perfeccionar tu alma con los hábitos de las virtudes has de producir muchos actos interiores, que sean directamente contrarios á tus pasiones desordenadas. Por ejemplo: si quieres adquirir perfectamente el hábito de la paciencia, cuando alguno menospreciándote te diere ocasion de impaciencia, no basta que te ejercites en los tres combates de que hemos hablado para vencer la tentacion; es necesario, además de esto, que ames el menosprecio y ultraje que recibiste; que de-

sees recibir de nuevo de la misma persona la misma injuria, y finalmente, que te propongas sufrir mayores y mas sensibles ultrajes y menosprecios.

La razon por que no podemos perfeccionarnos en la virtud sin los actos que son contrarios al vicio que deseamos corregir, es porque todos los demás actos, por muy frecuentes y eficaces que sean, no son capaces de extirpar la raíz que produce aquel vicio. Así, por no mudar de ejemplo, aunque no consientas á los movimientos de la ira y de la impaciencia, cuando recibes alguna injuria, mas antes bien los resistas y los combatas con las armas de que hemos hablado; persuádete, hija mia, que si no te acostumbrar á amar el oprobio, y á gloriarte de las injurias y menosprecios, no llegarás jamás á desarraigar de tu corazon el vicio de la impaciencia, que no nace de otra causa en nosotros que de un temor excesivo de ser menospreciados del mundo, y de un deseo ardiente de ser estimados: porque, en fin, mientras esta viciosa raíz

se conservare viva en tu alma, brotará siempre, y enflaqueciendo de dia en dia tu virtud, llegará con el tiempo á oprimirla de manera, que te hallarás en un continuo peligro de caer en los desórdenes pasados.

No esperes, pues, obtener jamás el verdadero hábito de las virtudes, si con repetidos y frecuentes actos de las mismas virtudes no destruyes los vicios que les son directamente opuestos. Digo con actos repetidos y frecuentes; porque así como se requieren muchos pecados para formar el hábito vicioso, así tambien se requieren muchos actos de virtud para producir y formar un hábito santo y perfecto, y enteramente incompatible con el vicio. Y añado que se requiere mayor número de actos buenos para formar el hábito de la virtud, que de actos pecaminosos para formar el del vicio; porque los hábitos de la virtud no son ayudados como los del vicio de la naturaleza corrompida y viciada por el pecado.

Demás de esto te advierto, que si la virtud, en que deseas ejercitarte, no puede adquirirse sin algunos actos exteriores conformes á los interiores, como sucede en el ejemplo ya propuesto de la paciencia, debes no solamente hablar con amor y dulzura al que te hubiere ofendido y ultrajado, sino tambien servirlo, agasajarlo y favorecerlo en lo que pudieres: y aunque estos actos, ya interiores, ó ya exteriores, sean acompañados de tanta debilidad y flaqueza de espíritu, que te parezca que los haces contra tu voluntad, no obstante no dejes de continuarlos; porque aunque sean muy débiles y flacos, te mantendrán firme y constante en la batalla, y te servirán de un socorro eficaz y poderoso para alcanzar la victoria.

Vela, pues, hija mia, con atencion y cuidado sobre tu interior, y no contentándote con reprimir los movimientos mas fuertes y violentos de las pasiones, procura sujetar tambien los mas pequeños y leves; porque estos sirven ordinariamente

de disposicion para los otros, de donde nacen finalmente los hábitos viciosos. Por la negligencia y descuido que han tenido algunos en mortificar sus pasiones en cosas fáciles y ligeras, despues de haberlas mortificado en las mas difíciles y graves, se han visto, cuando menos lo imaginaban, mas poderosamente asaltados de los mismos enemigos, y vencidos con mayor daño.

Tambien te advierto, que atiendas á mortificar y quebrantar tus apetitos en las cosas que fueren lícitas, pero no necesarias; porque de esto te seguirán grandes bienes, pues podrás vencerte mas fácilmente en los demás apetitos desordenados: te harás mas experta y fuerte en las tentaciones: te librarás mejor de los engaños y lazos del demonio, y agradarás mucho al Señor. Yo te digo, hija mia, lo que siento; no dejes de practicar estos santos ejercicios que te propongo, y de que verdaderamente necesitas para la reformacion de tu vida interior; pues si los practicares, yo te aseguro que alcanzarás muy en breve una

gloriosa victoria de tí misma, harás en poco tiempo grandes progresos en la virtud, y vendrás á ser sólida y verdaderamente espiritual.

Pero obrando de otra suerte y siguiendo otros ejercicios, aunque te parezcan muy excelentes y santos, y experimentes con ellos tantas delicias y gustos espirituales que juzgues que te hallas en perfecta union y dulces coloquios con el Señor, ten por constante y cierto que no alcanzarás jamás virtud ni verdadero espíritu; porque el verdadero espíritu, como dijimos en el capítulo I, no consiste en los ejercicios deleitables, y que lisonjean á la naturaleza, sino en los que lo crucifican con sus pasiones y deseos desordenados. De esta manera, renovado el hombre interiormente con los hábitos de las virtudes evangélicas, viene á unirse íntimamente con su Criador y su Salvador crucificado.

Es tambien indubitable y cierto, que así como los hábitos viciosos se forman en nosotros con repetidos y frecuentes actos de la

voluntad superior, cuando cede á los apetitos sensuales; así las virtudes cristianas se adquieren con repetidos y frecuentes actos de la voluntad, cuando se conforma con la de Dios, que excita y llama continuamente al alma, ya á una virtud, ya á otra. Como la voluntad, pues, no puede ser viciosa y terrena por grandes esfuerzos que haga el apetito inferior para corromperla, si no consiente; así no puede ser santa y unirse con Dios por fuertes y eficaces que sean las inspiraciones de la divina gracia que la excitan y llaman, si no coopera no solamente con los actos interiores, sino tambien con los exteriores si fuere necesario.

CAPÍTULO XIV.

De lo que se debe hacer cuando la voluntad superior parece vencida de la inferior, y de otros enemigos.

Si alguna vez te pareciere que tu voluntad superior se halla muy flaca para resistir á la inferior, y á otros enemigos, porque no sientes en tí ánimo y resolucion bastante para sostener sus asaltos, no dejes de mantenerte firme y constante en la batalla, ni abandones el campo; porque has de persuadirte siempre á que te hallas victoriosa, mientras no reconocieres claramente que cediste y te dejaste vencer y sujetar; pues así como nuestra voluntad superior no necesita del consentimiento del apetito inferior para producir sus actos, así aunque sean muy violentos y fuertes los asaltos con que la combatiere este enemigo doméstico, conserva siempre el uso

de su libertad, y no puede ser forzada á ceder y consentir si ella misma no quiere; porque el Criador le ha dado un poder tan grande y un imperio tan absoluto, que aunque todos los sentidos, todos los demonios y todas las criaturas conspirasen juntamente contra ella para oprimirla y sujetarla, no obstante podria siempre querer ó no querer con libertad lo que quiere ó no quiere tantas veces, y por tanto tiempo, en el modo y para el fin que mas le agradase.

Pero si alguna vez estos enemigos te asaltasen y combatiesen con tanta violencia que tu voluntad ya oprimida y cansada no tuviese vigor ni espíritu para producir algun acto contrario, no pierdas el ánimo ni arrojes las armas; mas sirviéndote en este caso de la lengua, te defenderás, diciendo: *No me rindo, no quiero ni consiento,* como suelen hacer los que hallándose ya oprimidos, sujetos y dominados de su enemigo, no pudiendo con la punta de la espada, lo hicieron con el pomo: y así como

estos desasiéndose con industria de su contrario se retiran algunos pasos para volver sobre su enemigo y herirlo mortalmente, así tú procurarás retirarte al conocimiento de tí misma que nada puedes, y animada de una generosa confianza en Dios, que lo puede todo, te esforzarás á combatir y vencer la pasion que te domina, diciendo entonces: *Ayudadme, Señor, ayudadme, Dios mio: no abandoneis á vuestra sierva, no permitais que yo me rinda á la tentacion.*

Podrás tambien, si el enemigo te diere tiempo, ayudar la flaqueza de la voluntad llamando en su socorro al entendimiento, y fortificándola con diversas consideraciones que sean propias para darla aliento y animarla al combate; como, por ejemplo, si hallándote afligida de alguna injusta persecucion ó de otro trabajo, te sintieses de tal suerte tentada y combatida de la impaciencia, que tu voluntad no pudiese ni quisiese sufrir cosa alguna, procurarás esforzarla y ayudarla con la con-

sideracion de los puntos siguientes, ó de otros semejantes.

Primeramente, considera si mereces el mal que padeces, y si tú misma diste la ocasion y el motivo; pues si te hubiere sucedido por culpa tuya, la razon pide que toleres y sufras pacientemente una herida que tú misma te has hecho con tus propias manos.

2. Mas cuando no tengas alguna culpa en tu daño, vuelve los ojos y el pensamiento á tus desórdenes pasados, de que todavía no te ha castigado la divina justicia, ni tú has hecho la debida penitencia; y viendo que Dios por su misericordia te trueca el castigo que habia de ser, ó mas largo en el purgatorio, ó eterno en el infierno, en otro mas ligero y mas breve, recíbelo no solamente con paciencia sino tambien con alegría y con rendimiento de gracias.

3. Pero si te pareciere que has hecho mucha penitencia, y que has ofendido poco á Dios (cosa que debe estar siempre muy léjos de tu pensamiento) deberás

considerar que en el reino de los cielos no se entra sino por la puerta estrecha de las tribulaciones y de la cruz. (*Actor.* XIV, 21).

4. Considera asimismo, que aun cuando pudieses entrar por otra puerta, la ley sola del amor deberia obligarte á escoger siempre la de las tribulaciones, por no apartarte un punto de la imitacion del Hijo de Dios y de todos sus escogidos, que no han entrado en la bienaventuranza de la gloria sino por medio de las espinas y tribulaciones.

5. Mas lo que principalmente debes mirar y atender así en esta como en cualquiera otra ocasion es la voluntad de Dios, que por el amor que te tiene se deleita y complace indeciblemente de verte hacer actos heróicos de virtud, y corresponder á su amor con estas pruebas de tu valor y fidelidad. Y ten por cierto, que cuanto mas grave fuere la persecucion que padeces, y mas injusta de parte de su autor, tanto mas estimará el Señor tu fidelidad y cons-

tancia, viendo que en medio de tus aflicciones adoras sus juicios y te sujetas á su providencia, en la cual todos los sucesos, aunque nos parezcan muy desordenados, tienen regla y órden perfectísimo.

CAPÍTULO XV.

De algunas advertencias importantes para saber en qué modo se ha de pelear, contra qué enemigos se debe combatir, y con qué virtud pueden ser vencidos.

Ya has visto, hija mia, el modo con que debes combatir para vencerte á tí misma, y adornarte de las virtudes. Ahora conviene que sepas que para conseguir mas fácil y prontamente la victoria, no te basta combatir y mostrar tu valor una sola vez; mas es necesario que vuelvas cada dia á la batalla, y renueves el combate principalmente contra el amor propio, hasta tanto que vengas á mirar como preciosos y amables todos los desprecios y disgustos que pudieren venirte del mundo.

Por la inadvertencia y descuido que se tiene comunmente en este combate, sucede muchas veces que las victorias son difíciles, imperfectas, raras y de poca duracion.

Por esta causa te aconsejo, hija mia, que pelees con esfuerzo y resolucion, y que no te excuses con el pretexto de tu flaqueza natural; pues si te faltan las fuerzas, Dios te las dará como se las pidas.

Considera, además de esto, que si es grande la multitud y el furor de tus enemigos, es infinitamente mayor la bondad de Dios y el amor que te tiene; y que son mas los Ángeles del cielo y las oraciones de los Santos que te asisten y combaten en tu defensa. Estas consideraciones han animado de tal suerte á muchas mujeres sencillas y flacas, que han podido vencer toda la sabiduría del mundo, resistir á todos los atractivos de la carne, y triunfar de todas las fuerzas del infierno.

Por esta causa no debes desmayar jamás, ó perder el ánimo en este combate, aunque te parezca que los esfuerzos de tantos enemigos son difíciles de vencer, que la guerra no tendrá fin sino con tu vida, y que te hallas de todas partes amenazada de una ruina cási inevitable; porque es bien que

sepas que ni las fuerzas ni los artificios de nuestros enemigos pueden hacernos algun daño sin la permision de nuestro divino Capitan por cuyo honor se combate, el cual nos exhorta y llama á la pelea; y no solamente no permitirá jamás que los que conspiran á tu perdicion logren su intento, mas antes bien combatirá por tí, y cuando será de su agrado te dará la victoria con grande fruto y ventaja tuya, aunque te la dilate hasta el último dia de tu vida.

Lo que desea, hija mia, y pide únicamente de tí, es que combatas generosamente, y que aunque salgas herida muchas veces no dejes jamás las armas ni huyas de la batalla. Finalmente, para excitarte á pelear con resolucion y constancia, considerarás que esta guerra es inevitable, y que es forzoso ó pelear ó morir; porque tienes que luchar contra enemigos tan furiosos y obstinados que no podrás tener jamás paz, ni tregua con ellos.

CAPÍTULO XVI.

Del modo en que el soldado de Cristo debe presentarse al combate por la mañana.

La primera cosa que debes hacer cuando despiertas es abrir los ojos del alma, y considerarte como en un campo de batalla en presencia de tu enemigo y en la necesidad forzosa, ó de combatir ó de perecer para siempre. Imagínate que tienes delante de tus ojos á tu enemigo; esto es, al vicio ó pasion desordenada que deseas domar y vencer, y que este mónstruo furioso viene á arrojarse sobre tí para oprimirte y vencerte. Represéntate al mismo tiempo que tienes á tu diestra á tu invencible capitan Jesucristo acompañado de María y de José, y de muchos escuadrones de Ángeles y bienaventurados particularmente, y del glorioso arcángel san Miguel; y á la siniestra á Lucifer con sus ministros, resueltos á sostener con todas sus fuerzas la pasion ó

vicio que pretendes combatir, y á usar de todos los artificios y engaños que caben en su malicia para rendirte.

Asimismo te imaginarás que oyes en el fondo de tu corazon una secreta voz de tu Ángel custodio que te habla de esta suerte: Este es el dia en que debes hacer los últimos esfuerzos para vencer este enemigo, y todos los demás que conspiran á tu perdicion y ruina: ten ánimo y constancia: no te dejes vencer de algun vano temor ó respeto; porque tu capitan Jesucristo está á tu lado con todos los escuadrones del ejército celestial para defenderte contra todos los que te hacen guerra, y no permitirá que prevalezcan contra tí sus fuerzas ni sus artificios. Procura estar firme y constante: hazte fuerza y violencia, y sufre la pena que sintieres en violentarte y vencerte. Da voces al Señor desde lo mas íntimo de tu corazon: invoca continuamente á Jesús y María: pide á todos los Santos y bienaventurados que te socorran y assistan; y no dudes que alcanzarás la victoria.

Aunque seas flaca y estés mal habituada, y tus enemigos te parezcan formidables por su número y por sus fuerzas, no temas; porque los escuadrones que vienen del cielo para tu socorro y defensa son mas fuertes y numerosos que los que envia el infierno para quitarte la vida de la gracia. El Dios que te ha criado y redimido es todopoderoso, y tiene sin comparacion mas deseo de salvarte que el demonio de perderte.

Pelea, pues, con valor, y entra desde luego con esfuerzo y resolucion en el empeño de vencerte y mortificarte á tí misma; porque de la continua guerra contra tus malas inclinaciones y hábitos viciosos, ha de nacer finalmente la victoria, y aquel gran tesoro con que se compra el reino de los cielos, donde el alma se une para siempre con Dios. Empieza, pues, hija mia, á combatir en el nombre del Señor, teniendo por espada y por escudo la desconfianza de tí misma, la confianza en Dios, la oracion y el ejercicio de tus potencias.

Asistida de estas armas provocarás á la batalla á tu enemigo, esto es, aquella pasion ó vicio dominante que hubieres resuelto combatir y vencer, ya con un generoso menosprecio, ya con una firme resistencia, ya con actos repetidos de la virtud contraria, ya finalmente con otros medios que te inspirará el cielo para exterminarlo de tu corazon. No descanses ni dejes la pelea hasta que lo hayas domado y vencido enteramente; y merecerás por tu constancia la corona de las manos de Dios, que con toda la Iglesia triunfante estará mirando desde el cielo tu combate.

Vuelvo á advertirte, hija mia, que no desistas ni ceses de combatir, atendiendo á la obligacion que tenemos de servir y agradar á Dios, y á la necesidad de pelear; pues no podemos excusar la batalla, ni salir de ella sin quedar muertos ó heridos. Considera que cuando como rebelde quisieses huir de Dios y darte á las delicias de la carne, te seria forzoso á tu pesar el combatir con infinitas contrariedades, y

sufrir grandes amarguras y penas para satisfacer á tu sensualidad y á tu ambicion. ¿No seria una terrible locura elegir y abrazar penas y afanes que nos inducen y llevan á mayores penas y afanes, y aun á los tormentos eternos, y huir de algunas ligeras tribulaciones que se acaban presto, y nos encaminan y guian á una eterna felicidad, y nos aseguran el ver á Dios y gozarle para siempre?

CAPÍTULO XVII.

Del órden que se debe guardar en el combate contra las pasiones y vicios.

Importa mucho, hija mia, que sepas el órden que se debe guardar para combatir como se debe y no acaso por costumbre como hacen muchos, que por esta causa pierden todo el fruto de su trabajo.

El órden de combatir contra tus vicios y malas inclinaciones es recogerte dentro de tí misma, á fin de examinar con cuidado cuáles son ordinariamente tus deseos y tus aficiones, y reconocer cuál es la pasion que reina en tu corazon : y á esta particularmente has de declarar la guerra como á tu mayor enemigo. Pero si el maligno espíritu, haciendo diversion, te asaltare por otra pasion ó vicio, deberás entonces acudir sin tardanza á donde fuere mayor y mas urgente la necesidad, y volverás despues á tu primera empresa.

CAPÍTULO XVIII.

De qué manera deben reprimirse los movimientos repentinos de las pasiones.

Si no estuvieres acostumbrada á reparar y resistir los golpes repentinos de las injurias, afrentas y demás penas de esta vida, conseguirás esta costumbre, previéndolas con el discurso y preparándote de léjos á recibirlas.

El modo de preverlas es, que despues de haber examinado la calidad y naturaleza de tus pasiones, consideres las personas con quienes tratas, y los lugares y ocasiones donde te hallas ordinariamente; y de aquí podrás fácilmente conjeturar todo lo que puede sucederte.

Pero si bien en cualquiera accidente imprevisto te aprovechará mucho el haberte precaucionado contra semejantes motivos y ocasiones de mortificacion y pena,

podrás no obstante servirte tambien de este otro medio.

Apenas empezares á sentir los primeros golpes de alguna injuria, ó de cualquiera otra afliccion, procura levantar tu espíritu á Dios, considerando que este accidente es un golpe del cielo que su misericordia te envia para purificarte y para unirte mas estrechamente á sí: y despues que hayas reconocido que su bondad inefable se deleita y complace infinitamente de verte sufrir con alegría las mayores penas y adversidades por su amor, vuelve sobre tí misma, y reprendiéndote dirás: *¡Oh cuán flaca y cobarde eres! ¿por qué no quieres tú sufrir y llevar una cruz, que te envia, no esta, ó aquella persona, sino tu Padre celestial?* Despues mirando la cruz abrázala, y recíbela no solamente con sumision, sino con alegría, diciendo: *¡Oh cruz que el amor de mi Redentor crucificado me hace mas dulce y apetecible que todos los placeres de los sentidos! Úneme desde hoy estrechamente contigo, para que por tí yo pueda*

unirme estrechamente con el que me ha redimido, muriendo entre tus brazos.

Pero si prevaleciendo en tí la pasion en los principios, no pudieres levantar el corazon á Dios, y te sintieres herida, no por esto desmayes, ni dejes de hacer todos los esfuerzos posibles para vencerla, implorando el socorro del cielo.

Despues de todo esto, hija mia, el camino mas breve y seguro para reprimir y sujetar estos primeros movimientos de las pasiones es quitar la causa de donde proceden. Por ejemplo: si por tener puesto tu afecto en alguna cosa de tu gusto, observas que te turbas, te enojas y te inquietas cuando te tocan en ella, procura desnudarte de este afecto y gozarás de un perfecto reposo.

Mas si la inquietud que sientes procede, no de amor desreglado á algun objeto de tu gusto, sino de aversion natural á alguna persona, cuyas menores acciones te ofenden y desagradan, el remedio eficaz y propio de este mal es que á pesar de tu anti-

patía te esfuerces á amar esta persona, no solamente porque es una criatura formada de la mano de Dios, y redimida con la preciosa sangre de Jesucristo de la misma suerte que tú, sino tambien porque sufriendo con dulzura y paciencia sus defectos, puedes hacerte semejante á tu Padre celestial, que con todos es generalmente benigno y amoroso. (*Matth.* v, 45).

CAPÍTULO XIX.

Del modo con que se debe combatir contra el vicio deshonesto.

Contra este vicio has de hacer la guerra de un modo particular, y con mayor resolucion y esfuerzo que contra los demás vicios. Para combatirlo como conviene, es necesario que distingas tres tiempos.

El primero, antes de la tentacion.

El segundo, cuando te hallares tentada.

El tercero, despues que se hubiere pasado la tentacion.

1. Antes de la tentacion tu pelea ha de ser contra las causas y personas que suelen ocasionar esta tentacion. Primeramente has de pelear no buscando ni acometiendo á tu enemigo, sino huyendo cuanto te sea posible de cualquiera cosa ó persona que te

pueda ocasionar el mas mínimo peligro de caer en este vicio: y cuando, ó la condicion de la vida comun, ó la obligacion del oficio particular, ó la caridad con el prójimo, te obligaren á la presencia y á la conversacion de tales objetos, procurarás contenerte severamente dentro de aquellos límites que hace inculpables la necesidad, usando siempre de palabras modestas y graves, y mostrando un aire mas sério y austero que familiar y afable.

No presumas de tí misma aunque en todo el discurso de tu vida no hayas sentido los penosos estímulos de la carne, porque el espíritu de la impureza suele hacer en una hora lo que no ha podido en muchos años. Muchas veces ordena y dispone ocultamente sus máquinas para herir con mayor ruina y estrago; y nunca es mas de recelar y de temer que cuando mas se disimula y da menos sospechas de sí.

La experiencia nos muestra cada dia que nunca es mayor el peligro que cuando se contraen ó se mantienen ciertas amistades

en que no se descubre algun mal, por fundarse sobre razones y títulos especiosos, ya de parentesco, ya de gratitud, ya de algun otro motivo honesto, ya sobre el mérito y virtud de la persona que se ama; porque con las visitas frecuentes y largos razonamientos se mezcla insensiblemente en estas amistades el venenoso deleite del sentido; y penetrando con un pronto y funesto progreso hasta la medula del alma, oscurece de tal suerte á la razon, que vienen finalmente á tenerse por cosas muy leves el mirar inmodesto, las expresiones tiernas y amorosas, las palabras libres, los donaires y los equívocos, de donde nacen tentaciones y caidas muy graves.

Huye, pues, hija, de la mas mínima sombra de este vicio, si quieres conservarte inocente y pura. No te fies de tu virtud, ni de las resoluciones ó propósitos que hubieres hecho de morir antes que ofender á Dios: porque si el amor sensual que se enciende en estas conversaciones dulces y frecuentes se apodera una vez de tu cora-

zon, no tendrás respeto á parentesco, por contentar y satisfacer tu pasion: serán inútiles y vanas todas las exhortaciones de tus amigos: perderás absolutamente el temor de Dios, y el fuego mismo del infierno no será capaz de extinguir tus llamas impuras. Huye, huye, si no quieres ser sorprendida y presa, y lo que mas es, perder la vida.

2. Huye de la ociosidad, procura vivir con cautela y ocuparte en pensamientos y en obras convenientes á tu estado.

3. Obedece con alegría á tus superiores y ejecuta con prontitud las cosas que te ordenaren, abrazando con mayor gusto las que te humillan y son mas contrarias á tu voluntad y natural inclinacion.

4. No hagas jamás juicio temerario del prójimo, principalmente en este vicio; y si por desgracia hubiere caido en algun desórden, y fuere manifiesta y pública su caida, no por eso le menosprecies ó le insultes: mas compadeciéndote de su flaqueza, procura aprovecharte de su caida humi-

llándote á los ojos de Dios, conociendo y confesando que no eres sino polvo y ceniza, implorando con humildad y fervor el socorro de su gracia, y huyendo desde entonces con mayor cuidado de todo comercio y comunicacion en que pueda haber la menor sombra de peligro.

Advierte, hija mia, que si fueres fácil y pronta en juzgar mal de hermanos y en despreciarlos, Dios te corregirá á tu costa permitiendo que caigas en las mismas faltas que condenas, para que así vengas á conocer tu soberbia, y humillada procures el remedio de uno y otro vicio.

Pero aunque no caigas en alguna de estas faltas, sabe, hija mia, que si continúas en formar juicios temerarios contra el prójimo, estarás siempre en evidente peligro de perecer.

Últimamente, en las consolaciones y gustos sobrenaturales que recibieres del Señor, guárdate de admitir en tu espíritu algun sentimiento de complacencia ó de vanagloria, persuadiéndote á que has llega-

do ya al colmo de la perfeccion, y que tus enemigos no se hallan ya en estado de hacerte guerra, porque te parece que los miras con menosprecio, aversion y horror; pues si en esto no fueres muy cauta y advertida, caerás con facilidad.

En cuanto al tiempo de la tentacion, conviene considerar si la causa de donde procede es interior ó exterior.

Por causa exterior entiendo la curiosidad de los ojos y de las orejas, la delicadeza y lujo de los vestidos, las amistades sospechosas y los razonamientos que incitan á este vicio.

La medicina en estos casos es el pudor y la modestia que tienen cerrados los ojos y las orejas á todos los objetos que son capaces de manchar la imaginacion; pero el principal remedio es la fuga, como dije.

La interior procede, ó de la vivacidad y lozanía del cuerpo, ó de los pensamientos de la mente que nos vienen de nuestros malos hábitos, ó de las sugestiones del demonio.

La vivacidad y lozanía del cuerpo se ha de mortificar con los ayunos, con las disciplinas, con los cilicios, con las vigilias y con otras austeridades semejantes; mas sin exceder los límites de la discrecion y de la obediencia.

Por lo que mira á los pensamientos, sea cual fuere la causa ó principio de donde nacieren, los remedios y preservativos son estos: la ocupacion en los ejercicios que son propios de tu estado, la oracion y meditacion.

La oracion se ha de hacer en esta forma: Apenas te vinieren semejantes pensamientos y empezares á sentir su impresion, procura luego recogerte dentro de tí misma, y poniendo los ojos en Jesucristo, le dirás: *¡Oh mi dulce Jesús, acudid prontamente á mi socorro para que yo no caiga en las manos de mis enemigos!* Otras veces, abrazando la cruz de donde pende tu Señor, besarás repetidas veces las sacratísimas llagas de sus piés, diciendo con fervor y confianza: *¡Oh llagas adorables! ¡Oh lla-*

gas infinitamente santas! imprimid vuestra figura en este impuro y miserable corazon, preservándome de vuestra ofensa.

La meditacion, hija mia, yo no quisiera que en el tiempo en que abundan las tentaciones de los deleites carnales, fuese sobre ciertos puntos que algunos libros espirituales proponen por remedios de semejantes tentaciones, como por ejemplo, el considerar la vileza de este vicio, su insaciabilidad, los disgustos y amarguras que le acompañan, y las ruinas que ocasiona en la hacienda, en el honor, en la salud y en la vida: porque no siempre este es medio seguro para vencer la tentacion, antes bien puede empeñarnos mas en el peligro; pues si el entendimiento de una parte arroja y desecha estos pensamientos, los excita y llama por otra, y pone á la voluntad en peligro de deleitarse con ellos y de consentir en el deleite.

Por esta causa el medio mas seguro para librarte y defenderte de tales pensamientos, es apartar la imaginacion, no sola-

mente de los objetos impuros, sino tambien de los que les son contrarios; porque esforzándote á repelerlos por los que les son contrarios, pensarás en ellos aunque no quieras, y conservarás sus imágenes. Conténtate, pues, en estos con meditar sobre la pasion de Jesucristo; y si mientras te ocupas en este santo ejercicio volvieren á molestarte y afligirte con mas vehemencia los mismos pensamientos, no por esto pierdas el ánimo ni dejes la meditacion, ni para resistirlos te vuelvas contra ellos, antes bien menospreciándolos enteramente como si no fuesen tuyos, sino del demonio, perseverarás constante en meditar con toda la atencion que te fuese posible sobre la muerte de Jesucristo; porque no hay medio mas poderoso para arrojar de nosotros el espíritu inmundo, aun cuando estuviese resuelto y determinado á hacernos perpétuamente la guerra.

Concluirás despues tu meditacion con esta peticion, ó con otra semejante: *¡ Oh Criador y Redentor mio! libradme de mis*

enemigos por vuestra infinita bondad, y por los méritos de vuestra sacratísima pasion. Pero guárdate mientras dijeres esto de pensar en el vicio de que deseas defenderte, porque la menor idea será peligrosa.

Sobre todo no pierdas el tiempo en disputar contigo misma para saber si consentiste ó no consentiste á la tentacion; porque este género de exámen es una invencion del demonio que con pretexto de un bien aparente ó de una obligacion quimérica pretende inquietarte y hacerte tímida y desconfiada, ó precipitarte en algun deleite sensual con estas imaginaciones impuras de que ocupa tu espíritu.

Todas las veces, pues, que en estas tentaciones no fuere claro el consentimiento, bastará que descubras brevemente á tu padre espiritual lo que supieres, quedando despues quieta y sosegada con su parecer, sin pensar mas en semejante cosa. Pero no dejes de descubrirle con fidelidad todo el fondo de tu corazon, sin ocultarle jamás alguna cosa, ó por vergüenza, ó por cual-

quiera otro respeto; porque si para vencer generalmente á todos nuestros enemigos es necesaria la humildad, ¿cuánta necesidad tendrémos de esta virtud para librarnos y defendernos de un vicio que es cási siempre pena y castigo de nuestro orgullo?

Pasado el tiempo de la tentacion, la regla que deberás guardar es esta: aunque goces de una profunda calma y de un perfecto sosiego, y te parezca que te hallas libre y segura de semejantes tentaciones, procura no obstante tener léjos de tu pensamiento los objetos que te las causaron, y no las permitas que vuelvan á entrar en tu espíritu con algun color ó pretexto de virtud, ó de otro bien imaginado; porque semejantes pretextos son engaños de nuestra naturaleza corrompida, y lazos del demonio que se transforma en ángel de luz *(II Cor.* XI, 14) para inducirnos en las tinieblas exteriores que son las del infierno.

CAPÍTULO XX.

Del modo de pelear contra el vicio de la pereza.

Importa mucho, hija mia, que hagas la guerra á la pereza, porque este vicio no solamente nos aparta del camino de la perfeccion, sino que nos pone enteramente en las manos de los enemigos de nuestra salud.

Si quieres no caer en la mísera servidumbre de este vicio, has de huir de toda curiosidad y afecto terreno, y de cualquiera ocupacion que no convenga á tu estado. Asimismo serás muy diligente en corresponder á las inspiraciones del cielo, en ejecutar las órdenes de tus superiores, y en hacer todas las cosas en el tiempo y en el modo que ellos desean.

No tardes ni un breve instante en cumplir lo que se te hubiere ordenado, porque

la primera dilacion ó tardanza ocasiona la segunda, y la segunda la tercera y las demás, á las cuales el sentido se rinde y cede mas fácilmente que á las primeras, por haberse ya aficionado al placer y dulzura del descanso; y así, ó la accion se empieza muy tarde, ó se deja como molesta y pesada.

De esta suerte viene á formarse en nosotros el hábito de la pereza, el cual es muy difícil de vencer, si la vergüenza de haber vivido en una suma negligencia y descuido no nos obliga al fin á tomar la resolucion de ser en lo venidero mas laboriosos y diligentes.

Pero advierte, hija mia, que la pereza es un veneno que se derrama en todas las potencias del alma, y que no solamente inficiona la voluntad, haciendo que aborrezca el trabajo, sino tambien el entendimiento, cegándole para que no vea cuán vanos y mal fundados son los propósitos de los negligentes y perezosos; pues lo que deberian hacer luego y con diligencia, ó

no lo hacen jamás, ó lo prolongan y dejan para otro tiempo.

Ni basta que se haga con prontitud la obra que se ha de hacer, sino que es necesario hacerla en el tiempo que pide la calidad y naturaleza de la misma obra, y con toda la diligencia y cuidado que conviene, para darle toda la perfeccion posible; porque, en fin, no es diligencia sino una pereza artificiosa y fina hacer con precipitacion las cosas, no cuidando de hacerlas bien, sino de concluirlas presto, para entregarnos despues al reposo en que teníamos fijo todo el pensamiento. Este desórden nace ordinariamente de no considerarse bastantemente el valor y precio de una buena obra, cuando se hace en su propio tiempo, y con ánimo resuelto á vencer todos los impedimentos y dificultades que opone el vicio de la pereza á los nuevos soldados que comienzan á hacer guerra á sus pasiones y vicios.

Considera, pues, hija mia, que una sola aspiracion, una oracion jaculatoria, una

reflexion, y la mayor demostracion de culto y de respeto á la Majestad divina, es de mayor precio y valor que todos los tesoros del mundo; y cada vez que el hombre se mortifica en alguna cosa, los Ángeles del cielo le fabrican una bella corona en recompensa de la victoria que ha ganado sobre sí mismo.

Considera, al contrario, que Dios quita poco á poco sus dones y gracias á los tibios y perezosos, y los aumenta á los fervorosos y diligentes, para hacerlos entrar despues en la alegría y gozo de su bienaventuranza.

Pero si en el principio no te sintieres con fuerza y vigor bastante para sufrir las dificultades y penas que se presentan en el camino de la perfeccion, es necesario que procures ocultártelas con destreza á tí misma, de suerte que te parezcan menores que suelen figurárselas los perezosos. Por ejemplo: si para adquirir una virtud necesitas de ejercitarte en repetidos y frecuentes actos y combatir con muchos y

poderosos enemigos que se oponen á tu intento, empieza á formar estos actos como si hubiesen de ser pocos los que has de producir; trabaja como si tu trabajo no hubiese de durar sino muy breve tiempo, y combate á tus enemigos el uno despues del otro, como si no tuvieses sino uno solo que combatir y vencer, poniendo toda tu confianza en Dios, y esperando que con el socorro de su gracia serás mas fuerte que todos ellos. Pues si obrares de esta suerte, vendrás á librarte del vicio de la pereza, y á adquirir la virtud contraria.

Lo mismo practicarás en la oracion. Si tu oracion debe durar una hora y te parece largo este tiempo, proponte solamente orar medio cuarto de hora, y pasando de este medio cuarto de hora á otro, no te será difícil ni penoso el llenar finalmente la hora entera. Pero si al segundo ó tercero medio cuarto de hora sintieres demasiada repugnancia y pena, deja entonces el ejercicio para no aumentar tu desabrimiento y disgusto; porque esta interrupcion no te

causará algun daño si despues vuelves á continuarlo.

Este mismo método has de observar en las obras exteriores y mentales. Si tuvieres diversas cosas que hacer, y por parecerte muchas y muy difíciles sientes inquietud y pena, comienza siempre por la primera con resolucion sin pensar en las demás, porque haciéndolo así con diligencia, vendrás á hacerlas todas con menos trabajo y dificultad de lo que imaginabas.

Si no procuras, hija mia, guardar esta regla, y no te esfuerzas á vencer el trabajo y dificultad que nace de la pereza, advierte que con el tiempo vendrá á prevalecer en tí de tal manera este vicio, que las dificultades y penas, que son inseparables de los primeros ejercicios de la virtud, no solamente te molestarán cuando están presentes, sino que desde luego te causarán disgusto y congojas, porque estarás siempre con un continuo temor de ser ejercitada y combatida de tus enemigos, y en la misma quietud vivirás inquieta y turbada.

Conviene, hija mia, qué sepas que en este vicio hay un veneno oculto que oprime y destruye no solamente las primeras semillas de las virtudes, sino tambien las virtudes que están ya formadas: y que como la carcoma roe y consume insensiblemente la madera, así este vicio roe y consume insensiblemente la medula de la vida espiritual; y por este medio suele el demonio tender sus redes y lazos á los hombres y particularmente á los que aspiran á la perfeccion.

Vela, pues, sobre tí misma dándote á la oracion y á las buenas obras, y no aguardes á tejer el paño de la vestidura nupcial para cuando ya habias de estar vestida y adornada de ella para salir á recibir el esposo. (*Matth.* XXII, XXV).

Acuérdate cada dia que quien te da la mañana no te promete la tarde; y que quien te da la tarde no te asegura la mañana. (*Véase en la* 2.ª *part. trat.* 4.° *capítulo* XIV).

Emplea santamente cada hora del dia

como si fuese la última; ocúpate toda en agradar á Dios, y teme siempre la estrecha y rigurosa cuenta que le has de dar de todos los instantes de tu vida.

Últimamente te advierto, que tengas por perdido aquel dia en que aunque hayas trabajado con diligencia y concluido muchos negocios, no hubieses alcanzado muchas victorias contra tu propia voluntad y malas inclinaciones, ni hubieres rendido gracias y alabanzas á Dios por sus beneficios; y principalmente por el de la dolorosa muerte que padeció por tí, y por el suave y paternal castigo que te da, si por ventura te hubiese hecho digna del tesoro inestimable de alguna tribulacion.

CAPÍTULO XXI.

Cómo debemos gobernar los sentidos exteriores, y servirnos de ellos para la contemplacion de las cosas divinas.

Grande advertencia y continuado ejercicio pide el gobierno y buen uso de los sentidos exteriores; porque el apetito sensitivo, de donde nacen todos los movimientos de la naturaleza corrompida, se inclina desenfrenadamente á los gustos y deleites, y no pudiendo adquirirlos por sí mismo, se sirve de los sentidos como de instrumentos propios y naturales para traer á sí los objetos, cuyas imágenes imprime en el alma: de donde se origina el placer sensual, que por la estrecha comunicacion que tienen entre sí el espíritu y la carne, derramándose desde luego en todos los sentidos que son capaces de aquel deleite, pasa despues á inficionar como un mal contagioso las

potencias del alma, y viene finalmente á corromper todo el hombre.

Los remedios con que podrás preservarte de un mal tan grave son estos:

Estarás siempre advertida y sobre aviso de no dar mucha libertad á tus sentidos, y de no servirte de ellos para el deleite, sino solamente para buen fin, ó por alguna necesidad ó provecho; y si por ventura, sin que tú lo adviertas, se derramaren á vanos objetos para buscar algun falso deleite, recógelos luego y réglalos de suerte que se acostumbren á sacar de los mismos objetos grandes socorros para la perfeccion del alma, y no admitir otras especies que las que puedan ayudarla para elevarse por el conocimiento de las cosas criadas á la contemplacion de las grandezas de Dios; lo cual podrás practicar en esta forma:

Cuando se presentare á tus sentidos algun objeto agradable, no consideres lo que tiene de material, sino míralo con los ojos del alma; y si advirtieres ó hallares en él alguna cosa que lisonjee y agrade á tus

sentidos, considera que no la tiene de sí, sino que la ha recibido de Dios, que con una mano invisible lo ha criado, y le comunica toda la bondad y hermosura que en él admiras.

Despues te alegrarás de ver que este Ser soberano é independiente, que es el único autor de tantas bellas calidades que te hechizan en las criaturas, las contiene todas en sí mismo con eminencia, y que la mas excelente no es mas que una sombra de sus infinitas perfecciones.

Cuando vieres ó contemplares alguna obra excelente y perfecta de tu Criador, considera su nada, y fija los ojos del entendimiento en el divino Artífice que la dió el ser, y poniendo en él solo toda tu alegría, le dirás: *¡Oh esencia divina, objeto de todos mis deseos y única felicidad mia, cuánto me alegro de que tú seas el principio infinito de todo el ser y perfeccion de las criaturas!*

De la misma suerte cuando vieres árboles, plantas, flores ó cosas semejantes,

considera que la vida que tienen no la tienen de sí, sino del espíritu que no ves y que las vivifica, y podrás decirle: *Vos sois, Señor, la verdadera vida, de quien, en quien y por quien viven y crecen todas las cosas. ¡Oh viva alegría de mi corazon!*

Asimismo de la vista de los animales levantarás el pensamiento á Dios que les ha dado el sentido y movimiento, y le dirás: *¡Oh gran Dios, que moviendo todas las cosas en el mundo, sois siempre inmóvil en Vos mismo! ¡Cuánto me alegro de vuestra perpétua estabilidad y firmeza!*

Cuando sintieres que se inclina tu afecto á la belleza de las criaturas, separa luego lo que ves de lo que no ves; deja el cuerpo, y vuelve el pensamiento al espíritu. Considera que todo lo que parece hermoso á tus ojos viene de un principio invisible, que es la hermosura increada, y te dirás á tí misma: *Estos no son sino destellos ó arroyuelos de aquella fuente increada, ó gotas de aquel piélago infinito de donde manan todos los bienes. ¡Oh cómo me alegro en*

lo íntimo del corazon pensando en la eterna belleza, que es orígen y causa de todas las bellezas criadas!

Cuando vieres alguna persona en quien resplandeciere la bondad, la sabiduría, la justicia ó alguna otra virtud, distingue igualmente lo que tiene de sí misma, de lo que ha recibido del cielo, y dirás á Dios: *¡Oh riquísimo tesoro de todas las virtudes! Yo no puedo explicar la alegría que siento cuando considero que no hay algun bien que no proceda de Vos, y que todas las perfecciones de las criaturas son nada en comparacion de las vuestras. Yo os alabo y bendigo, Señor, por este y por todos los demás bienes que os habeis dignado de comunicar á mi prójimo. Acordaos, Señor, de mi pobreza, y de la necesidad que tengo de tal y tal virtud.*

Cuando hicieres alguna cosa, considera que Dios es la primera causa de aquella obra, y que tú no eres sino un vil instrumento; y levantando el pensamiento á su divina Majestad, le dirás: *¡Oh soberano*

Señor del mundo! Yo reconozco con alegría indecible que sin Vos no puedo obrar cosa alguna, y que Vos sois el primero y principal artífice de todas.

Cuando comieres de alguna vianda que sea de tu gusto, harás esta reflexion, que solo el Criador es capaz de darle este gusto que hallas, y que te es tan agradable; y poniendo en él solo todas tus delicias, te dirás á tí misma: *Alégrate, alma mia, de que como fuera de Dios no hay verdadero ni sólido contento, así en solo Dios puedes verdaderamente deleitarte en todas las cosas.*

Cuando sintieres algun olor suave y agradable no te detengas en el deleite ó gusto que te causa; mas pasa con el pensamiento al Señor, de quien tiene su orígen aquella fragancia, y con una interior consolacion le dirás: *Haced, Dios y Señor mio, que así como yo me alegro que de Vos proceda toda suavidad, así mi alma desasida de los placeres sensuales no tenga cosa alguna que la impida el elevarse á Vos,*

como el humo de un agradable incienso.

Finalmente cuando oyeres alguna suave armonía de voces ó instrumentos, volviéndote con el espíritu á Dios, dirás: *¡Oh Señor Dios mio, cuánto me alegro de vuestras infinitas perfecciones, que unidas forman una admirable armonía y concierto, no solamente en Vos mismo, sino tambien en los Angeles, en los cielos y en todas las criaturas!*

CAPÍTULO XXII.

Cómo podrán ayudarnos las cosas sensibles para la meditacion de los misterios de la vida y pasion de Cristo Nuestro Señor.

Ya te he mostrado, hija mia, cómo podrás elevarte de la consideracion de las cosas sensibles á la contemplacion de las grandezas de Dios. Ahora quiero enseñarte el modo de servirte de estas mismas cosas para meditar y considerar los sagrados misterios de la vida y de la pasion de Jesucristo nuestro Redentor.

No hay cosa alguna en el universo que no pueda servirte para este efecto.

Considera en todas las cosas á Dios como única y primera causa que les ha dado el ser, la hermosura y la excelencia que tienen. Despues admirarás su bondad infinita; pues siendo único principio y señor

de todo lo criado, quiso humillar su dignidad y grandeza hasta hacerse hombre y vestirse de nuestras flaquezas, y sufrir una muerte afrentosa por nuestra salud, permitiendo que sus mismas criaturas le crucificasen.

Muchas cosas podrán representarte particular y distintamente estos santos misterios, como armas, cuerdas, azotes, columnas, espinas, cañas, clavos, tenazas, martillos, y otras cosas que fueron instrumentos de la sacratísima pasion.

Los pobres albergues nos reducirán á la memoria el establo (*Luc.* II) y pesebre en que quiso nacer el Señor. Si llueve podrémos acordarnos de aquella divina lluvia de sangre que en el huerto (*Idem,* XXII) salió de su sacratísimo cuerpo y regó la tierra. Las piedras que miráremos nos servirán de imágenes de las que se rompieron en su muerte. La tierra nos representará el movimiento que entonces hizo. (*Matth. c.* XXVII). El sol las tinieblas que lo oscurecieron. (*Marc.* XV, 33). Cuando viéremos

el agua podrémos acordarnos de la que salió de su sacratísimo costado (*Joan.* XIX, *v.* 34); y lo mismo digo de otras cosas semejantes.

Si bebieres vino ú otro licor, acuérdate de la hiel y vinagre (*Matth.* XXVII) que á tu divino Salvador presentaron sus enemigos. Si te deleitare la suavidad y fragancia de los perfumes, figúrate en tu imaginacion el hedor de los cuerpos muertos que sintió en el Calvario. Cuando te vistieres, considera que el Verbo eterno se vistió de nuestra carne para vestirnos de su divinidad. (*Philip.* II). Cuando te desnudares, imagínate que lo ves desnudo (*Matth. c.* XXVII) entre las manos de los verdugos para ser azotado y morir en la cruz por nuestro amor. Cuando oyeres algunos rumores ó gritos confusos, acuérdate de las voces abominables de los judíos, cuando amotinados contra el Señor gritaban que fuese crucificado (*Luc.* XXII.—*Joan.* XIX): *Tolle, tolle: crucifige, crucifige.*

Todas las veces que sonare el reloj para

dar las horas, te representarás la congoja, palpitacion y angustias mortales que sintió en su corazon Jesús en el huerto, cuando empezó á temer los crueles tormentos que se le preparaban; ó te figurarás que oyes los duros golpes de los martillos que los soldados le dieron cuando le clavaron en la cruz. En fin, en cualesquiera dolores y penas que padecieres ó vieres padecer á otro, considerarás que son muy leves en comparacion de las incomprensibles angustias que penetraron y afligieron el cuerpo y el alma de Jesucristo en el curso de su pasion.

CAPÍTULO XXIII.

De otros modos de gobernar nuestros sentidos segun las ocasiones que se ofrecieren.

Despues de haberte mostrado como podemos levantar nuestros espíritus de las cosas sensibles á las cosas de Dios, y á los misterios de la vida de Jesucristo, quiero tambien enseñarte otros modos de que podemos servirnos para diversas meditaciones, para que así como son diferentes los gustos de las almas, así tengan muchos y diversos manjares con que puedan satisfacer á su devocion. Esta variedad será de grande utilidad y provecho, no solamente para la personas sencillas, sino tambien para las mas espirituales; porque no todas van por un mismo camino á la perfeccion, ni tienen el espíritu igualmente pronto y dispuesto para las mas altas especulaciones.

No temas que tu espíritu se embarace y confunda con esta diversidad de cosas, si te gobiernas con la regla de la discrecion, y con el consejo de quien te guiare en la vida espiritual, cuya direccion deberás seguir siempre, así en estas como en todas las demás advertencias que te daré.

Siempre que mirares tantas cosas hermosas y agradables á la vista, y que están en el mundo en gran aprecio y estimacion, considera que todas son vilísimas y como de barro en comparacion de las riquezas y bienes celestiales, á que solamente (despreciando el mundo) debes aspirar de todo corazon.

Cuando miras el sol, imagina y piensa que tu alma, si se halla adornada de la gracia, es mas hermosa y resplandeciente que el sol y que todos los astros del firmamento; pero que sin el adorno y hermosura de la gracia es mas oscura y abominable que las mismas tinieblas del infierno.

Alzando los ojos corporales al cielo, pasa delante con los del entendimiento

hasta el empíreo, y considera que es lugar prevenido para tu feliz morada por una eternidad, si en este mundo vivieres cristianamente.

Cuando oyeres cantar los pájaros, acuérdate del paraíso, donde se cantan incesantemente á Dios himnos y cánticos de alabanza (*Apoc.* XIX); y pide al mismo tiempo al Señor que te haga digna de alabarle eternamente en compañía de los espíritus celestiales.

Cuando advirtieres que te deleita y hechiza la belleza de las criaturas, imagina que debajo de aquella hermosa apariencia se oculta la serpiente infernal, pronta á morderte para inficionarte con su veneno y quitarte la vida de la gracia, y con santa indignacion la dirás: *Huye, maldita serpiente, en vano te ocultas para devorarme.* Despues volviéndote á Dios, le dirás: *Bendito seais, Señor, que os habeis dignado de descubrirme mi enemigo y de salvarme de sus asechanzas.* Despues retírate á las llagas de tu Redentor como á un asilo se-

guro, y ocupa tu espíritu con los dolores incomprensibles que padeció en su sacratísima carne para librarte del pecado, y hacerte odiosos los deleites sensuales.

Otro medio quiero enseñarte para defenderte de los atractivos de las hermosuras criadas; y es, que pienses y consideres ¿qué vendrán á ser despues de la muerte estos objetos que te parecen ahora tan hermosos?

Cuando caminares, acuérdate que con cada paso que das te acercas á la muerte.

El vuelo de un pájaro, el curso de un rio impetuoso, te advierten que tu vida corre y vuela con mayor velocidad á su fin.

En las tempestades de vientos, relámpagos y truenos, acuérdate del tremendo dia del juicio; y postrándote profundamente en presencia de Dios, le adorarás pidiéndole con humildad que te conceda gracia y tiempo para disponerte y prepararte, de suerte que puedas comparecer entonces con seguridad delante de su altísima Majestad.

En la variedad de accidentes á que está sujeta la vida humana, te ejercitarás de esta manera: Si, por ejemplo, te hallares oprimida de algun dolor ó tristeza, si padecieres calor ó frio ó alguna otra incomodidad, levanta tu espíritu al Señor, y adora el órden inmutable de su providencia, que por tu bien ha dispuesto que en aquel tiempo padezcas aquella pena ó trabajo; y reconociendo con alegría el amor tierno y paternal que te muestra, y la ocasion que te da de servirle en lo que mas le agrada, dirás dentro de tu corazon: *Ahora se cumple verdaderamente en mí la voluntad de Dios, que tan benigna y amorosamente dispuso en su eternidad que yo padeciese esta mortificacion. Sea para siempre bendito y alabado.*

Cuando se despertare en tu alma algun buen pensamiento, vuélvete luego á Dios, y reconociendo que debes á su bondad y misericordia este favor, le darás con humildad las gracias.

Si leyeres algun libro espiritual y de-

voto, imagínate que el Señor te habla en aquel libro para tu instruccion, y recibe sus palabras como si saliesen de su divina boca.

Cuando miras la cruz, considérala como el estandarte de Jesucristo tu capitan, y entiende que si te apartas de este sagrado estandarte, caerás en las manos de tus mas crueles enemigos; pero si lo sigues constantemente, te harás digna de entrar algun dia en triunfo en el cielo cargada de gloriosos despojos.

Cuando vieres alguna imágen de María santísima, ofrece tu corazon á esta Madre de misericordia, muéstrale el gozo y alegría que sientes de que haya cumplido siempre con tanta diligencia y fidelidad la voluntad divina: de que haya dado al mundo á tu Redentor, y lo haya sustentado de su purísima leche; y en fin, dale muchas bendiciones y gracias por la asistencia y socorro que da á todos los que la invocan en este espiritual combate contra el demonio.

Las imágenes de los Santos te representarán á la memoria aquellos dignos y generosos soldados de Jesucristo, que combatiendo valerosamente hasta la muerte, te han abierto el camino que debes seguir para llegar á la gloria.

Cuando vieres alguna iglesia, entre otras devotas consideraciones, pensarás que tu alma es templo vivo de Dios (*I Cor.* III. — *II id.* VI), y que como estancia y morada suya debes conservarla pura y limpia.

En cualquier tiempo que se tocare la campana para la Salutacion angélica, podrás hacer alguna nueva reflexion sobre las palabras que preceden á cada Ave María.

En el primer toque ó señal darás gracias á Dios de aquella célebre embajada (*Luc.* I) que envió á María santísima, y fue el principio de nuestra salud. En el segundo te congratularás con esta purísima Señora de la alta dignidad á que la sublimó Dios, en recompensa de su pro-

fundísima humildad. En el tercero adorarás al Verbo encarnado (*Joan.* 1), y al mismo tiempo darás á tu bienaventurada Madre y al arcángel san Gabriel el honor y culto que merecen. En cada uno de estos toques será bien que se incline un poco la cabeza en señal de reverencia, y particularmente en el último.

A mas de estas breves meditaciones, que podrás practicar igualmente en todos tiempos, quiero, hija mia, enseñarte otras de que podrás servirte en la tarde, en la mañana y en el mediodía, y pertenecen al misterio de la pasion de Nuestro Señor; porque todos estamos obligados á pensar frecuentemente en el cruel martirio que entonces padeció Nuestra Señora, y seria en nosotros monstruosa ingratitud el no hacerlo.

A la tarde representarás el dolor y pena de esta purísima Señora por el sudor de sangre, prision en el huerto y angustias interiores de su santísimo Hijo en aquella triste noche.

Por la mañana compadécete de la aflic-cion que tuvo cuando con tanta ignomi-nia presentaron su amado Hijo á Pilato y á Herodes, y cuando lo condenaron á muerte y obligaron á llevar la cruz so-bre sus espaldas para ir al lugar del su-plicio.

Al mediodía considera aquella espada de dolor que penetró el alma de esta Madre afligida por la crucifixion y muerte del Se-ñor, y por la cruel lanzada que recibió ya difunto en su sacratísimo costado.

Estas piadosas reflexiones sobre los do-lores y penas de Nuestra Señora, las po-drás hacer desde la tarde del jueves hasta el mediodía del sábado; las otras en los otros dias. Pero en estos seguirás siempre tu devocion particular, segun te sintieres movida de los objetos exteriores.

Finalmente, para explicarte en pocas palabras del modo con que debes usar de los sentidos, sea para tí regla inviolable el no dar entrada en tu corazon al amor ó á la aversion natural de las cosas que te se

presentaren, reglando de tal suerte todas tus inclinaciones por la voluntad divina, que no te determines á aborrecer ó amar sino lo que Dios quiere que aborrezcas ó ames.

Pero advierte, hija mia, que aunque te doy todas estas reglas para el buen uso y gobierno de tus sentidos, no obstante, tu principal ocupacion ha de ser siempre estar recogida dentro de tí misma con el Señor, el cual quiere que te ejercites interiormente en combatir tus viciosas inclinaciones y en producir actos frecuentes de virtudes contrarias. Solamente te las enseño y propongo para que sepas gobernarte en las ocasiones en que tuvieres necesidad, porque has de saber que no es medio seguro para aprovechar en la virtud el sujetarnos á muchos ejercicios exteriores, que aunque de sí son loables y buenos, no obstante muchas veces no sirven sino de embarazar el espíritu, de fomentar el amor propio, de entretener la inconstancia, y de dar lugar á las tentaciones del enemigo.

CAPÍTULO XXIV.

Del modo de gobernar la lengua.

La lengua del hombre, para ser bien gobernada, necesita de freno que la contenga dentro de las reglas de la sabiduría y discrecion cristiana; porque todos somos naturalmente inclinados á dejarla correr y discurrir libremente de las cosas que agradan y deleitan á los sentidos.

El hablar mucho nace ordinariamente de nuestra soberbia y presuncion; porque persuadiéndonos á que somos muy entendidos y sábios, y enamorándonos de nuestros propios conceptos, nos esforzamos con sobradas réplicas á imprimirlos en los ánimos de los demás, pretendiendo dominar en las conversaciones, y que todo el mundo nos escuche como maestros.

No se pueden explicar con pocas palabras los daños que nacen de este detesta-

ble vicio. La locuacidad es madre de la pereza, indicio de ignorancia y de locura, ocasiona la detraccion y la mentira, entibia el fervor de la devocion, fortifica las pasiones desordenadas, y acostumbra la lengua á no decir sino palabras vanas, indiscretas y ociosas.

No te alargues jamás en discursos y razonamientos prolijos con quien no te oye con gusto para no darle enfado, y haz lo mismo con quien te escucha cortesanamente para no exceder los términos de la modestia.

Huye siempre de hablar con sobrada eficacia y con alta voz, porque ambas cosas son odiosas, y muestran mucha presuncion y vanidad.

No hables jamás de tí mismo, de tus cosas, de tus padres ó de tus parientes sino cuando te obligare la necesidad; y entonces lo harás muy brevemente y con toda la moderacion y modestia posible, y si te pareciere que alguno habla sobradamente

de sí y de sus cosas, no por eso lo menosprecies; pero guárdate de imitarlo, aunque sus palabras no se dirijan sino á la acusacion y al menosprecio de sí mismo, y á su propia confusion.

Del prójimo y de las cosas que le pertenecen no hables jamás sino cuando se ofreciere la ocasion de confesar su mérito y su virtud para no defraudarle de la aprobacion ó alabanza que se le debe.

Habla con gusto de Dios, y particularmente de su amor y de su bondad infinita. Pero temiendo que puedes errar en esto y no hablar con la dignidad que conviene, gustarás mas de escuchar con atencion lo que otros dijeren, conservando sus palabras en lo íntimo de tu corazon.

En cuanto á los discursos y razonamientos profanos, si llegaren á tus oidos, no los permitas que entren en tu corazon; pero si te fuere forzoso escuchar al que te habla para responderle, no dejes de dar con el pensamiento una breve vista al cielo

donde reina tu Dios, y desde donde aquella alta soberana Majestad no se desdeña de mirar tu profunda bajeza.

Examina bien todo lo que quisieres decir antes que del corazon pase á la lengua. Procura usar en esto de toda la circunspeccion posible; porque muchas veces se fian inadvertidamente á la lengua algunas cosas que deberian sepultarse en el silencio, y no pocas palabras que en la conversacion parecen buenas y dignas de decirse, seria mejor suprimirlas; lo cual se conoce claramente pasada la ocasion del razonamiento.

La virtud del silencio, hija mia, es un poderoso escudo en el combate espiritual, y los que le guardan pueden prometerse con seguridad grandes victorias; porque ordinariamente desconfian de sí mismos, confian en Dios, tienen mucho atractivo para la oracion, y una grande inclinacion y facilidad para todos los ejercicios de la virtud.

Para aficionarte y acostumbrarte al si-

lencio, considera á menudo los grandes bienes que proceden de esta virtud, y los males infinitos que nacen de la locuacidad y de la destemplanza de la lengua *(Epist. cath. Jacob.* III, 2 *et seq.)*; pero si quieres adquirir en breve tiempo esta virtud, procura callar aun cuando tuvieres ocasion ó motivo de hablar; con tal que tu silencio no te cause á tí ó al prójimo algun perjuicio. Huye sobre todo de las conversaciones profanas; prefiere la compañía de los Ángeles, de los Santos y del mismo Dios, á la de los hombres. Acuérdate, finalmente, de la difícil y peligrosa guerra que tienes dentro y fuera de tí misma, porque viendo cuánto tienes que hacer para defenderte de tus enemigos, dejarás sin dificultad las conversaciones y discursos inútiles.

CAPÍTULO XXV.

Que para combatir bien contra los enemigos, debe el soldado de Cristo huir cuanto le fuere posible de las inquietudes y perturbaciones del corazon.

Así como cuando hemos perdido la paz del corazon, debemos emplear todos los esfuerzos posibles para recobrarla; así has de saber, hija mia, que no puede ocurrir en el mundo accidente alguno que deba quitarnos este inestimable tesoro.

De los pecados propios no es dudable que debemos dolernos; pero con un dolor tranquilo y pacífico, como muchas veces he dicho. Asimismo justo es que nos compadezcamos de otros pecadores, y que á lo menos interiormente lloremos su desgracia; pero nuestra compasion, como nacida puramente de la caridad, ha de ser libre y exenta de toda inquietud y perturbacion de ánimo.

En órden á los males particulares y públicos á que estamos sujetos en este mundo, como son, las enfermedades, las heridas, la muerte, la pérdida de los bienes, de los parientes y de los amigos; la peste, la guerra, los incendios y otros muchos accidentes tristes y trabajosos que los hombres aborrecen como contrarios á la naturaleza, podemos siempre con el socorro de la gracia no solamente recibirlos sin repugnancia de la mano de Dios, sino tambien abrazarlos con alegría y contento, considerándolos, ó como castigos saludables para los pecadores, ó como ocasiones de mérito para los justos.

Por estos dos fines, hija mia, suele Dios afligirnos; pero es constante, que mientras nuestra voluntad estuviere resignada en la suya, gozarémos de una perfecta paz y quietud interior entre todas las amarguras y contrariedades de esta vida. Y has de tener por cierto, que toda inquietud desagrada á sus divinos ojos: porque de cualquiera naturaleza que sea, nunca se halla

sin alguna imperfeccion, y procede siempre de una raíz, que es el amor propio.

Procura, pues, hija mia, acostumbrarte á prever desde léjos todos los accidentes que puedan inquietarte, y prepárate en tiempo á sufrirlos con paciencia. Considera que los males presentes no son efectivamente males; que no son capaces de privarnos de los verdaderos bienes, y que Dios los envia ó los permite por los dos fines que hemos dicho, ó por otros que nos son ocultos, pero que no pueden dejar de ser siempre muy justos.

Conservando de esta suerte un espíritu siempre igual entre los diversos accidentes de esta vida, aprovecharás mucho y harás grandes progresos en la perfeccion; pero sin esta igualdad de espíritu todos tus ejercicios serán inútiles y de ningun provecho. Además de esto, mientras tuvieres inquieto y turbado el corazon, te hallarás expuesta á los insultos del enemigo, y no podrás en este estado descubrir la senda y verdadero camino de la virtud.

El demonio procura con todo esfuerzo desterrar la paz de nuestro corazon; porque sabe que Dios habita en la paz, y que la paz es el lugar en que suele obrar cosas grandes. De aquí nace que no hay artificio de que no se sirva para robarnos este inestimable tesoro, y á este fin nos inspira diversos deseos que parecen buenos y son verdaderamente malos, cuyo engaño se puede fácilmente conocer entre otras señales en que nos quitan la paz y quietud del corazon.

Para remediar un daño tan grave, conviene que cuando el enemigo se esfuerza á excitar en tí algun nuevo deseo, no le dés entrada en tu corazon sin que primeramente, libre, y desnuda de todo afecto de propiedad y querer, ofrezcas y presentes á Dios este nuevo deseo; y confesando tu ceguedad y tu ignorancia le pidas con eficacia que con su divina luz te haga conocer si viene de su Majestad ó del enemigo, y recurre tambien cuando pudieres al consejo de tu padre espiritual.

Aun cuando estuvieses cierta y segura de que el deseo que se forma en tu corazon es un movimiento del Espíritu Santo, no debes ponerlo en obra sin haber mortificado primero tu demasiada vivacidad; porque una buena obra, á la cual precede esta mortificacion, es mas perfecta y mas agradable á Dios que si se hiciese con un ardor y ansia natural, y muchas veces la buena obra le agrada menos que esta mortificacion.

De esta suerte desechando y repeliendo los deseos no buenos, y no efectuando los buenos sino despues de haber reprimido los movimientos de la naturaleza, conservarás libre de todo peligro y en una tranquilidad perfecta la roca de tu corazon.

Para conservar esta paz y tranquilidad del corazon, conviene tambien que lo defiendas y guardes de ciertas reprensiones ó remordimientos interiores contra tí misma, que si bien nos parece que vienen de Dios, porque nos acusan de alguna verdadera falta, no obstante, no vienen si-

no del demonio. De sus frutos conocerás la raíz (*Matth.* VII) de donde proceden. Si los remordimientos de conciencia te humillan, si te hacen mas diligente y fervorosa en el ejercicio y práctica de las buenas obras, y no disminuyen tu confianza en la divina misericordia, debes recibirlos con gratitud y reconocimiento como favores del cielo; pero si te inquietan, te turban y te confunden, si te hacen pusilánime, tímida y perezosa en el bien, debes creer que son sugestiones del enemigo, y así sin darles oido proseguirás tus ejercicios.

Mas como fuera de todo esto nuestras inquietudes nacen comunmente de los males de esta vida, para que puedas defenderte y librarte de estos golpes has de hacer dos cosas.

La primera es considerar qué es lo que estos males pueden destruir en nosotros, si es el amor de la perfeccion ó el amor propio: si no destruyen sino el amor propio, que es nuestro capital enemigo, no debemos quejarnos, sino antes bien acep-

tarlos con alegría y reconocimiento, como gracias que Dios nos hace y como socorros que nos envia; pero si pueden apartarnos de la perfeccion y hacernos aborrecible y odiosa la virtud, no por esto debemos desalentarnos ni perder la paz del corazon, como luego verémos en el siguiente capítulo.

La otra cosa es, que levantando tu espíritu á Dios, recibas indiferentemente todo lo que te viniere de su divina mano, persuadiéndote á que las mismas cruces que nos presenta son para nosotros fuentes y manantiales de infinitos bienes que entonces no apreciamos porque no los conocemos.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que debemos hacer cuando hemos recibido alguna herida en el combate espiritual.

Cuando te sintieres herida, esto es, cuando conocieres que has cometido alguna falta, ó por pura fragilidad, ó con reflexion y malicia, no por esto te desanimes ó te inquietes: mas volviéndote luego á Dios le dirás con una humilde confianza: *Ahora, Dios mio, acabo de mostrar lo que soy; porque, ¿ qué podia esperarse de una criatura flaca y ciega como yo, sino caidas y pecados?*

Gasta despues un breve rato en la consideracion de tu propia vileza, y sin confundirte, enójate contra tus pasiones viciosas, y principalmente contra aquella que fue causa de tu caida, y proseguirás diciendo: *No hubiera yo parado aquí, Dios*

mio, si por vuestra bondad infinita Vos no me hubiérais socorrido.

Aquí le darás muchas gracias, y amándole mas fervorosamente admirarás su infinita clemencia; pues siendo ofendido de tí, te da su poderosa mano para que no caigas de nuevo.

En fin, llena de confianza en su misericordia, le dirás: *Obrad Vos, Señor, como quien sois: perdonadme las ofensas que os he hecho: no permitais que yo viva un solo instante apartada de Vos: fortificadme de tal suerte con vuestra gracia que yo no os ofenda jamás.*

Hecho esto, no te detengas en pensar si Dios te ha perdonado ó no; porque esto no es otra cosa que soberbia, inquietud de espíritu, pérdida de tiempo ó engaño del demonio, que con pretextos especiosos procura causarte inquietud y pena. Ponte libremente en las piadosas manos de tu Criador, y continúa tus ejercicios con la misma tranquilidad que si no hubieras co-

metido alguna falta; y aunque hayas caido muchas veces en un mismo dia, no te desalientes ni pierdas jamás tu confianza en Dios; practica lo que te he dicho en la segunda, en la tercera y en la última vez como en la primera. Concibe un grande menosprecio de tí misma y un santo horror del pecado, y esfuérzate á vivir en adelante con mayor cuidado y cautela.

Este modo de combatir contra el demonio agrada mucho al Señor; y reconociendo este astuto enemigo que no hay arma tan poderosa para quebrantar su orgullo, y desarmar los ocultos lazos que siembra en el camino del espíritu, como este santo ejercicio, no hay artificio de que no se valga para obligarnos á que lo dejemos, y muchas veces logra su intento por nuestra inadvertencia y descuido en velar sobre nosotros mismos.

Por esta causa, hija mia, cuanto mayor fuere la repugnancia y dificultad que sintieres en el uso de un ejercicicio tan

importante, tanto mayores han de ser tus esfuerzos para violentarte y vencerte á tí misma.

Y no te contentes con practicarlo una sola vez; mas repítelo muchas veces, aunque no hayas cometido sino una sola falta; y si despues de tu caida te sintieres inquieta, confusa y desconfiada, la primera cosa que has de hacer es recobrar la paz del corazon y la confianza; despues levantarás tu espíritu al Señor, persuadiéndote á que la inquietud que se sigue á la culpa no tiene por objeto su ofensa sino el daño propio.

El modo de recobrar esta paz es, que por entonces te olvides enteramente de tu caida, y consideres únicamente la inefable bondad de Dios, que está siempre pronto y dispuesto á perdonarnos las mas enormes faltas, y no olvida ni omite medio alguno para llamarnos, para atraernos y unirnos á sí, para sanctificarnos en esta vida, y para hacernos eternamente bienaventurados en la otra. Despues que con

estas ó semejantes consideraciones hubieres calmado tu espíritu, podrás volver á la de tu caida, y harás lo que te he dicho.

En fin, en el sacramento de la Penitencia, que te aconsejo frecuentes muy á menudo, reconoce y examina todas tus faltas, y con nuevo dolor de la ofensa de Dios, y propósito de no ofenderle mas, las declararás sinceramente á tu padre espiritual.

CAPÍTULO XXVII.

Del órden que guarda el demonio en combatir, así á los que quieren darse á la virtud, como á los que se hallan en la servidumbre del pecado.

Has de saber, hija mia, que el demonio nada desea con tanto ardor como nuestra ruina, y que no combate con todos de una misma suerte. Para empezar, pues, á descubrirte algunos de sus artificios y engaños, te representaré diferentes estados y disposiciones del hombre.

Algunos se hallan esclavos del pecado, y no piensan en romper sus cadenas.

Otros desean salir de esta esclavitud, pero nunca empiezan la empresa.

Otros se persuaden á que siguen el camino de la perfeccion, y andan muy apartados.

Otros, en fin, despues de haber llegado á un grado muy alto de virtud, vienen á caer con mayor ruina y peligro. De todos discurrirémos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XXVIII.

De los artificios que usa el demonio para acabar de perder á los que tiene ya en la servidumbre del pecado.

Cuando el demonio llega á tener un alma en la servidumbre del pecado, no hay artificio de que no se valga para cegarla mas, y divertirla de cualquier pensamiento que pueda inducirla al conocimiento del infeliz estado en que se halla. No se contenta este espíritu de iniquidad con removerla de los pensamientos y buenas inspiraciones que la llaman á la conversion; mas procura empeñarla en las ocasiones, y la tiende continuamente peligrosos lazos, á fin de que caiga de nuevo en el mismo pecado ó en otros mas enormes: de donde nace que destituida de la divina luz, aumenta de dia en dia sus desórdenes, y se endurece mas en el pecado.

De esta suerte corriendo continuamente sin algun freno á la perdicion, y precipitándose de tinieblas en tinieblas, y de abismo en abismo, se aleja siempre mas del camino de la salud, y multiplica sus caidas si Dios no la detiene con un milagro de su gracia.

El remedio mas eficaz y pronto para el que se halla en tan triste y funesto estado es, que reciba sin resistencia las inspiraciones divinas que le llaman de las tinieblas á la luz, y del vicio á la virtud, y que clame fervorosamente á su Criador: *¡Ah Señor, asistidme, asistidme: acudid prontamente á mi socorro: no permitais que yo viva mas tiempo sepultada en la sombra de la muerte y del pecado!* Repita muchas veces estas ó semejantes palabras, y si le fuere posible, acuda luego á su padre espiritual para pedirle ayuda y consejo contra su enemigo; pero si no pudiere ir luego á su padre espiritual, recurra prontamente á un Crucifijo, postrándose á sus sacratísimos piés con el rostro en tierra; y

alguna vez á María santísima, implorando su misericordia y su ayuda: y sabe, hija mia, que en esta diligencia consiste la victoria, como verás en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX.

De las invenciones de que se sirve el demonio para impedir la entera conversion de los que hallándose convencidos del mal estado de su conciencia desean corregir y reformar su vida; y de dónde nace que los buenos deseos y resoluciones muchas veces no tengan efecto.

Los que conocen el mal estado de su conciencia, y desean mudar de vida, se dejan ordinariamente engañar del demonio con estos artificios: *Despues, despues, mañana, mañana: quiero primeramente desembarazarme de este negocio, y despues me daré con mayor quietud al espíritu.*

Este es un lazo en que han caido y caen continuamente innumerables almas; pero no se debe atribuir la causa de esta infelicidad sino á su suma negligencia y descuido, pues en un negocio en que se interesa su

eterna salud, y el honor y gloria de Dios, no recurren con prontitud á aquella arma tan poderosa: *Ahora, ahora; ¿y para qué despues? Hoy, hoy; ¿y por qué mañana?* Diciéndose á sí mismo: *¿Quién sabe si yo veré el dia de mañana? Mas cuando yo tuviese de esto una indubitable certeza, ¿es querer salvarme el diferir mi penitencia? ¿es querer alcanzar la victoria el hacer nuevas heridas?*

Para evitar, pues, esta ilusion funesta, y la que he tocado en el capítulo precedente, es necesario que el alma obedezca con prontitud á las inspiraciones del cielo, porque los propósitos solos muchas veces son ineficaces y estériles; y así infinitas almas quedan engañadas con buenas resoluciones por diversos motivos.

El primero, de que tratamos arriba, es porque nuestros propósitos no se fundan en la desconfianza propia, y en la confianza en Dios; y nuestra grande soberbia no permite que conozcamos de dónde procede

este engaño y ceguedad. La luz para alcanzar este conocimiento, y el remedio para curar este mal, vienen de la bondad de Dios, el cual permite que caigamos, á fin de que instruidos y adoctrinados con nuestras propias caidas, pasemos de la confianza que ponemos en nuestras fuerzas á la que debemos poner únicamente en su gracia, y de un orgullo cási imperceptible á un humilde conocimiento de nosotros mismos; y así, si quieres que tus buenas resoluciones y propósitos sean eficaces, es necesario que sean constantes y firmes; y no pueden serlo si no tienen por fundamento la desconfianza de nosotros mismos, y la confianza en Dios.

El segundo, porque cuando nos movemos á formar estos buenos deseos y resoluciones nos proponemos únicamente la hermosura y la excelencia de la virtud, que por sí misma atrae poderosamente las voluntades mas flacas, y no consideramos los trabajos que cuesta el adquirirla; de

donde nace que á la menor dificultad una alma tímida y pusilánime se acobarda y se retira de la empresa.

Por esta causa, hija mia, conviene que te enamores mas de las dificultades que cuestan las virtudes, que de las virtudes mismas, y que alimentes tu voluntad de estas dificultades, preparándote á vencerlas segun las ocurrencias, y sabe que cuanto mas generosamente abrazares estas dificultades, tanto mas fácil y libremente te vencerás á tí misma, triunfarás de tus enemigos y adquirirás las virtudes.

El tercero, porque nuestros propósitos muchas veces no miran á la virtud y á la voluntad divina, sino al interés propio, el cual suele suceder en las resoluciones que se forman cuando abundan las consolaciones y gustos espirituales, pero principalmente en las que se forman en el tiempo de las adversidades y tribulaciones; porque no hallando entonces algun alivio á nuestros males, hacemos propósitos de darnos enteramente á Dios, y de

no aplicarnos sino á los ejercicios de la virtud.

Para no caer en este inconveniente, procura en el tiempo de las delicias y gustos espirituales ser muy circunspecta y humilde en los propósitos y resoluciones, y particularmente en las promesas y votos; mas cuando te hallares atribulada, todos tus propósitos se han de dirigir únicamente á llevar con paciencia la cruz que el Señor te envia, y á exaltarla, rehusando todos los consuelos y alivios de la tierra, y aun del cielo. No has de pedir ni desear otra cosa sino que la mano poderosa de Dios te sostenga en tus males, para que puedas tolerarlos sin algun menoscabo de la virtud de la paciencia, y sin desagrado de Dios.

CAPÍTULO XXX.

Del engaño de algunos que piensan que están en el camino de la perfeccion.

Vencido ya el enemigo en el primero y segundo asalto, recurre al tercero, el cual consiste en hacer que nos olvidemos de las pasiones y vicios que actualmente nos combaten, y nos ocupemos en deseos y vanas ideas de una perfeccion imaginaria y quimérica, á que sabe muy bien que no llegarémos jamás.

De aquí nace el que recibamos continuas y peligrosas heridas, y no pensemos en aplicar el remedio; porque estos deseos y resoluciones quiméricas nos parecen verdaderos afectos, y con una secreta vanidad nos persuadimos á que hemos llegado ya á un alto y eminente grado de santidad. De esta suerte, no pudiendo sufrir la menor pena ni la menor injuria, gastamos

inútilmente el tiempo en formar con la meditacion vanos propósitos de sufrir los mayores tormentos, y aun las mismas penas del purgatorio por amor de Dios; y como en esto la parte inferior no siente repugnancia, como en cosa que aun está por venir, nos atrevemos á compararnos con los que verdaderamente sufren grandes trabajos con una paciencia invencible.

Para evitar este engaño, es necesario que te determines á combatir y pelear con los enemigos, que efectivamente y de cerca te hacen guerra; y por aquí vendrás á conocer si tus resoluciones han sido aparentes ó verdaderas, flacas ó firmes, tímidas ó generosas, y caminarás á la virtud y á la perfeccion por la senda real y verdadera que han seguido todos los Santos.

Mas con los enemigos que no acostumbran molestarte, no te aconsejo te empeñes de antemano, si no es cuando recelas probablemente que dentro de breve tiempo te han de asaltar; en tal caso, para que

te halles prevenida y fuerte, será lícito anticipar algunos propósitos.

Pero nunca reputes por efectos tus resoluciones aunque por algun tiempo te hayas ejercitado en las virtudes con la regla debida; antes bien procura ser cauta y humilde, y recelándote de tí misma y de tu flaqueza, y confiando únicamente en Dios, recurre frecuentemente á su bondad, y pídele te fortalezca en el combate, y te preserve de los peligros, particularmente de la menor presuncion y confianza de tí misma.

Con estas prevenciones, hija mia, aunque no podamos vencer algunos defectos leves, que muchas veces permite Dios en nosotros para que nos humillemos y no perdamos el bien que hubiéremos adquirido con nuestras buenas obras, nos será lícito proponernos un grado mas alto de perfeccion.

CAPÍTULO XXXI.

Del engaño y de la guerra que nos suele hacer el demonio para que dejemos el camino que nos lleva á la virtud.

El cuarto artificio de que se sirve nuestro enemigo para engañarnos, cuando reconoce que caminamos derechamente á la virtud, es inspirarnos diversos deseos buenos, á fin de que dejando los ejercicios de la virtud que nos son propios y convenientes, nos empeñemos insensiblemente en el vicio.

Por ejemplo: si una persona enferma sufre su mal con paciencia, este enemigo de nuestra salud, temiendo que de esta manera podrá adquirir el hábito de esta virtud, le propone otras muchas obras buenas que pudiera ejercitar en otro estado, y la induce con sagacidad á que se persuada y crea que si tuviese salud serviria mejor á

Dios, y seria mas útil para sí y para el prójimo.

Apenas ha excitado en ella los vanos deseos de recobrar la salud, los enciende y aumenta en su corazon de tal suerte, que viene á inquietarse y afligirse, porque no puede conseguir lo que quiere: y como al paso que sus deseos se van aumentando crece su inquietud y desasosiego, viene el demonio á conseguir su intento; porque, finalmente, la induce á que lleve con impaciencia su enfermedad, mirándola como impedimento de las buenas obras que desea ejecutar, con pretexto de adelantarse en la virtud.

Despues de tenerla en este estado, con la misma destreza le quita de la memoria el fin del servicio de Dios y de la bondad de las obras, y la deja con solo el deseo de verse libre de la enfermedad; y porque no le sucede conforme quiere, se perturba de modo que viene á ponerse impaciente de todo punto; y así de la virtud que

deseaba practicar, viene á caer insensiblemente en el vicio contrario.

El modo de preservarte de este engaño es que, cuando te hallares en algun trabajo, atiendas con mucha advertencia á no dar entrada en tu corazon á semejantes deseos; porque por no poderlos ejecutar en aquella ocasion, probablemente te han de inquietar. Conviene, hija mia, que en estos casos te persuadas con un verdadero sentimiento de humildad y resignacion, que cuando Dios te sacase del estado penoso en que te hallas, todos los buenos deseos que concibes ahora no tendrian entonces por tu natural instabilidad el efecto que tú te figuras; ó que á lo menos imagines y pienses que el Señor por una secreta disposicion de su providencia, ó en castigo de tus pecados, no quiere que tengas la complacencia y gusto de hacer aquella buena obra, sino que te sujetes y rindas á su voluntad, y te humilles debajo de su suave y poderosa mano.

Asimismo, hija mia, cuando te vieres obligada, ó por órden de tu padre espiritual, ó por alguna otra causa á interrumpir tus devociones ordinarias, ó á abstenerte por algun tiempo de la santa Comunion, no te dejes abatir y dominar de la melancolía y tristeza, sino renuncia interiormente á tu propia voluntad, y conformándote con la de Dios, te dirás á tí misma: *Si Dios, que conoce el fondo de mi alma, no viese en mí ingratitudes y defectos, yo no seria privada ahora de la santa Comunion: sea su nombre eternamente bendito y alabado, pues se digna de descubrirme por este medio mi indignidad. Yo creo firmemente, Señor, que en todas las aflicciones que Vos me enviais, no quereis ni deseais de mí otra cosa sino que, sufriéndolas con paciencia, y con deseos de agradaros, os ofrezca un corazon siempre rendido á vuestra voluntad, y siempre pronto á recibiros, á fin de que, entrando Vos en él, podais llenarlo de consolaciones espirituales, y defenderlo contra todas las fuer-*

zas del infierno que os lo procuran robar. Haced, ó Criador y Salvador mio, haced de mí lo que sea mas agradable á vuestros ojos. Sea vuestra divina voluntad ahora y siempre mi apoyo, mi manjar y sustento. La única gracia que os pido es, que mi alma purificada de todo lo que desagrada á vuestros ojos, y adornada de todas las virtudes, se vea en estado que pueda no solamente recibiros, sino tambien ejecutar todo lo que fuere de vuestro divino beneplácito el ordenarme.

Si guardares estos preceptos, puedes estar cierta y segura que los buenos deseos que tuvieres, y no puedes poner en obra, ya procedan puramente de la naturaleza, ya vengan del demonio á fin de hacerte aborrecible y odiosa á la virtud, ó ya te los inspire Dios para hacer prueba de tu resignacion en su divina voluntad; siempre te serán ocasion y motivo para hacer algun progreso en el camino de la perfeccion, y para servir al Señor en el modo que le es mas agradable; y en

esto, hija mia, consiste la verdadera devocion.

Advierte tambien, que cuando para curarte de alguna dolencia, ó librarte de alguna incomodidad, usares de aquellos remedios inocentes y lícitos de que suelen servirse los Santos y siervos de Dios, no lo hagas con deseo y demasiada voluntad de que las cosas sucedan segun tu inclinacion y gusto; mas úsalos porque Dios quiere que los usemos en nuestras dolencias, y porque no sabemos si por estos medios, ó por otros mejores, su divina Majestad ha resuelto librarnos de nuestros males.

Si no te gobernares de esta manera, todo te sucederá muy mal; porque será muy posible que no consigas lo que deseas apasionadamente, y entonces caerás con facilidad en el vicio de la impaciencia, ó cuando no caigas, tu paciencia será siempre acompañada de muchas imperfecciones que la harán menos agradable á Dios, y disminuirán mucho tu merecimiento.

Finalmente, quiero descubrirte un se-

creto artificio de nuestro amor propio que suele siempre encubrirnos y ocultarnos nuestros defectos aunque sean muy visibles. Por ejemplo: cuando un enfermo se aflige con exceso de su dolencia, disimula esta imperfeccion con el celo de algun bien aparente, diciendo que su inquietud no es verdaderamente impaciencia, sino un justo sentimiento de que su enfermedad sea el castigo de sus pecados, ó de que incomode ó fatigue á los que le asisten.

Lo mismo sucede á un ambicioso que se aflige y se inquieta porque no ha podido obtener el honor ó la dignidad á que aspiraba; pues no atribuye su inquietud á su vanidad, sino á otros motivos de que en otras ocasiones no recibia alguna pena ó disgusto.

Asimismo un enfermo suele mostrar mucha compasion de los que le sirven; pero apenas se halla libre de sus males, no se duele ni se compadece de ellos cuando les ve sufrir las mismas incomodidades con otros enfermos. De donde se reconoce con

evidencia, que su impaciencia no nace de la pena y modestia que ocasiona á los demás, sino de un secreto horror con que mira las cosas que son contrarias á su voluntad.

Si quieres, pues, hija mia, no caer en estos y en otros errores, es necesario que te determines á sufrir con paciencia, como te he dicho, todas las cruces, penalidades y trabajos que te sucedieren en este mundo.

CAPÍTULO XXXII.

Del último asalto y engaño con que procura el demonio que las mismas virtudes nos sean ocasiones de ruina.

Hasta en las virtudes adquiridas no deja de tentarnos con sus engaños la antigua serpiente para perdernos. Una de sus mas sutiles estratagemas es servirse de nuestras propias virtudes para inducirnos á la complacencia y estimacion de nosotros mismos, á fin de que caigamos despues en el vicio de la soberbia y de la vanagloria.

Para huir de este peligro debes combatir siempre y mantenerte firme en el verdadero conocimiento de tí misma, reconociendo que nada sabes, ni nada puedes, y que no hay en tí sino miserias y defectos, y no mereces sino la condenacion eterna.

Procura imprimir en tu espíritu esta importante verdad, para servirte de ella,

en las ocasiones, como de una especie de fortificacion de donde no debes salir jamás, y si te vinieren algunos pensamientos de presuncion y de vanagloria, resístelos y combátelos como enemigos peligrosos que conspiran á tu perdicion y ruina.

Para adquirir un perfecto conocimiento de tí misma, te has de servir de este modo: Todas las veces que hicieres reflexion sobre tí misma y sobre tus obras, considera solamente lo que es propio tuyo, sin mezclar lo que es de Dios y de su gracia, fundando siempre el juicio que formares de tí sobre lo que tienes puramente de tí misma.

Si consideras, hija mia, el tiempo que ha precedido á tu nacimiento, hallarás que en todo aquel abismo de eternidad no has sido sino un puro nada, y que no has obrado ni podido obrar la menor cosa para merecer el ser que tienes.

Si vuelves los ojos al tiempo en que subsistes por sola la bondad y misericordia de Dios, ¿qué serias tú sin el beneficio de

la conservacion? ¿Qué serias tú sino un puro nada? Porque no es dudable que si Dios, por solo un momento te dejase, al instante volverias á la nada de donde te sacó su mano omnipotente.

Es, pues, indubitable que no considerando solamente sino lo que te pertenece y es propio tuyo en el ser natural, no debes estimarte á tí misma, ni desear que te estimen los demás.

En lo que toca al ser sobrenatural de la gracia y al ejercicio de las buenas obras, no tienes tampoco causa alguna para ensoberbecerte; porque sin el socorro del cielo, ¿qué mérito puedes tú adquirir, ó qué bien puedes obrar por tí misma?

Por otra parte, si consideras la multitud de pecados, ó que has cometido ó que pudiste cometer, y hubieras sin duda cometido si Dios no te hubiese preservado, hallarás que tus iniquidades por la multiplicacion, no solo de los dias y de los años, sino tambien de las acciones y malos hábitos (porque un vicio llama á otro vicio),

hubieran llegado á número cási infinito, y te hubieras hecho semejante á los mismos demonios.

Todas estas consideraciones te inspirarán un grande menosprecio de tí misma, y te harán reconocer las infinitas obligaciones que debes á Dios, atribuyéndote á tí solamente lo que es tuyo, y no quitando á su infinita bondad la gloria que se le debe.

Pero advierte, hija mia, que en el juicio que hicieres de tí misma y de tus obras, has de procurar siempre que no entre cosa alguna que no sea justa y verdadera; porque aunque te aventajes en el conocimiento de tu miseria á otros que deslumbrados del amor propio conciben una vana estimacion de sí mismos, tú serás siempre mas culpable que todos ellos si con todo el conocimiento que tienes de tus defectos deseas pasar por santa en la opinion y juicio de los hombres.

Para que este conocimiento, pues, te libre de la vanagloria y te haga agradable

á los ojos del que es Padre y modelo de los humildes, no basta, hija mia, que te desprecies á tí misma como indigna de todo bien y digna de todo mal; es necesario que desees tambien ser despreciada del mundo, que aborrezcas las alabanzas y ames los vituperios, y que en las ocasiones que se ofrecieren ejercites con gusto los mas viles servicios y ministerios.

No hagas caso jamás de lo que se dirá ó se pensará de tí cuando te vieren abrazar estos humildes ejercicios. Ocúpate en ellos únicamente por el fin ó motivo de tu propio abatimiento; mas no por una cierta presuncion de ánimo y soberbia oculta, con que muchas veces con color de generosidad cristiana suelen menospreciarse los discursos de los hombres, y sus opiniones y juicios.

Si sucediere, pues, alguna vez que los demás te amen, te honren y te estimen como buena, y alaben en tí algunas calidades y gracias que has recibido del cielo, procura recogerte luego dentro de tí mis-

ma; y fundándote en los principios de verdad y de justicia que quedan establecidos, dirás á Dios de todo corazon: *Señor, no permitais jamás que yo os usurpe vuestra gloria, atribuyendo á mis propias fuerzas lo que no es sino un puro efecto de vuestra gracia. Tibi laus, honor et gloria: mihi confusio (I Par.* XXIX.—*Dan.* IX): *Para Vos, Señor, sea la alabanza, para Vos la honra y gloria, y para mí el oprobio y la confusion.* Despues, volviendo el pensamiento á la persona que te alaba, dirás interiormente: *¿Qué motivo puede tener este hombre para alabarme? ¿Qué bondad, qué perfeccion ha visto en mí? Solo Dios es bueno, y solamente sus obras son perfectas.* Humillándote de esta suerte y dándote á Dios (*Matth.* XXII), te defenderás de la vanidad, y merecerás de dia en dia mayores dones y gracias.

Si por ventura la memoria de tus buenas obras produjere alguna vana complacencia en tu corazon, procura reprimirla luego, mirando estas buenas obras, no co-

mo cosas tuyas, sino de Dios, y diciendo con humildad como si hablaras con ellas: *Yo no sé verdaderamente cómo habeis sido concebidas en mi corazon, ni cómo habeis salido de este abismo de corrupcion y de iniquidad; porque no puedo ser yo el que os ha formado. Dios solo es el que por su bondad os ha producido y os ha conservado; y así á él solo reconozco por vuestro Padre y principal autor: á el solo se deben las gracias: á él solo quiero yo darle y es justo que se le dén todas las alabanzas.*

Despues de esto considera que todas las buenas obras que has hecho en todo el curso de tu vida no solamente no han correspondido á la abundancia de luces y auxilios que se te han comunicado para conocerlas y practicarlas, sino que tambien han sido acompañadas de muchos defectos; y que no se halla en ellas aquella pureza de intencion, aquel fervor y aquella diligencia con que debian ser ejercitadas. Pues si las examinas con la atencion que conviene, antes te causarán confusion y

vergüenza que complacencia y vanagloria, porque es constante que las gracias que recibimos de Dios puras y perfectas, las deslucimos y amancillamos con nuestras imperfecciones en todas nuestras obras.

Compara tambien tus acciones con las de los Santos y siervos de Dios, y te avergonzarás de la suma diferencia que hay de las unas á las otras, reconociendo con claridad que las mejores y las mayores de todas tus obras son de muy baja liga y valor en comparacion de las de los Santos. Y si despues pasas á compararlas con los trabajos de Jesucristo, cuya vida no fue otra cosa que una perpétua cruz, aun cuando no consideres la dignidad infinita de su persona, y solamente atiendas á la grandeza de sus penas y al puro amor con que las ha sufrido, reconocerás con evidencia que todo cuanto has obrado y padecido en el curso de tu vida es de ninguna consideracion.

En fin, si levantas los ojos al cielo para considerar la soberana majestad de Dios, y

los servicios que merece, entenderás con claridad que todas tus buenas obras deben mas inspirarte el temor que la vanidad. Por esta causa en todas tus obras, aunque te parezcan muy perfectas y santas, debes decir siempre con un verdadero y profundo sentimiento de humildad: *Deus propitius esto mihi peccatori.* (*Luc.* XVII, 13). *Tened, Señor, misericordia de mí, que soy una grande pecadora.*

Guárdate tambien, hija mia, de descubrir con facilidad los dones y gracias que has recibido de Dios; porque esto desagrada siempre á su Majestad, como lo declaró el mismo Señor en el caso y doctrina que se sigue: Habiéndose aparecido un dia á una sierva suya en la forma de un niño, y sin alguna señal de su divinidad, esta dichosa alma le pidió con simplicidad que dijese la Salutacion angélica. (*Luc.* I, 18). Hízolo luego el Señor; pero despues de haber dicho: *Bendita eres entre todas las mujeres,* se detuvo, porque no quiso añadir lo que redundaba en alabanza suya; y rogándola

esta bendita alma que prosiguiese, desapareció el celestial Niño, dejándola llena de consolacion, y convencida de la importancia de la humildad con el ejemplo que acababa de darla.

Aprende, pues, á humillarte en todas tus obras, mirándolas como espejos que te representan maravillosamente tu nada. Este, hija mia, es el fundamento de todas las virtudes; porque como Dios en el principio del mundo crió de nada á nuestro primer padre, así funda ahora todo el edificio espiritual sobre el conocimiento de esta verdad, que de nosotros mismos nada somos. De suerte, que cuanto mas profundamente nos abatimos y nos humillamos, tanto mas se levanta el edificio (*Vide D. August. serm.* 10 *de verb. Domini*): y á la medida que vamos cavando en la tierra de nuestras miserias y descubrimos el fondo de nuestra nada, el divino Arquitecto pone las piedras sólidas y firmes que sirven para la fábrica del edificio. No te persuadas jamás, hija mia, á que puedes

humillarte ni abatirte tanto cuanto es necesario, antes bien has de creer que si pudiese darse infinito en la criatura, lo seria tu fragilidad y bajeza.

Con este conocimiento puesto en práctica lograrémos todo el bien que se puede desear; pero sin él serémos poco menos que nada, aunque hagamos todo lo que hicieron los Santos, y aunque estemos siempre ocupados en la contemplacion del mismo Dios.

¡Oh divino conocimiento que nos hace felices en la tierra, y gloriosos en el cielo! ¡Oh maravillosa luz que sales de las tinieblas de nuestra nada para iluminar nuestras almas y levantar nuestros espíritus á Dios! ¡Oh piedra preciosa no conocida, que brillas entre las inmundicias de nuestros pecados! ¡Oh nada, cuyo solo conocimiento nos hace señores de todas las cosas!

Yo no podré jamás encarecer y ponderar bastantemente el valor y precio de esta perla evangélica. Si quieres honrar á la Majestad divina, debes menospreciarte á

tí misma, y desear que todos te menosprecien. Si quieres que Dios sea glorificado en tí, y ser tú glorificada en él, conviene que te humilles y te sujetes á todo el mundo. Si quieres unirte con su infinita bondad, huye de la grandeza y de la elevacion; porque Dios se aleja de los que se remontan. Elige siempre el último lugar, y obligarás á Dios á que descienda de su mismo trono (*Luc.* xiv, 10) para buscarte, para abrazarte y unirte consigo; y tanto mayor será la benignidad con que te admitirá en sus brazos, y el amor con que te unirá consigo, cuanto mas tú te envilezcas á tus ojos, y desees ser menospreciada de todos.

Si Dios, que por tu amor se hizo el último de los hombres, te inspirare estos humildes sentimientos, no dejes de dar á su bondad infinita las debidas gracias; ni de reconocerte obligada á los que con injurias y menosprecios te ayudan á conservarlos.

Pero si, no obstante todas estas conside-

raciones tan poderosas en sí mismas, la malicia del demonio, nuestra ignorancia y nuestra viciosa inclinacion prevalecieren en nosotros de suerte que no dejen de inquietarnos los deseos de la propia exaltacion, entonces deberémos humillarnos mas profundamente á nuestros ojos, viendo por experiencia cuán poco nos hemos adelantado en el camino del espíritu y en el verdadero conocimiento de nosotros mismos, pues no podemos librarnos de estos importunos deseos que tienen su raíz en nuestra vanidad y soberbia. De esta suerte harémos del veneno antídoto, y nuestro remedio del mal mismo.

CAPÍTULO XXXIII.

De algunos avisos importantes para mortificar las pasiones y adquirir nuevas virtudes.

Aunque te he dado diferentes documentos y reglas para enseñarte el modo de vencerte á tí misma, y de adornarte de las virtudes, todavía quiero añadir en este lugar algunas advertencias importantes.

Primeramente, si quieres llegar á una sólida piedad, y adquirir un perfecto dominio de tí misma, no te aficiones ó inclines á aquellos ejercicios espirituales que tienen determinados los dias de la semana; esto es, un dia para una virtud, los otros dias para las otras.

El órden que debes observar es entrar desde luego á combatir las pasiones que te hubieren hecho mas cruda guerra y que mas te afligen y te atormentan al presente,

y trabajar al mismo tiempo con todas tus fuerzas en adquirir en un grado eminente las virtudes contrarias á estas pasiones predominantes; pues si llegares á poseer estas virtudes adquirirás con prontitud y facilidad todas las demás; porque las virtudes se hallan de tal suerte unidas y eslabonadas entre sí, que basta poseer una perfectamente para obtenerlas todas.

Lo segundo, no te prescribas ni te propongas jamás tiempo determinado para adquirir una virtud. No digas, yo emplearé tantos dias, tantas semanas, tantos años; mas como un nuevo soldado que no ha visto todavía la cara del enemigo, combate y pelea siempre, y con continuas victorias procura abrirte el camino á la perfeccion.

No te detengas ni estés un solo momento sin hacer algun progreso en el camino de la virtud; porque el parar en este camino, no es tomar aliento, fuerza ó descanso, sino volver atrás, y quedar mas flaco y cansado.

Por parar ó detenernos en el camino de la virtud entiendo yo el persuadirnos á que hemos llegado ya al colmo de la perfeccion, y el hacer poco caso así de las ocasiones que nos convidan y llaman á nuevos actos de virtud, como de las faltas ligeras.

Por esta causa conviene que seas fervorosa y solícita para no perder la menor ocasion que te se presentare de ejercitar la virtud. Ama, pues, y abraza de todo corazon las ocasiones que inducen á la virtud, principalmente cuando se hallan acompañadas de alguna dificultad; porque los esfuerzos que hicieres para vencerla formarán en breve tiempo, y establecerán en tu alma los hábitos virtuosos. Ama tambien á los que te presentan estas ocasiones, y solamente procurarás huir con velocidad y presteza de las que puedan inducirte á las tentaciones de la carne.

Lo tercero, serás prudente, discreta y moderada en las virtudes cuyo ejercicio puede causar daño al cuerpo; como son las

disciplinas, cilicios, ayunos, vigilias, meditaciones y cosas semejantes, porque estas virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados, como luego dirémos.

En las demás virtudes que son puramente interiores, y consisten en amar á Dios, en aborrecer el mundo, en menospreciarte á tí misma, en detestar el pecado, en ser dulce, paciente, en amar á tus enemigos, no es necesario guardar medidas y reglas para adquirirlas, ni subir por grados á su perfeccion, antes deberás esforzarte á producir y ejercitar los actos en el modo mas excelente y perfecto que te sea posible.

Lo cuarto, dirige todos tus pensamientos, todos tus deseos y todos tus cuidados á vencer la pasion que combates, y á adquirir la virtud contraria. Esta victoria ha de ser todo tu amor y todo tu tesoro, mirándola como la cosa mas ventajosa para tí, y mas agradable á Dios.

Si comes ó ayunas, si trabajas ó descansas, si velas ó duermes, si estás en ca-

sa ó fuera de ella, si vacas á la vida contemplativa ó á la activa, no has de tener otro fin que el de vencer esta principal pasion, y el de adquirir la virtud contraria.

Lo quinto, aborrece generalmente todos los placeres y comodidades del cuerpo; pues de este modo no te combatirán sino muy flacamente los vicios, los cuales reciben todo su vigor y fuerza de los atractivos del deleite.

Pero si al mismo tiempo que te ocupas en hacer guerra á algun vicio ó deleite particular, buscas otros placeres terrenos, sabe, hija mia, que aunque estos placeres no sean sino culpas ligeras, no obstante será siempre duro y áspero tu combate, y muy incierta y dudosa la victoria.

Procura tener siempre muy presentes estas palabras de la Escritura: *Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam.* (Joan. XII, 25). *El que ama su alma la perderá; mas el que abor-*

rece su alma en este mundo, la conservará para la vida eterna. Et similiter: *Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus: si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* (Rom. VIII, 12, 13). *Nosotros no somos esclavos de la carne para vivir segun la carne: porque si viviéreis segun la carne, moriréis; mas si por el espíritu hiciéreis morir los hechos de la carne, viviréis.*

Últimamente, hija mia, será conveniente, y por ventura necesario, que hagas una confesion general con todas las disposiciones que se requieren para asegurarte mas de una perfecta reconciliacion con Dios, que es la fuente de los auxilios y gracias, el autor de las victorias, y el distribuidor de las coronas.

CAPÍTULO XXXIV.

Que las virtudes se han de adquirir poco á poco y por grados, ejercitándose primero en una virtud y despues en otra.

Aunque el verdadero soldado de Cristo, que aspira á la mas alta perfeccion, no debe poner límites á su aprovechamiento espiritual, conviene no obstante moderar y reprimir con la prudencia algunos indiscretos fervores de espíritu, que abrazados con demasiado calor en los principios, nos abandonan despues y nos dejan sin fuerzas en medio de la guerra.

Por esta causa, además de lo que dejo advertido en órden al modo de reglar los ejercicios exteriores, conviene, hija mia, que sepas que las virtudes interiores tambien se adquieren poco á poco y por grados. De esta suerte se echan los fundamentos de una piedad sólida y constante, y en poco tiempo se gana mucho.

Por ejemplo: para adquirir la paciencia no debemos ejercitarnos ordinariamente en desear las adversidades, y en alegrarnos ó gloriarnos con ellas, si primero no hemos pasado por los grados mas bajos de esta virtud. Asimismo no debemos abrazar de una vez todas las virtudes, ó aplicarnos á muchas juntamente, sino ejercitarnos primero en una virtud y despues en otra, si queremos que el hábito virtuoso eche profundas raíces en el alma; porque con el ejercicio continuo de una sola virtud, en cualquiera ocasion recurre á ella la memoria con mayor prontitud; el entendimiento busca con mayor industria y delicadeza nuevos motivos para adquirirla, y la voluntad se inclina con mayor actividad y eficacia á conseguirla: lo cual no sucederia si estas tres potencias se hallasen ocupadas á un mismo tiempo en el ejercicio de muchas virtudes.

Demás de esto, los actos en órden á una sola virtud por la conformidad y semejanza que tienen entre sí, vienen á ser con

este uniforme ejercicio menos difíciles y laboriosos; porque el uno llama y ayuda al otro su semejante, y con esta semejanza y conformidad hacen mayor impresion en nosotros, hallando el corazon ya preparado y dispuesto para recibir los que de nuevo se producen.

Estas razones no podrán dejar de parecer eficaces y convincentes, si consideras que el que se ejercita bien en una virtud, aprende insensiblemente á ejercitarse en todas las demás, y que una virtud no puede perfeccionarse sin que al mismo tiempo se perfeccionen las otras, por la inseparable union que todas tienen entre sí, como rayos que proceden de una misma divina luz.

CAPÍTULO XXXV.

De los medios para adquirir las virtudes, y cómo debemos servirnos de ellas por algun tiempo para aplicarnos á una sola virtud.

Sobre todo lo que dejo advertido, debes tambien saber, hija mia, que para llegar á una eminente y sólida virtud, es necesario que tengas un corazon grande y generoso, y una voluntad resuelta, invariable y firme para vencer las contradicciones, penas y dificultades que se hallan en este camino. Es necesario asimismo que tengas una inclinacion y afecto particular á la virtud. Esta inclinacion se adquiere considerando frecuentemente cuán agradables son á Dios las virtudes, cuán nobles y excelentes son en sí mismas, y cuán útiles y necesarias para nosotros; pues en ellas empieza y acaba toda la perfeccion cristiana.

Harás todas las mañanas eficaces propósitos de ejercitarte en ellas segun las ocasiones que probablemente se te pueden ofrecer en aquel dia, y te examinarás muchas veces para reconocer si has ejecutado fielmente tus própositos y buenas resoluciones, y para renovarlas con mayor eficacia y fervor.

Deberás observar particularmente esta regla con la virtud que te hubieres propuesto, y de que tuvieres mayor necesidad.

Aplicarás á esta virtud todas las reflexiones que hicieres sobre los ejemplos de los Santos, y todas tus meditaciones sobre la vida y pasion de Jesucristo, que son útiles y tan importantes en todos los ejercicios espirituales: lo mismo harás de las ocasiones que se te ofrecieren, aunque sean entre sí diversas, como dirémos abajo.

Procura acostumbrarte á los actos de las virtudes así exteriores como interiores, de modo que llegues finalmente á ejecutarlos con aquella misma prontitud y

facilidad con que antes hacias los que eran conformes á tus apetitos. Acuérdate de lo que te dije en otra parte, que los actos mas contrarios á las inclinaciones de la naturaleza son los mas propios y eficaces para introducir en el alma el hábito de la virtud.

Las sentencias de la sagrada Escritura, pronunciadas con la boca ó con el corazon, como se debe, tienen virtud y fuerza maravillosa para ayudarnos en este santo ejercicio; por esta causa conviene que tengas muchas en la memoria que se ordenen á la virtud que deseas adquirir, y que las repitas muchas veces al dia, particularmente cuando se excita y mueve la pasion contraria. Como por ejemplo: si deseas adquirir la virtud de la paciencia, podrás servirte de las palabras siguientes ó de otras semejantes:

Filii patienter sustinete iram, quæ supervenit (Baruch, IV, 25): *Hijos, llevad con paciencia la ira de Dios, que castiga vuestros desórdenes.*

Patientia pauperum non peribit in finem (Ps. VI, 19): *La paciencia de los pobres no será privada para siempre del bien que espera.*

Melior est patiens viro forti, et qui dominatur animo suo expugnatore urbium (Prov. XVI, 32): *El hombre paciente mejor es que el fuerte y valeroso; y el que sabe dominarse á sí mismo vale mas que un conquistador de ciudades.*

In patientia vestra possidebitis animas vestras (Luc: XXI, 19): *En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.*

Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen (Hebr. XII, 1): *Corramos de suerte en este campo, que por la paciencia ganemos el premio que Dios nos propone.*

Para lo mismo podrás tambien añadir las aspiraciones siguientes: *¿Cuándo, Dios mio, se hallará armado mi corazon con el escudo de la paciencia?*

¿Cuándo, Dios mio, por contentaros sufriré con ánimo alegre y tranquilo cualquiera penalidad y trabajo?

¡Oh dichosas tribulaciones, pues me hacen semejante á mi Redentor Jesucristo, lleno de penas y de aflicciones!

¡Oh vida de mi alma! ¿Viviré yo alguna vez contenta y gozosa por vuestra gloria, entre las tribulaciones?

Feliz seré yo, si con llamas de las tribulaciones me abraso en deseos de sufrir otras mayores.

De estas breves oraciones podrás servirte, y de otras que sean conformes al progreso que hicieres en la virtud, ó que te dictare tu devocion.

Estas oraciones se llaman jaculatorias, porque son como flechas encendidas que se tiran al cielo, y tienen la virtud de levantar nuestro corazon y el de penetrar el de Dios, si van acompañadas de dos circunstancias que son como dos alas: la una es el conocimiento del gusto que recibe Dios de vernos ocupados en el ejercicio de las virtudes; la otra un eficaz deseo de adquirirlas por solo el fin de agradar á su divina Majestad.

CAPÍTULO XXXVI.

Que en el ejercicio de la virtud se ha de caminar siempre con continua solicitud.

Entre las cosas que sirven para adquirir las virtudes cristianas, que es el blanco que nos hemos propuesto, una de las mas importantes y necesarias es procurar siempre adelantarnos en el camino de la perfeccion; porque no se puede parar en este camino sin volver atrás. (*D. Greg. part.* 3. *Pastor curæ admonit.* 35). La razon es, porque desde que cesamos de hacer actos de virtud, la violenta inclinacion del apetito sensitivo, y los objetos exteriores, que lisonjean los sentidos, no dejan de excitar en nosotros movimientos desordenados; y estos movimientos destruyen ó á lo menos enflaquecen los hábitos de las virtudes: fuera de que esta negligencia nos priva de muchas gracias y dones que pudiéramos

merecer del Señor, si pusiésemos mayor cuidado y solicitud en nuestro progreso espiritual.

Es muy diferente, hija mia, el camino espiritual y del cielo, del material y de la tierra; porque en este, aunque pare y se detenga el caminante, nada pierde de lo andado; pero en el camino espiritual, si se detiene y para, aunque sea por poco tiempo, pierde mucho.

Demás de esto, la fatiga del peregrino del mundo se aumenta con la continuacion del movimiento corporal, pero en el camino del espíritu cuanto mas se adelanta y se camina, mas fuerzas se cobran, y se siente mayor vigor; porque, con el ejercicio virtuoso, la parte inferior, que con su resistencia hace el camino áspero y penoso, viene á debilitarse y enflaquecerse; y la parte superior, donde reside la virtud, se repara, se restablece y se fortifica mas. De donde nace que al paso que nos adelantamos en el bien, se va dismuyendo nuestra pena y dificultad, y á esta misma

proporcion crece y se aumenta tambien el gusto y dulzura interior con que Dios templa y suaviza las amarguras de este camino.

De esta suerte, caminando siempre con alegría de virtud en virtud, llegamos finalmente á la cumbre del monte (*Isai.* II, *v.* 2), al colmo de la perfeccion, y á aquel estado dichoso y bienaventurado en que el alma empieza á ejercer sus funciones espirituales, no solo sin amargura y disgusto, sino un con contento y júbilo inefable; porque como se halla ya victoriosa de todas sus pasiones, y superior á las criaturas y á sí misma, vive dichosamente en el seno de Dios, y goza entre sus penas y trabajos de un dulce y bienaventurado reposo.

CAPÍTULO XXXVII.

Que siendo necesario continuar siempre en el ejercicio de las virtudes, no hemos de huir de las ocasiones que se nos ofrecieren para conseguirlas.

Hemos mostrado con claridad que en el camino de la perfeccion es necesario andar siempre sin parar para observar bien esta regla: Conviene que estés siempre advertida y vigilante, para no perder ocasion alguna que se te ofrezca de ejercitar las virtudes. Guárdate, hija mia, de huir de las cosas que son contrarias á las inclinaciones de la naturaleza corrompida, pues por ellas solamente se llega á las mas heróicas virtudes.

Por no salir del ejemplo que hemos propuesto, si deseas adquirir el hábito de la paciencia, conviene que no huyas ó te retires de las personas, acciones y pensamien-

tos que suelen moverte á la impaciencia: conviene que te acostumbres á tratar y conversar con todo género de personas, aunque sean molestas y pesadas; conviene que estés siempre dispuesta y preparada á sufrir todo lo que pudiere causarte mayor pena ó disgusto: de otra manera no llegarás jamás á adquirir la virtud de la paciencia.

De la misma suerte, si alguna ocupacion te fuere pesada é incómoda, ó por sí misma, ó por la persona que te la ha encargado, ó porque te divierte de otra ocupacion que seria mas de tu gusto, no dejes por eso de abrazarla con alegría, y de continuarla con perseverancia, aunque sientas alguna inquietud ó turbacion en tu espíritu, de que pudieras librarte dejándola enteramente; porque de otra manera nunca aprenderás á padecer, ni tu quietud seria verdadera, por no proceder de ánimo purificado de las pasiones, y adornado de las virtudes.

Lo mismo te digo de los pensamientos molestos, que á veces turban y afligen el

espíritu; porque no debes arrojarlos enteramente de tí, pues con la pena que te causan, te acostumbran á la tolerancia de las cosas contrarias. Y ten por cierto, hija mia, que quien te enseñare lo contrario, te enseñará mas á huir de la pena que sientes, que á conseguir la virtud que deseas.

Bien es verdad que al soldado nuevo y poco experimentado le conviene gobernarse con mucha prudencia y destreza en estas ocasiones, peleando con el enemigo, á veces de léjos, y á veces de cerca, segun fueren mayores ó menores las fuerzas de su virtud y de su espíritu; pero nunca debe volver enteramente las espaldas, y abandonar el campo de manera que huya de todo lo que puede causarle inquietud y disgusto; porque aunque por entonces nos preservásemos del peligro de caer, no obstante quedaríamos despues mas expuestos á los golpes de la impaciencia, por no habernos armado y fortificado con el ejercicio y uso de la virtud contraria.

Estas advertencias no tienen lugar en el vicio de la carne, de que hemos tratado ya particularmente en otra parte.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que debemos abrazar con gusto todas las ocasiones que se nos ofrecieren de combatir, para adquirir las virtudes, y principalmente aquellas que fueren mas difíciles y penosas.

No me contento, hija mia, con que no huyas de las ocasiones que se te presentaren de combatir, para adquirir las virtudes: quiero tambien que las busques y las abraces con alegría, y que las que te causaren mayor mortificacion y pena, te sean mas agradables como mas provechosas. Nada te parecerá difícil con el socorro de la gracia, principalmente si procuras imprimir bien en tu corazon las consideraciones siguientes:

La primera es, que las ocasiones son los medios esenciales y propios para adquirir las virtudes. De donde nace que cuando pedimos á Dios las virtudes, le pedimos juntamente los medios para obtenerlas, pues de otra manera nuestra oracion seria inútil y de ningun fruto; porque vendríamos á contradecirnos manifiestamente á nosotros mismos, y tentar á Dios, el cual no acostumbra dar la paciencia sin las tribulaciones, ni la humildad sin los oprobios.

Lo mismo sucede con las demás virtudes, las cuales son frutos de las adversidades que Dios nos envia. Estas adversidades deben sernos tanto mas preciosas y amables, cuanto fueren mas ásperas y penosas; porque los grandes esfuerzos que deben emplearse para sufrirlas, contribuyen y sirven maravillosamente para formar en nosotros los hábitos de las virtudes.

Son tambien muy estimables y preciosas las ocasiones de mortificar nuestra vo-

luntad, aun en las cosas pequeñas y leves; porque aunque las victorias que conseguimos contra nosotros mismos en las grandes ocasiones sean mas gloriosas, no obstante, las que alcanzamos en las pequeñas son incomparablemente mas frecuentes.

La segunda consideracion que ya hemos tocado es, que todas las cosas que suceden en este mundo vienen de Dios para nuestro beneficio y provecho; porque, aunque no pueda decirse hablando propiamente que algunas de estas cosas, como nuestros pecados ó los ajenos, vienen de Dios, que aborrece la iniquidad, es cierto no obstante que vienen de Dios, en cuanto los permite, y pudiendo absolutamente impedirlos, no los impide. Mas por lo que mira á las aflicciones que nos suceden ó por culpa nuestra, ó por la malicia de nuestros enemigos, no se puede negar que son de Dios, y que vienen de su mano, y que aunque verdaderamente condene la causa, su voluntad es que los suframos con ánimo paciente, ó porque son medios muy propios

para sanctificarnos, ó por otros justos motivos que nos son ocultos.

Estando, pues, persuadidos y ciertos que para cumplir perfectamente su divina voluntad debemos sufrir con gusto todos los males que nos causan nuestros enemigos, ó que nosotros mismos nos causamos con nuestros pecados: el decir, como por excusar y cubrir su impaciencia suelen decir muchos, que Dios siendo infinitamente justo, no puede querer lo que procede de un mal principio, no es otra cosa que querer dorar con un vano pretexto la propia falta, y rehusar la cruz que su divina Majestad nos presenta, y que no podemos negar que es voluntad suya que la llevemos con tolerancia.

Demás de esto, hija mia, conviene que entiendas y sepas, que Dios se deleita mas de vernos sufrir constantemente las persecuciones injustas de los hombres, principalmente de aquellos que hemos obligado con nuestros favores y beneficios, que de vernos tolerar otros penosos accidentes, así

porque la soberbia de nuestra naturaleza se reprima mejor con las injurias y malos tratamientos de nuestros enemigos, que con las penas y mortificaciones voluntarias, como porque sufriéndolas con paciencia hacemos verdaderamente lo que Dios pide y desea de nosotros, y es de su honor y de su gloria; pues conformamos nuestra voluntad con la suya en una cosa en que resplandecen igualmente su bondad y su poder, y de un fondo tan malo y tan detestable, como es el pecado, cogemos excelentes frutos de virtud y de santidad. Sabe, pues, hija mia, que apenas nos ve el Señor resueltos y determinados á obrar de veras, y á emplear todos nuestros esfuerzos para adquirir las sólidas virtudes, nos prepara el cáliz de las mas fuertes tentaciones y de los mas ásperos trabajos, y así conociendo el amor infinito que nos tiene, y la ardiente y misericordiosa solicitud con que desea nuestro bien espiritual, debemos recibir con alegría y con rendimiento de gracias el cáliz que nos ofrece, y beberlo hasta

la última gota; porque la composicion de la bebida está hecha de mano de quien no puede errar, y con ingredientes tanto mas saludables para el alma, cuanto son mas desagradables y amargos á nuestro paladar.

CAPÍTULO XXXIX.

Como se puede practicar una misma virtud en diversas ocasiones.

Ya has visto, hija mia, en uno de los capítulos precedentes, que es mas útil para nuestro aprovechamiento aplicarnos por algun tiempo á una sola virtud, que abrazar muchas juntamente, y que en esta virtud particular debemos excitarnos siempre que se presentare la ocasion. Atiende ahora y observa la facilidad con que esto se puede ejecutar.

Podrá sucederte en un mismo dia, y por ventura en una misma hora, que te reprendan de una accion buena y loable en sí misma, ó que por otra causa murmuren de tí: que te nieguen con aspereza una pequeña gracia que hayas pedido: que se conciba una falsa sospecha de tí: que te dén alguna comision odiosa: que te sirvan vian-

das mal sazonadas: que te sobrevenga alguna enfermedad; ó que finalmente te halles oprimido de otros males mas sensibles y graves de los innumerables que se hallan en esta miserable vida.

Entre tan diversos y penosos accidentes podrás sin duda ejercitar diferentes virtudes; pero, conforme á la regla que te he dado, te será mas útil y provechoso aplicarte únicamente al ejercicio de aquella virtud de que entonces tuvieres mayor necesidad.

Si esta virtud de que necesitas fuere la paciencia, tú no debes pensar sino en sufrir constantemente y con alegría todos los males que te suceden y te pueden suceder. Si fuere la humildad, te imaginarás en todas tus penas que no hay castigo alguno que pueda igualar á tus culpas. Si fuere la obediencia, procurarás rendirte con prontitud á la voluntad de Dios, que te castiga conforme mereces, y sujetarte asimismo por su amor, no solamente á las criaturas racionales, sino tambien á las

que no teniendo ni razon ni vida, no dejan de ser instrumentos de su justicia. Si fuere la pobreza, te esforzarás á vivir contenta, aunque te halles privada de todos los bienes y de todas las dulzuras de esta vida. Si fuere la caridad, harás todos los actos de amor de Dios y del prójimo que te fueren posibles, considerando que el prójimo te da ocasion de multiplicar tus merecimientos cuando ejercita tu paciencia; y que Dios, que te envia ó permite todos los males que te afligen, no tiene otro fin que tu mayor bien espiritual.

Todo esto que te digo en órden al modo de ejercitar en diversos accidentes y ocasiones la virtud que fuere mas necesaria, muestra al mismo tiempo el modo de ejercitarla en una sola ocasion, como en una larga enfermedad, ó en otra afliccion y pena que te durase mucho tiempo: pues se podrán entonces producir tambien los actos de aquella virtud de que tuviéremos mayor necesidad.

CAPÍTULO XL.

Del tiempo que debemos emplear en adquirir cada virtud, y de las señales de nuestro aprovechamiento.

No se puede determinar generalmente el tiempo que debemos emplear en el ejercicio de cada virtud; porque esto depende precisamente del estado y disposicion en que nos hallamos, del progreso que hacemos en la vida espiritual, y de la direccion del que nos guia y gobierna; pero es constante, que si nos aplicamos con todo el cuidado, diligencia y solicitud que conviene, aprovecharémos mucho en pocas semanas.

Es señal indubitable y cierta de nuestro aprovechamiento, cuando en la sequedad, oscuridad y angustias del alma, y en la privacion de las consolaciones y gustos espirituales, continuamos constantemente los ejercicios de la perfeccion.

Es tambien señal no menos evidente, cuando la concupiscencia vencida y sujeta á la razon no puede impedirnos con sus contradicciones que nos ejercitemos en la virtud; porque á la medida que se enflaquece y debilita la concupiscencia, se fortifican y se arraigan en el alma las virtudes. Por esta causa, cuando no se siente ya alguna contradiccion ó rebeldía en la parte inferior, podemos prometernos y asegurarnos que hemos adquirido el hábito de la virtud; y cuanto mayor fuere la facilidad en producir los actos, tanto mas perfecto será el hábito.

Pero advierte, hija mia, que no debemos persuadirnos jamás á que hemos llegado á un grado eminente en la virtud, ó que hemos triunfado enteramente de alguna pasion, aunque despues de duros y prolijos combates no sintamos ya sus asaltos y movimientos; porque aquí tambien puede tener lugar la astucia del demonio, y el artificio de nuestra naturaleza, que suele disfrazarse por algun tiempo. De donde na-

ce que muchas veces, por una soberbia oculta, tenemos por virtud lo que es verdaderamente vicio. Fuera de que, si consideramos el grado de perfeccion á que Dios nos llama, aunque hayamos hecho grandes progresos en la virtud, reconocerémos que todavía no hemos entrado en sus confines.

Por esto, hija mia, tú debes como nueva guerrera continuar siempre tus ejercicios ordinarios, como si empezases á practicarlos, sin dejar que llegue á entibiarse tu primer fervor.

Considera que es mejor y mas útil aprovechar en la virtud, que examinar escrupulosamente si has aprovechado; porque Dios, que es el que solamente conoce lo íntimo de los corazones, descubre á unos este secreto, y lo oculta á otros, segun los ve en estado, ó de humillarse, ó de ensoberbecerse; y por este medio, este Padre infinitamente bueno y sábio quita á los flacos la ocasion de su ruina, y obliga á los otros á que crezcan en las virtudes. Así, aunque una alma no vea ó conozca el

progreso que hace en la perfeccion, no debe por esto dejar sus ejercicios; porque lo conocerá, cuando será del gusto y beneplácito divino dárselo á conocer para mayor bien suyo.

CAPÍTULO XLI.

Que no debemos desear con ardor librarnos de los trabajos que sufrimos con paciencia, y de qué modo debemos reglar nuestros deseos.

Si te hallares en alguna afliccion ó trabajo, y lo sufres con paciencia, guárdate de escuchar las exhortaciones del demonio ó de tu amor propio, que procuran excitar en tu corazon deseos de librarte de esta pena; porque tu impaciencia te causará dos grandes daños.

El primero, que aunque entonces no pierdas enteramente la virtud de la paciencia, será no obstante una disposicion

para el vicio contrario: el segundo, que tu paciencia será imperfecta y defectuosa, y no obtendrá de Dios el premio y la recompensa, sino solamente por el tiempo que la hubieres ejercitado; siendo cierto, que si no hubieras deseado el alivio, antes bien te hubieras resignado en su divina voluntad, aunque tu pena no hubiese durado sino un cuarto de hora, el Señor la reconoceria y recompensaria como servicio de mucho tiempo.

Toma, pues, por regla general en todas las cosas, el no querer hacer sino solamente lo que Dios quiere, y dirigir á este fin todos tus deseos, como al único blanco á que debes encaminarlos. Por este medio llegarán á ser justos y santos, y en cualquiera accidente triste ó alegre que te suceda, no solamente gozarás de una perfecta y verdadera paz, sino tambien de un perfecto y verdadero contento, porque como nada sucede en este mundo sino por órden y disposicion de la Providencia divina, si tú no quieres sino solo lo que quiere la divina

Providencia, vendrás siempre á tener lo que deseas; pues ninguna cosa sucederá sino segun tu voluntad.

Este documento, hija mia, no tiene lugar en los pecados propios ó en los ajenos, los cuales siempre detesta y aborrece Dios, sino solamente en las aflicciones y penas de esta vida, por violentas y penetrantes que sean, ó procedan de tus pecados ó de otro principio; porque esta es la cruz con que Dios suele favorecer á sus mas íntimos amigos.

Esto mismo se debe entender respecto de aquella parte de pena y afliccion que en tí quedare, y que es voluntad de Dios que padezcas despues de haber buscado algun lenitivo á tu pena, y aplicado á este fin aquellos medios que de sí son lícitos y buenos, de que te puedes muy bien servir sin salir de la mano de Dios, ni del órden que tiene puesto; como en el uso de estos medios te gobiernes por su divina voluntad, sirviéndote de ellos, no por libertarte de tu pena, sino porque Dios quiere

que los usemos en nuestras necesidades, y porque á este fin los ha ordenado su providencia.

CAPÍTULO XLII.

Del modo de defendernos de los artificios del demonio, cuando procura engañarnos con devociones indiscretas.

Cuando la serpiente antigua ve que caminamos derechamente á la perfeccion, y con vivos y bien ordenados deseos, reconociendo que no puede atraernos á sí con engaños declarados, se transfigura en ángel de luz (*II Cor.* XI), y entonces con pensamientos devotos, conceptos agradables, con sentencias y textos de la sagrada Escritura, y ejemplos de los mayores Santos, nos solicita y persuade importunamente á que con fervor indiscreto procuremos remontarnos sobre la capacidad y medida de nuestro espíritu, para precipitarnos despues en un abismo de males.

Por ejemplo: este astuto enemigo nos incita que castiguemos ásperamente el cuerpo con disciplinas, abstinencias, cilicios y otras mortificaciones semejantes; pero el fin que se propone su malicia es, ó que persuadiéndonos á que hacemos cosas grandes, nos llenemos de vanagloria, lo cual sucede particularmente á las mujeres; ó que quebrantados con penitencias rigurosas y superiores á nuestras fuerzas, quedemos inhábiles para las buenas obras; ó que no pudiendo sufrir los trabajos de una vida austera y penitente, cobremos hastío y aborrecimiento á los ejercicios espirituales; ó finalmente, que resfriándonos en la virtud, busquemos con mayor ardor y apetito que antes los placeres y vanos divertimientos del mundo.

¿Quién podrá contar el número sin número de los que siguiendo con presuncion de espíritu el ímpetu de un fervor indiscreto y precipitado, y excediendo con los rigores exteriores la capacidad y medida de su propia virtud, cayeron infelizmente en

el lazo que se habian tendido á sí mismos con sus propias manos, haciéndose risa y juguete de los demonios? Es constante, hija mia, que semejantes almas se hubieran preservado de un mal tan grave, si hubiesen considerado que estos ejercicios de mortificacion, si bien son útiles y provechosos á los que tienen fuerza y robustez de cuerpo y humildad de espíritu, requieren siempre temperamento conforme y proporcionado á la calidad y naturaleza de cada uno.

No todos, hija mia, pueden practicar las mismas austeridades que han practicado algunos grandes Santos; pero todos pueden imitar á los mayores Santos en muchas cosas. Podemos formar en nuestro corazon deseos ardientes y eficaces de participar de las gloriosas coronas que obtienen los verdaderos soldados de Jesucristo en los combates espirituales: podemos á su imitacion y ejemplo menospreciar el mundo y menospreciarnos á nosotros mismos, amar el retiro y el silencio, ser humildes

y caritativos con todos, sufrir pacientemente las injurias, hacer bien á los que nos hacen mal, evitar los menores defectos, que son cosas de mucho mayor mérito á los ojos de Dios que todas las penitencias y maceraciones del cuerpo.

Tambien te advierto que en los principios siempre es mejor usar de moderacion en las penitencias exteriores, á fin de que puedas aumentarlas despues, si fuere necesario, que por querer obrar mucho, ponerte en peligro de no poder despues obrar nada. Este documento, hija mia, te doy en el presupuesto de que te hallas libre del engaño en que incurren algunos, que pasan en el mundo por espirituales y devotos, los cuales seducidos de la naturaleza y del amor propio, cuidan con tan exacta y escrupulosa puntualidad de la salud del cuerpo, que temen perderla por la mas ligera mortificacion exterior: no hay cosa en que tanto se ocupen, ni de que hablen con tanta frecuencia, como en el régimen de vida que deben guardar; tienen en la eleccion

de los manjares una suma delicadeza, que no sirve sino de enflaquecerlos y debilitarlos; prefieren ordinariamente los que lisonjean mas el gusto y son mas agradables al paladar, á los que son mejores y mas provechosos para el estómago; y con todo esto, si hubiésemos de creer lo que dicen, su fin no es otro que tener vigor y fuerza para servir mejor á Dios.

Este es el pretexto con que disfrazan y cubren su sensualidad; pero verdaderamente su intento no es otro que unir y concordar dos enemigos irreconciliables, que son la carne y el espíritu (*Galat.* v, 17): de lo cual resulta infaliblemente la ruina del uno y del otro; pues en un mismo tiempo el uno pierde la salud, y el otro la devocion. Por esta causa un modo de vida menos delicado, menos escrupuloso y menos inquieto, es siempre el mas fácil, el mas útil y el mas seguro, como sea regulado por las reglas de la prudencia que te tengo dadas; porque no siendo todas las complexiones igualmente vigorosas y fuer-

tes, no son todas igualmente capaces de sufrir los mismos trabajos. Y añado, que conviene usar de discrecion y regla, no solamente para moderar los ejercicios exteriores, sino tambien para adquirir las virtudes interiores, como ya lo mostré en otro capítulo (*Cap.* 34), explicando el modo de adquirir estas virtudes por grados.

CAPÍTULO XLIII.

Cuán poderosas sean en nosotros nuestra mala inclinacion, y la instigacion del demonio, para inducirnos á juzgar temerariamente del prójimo, y del modo de hacerles resistencia.

La vanidad y propia estimacion producen en nosotros un desórden mas perjudicial que el juicio temerario, el cual nos hace concebir y formar una baja idea del prójimo. Como este vicio nace de nuestra soberbia, se sustenta y fomenta tambien con nuestra soberbia; y á medida que crece y se aumenta en nosotros, nos hacemos presuntuosos y vanos, y susceptibles de las ilusiones y engaños del demonio, porque venimos á formar insensiblemente tanto mas alta opinion de nosotros mismos, cuanto es mas baja la que concebimos de los otros, persuadiéndonos á que nos hallamos

libres de las imperfecciones que les atribuimos.

Cuando el enemigo de nuestra salud reconoce en nosotros esta maligna disposicion, usa de todos sus artificios para hacernos vigilantes y atentos en observar y examinar los defectos ajenos. No es creible cuánto se esfuerza á ponernos y representarnos cada instante delante de los ojos algunas ligeras imperfecciones de nuestros hermanos, cuando no puede hacer que observemos defectos graves y considerables.

Pero pues es tan solícito de nuestra ruina este astuto enemigo, y tan aplicado á nuestra perdicion, no seamos nosotros menos vigilantes y atentos en descubrir y en evitar sus lazos. Apenas te representare algun vicio ó defecto del prójimo, procura desechar este pensamiento; y si continuare en persuadirte y solicitarte á formar algun juicio injurioso, guárdate de escuchar sus sugestiones malignas. Considera que tú no tienes la autoridad necesaria para juzgar; y que aun cuando la tuvieses, tú no

eres capaz de formar juicio recto, hallándote cercada de infinitas pasiones, y muy inclinada á pensar mal de la vida y de las acciones de los otros sin justa causa.

Para remediar eficazmente un mal tan peligroso, te advierto que tengas tu espíritu enteramente ocupado de tus propias miserias; porque hallarás tantas cosas que corregir y reformar dentro de tí misma, que no tendrás tiempo ni gusto para pensar en las de tu prójimo, ó no pensarás en ellas, sino en el órden de una santa y discreta caridad. Fuera de que si te ocupas en considerar tus propios defectos, curarás fácilmente los ojos interiores del alma de cierta especie de malignidad, que es la fuente y orígen de todos los juicios temerarios, porque quien juzga sin razon que su hermano está sujeto á algun vicio, puede pensar de sí mismo con fundamento que padece el mismo defecto; pues siempre juzga un hombre vicioso que los demás son sus semejantes.

Todas las veces, pues, que te sintieres

pronta y dispuesta á condenar ligeramente las acciones de alguna persona, te debes vituperar interiormente á tí misma y darte esta justa reprension: *¡ Oh ciega y presuntuosa! ¿Cómo eres tú tan temeraria, que te atreves á censurar las acciones de tu prójimo, cuando tienes los mismos y aun mas graves defectos?* Así, convirtiendo contra tí misma tus propias armas, en lugar de herir y ofender á tus hermanos curarás tus propias llagas.

Pero si la falta que condenamos es verdadera y pública, excusemos por caridad al que la ha cometido: creamos que tiene algunas virtudes ocultas, que por ventura no hubiera podido conservar si Dios no hubiese permitido en él esta caida: creamos que un pequeño defecto que Dios le deje por algun tiempo, acabará de destruir en él la estimacion y buen concepto en que se tiene á sí mismo; que siendo menospreciado se hará mas humilde, y que por consiguiente su ganancia será mayor que su pérdida.

Mas si el pecado es no solamente público, sino enorme, si el pecador es impenitente, endurecido y obstinado, levantemos nuestro espíritu al cielo; entremos en los secretos juicios de Dios; consideremos que muchos hombres despues de haber vivido largo tiempo en la iniquidad, han venido á ser grandes Santos; y que otros al contrario, que habian llegado al grado mas sublime de la perfeccion, han caido infelizmente en un abismo de desórdenes y de miserias.

Con estas reflexiones comprenderás, hija mia, que no debes temerte menos á tí misma que á los demás; y que si sientes en tí inclinacion y facilidad á juzgar favorablemente del prójimo, el Espíritu Santo es quien te da esta feliz inclinacion; y que al contrario, cualquiera desprecio, aversion ó juicio temerario contra el prójimo nace únicamente de la propia malignidad, y de la sugestion del demonio. Si alguna imperfeccion, pues, ó defecto ajeno hubiere hecho en tí alguna impresion,

no descanses ni sosiegues hasta tanto que la hayas desterrado enteramente de tu corazon.

CAPÍTULO XLIV.

De la oracion.

Si la desconfianza de nosotros mismos, la confianza en Dios y el buen uso de nuestras potencias son armas necesarias en el combate espiritual, como hasta aquí se ha mostrado, la oracion, que es la cuarta cosa y arma propuesta, es todavía mas precisa é indispensable; pues por la oracion obtenemos de Dios no solamente las virtudes, sino generalmente todos los bienes de que tenemos necesidad. Este es el canal por donde se nos comunican todas las gracias que recibimos del cielo: con la oracion, si la ejercitares como debes, pondrás la espada en mano de Dios, para que combata por tí y te alcance la victoria. Para servir-

nos como conviene de un medio tan esencial y tan importante, conviene que observemos las reglas siguientes:

En primer lugar debemos tener un verdadero deseo de servir á Dios con fervor, y en el modo que le es mas agradable. Este deseo se encenderá fácilmente en nuestro corazon, si consideramos tres cosas: la primera, que Dios merece infinitamente ser servido y adorado á causa de la excelencia de su ser soberano, de su bondad, de su hermosura, de su sabiduría, de su poder, y de todas sus perfecciones inefables; la segunda, que este mismo Dios se hizo hombre, y trabajó continuamente por el espacio de treinta y tres años por nuestra salud, y curó con sus propias manos las llagas horribles de nuestros pecados, ungiéndolas y lavándolas, no con aceite y vino, sino con su sangre preciosa (*Luc.* x, 34. — *Apoc.* 1, 5), y su carne purísima, toda despedazada con los azotes, con las espinas y con los clavos; la tercera, que nada nos importa tanto como el guardar su

ley, y cumplir todas nuestras obligaciones, pues este es el único medio de hacernos señores de nosotros mismos, victoriosos del demonio é hijos de Dios.

Lo segundo, debemos tener una fe viva y una firme confianza de que Dios no nos negará los auxilios necesarios para servirle con perfeccion, y para obrar nuestra salud. Una alma llena de esta santa confianza es como un vaso sagrado, donde la divina misericordia derrama los tesoros de su gracia; y cuanto mayor es la confianza, tanto mayor es la abundancia de las bendiciones celestiales que atrae sobre sí con la oracion. Porque ¿cómo será posible que un Dios, á quien nada es difícil, deje de comunicarnos sus dones, cuando su bondad misma nos solicita y persuade á que se los pidamos, y nos promete su Santo Espíritu (*Luc.* XI, 13), como se lo pidamos con fe y con perseverancia?

Lo tercero, debemos entrar siempre en la oracion por solo el motivo ó fin de hacer lo que Dios quiere, y no lo que nosotros

queremos: de manera que no hemos de aplicarnos jamás á este santo ejercicio, sino solamente porque Dios nos lo manda, ni debemos desear ser oidos, sino en cuanto fuere de su divino beneplácito; en fin, nuestra intencion ha de ser unir y conformar nuestra voluntad con la divina, sin pretender jamás inclinar la divina á la nuestra. La razon es, porque nuestra voluntad, como inficionada y pervertida del amor propio, yerra muchas veces, y no sabe lo que pide; pero la voluntad divina no puede errar, siendo esencialmente justa y santa; y así debe ser la regla de cualquiera otra voluntad. Tengamos, pues, particular cuidado de no pedir á Dios sino las cosas que son de su agrado; y si hubiere algun motivo ó fundamento para temer que lo que deseamos no es conforme á su voluntad, no se lo pidamos sino con una entera sumision á las órdenes de su providencia. Pero si las cosas que deseamos alcanzar no pueden dejar de serle agradables, como las virtudes, pidámoslas mas

por agradarle y por servirle que por cualquiera otra consideracion, aunque sea muy espiritual.

Lo cuarto, si deseamos obtener lo que pedimos, conviene que nuestras obras se conformen con nuestras palabras: conviene que antes y despues de la oracion procuremos con todas nuestras fuerzas hacernos dignos de la gracia que deseamos alcanzar, porque el ejercicio de la oracion debe andar siempre unido y acompañado con el de la mortificacion interior, pues seria tentar á Dios pedir una virtud y no aplicar los medios para conseguirla.

Lo quinto, antes de pedir á Dios cosa alguna, debemos darle muy rendidas gracias por todos los beneficios que hemos recibido de su bondad. Podrémos decirle: *Señor y Dios mio, que despues de haberme criado me habeis redimido por vuestra misericordia, y me habeis librado infinitas veces del furor de mis enemigos, ayudadme y socorredme ahora; y olvidando mis*

ingratitudes pasadas, no me negaréis la gracia que os pido.

Y si cuando deseamos obtener alguna virtud en particular, fuéremos tentados del vicio contrario, no dejemos de alabar y bendecir á Dios por la ocasion que nos da de ejercitar esta virtud, porque no es este, hija mia, un favor pequeño.

Lo sexto, como la oracion recibe toda su eficacia y fuerza de la suma bondad de Dios, de los méritos de la vida y de la pasion de su unigénito Hijo, y de las promesas de oirnos que nos ha hecho (*Jerem.* XXXIII, 3), podrémos concluir siempre nuestras peticiones con alguna de las oraciones siguientes: *Yo os pido, Señor, que por vuestra divina misericordia me otorgueis esta gracia. Concededme por los méritos de vuestro unigénito Hijo lo que os pido. Acordaos, Dios mio, de vuestras promesas, y oid mis ruegos.*

Algunas veces podrémos pedir tambien las gracias que deseamos por los méritos

de la Vírgen santísima y de los Santos; porque es grande el poder que tienen en el cielo, y Dios se deleita de honrarlos á proporcion del honor y gloria que le han dado en el curso de su vida mortal.

Lo séptimo, conviene tambien perseverar en este ejercicio, porque el Todopoderoso no puede resistir á una humilde perseverancia en la oracion; pues si la importunidad de la viuda del Evangelio no pudo doblar y vencer la dureza de un juez inícuo (*Luc.*. XVIII, 5), ¿cómo podrán nuestros ruegos dejar de mover un Dios infinitamente bueno? Y así, aunque el Señor tarde en oirnos, y nos parezca que no quiere escucharnos, no debemos perder la confianza que tenemos en su infinita bondad, ni dejar de continuar la oracion; porque su divina Majestad tiene en un grado infinito todo lo que es necesario para poder y para querer enriquecernos y colmarnos de sus beneficios; y si de nuestra parte no hubiere alguna falta, podrémos estar ciertos y seguros de que obtendrémos

infaliblemente la gracia que le pedimos, ú otra que nos sea mas útil y provechosa, y por ventura ambas gracias juntamente.

Sobre todo, debemos estar siempre advertidos en este punto, que cuanto mas nos pareciere que el Señor no nos escucha ni admite nuestros ruegos, tanto mas hemos de procurar humillarnos y concebir menosprecio y odio de nosotros mismos; pero en esto, hija mia, debemos gobernarnos de suerte que, considerando nuestras miserias, no perdamos jamás de vista su divina misericordia, y que en lugar de disminuir nuestra confianza la aumentemos en nuestro corazon sobre el fijo conocimiento de que cuanto mas viva y constante fuere en nosotros esta virtud, cuando se halla combatida, tanto mayor será nuestro merecimiento.

Finalmente, no dejemos jamás de dar á Dios humildes y rendidas gracias. Alabemos y bendigamos igualmente su sabiduría, su bondad y su caridad, ya nos nie-

gue ó ya nos conceda la gracia que le pedimos; y en cualquiera suceso procuremos conservarnos siempre tranquilos y contentos, y enteramente rendidos á su providencia.

CAPÍTULO XLV.

Qué cosa sea oracion mental.

Oracion mental es una elevacion del espíritu á Dios, con actual ó virtual súplica de lo que deseamos.

La actual se hace cuando con palabras mentales se pide á Dios alguna gracia en esta ó semejante forma: *Señor y Dios mio, concededme esta gracia á honor y gloria vuestra;* ó de este otro modo: *Dios mio, creo firmemente que será de vuestro agrado, y de vuestra gloria, que yo os pida y alcance esta gracia: cúmplase, pues, en mí vuestra voluntad divina.*

Cuando te hallares combatida de tus

enemigos, orarás así: *Ayudadme presto, Dios mio, para que no me rinda á mis enemigos;* ó de este modo: *Dios mio, refugio mio, fortaleza mia, pues veis mi fragilidad y flaqueza, socorredme prontamente para que no caiga.*

Si continuare la batalla, continúa en orar de la misma forma resistiendo siempre animosamente al enemigo que te hace la guerra.

Despues que se hubiere pasado lo fuerte del combate, vuélvete al Señor, y pidiéndole que considere de una parte las fuerzas de tu enemigo, y de la otra tu suma flaqueza, le dirás: *Veis aquí, Señor, vuestra criatura: veis aquí la obra de vuestras manos: veis aquí el alma que Vos habeis redimido con vuestra preciosa sangre, mirad como vuestro enemigo os la procura robar para perderla. A Vos, Dios mio, recurro, en Vos solo pongo mi confianza; porque Vos solo sois infinitamente bueno, infinitamente poderoso: Vos conoceis mi debilidad y la prontitud con que caeré en*

manos de mis enemigos, sin el socorro de vuestra gracia. Ayudadme, pues, ó dulce esperanza mia, única fortaleza de mi alma.

La súplica virtual se hace cuando elevamos nuestro espíritu á Dios para obtener alguna gracia, representándole nuestra necesidad, sin decir ni hacer otra consideracion; como cuando yo elevo la mente á Dios, y en su presencia reconozco que de mí mismo no soy capaz de defenderme del mal, ni de obrar el bien, y encendido de un ardiente deseo de servirle, fijo la vista en su bondad, esperando su socorro con humildad y confianza. Este conocimiento de mi flaqueza, este deseo de servir á Dios, y este acto de fe, producido en su divina presencia, es una oracion que virtualmente pide lo que necesito; y cuanto mas puro fuere el conocimiento, cuanto mas abrasado el deseo, y cuanto mas viva la fe, tanto mayor será la eficacia de la oracion para obtener la gracia que deseo.

Hay tambien otra especie de oracion virtual mas reducida y breve, la cual se

hace con una simple vista del alma, que expone á los ojos del Señor su indigencia para que la socorra; y esta vista no es otra cosa que un tácito recuerdo y súplica de aquella gracia que antecedentemente le hemos pedido.

Es necesario, hija mia, que te acostumbres á esta especie de oracion, y que te la hagan muy familiar para servirte de ella en cualquier tiempo y lugar; porque la experiencia te mostrará, que así como no hay cosa mas fácil, así no la hay mas útil ni mas excelente.

CAPÍTULO XLVI.

De la oracion por via de meditacion.

Si quieres detenerte por algun espacio de tiempo en este santo ejercicio de la oracion, como por media hora ó por una hora entera, añadirás la meditacion de la vida y pasion de Jesucristo, aplicando siempre sus santísimas acciones á la virtud que deseas adquirir.

Como por ejemplo, si deseares obtener la virtud de la paciencia, meditarás en algunos puntos del misterio de los azotes.

El primero, como despues de haber dado Pilato la sentencia, fue el Señor arrebatado con violencia por aquellos ministros de la iniquidad, y llevado con gritos y baldones al lugar destinado para la flagelacion.

El segundo, como con impaciente y apresurada rabia le despojaron aquellos

crueles verdugos de todos sus vestidos, quedando descubiertas y desnudas á la vista de aquel ingrato pueblo sus purísimas carnes.

El tercero, como aquellas inocentes manos, instrumentos de su piedad y misericordia, fueron atadas á una columna con ásperos cordeles.

El cuarto, como aquel sagrado y honestísimo cuerpo fue azotado por los verdugos con rigor tan inhumano, que corrió su divina sangre por el suelo, rebalsándose en muchas partes con abundancia.

El quinto, como los golpes continuados y repetidos en una misma parte aumentaban y renovaban sus llagas.

Mientras meditares sobre estos puntos ó sobre otros semejantes, propios á inspirarte el amor de la paciencia, aplicarás primeramente tus sentidos interiores á sentir con la mayor viveza que pudieres los dolores incomprensibles que sufrió el Señor en todas las partes de su sacratísimo cuerpo, y en cada una en particular.

De aquí pasarás á las angustias de su alma santísima, meditando profundamente la paciencia y mansedumbre con que sufria tantas aflicciones, sin que jamás se apagase aquella ardiente sed que tenia de padecer nuevos tormentos por la gloria de su Padre, y por nuestro bien.

Considérale despues encendido de un vivo deseo de que tú sufras con gusto tus aflicciones; y mira, como vuelto á su eterno Padre, le ruega que te ayude á llevar con paciencia no solamente la cruz que entonces te aflige, sino todas las demás que quisiere enviarte su providencia.

Movida de estas tiernas y piadosas consideraciones, confirma con nuevos actos la resolucion en que estás de sufrir con ánimo paciente cualquiera tribulacion.

Despues, levantando tu espíritu al Padre eterno, dale rendidas gracias de que haya enviado al mundo su unigénito Hijo, para que padeciese tan crueles tormentos, y para que intecediese por tí: pídele, en fin, que te conceda la virtud de la pacien-

cia por los méritos y por la intercesion de su santísimo Hijo.

CAPÍTULO XLVII.

De otro modo de orar por el camino de la meditacion.

Tambien podrás orar y meditar de esta otra manera:

Despues que hubieses considerado atentamente las penas de tu divino Salvador, y la alegría con que las toleraba, pasarás de la consideracion de sus dolores y de su paciencia á otras dos consideraciones no menos necesarias.

La una será de sus méritos infinitos: la otra del contento y gloria que recibió su eterno Padre de la puntual y perfectisíma obediencia con que puso en ejecucion sus divinos decretos.

Ambas cosas representarás humildemente á su divina Majestad, como dos

razones poderosas para obtener la gracia que deseas.

Esto mismo podrás practicar no solamente en todos los misterios de la pasion del Señor, sino tambien en todos los actos interiores ó exteriores que su Majestad hacia en cada misterio.

CAPÍTULO XLVIII.

De un modo de orar fundado en la intercesion de María santísima nuestra Señora.

Á mas de los sobredichos hay otro modo de orar y meditar, que se dirige particularmente á María santísima, levantando el espíritu primeramente á Dios, despues al dulcísimo Jesús, y últimamente á su gloriosísima Madre.

Levantando el espíritu á Dios considerarás dos cosas:

La primera, el singular amor que tuvo

ab æterno á esta purísima Vírgen, aun antes que la hubiese sacado de la nada.

La segunda, la eminente santidad de esta Señora, y las heróicas obras que ejercitó desde el instante de su concepcion hasta el de su muerte.

Sobre el primer punto meditarás en la forma siguiente:

Remóntate primero con el pensamiento sobre la esfera y jurisdiccion de los tiempos, y de todas las criaturas; y entrando en el abismo de la eternidad, y de la misma mente de Dios, pondera la complacencia y satisfaccion con que aquel sumo bien consideraba á la que destinaba para ser Madre de su Unigénito amado: y en virtud de esta satisfaccion y contento inefable, pídele con seguridad que te conceda gracia y fortaleza para vencer y destruir á tus enemigos, y particularmente al que entonces te hiciere guerra.

Despues te representarás las virtudes y las acciones heróicas de esta Vírgen incomparable; y ofreciéndolas á Dios, ó todas

juntamente, ó cada una en particular, pedirás en virtud de ellas á su bondad infinita las cosas de que tuvieres necesidad.

Vuelve luego el espíritu á su Hijo santísimo y tráele á la memoria el virginal vientre que le sirvió de albergue y purísimo tálamo por el espacio de nueve meses; la humildad y profunda reverencia con que apenas salió á luz le adoró la Vírgen, y reconoció por verdadero hombre y verdadero Dios, Hijo y Criador suyo; la compasion y ternura con que le vió nacer pobre, despreciado y desconocido en un pesebre; el amor con que le recogió en sus brazos; los óculos suavísimos que le dió; la purísima leche con que lo alimentó; y las fatigas, tribulaciones y penas que en el curso de su vida mortal padeció por su causa.

Represéntate bien todas estas cosas; y no dudes, hija mia, que con tan eficaces y poderosas consideraciones le harás una dulce violencia para que te oiga y te conceda lo que le pides.

Vuélvete, en fin, á la Vírgen santísima,

y recuérdale que entre todas las mujeres fue escogida y predestinada de la bondad y eterna providencia de Dios para ser Madre de gracia y misericordia, y abogada de los pecadores, y que despues de su bendito Hijo no tenemos otro mas poderoso y seguro asilo que el de su patrocinio. Represéntale tambien aquella inefable verdad tan constaute entre los Doctores, y confirmada con tantos prodigios y maravillas, que ninguno la ha invocado jamás con viva fe, que no haya sido ayudado y socorrido en su necesidad.

Últimamente, ponte á la vista las aflicciones y penas que padeció su santísimo Hijo por nuestra salud, á fin de que te obtenga de su infinita bondad la gracia de que te aproveches de ellas para su gloria y satisfaccion.

CAPÍTULO XLIX.

De algunas consideraciones para que con fe y seguridad acudamos al patrocinio de la Vírgen María.

Si deseas recurrir con seguridad y confianza en cualquiera necesidad ó trabajo á la proteccion de la Vírgen María, podrás servirte de los motivos y consideraciones siguientes:

Primero, la experiencia muestra que un vaso que ha tenido dentro de sí algun licor aromático y precioso, conserva su fragancia, aunque se haya sacado el licor del vaso, principalmente si lo ha tenido dentro de sí por mucho espacio de tiempo, y si ha quedado en el vaso alguna parte del licor precioso. Asimismo, el que ha estado cerca de un fuego grande, conserva por mucho tiempo el calor despues de haberse retirado del fuego.

Pues si esto, hija mia, sucede con cualquier licor precioso, y con cualquiera grande incendio, que no son sino de virtud corta y limitada, ¿qué dirémos nosotros de la caridad y de la misericordia de esta purísima Vírgen, que por el espacio de nueve meses ha llevado dentro de sus entrañas, y lleva siempre en su corazon al Hijo único de Dios, la caridad increada, cuya virtud no tiene límites?

Si es imposible que el que se acerca á un grande incendio no participe del calor de sus llamas, ¿cómo podrémos persuadirnos á qué quien se acerca al fuego de la caridad, que arde en el corazon purísimo de esta Madre de misericordia, no sienta sus admirables y divinos efectos; y que no reciba mas favores, beneficios y gracias de su piedad, cuanto con mas frecuencia, fe y confianza acudiere á su protrocinio?

2. Ninguna pura criatura amó jamás tanto á Jesucristo, ni fue tan conforme á su voluntad como su santísima Madre. Pues si este divino Salvador, que se sacrificó

por la salud y remedio de los pecadores, nos ha dado su propia Madre, para que fuese nuestra madre comun, nuestra abogada y nuestra medianera, ¿cómo podrá esta Señora dejar de entrar en sus sentimientos, y olvidarse de socorrernos?

Recurre, pues, hija mia, con seguridad á esta piadosísima Madre en todas tus necesidades: implora con confianza su misericordia; porque es una fuente inagotable de bondad, y un manantial perenne de gracias, y suele medir sus favores y beneficios por nuestra fe y confianza.

CAPÍTULO L.

De un modo de meditar y orar por medio de los Ángeles y de los bienaventurados.

Para merecer la proteccion de los Ángeles y Santos del cielo, usarás de dos medios.

El primero será levantar tu espíritu al Padre eterno, y representarle las alabanzas que le da toda la corte celestial, y los trabajos, persecuciones y tormentos que han padecido los Santos en la tierra por su amor; y pedirle despues, en virtud de las pruebas ilustres que le dieron estos gloriosos predestinados de su fidelidad, amor y constancia, que te conceda la gracia de que necesitas.

El segundo será invocar á estos bienaventurados espíritus, pidiéndoles que te ayuden á corregir tus vicios, y á vencer todos los enemigos de tu salud; pero par-

ticularmente que te asistan en el artículo de la muerte.

Algunas veces admirarás las gracias singulares que han recibido del Señor, alegrándote de sus excelencias y dones, como si fueren propios tuyos, y complaciéndote con un santo júbilo de que Dios les haya comunicado mayores ventajas y privilegios que á tí, porque así ha sido de su beneplácito y agrado; y tomarás de aquí ocasion y motivo para alabarle y bendecirle.

Mas para que puedas hacer este santo ejercicio con mejor órden y con menos trabajo, dividirás segun los dias de la semana los diversos órdenes de los bienaventurados en esta forma:

El domingo invocarás los nueve Coros de los Ángeles.

El lunes san Juan Bautista.

El martes los Patriarcas y Profetas.

El miércoles los Apóstoles.

El jueves los Mártires.

El viernes los Pontífices y demás Confesores.

El sábado las Vírgenes y las demás Santas.

Pero sobre todo, hija mia, no te olvides jamás de implorar frecuentemente el patrocinio y socorro de María santísima, que es la Reina de todos los Santos y nuestra principal abogada, y el de tu Ángel custodio, del arcángel san Miguel, y de los demás Santos á quienes tuvieres particular devocion.

No dejes pasar dia alguno sin que pidas á María, á Jesús y al Padre eterno que te concedan al bienaventurado san José, esposo dignísimo de la mas pura de las Vírgenes, por tu principal abogado y protector, y recurrirás despues á este glorioso Santo con mucha fe y confianza, pidiéndole humildemente que te reciba en su proteccion y amparo.

Son, hija mia, infinitas las maravillas que se cuentan de este gran Santo, y muchos los favores y gracias que han recibido de Dios los que en sus necesidades, así espirituales como corporales, lo han in-

vocado, principalmente cuando han necesitado de la luz del cielo y de un director invisible para aprender á orar y meditar bien.

Si Dios, hija mia, considera y atiende tanto á los demás Santos, y tanto favorece á los hombres por su intercesion, por haberle servido y glorificado en el mundo, ¿qué condescendencia no usará con este admirable Patriarca, á quien el mismo Dios honró de tal manera en la tierra, que quiso sujetarse á él, y como padre obedecerle y servirle? (*Luc.* II, 51).

CAPÍTULO LI.

De diversos sentimientos afectuosos que se pueden sacar de la meditacion de la pasion de Jesucristo.

Todo lo que he dicho arriba en órden al modo de orar y meditar sobre la pasion del Señor, no se dirige sino á pedirle favores y gracias; ahora, hija mia, quiero enseñarte el modo de sacar de la misma pasion diversos afectos.

Por ejemplo, si te propones por objeto de tu meditacion la crucifixion de Jesucristo, podrás entre otras maravillosas circunstancias de este misterio, considerar las siguientes:

Primeramente, el inhumano modo con que en el monte Calvario lo desnudaron de sus vestiduras las impías y crueles manos de los judíos, arrebatándole con tanto furor la túnica que tenia pegada en las lla-

gas, que renovaron todas las de su sacratísimo cuerpo, y le añadieron nuevo dolor sobre el de sus heridas.

2. La sacrílega violencia con que le arrancaron la corona de espinas, rasgándole las heridas, y la desmedida crueldad con que se la volvieron á fijar en la cabeza, abriéndole llagas sobre llagas.

3. Como para fijarlo en el árbol de la cruz, como al mas facineroso de los hombres, penetraron á martilladas con duros y agudos clavos sus sagradas manos y piés, rompiendo con impiedad las venas y nervios de aquellos miembros divinos que habia formado el Espíritu Santo.

4. Como no alcanzando á los barrenos que habian formado en la cruz aquellas sacratísimas manos que fabricaron los cielos, tiraron de ellas con inaudita crueldad para ajustarlas con los barrenos, quedando la fábrica de aquel santísimo cuerpo, en quien estaba unida la Divinidad, tan disuelta y desconcertada, que se le

pudieron contar todos los huesos. (*Psalm.* XXI, 18.

5. Como estando pendiente de aquel duro leño, y sin otro apoyo que el de los clavos, se dilataron con un dolor indecible las heridas de su sagrado cuerpo con su misma gravedad y peso.

Si con estas consideraciones, ó con otras semejantes, deseas excitar en tu corazon afectos del divino amor, procura, hija mia, pasar con la meditacion á un sublime conocimiento de la bondad infinita de tu Salvador, que por tu amor quiso padecer tantas penas; pues á la medida que se fuere aumentando en tí este conocimiento, crecerá tu amor.

De este mismo conocimiento de la suma bondad y amor infinito de Dios, sacarás una admirable disposicion para formar actos fervientes de contricion y dolor de haber ofendido tantas veces y con tanta ingratitud á un Señor, que con excesos tan grandes de caridad y misericordia se sa-

crificó por la satisfaccion de tus ofensas.

Para formar y producir actos de esperanza, considera que el Señor en sujetarse al rigor de tantos tormentos, y á la ignominia y oprobio de la cruz, no tuvo otro fin que exterminar el pecado del mundo, librarte de la tiranía del demonio, expiar tus culpas particulares, y reconciliarte con su eterno Padre (*I Joan.* II), para que puedas recurrir con confianza á su misericordia en todas tus necesidades.

Si despues de haber considerado sus penas, consideras sus grandes y maravillosos efectos, si observas y adviertes que con su muerte quitó los pecados de todo el mundo (*Hebr.* II), satisfizo la deuda de la posteridad de Adan (*Rom.* V), aplacó la ira de su eterno Padre (*Ephes.* VI. — *Colos.* I), confundió las potestades del infierno, triunfó de la muerte misma (*Osee, c.* XIII), y llenó en el cielo las sillas de los ángeles rebeldes (*Psalm.* CIX), tu dolor se convertirá en alegría, y esta alegría se aumentará en tu corazon con la memoria de

la que causó á toda la santísima Trinidad, á la bienaventurada Vírgen María, á la Iglesia triunfante y á la militante, la grande obra de la redencion del mundo.

Pero si quieres concebir un vivo dolor de tus pecados, aplica todos los puntos de tu meditacion al único fin de persuadirte que Jesucristo no tuvo para padecer tantos tormentos otro motivo que el de inspirarte un odio saludable de tí misma y de tus pasiones desordenadas, principalmente de la que te induce á mayores faltas, y desagrada mas á su infinita bondad.

Si quieres entrar en sentimientos y afectos de admiracion, considera ¿qué cosa puede haber mas digna de maravilla y de asombro, que ver al Criador del universo, al Autor mismo de la vida, morir á manos de sus criaturas? que ver la Majestad suprema ultrajada y envilecida, la justicia condenada, la hermosura en que se miran los cielos escupida y desfigurada, el objeto del amor y de la complacencia del eterno Padre hecho el objeto

del odio de los pecadores, la luz inaccesible (*I Tim.* VI, 16) abandonada al poder de las tinieblas, la gloria, la felicidad increada sepultada en el oprobio y en la miseria?

Para moverte y ejercitarte á la compasion de este Salvador divino, penetra por las llagas exteriores del cuerpo hasta las interiores de su alma santísima; y si por aquellas sintiere tu corazon grandísima pena, maravilla será que por estas no se haga pedazos de dolor.

Esta grande alma veia claramente la divina Esencia como ahora la ve en el cielo: conocia con altísima luz de amor la adoracion y culto que merece de todas las criaturas: representábansele al mismo tiempo los pecados de todas las naciones, de todos los siglos, de todos los estados, de todas las condiciones, y distinguia con la vivacidad de su divina penetracion el número, el peso, la calidad y las circunstancias de todos y de cada uno de ellos; y como amaba á Dios cuanto podia amarle

una alma unida al Verbo, á proporcion de este amor era el odio que tenia á los pecados, y á la medida de este amor y de este odio era el dolor que causaban en aquella alma santísima las ofensas contra aquella Majestad infinita: y como ni la bondad de Dios ni la malicia del pecado se pueden conocer enteramente sino de Dios, ningun entendimiento humano ni angélico puede formar una justa idea de cuán grande, cuán intenso y cuán incomprensible fuese el dolor que afligia la mente, el espíritu y el alma de Jesucristo.

Á mas de esto, hija mia, como este adorable Salvador amaba sin tasa ni medida á todos los hombres, á proporcion de este excesivo amor era su dolor y amargura por los pecados que habian de dividirlos y separarlos de su alma santísima. Sabia que ningun hombre podia cometer algun pecado mortal sin destruir la caridad y la gracia, que es el vínculo con que están unidos espiritualmente con él todos los justos: esta separacion era al alma de Je-

sucristo mucho mas sensible y dolorosa, que lo es al cuerpo la de sus miembros cuando se apartan de su lugar propio y natural; porque como el alma es toda espiritual, y de una naturaleza mas excelente y perfecta que el cuerpo, es mas capaz de sentimiento y dolor. Pero la mas sensible de todas sus aflicciones fue la que ocasionaron los pecados de todos los réprobos, que no pudiendo reunirse con él por la penitencia, habian de padecer en el infierno eternos tormentos.

Si á la vista de tantas penas sientes que tu corazon se mueve á la compasion de tu amado Jesús, entra mas profundamente en la consideracion de sus aflicciones, y hallarás que padeció dolores y penas incomprensibles, no solamente por los pecados que efectivamente has cometido, sino tambien por los que no has cometido jamás; porque es constante que Jesucristo nos mereció y alcanzó de su eterno Padre el perdon de los unos, y la preservacion de

los otros, con el precio infinito de su sangre.

No te faltarán, hija mia, otros motivos y consideraciones para condolerte con tu afligido Redentor; porque no ha habido ni habrá jamás algun dolor en criatura racional que no lo haya sentido en sí mismo, pues las injurias, las tentaciones, las ignorancias, las penitencias, las angustias y tribulaciones de todos los hombres afligieron mas vivamente el alma de Cristo, que á los mismos que las padecieron, porque vió perfectamente todas las aflicciones de los mortales, grandes y pequeños, espirituales y corporales, hasta el mas mínimo dolor de cabeza; y con su inmensa caridad quiso padecerlas é imprimirlas todas en su corazon este piadosísimo Señor.

Pero ¿quién podrá encarecer ó ponderar dignamente cuán sensibles le fueron las penas y dolores de su Madre santísima? Porque en todos los modos y por todos los respectos que padeció Cristo, padeció igual-

mente y fue afligida esta Señora; y aunque no tan intensamente y en aquel grado, fueron no obstante acerbísimas sus penas y sobre toda comprension. (*Luc. c.* II, 35).

Estas penas renovaron las llagas internas de Jesús, penetrando como otras tantas flechas encendidas de amor su dulcísimo corazon. Por esta causa solia decir con santa simplicidad una alma muy favorecida de Dios, que el corazon de Jesús le parecia un infierno de penas voluntarias, donde no ardia otro fuego que el de la caridad.

Mas en fin, ¿cuál es la causa y orígen de tantos tormentos? Nuestros pecados. Por esto, hija mia, el mejor modo de compadecernos de Jesucristo crucificado, y de mostrarle la gratitud y reconocimiento que le debemos, es dolernos de nuestras infidelidades puramente por su amor, aborrecer y detestar el pecado sobre todas las cosas, y hacer guerra continua á nuestros vicios como á sus mas mortales enemigos, á fin de que desnudándonos del

hombre viejo y vistiéndonos del nuevo, adornemos nuestras almas con las virtudes cristianas, que son las que forman su belleza y perfeccion.

CAPÍTULO LII.

De los frutos que podemos sacar de la meditacion de la cruz, y de la imitacion de las virtudes de Jesucristo.

Los frutos, hija mia, que debes sacar de la meditacion de la cruz, son:

El primero, que te duelas con amargura de tus pecados pasados, y te aflijas de que aun vivan y reinen en tí las pasiones desordenadas, que ocasionaron la dolorosa muerte de tu Señor.

El segundo, que pidas á Jesucristo crucificado el perdon de las ofensas que le has hecho, y la gracia de un odio saludable de tí misma para que no le ofendas mas, sino antes bien le ames y le sirvas de todo

tu corazon en reconocimiento de tantos dolores y penas como ha sufrido por tu amor.

El tercero, que trabajes con continua solicitud en desarraigar de tu corazon todas tus viciosas inclinaciones, por pequeñas y leves que sean.

El cuarto, que con todo el esfuerzo que pudieres, procures imitar las virtudes de este divino Maestro, que murió, no solamente por expiar nuestras culpas, sino tambien por darnos el ejemplo de una vida santa y perfecta. (*I Petr.* II, 21).

Quiero, hija mia, enseñarte un modo de meditar, de que podrás servirte con mucho fruto y provecho para este fin.

Por ejemplo, si deseas, entre las virtudes de Jesucristo imitar particularmente su paciencia heróica en los males y tribulaciones que te suceden, considerarás los puntos siguientes:

El primero, lo que hace el alma afligida de Cristo mirando á Dios.

El segundo, lo que hace Dios mirando al alma de Cristo.

El tercero, lo que hace el alma de Cristo mirándose á sí misma y á su sacratísimo cuerpo.

El cuarto, lo que hace Cristo mirándonos á nosotros.

El quinto, lo que nosotros debemos hacer mirando á Cristo.

Considera, pues, lo primero, como el alma de Jesús absorta y transformada en Dios contempla con admiracion aquella Esencia infinita é incomprensible, en cuya presencia son nada las mas nobles y excelentes criaturas (*Isai.* XL, 13 *et seq.*); contempla, digo, con admiracion y asombro aquella Esencia infinita en un estado, en que sin perder nada de su grandeza y de su gloria esencial, se humilla y se sujeta á sufrir en la tierra los mas indignos ultrajes por el hombre, de quien no ha recibido sino infidelidades, injurias y menosprecios: y como adora á aquella suprema Majestad, le tributa mil alabanzas, bendiciones y gracias, y se sacrifica enteramente á su divino beneplácito.

Lo segundo, mira despues lo que hace Dios con el alma de Jesucristo: considera como quiere que este único Hijo, que es el objeto de su amor, sufra por nosotros y por nuestra salud las bofetadas, las contumelias, los azotes, las espinas y la cruz: considera la complacencia y satisfaccion con que lo mira colmado de oprobios y de dolores por tan alta y tan gloriosa causa.

Lo tercero, represéntate el alma de Jesucristo, que conociendo en Dios con la altísima luz de su entendimiento esta complacencia y satisfaccion, el amor íntimo y ardiente con que la ama, ya por sus infinitas perfecciones, ya de los bienes infinitos que le ha comunicado, le obliga á sujetarse enteramente con prontitud y con alegría á su voluntad. (*Philip.* II). ¡Qué lengua podrá ponderar el ardor con que desea las aflicciones y penas! Esta grande alma no se ocupa sino en buscar nuevos modos y caminos de padecer; y no hallando todos los que desea y busca, se entrega libremente (*Joan.* x, 19) con su ino-

centísima carne al arbitrio de los hombres mas crueles y de los demonios.

Lo cuarto, mira despues á tu amado Jesús, que volviéndose á tí con ojos llenos de misericordia, te dice dulcemente: *Mira, hija, el estado á que me han reducido tus desordenadas inclinaciones y apetitos: mira el exceso de mis dolores y penas, y la alegría con que los sufro, sin otro fin que el de enseñarte la paciencia. Yo te exhorto y te pido por todas mis penas que abraces con gusto la cruz que te presento, y todas las demás que te vinieren de mi mano. Abandona tu honor á la calumnia, y tu cuerpo al furor y rabia de los perseguidores que yo eligiere para ejercitarte y probarte, ya sean despreciables y viles, ya inhumanos y formidables. ¡Oh si supieses, hija, el placer y contento que me dará tu resignacion y tu paciencia! Pero ¿cómo puedes ignorarlo, viendo estas llagas que yo no he recibido sino solamente á fin de adquirirte con el precio de mi sangre las virtudes con que quiero adornar y enrique-*

cer tu alma, que amo y estimo mas que mi propia vida? Si yo quise reducirme á tan triste y penoso estado por tu amor, ¿por qué no querrás tú sufrir un leve dolor por aliviar los mios, que son extremos? ¿Por qué no querrás curar las llagas que me ha ocasionado tu impaciencia, que es para mí un tormento mas sensible y doloroso que todas las llagas de mi cuerpo?

Lo quinto, piensa despues bien quién es el que te habla de esta suerte; y verás que es el mismo Rey de la gloria, Cristo Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre. Considera la grandeza de sus tormentos y de sus oprobios, que serian penas muy rigurosas para los mas facinerosos delincuentes. Admírate de verle en medio de tantas aflicciones no solamente inmóvil y paciente, sino lleno de alegría, como si el dia de su pasion fuese para él un dia de triunfo; y como el fuego, si se le echa poca agua se enciende mas, así con los grandes trabajos y tormentos, que á su caridad superabundante le parecian

pequeños, se le aumentaba el deseo de padecerlos mayores.

Pondera en tu interior, que todo esto ha obrado y padecido, no por fuerza (*Joan. c.* x, 18), ni por interés, sino por puro amor, como el mismo Señor lo dijo, y á fin de que á su imitacion y ejemplo (*I Petr. c.* II, 21), te ejercites en la virtud de la paciencia. Procura, pues, comprender bien lo que pide y desea de tí, y la complacencia y gusto que le darás con el ejercicio de esta virtud. Concibe despues deseos ardientes de llevar, no solo con paciencia, sino tambien con alegría, la cruz que te envia, y otras mas graves y pesadas, á fin de imitar mas perfectamente á Jesucristo crucificado, y de hacerte mas agradable á sus ojos.

Represéntate todos los dolores y todas las ignominias de su pasion, y admirándote de la invariable constancia con que la sufria, avergüénzate de tu flaqueza: mira tus penas en comparacion de las que padecia por tí como penas imaginarias, per-

suadiéndote á que tu paciencia no es ni aun sombra de la suya. Nada temas tanto como el no querer sufrir y padecer algo por tu Salvador ; y cualquiera pensamiento que te viniere sobre este punto, deséchalo luego como una sugestion del demonio.

Considera á Jesucristo en la cruz como un libro espiritual (*Galat.* III) que debes leer continuamente para aprender en él la práctica de las mas excelentes virtudes. Este es un libro, hija mia, que se puede justamente llamar libro de vida (*Eccli.* XXIV, 32. — *Apoc.* III, 5), que á un mismo tiempo ilumina el espíritu con los preceptos, y enciende la voluntad con los ejemplos. El mundo está lleno de innumerables libros ; mas cuando se pudiesen leer todos, nunca se aprenderia tan perfectamente á aborrecer el vicio y á amar la virtud, como considerando un Dios crucificado.

Pero advierte, hija mia, que los que se ocupan horas enteras en llorar la pasion de nuestro Redentor, y en admirar su pa-

ciencia, y despues cuando les sucede alguna tribulacion ó trabajo se muestran tan impacientes como si no hubiesen pensado jamás en la cruz, son semejantes á los soldados poco experimentados, que mientras están en sus tiendas se prometen con arrogancia la victoria, y despues á la primera vista del enemigo dejan las armas y se entregan ignominiosamente á la fuga.

¿Qué cosa puede haber mas torpe y miserable que mirar como en claro espejo las virtudes del Señor, amarlas y admirarlas, y despues, cuando se nos presenta la ocasion de imitarlas, olvidarnos de ellas totalmente, ó no estimarlas?

CAPÍTULO LIII.

Del santísimo sacramento de la Eucaristía.

Hasta ahora, hija mia, he trabajado en proveerte, como has visto, de cuatro armas espirituales, y enseñarte el modo de servirte de ellas para vencer á los enemigos de tu salud y de tu perfeccion.

Ahora quiero mostrarte el uso de otra arma mas excelente, que es el santísimo sacramento de la Eucaristía. Este augusto Sacramento, así como excede en la dignidad y en la virtud á todos los demás Sacramentos, así de todas las armas espirituales es la mas terrible para los demonios. Las cuatro primeras reciben toda su fuerza y virtud de los méritos de Cristo y de la gracia que nos ha adquirido con el precio de su sangre; pero esta última contiene al mismo Jesucristo, su carne, su sangre, su alma y su divinidad. Con aquellas comba-

timos á nuestros enemigos con la virtud de Jesucristo; con esta los combatimos con el mismo Jesucristo, y el mismo Jesucristo los combate en nosotros y con nosotros; porque quien come la carne de Cristo y bebe su sangre, está con Cristo y Cristo con él. (*Joan.* VI, 57).

Mas como puede comerse esta carne y beberse esta sangre en dos maneras: esto es, realmente una vez cada dia, y espiritualmente cada hora y cada momento, que son dos modos de comulgar muy provechosos y santos, usarás del segundo con la mayor frecuencia que pudieres, y del primero todas las veces que tuvieres la permision.

CAPÍTULO LIV.

Del modo de recibir el santísimo sacramento de la Eucaristía.

Por diversos motivos y fines podemos recibir este divino Sacramento; pero para recibirlo con fruto se deben observar algunas cosas, esto es, antes de la comunion, cuando estamos para comulgar, y despues de haber comulgado.

Antes de la comunion (por cualquiera fin ó motivo que se reciba), debemos siempre purificar el alma con el sacramento de la Penitencia, si reconocemos en nosotros algun pecado mortal. Despues debemos ofrecernos de todo corazon y sin alguna reserva á Jesucristo, y consagrarle toda el alma con sus potencias, ya que en este Sacramento se da todo entero á nosotros este divino Redentor, su sangre, su carne, su divinidad, con el tesoro infinito de sus

merecimientos; y como lo que nosotros le ofrecemos es poco ó nada, en comparacion de lo que á nosotros nos da, debemos desear tener cuanto le han ofrecido todas las criaturas del cielo y de la tierra, para hacer de todo á su divina Majestad una oblacion agradable á sus ojos.

Si quisieres recibir este Sacramento con el fin de obtener alguna victoria contra tus enemigos, empezarás desde la noche del dia precedente, ó cuanto antes pudieres, á considerar cuánto desea el Hijo de Dios entrar por este Sacramento en nuestro corazon, á fin de unirse con nosotros, y de ayudarnos á vencer nuestros apetitos desordenados. Este deseo es tan ardiente en nuestro Salvador, que no hay espíritu humano capaz de comprenderlo.

Pero si quisieres formar alguna idea de este deseo, procura imprimir bien en tu alma estas dos cosas: la primera, la complacencia inefable que tiene la sabiduría encarnada de estar con nosotros; pues esto llama sus mayores delicias (*Prov.* VIII,

v. 31): la segunda es el odio infinito que tiene al pecado mortal, así por ser impedimento de la íntima union que desea tener con nosotros, como por ser directamente opuesto á sus divinas perfecciones; porque siendo Dios sumo bien, luz pura y belleza infinita, no puede dejar de aborrecer infinitamente el pecado, que no es otra cosa que malicia, tinieblas, horror y corrupcion.

Este odio del Señor contra el pecado es tan ardiente, que á sola su destruccion se ordenaron todas las obras del Viejo y Nuevo Testamento, y particularmente las de la sacratísima pasion de su unigénito Hijo. Los Santos mas iluminados aseguran, que consentiria que su único Hijo volviese á padecer, si fuese necesario, mil muertes por destruir en nosotros las menores culpas.

Despues que con estas dos consideraciones hayas reconocido, bien que imperfectamente, cuánto desea nuestro Salvador entrar en nuestros corazones, á fin de ex-

terminar enteramente de nosotros nuestros enemigos y los suyos, excitarás en tí fervientes deseos de recibirle por este mismo fin: y cobrando ánimo y esfuerzo con la esperanza de la venida de tu divino Capitan, llamarás muchas veces con generosa resolucion á la batalla la pasion dominante que deseas vencer, y harás cuantos actos pudieres de la virtud contraria. Esta, hija mia, ha de ser tu principal ocupacion por la tarde y por la mañana, antes de la sagrada comunion.

Cuando estuvieres ya para recibir el cuerpo de tu Redentor, te representarás por un breve instante las faltas que hubieres cometido desde la última comunion; y á fin de concebir un vivo dolor de todas, te imaginarás que las has cometido con tanta libertad, como si Dios no hubiese muerto en una cruz por nuestra salud: y considerando que has preferido un pequeño placer, una ligera satisfaccion de tu propia voluntad á la obediencia que debes á Dios, y á su honor y gloria, te confundirás den-

tro de tí misma, reconocerás tu ceguedad, y detestarás tu ingratitud; pero viniendo despues á considerar, que aunque seamos muy ingratos, infieles y rebeldes, no obstante este inmenso abismo de caridad quiere darse á nosotros, y nos convida á que lo recibamos, te acercarás á él con confianza, y le abrirás tu corazon para que entre en él, y lo posea como señor absoluto, cerrando despues todas sus puertas para que no se introduzca algun afecto impuro.

Despues que hayas recibido la Comunion, te recogerás luego dentro de tí misma (*Matth.* VI, 6), y adorando con profunda humildad y reverencia al Señor, le dirás: *Bien veis, único bien mio, con cuánta facilidad os ofendo: bien veis el imperio que tiene sobre mí esta ciega pasion, y cuán flacas y débiles son mis fuerzas para resistirla y sujetarla. Vuestro es, Señor, el principal empeño de combatirla; y si bien yo debo tener alguna parte en la pelea, no obstante de Vos solo espero la victoria.*

Volviéndote despues al Padre eterno, le

ofrecerás en accion de gracias, y para obtener alguna victoria de tí misma, el inestimable tesoro que te ha dado en su mismo unigénito Hijo, que tienes dentro de tí, y tomarás, en fin, la resolucion de combatir generosamente contra el enemigo que te hiciere mas cruda guerra, esperando con fe la victoria; porque haciendo de tu parte lo que pudieres, Dios no dejará de socorrerte.

CAPÍTULO LV.

Como debemos prepararnos para la comunion, á fin de excitar en nosotros el amor de Dios.

Si quieres, hija mia, que el sacramento de la Eucaristía produzca en tí sentimientos y afectos de amor de Dios, acuérdate del íntimo amor que Dios te ha tenido; y desde la tarde que precederá á tu comunion, considera atentamente que este Señor, cuya majestad y poder no tienen límites ni medida, no contentándose de haberte criado á su imágen y semejanza, y de haber enviado al mundo su unigénito Hijo para que expiase tus culpas con los trabajos continuos de treinta y tres años, y con una muerte no menos acerba que ignominiosa en una cruz, te lo ha dejado en este divino Sacramento para que sea tu sustento y tu refugio en todas tus necesidades.

Considera bien, hija, cuán grande, cuán singular, y cuán perfecto es este amor en todas sus circunstancias.

1. Si miras y atiendes á su duracion, hallarás que es eterno, y que no ha tenido principio; porque así como Dios es eterno en su divinidad, así es eterno el amor con que decretó en su altísima mente el darnos á su único Hijo de un modo tan admirable.

Con esta consideracion, llena de un júbilo interior, le dirás: *¡Es posible que en aquel abismo de eternidad era mi pequeñez tan estimada y tan amada de Dios, que se dignaba de pensar en mí antes de todos los siglos, y deseaba con tan inefable caridad darme por alimento la carne y la sangre de su único Hijo!*

2. No hay amor en las criaturas, por vehemente que sea, que no tenga su término: solamente el amor con que Dios nos ama no tiene límites ni medida: queriendo, pues, aquel sumo bien satisfacer plenamente á este amor, nos envió desde el cielo

á su mismo Unigénito, igual á él en todo, y de una misma sustancia y naturaleza, y así tan grande es el amor como el don, y tan grande el don como el amor, siendo el uno y el otro infinitos y sobre toda inteligencia criada.

3. Si Dios nos ama con tanto exceso, no es por fuerza ó por necesidad, sino solamente por su intrínseca bondad, que naturalmente lo inclina á colmarnos de sus beneficios.

4. Si atiendes al motivo de tan grande amor, no hallarás otro que su infinita liberalidad, porque de nuestra parte no precedió ni puede preceder mérito alguno que moviese á este inmenso Señor á ejecutar con nuestra vileza tan grande exceso de amor.

5. Si vuelves el pensamiento á la pureza de este amor, verás claramente que no tiene como los amores del mundo alguna mezcla de interés: Dios, hija mia, no necesita de nosotros ni de nuestros bienes (*Psalm.* xv, 24), porque tiene dentro de sí

mismo, sin dependencia de nosotros, el principio de su felicidad y de su gloria. Si derrama sobre nosotros sus bendiciones, lo hace únicamente por nuestra utilidad, y no por la suya.

Ponderando en lo íntimo de tu corazon estas cosas, dirás interiormente: *¿Quién hubiera creido, Señor, que un Dios infinitamente grande como Vos hubiese puesto su amor en una criatura tan vil y tan despreciable cómo yo? ¿Qué pretendeis Vos, ó Rey de la gloria? ¿Qué podeis esperar de mí, que no soy sino polvo y ceniza? Pero ya descubro bien, ó Dios mio, á la luz de vuestra encendida caridad, que solo un motivo teneis que mas claramente me manifiesta la pureza de vuestro amor. Vos no pretendeis otra cosa en daros y comunicaros enteramente á mí en este Sacramento, sino transformarme en Vos, á fin de que yo viva en Vos, y Vos vivais en mí, y de que con esta union íntima, viniendo yo á ser una misma cosa con Vos, se trueque un corazon todo terreno, como el mio, en un*

corazon todo espiritual como el vuestro.

Despues de esto entrarás en sentimientos y afectos de admiracion y de alegría, de ver las señales y pruebas que el Hijo de Dios te da de su estimacion y de su amor, y persuadiéndote á que no busca ni pretende otra cosa que ganar tu corazon y unirte consigo, desasiéndote de las criaturas y de tí misma que eres del número de las mas viles criaturas, te ofrecerás enteramente á su Majestad en holocausto, á fin de que tu memoria, tu entendimiento, tu voluntad y tus sentidos no obren con otro movimiento que con el de su amor, ni con otro fin que con el de agradarle.

Considerando despues que sin su gracia nada es capaz de producir en nosotros las disposiciones necesarias para recibirlo dignamente en la Eucaristía, le abrirás tu corazon, y procurarás atraerlo con jaculatorias breves, pero vivas y ardientes, como son las que siguen: *¡Oh manjar celestial! ¡cuándo llegará la hora en que yo me*

sacrifique toda á Vos, no con otro fuego que con el de vuestro amor! ¡Cuándo, ó amor increado, ó pan vivo, cuándo llegará el tiempo en que yo viva únicamente en Vos, por Vos y para Vos! ¡Oh maná del cielo, vida dichosa, vida eterna, cuándo vendrá el dia venturoso, en que aborreciendo todas las viandas y manjares de la tierra, yo no me alimente sino de Vos! ¡Oh sumo bien mio, única alegría mia, cuándo llegará este dichoso tiempo! Desasid, Dios mio, desde ahora, desasid este corazon de las criaturas; libradlo de la servidumbre de sus pasiones y de sus vicios; adornadlo de vuestras virtudes; extinguid en él cualquier otro deseo que el de amaros, serviros y agradaros. De este modo yo os abriré todo el corazon, os convidaré y aun usaré, si fuere necesario, de una dulce violencia para atraeros. Vos vendréis, en fin, entraréis y os comunicaréis á mí, ó único tesoro mio, y obraréis en mi alma los admirables efectos que deseais. En estos tiernos y afectuo-

sos sentimientos podrás, hija mia, ejercitarte por la tarde y por la mañana para prepararte á la comunion.

Cuando se acerca el tiempo de comulgar, considera bien á quién vas á recibir; y advierte, que es el Hijo de Dios, de majestad tan incomprensible, que en su presencia tiemblan los cielos (*Job*, XXVI, 11) y todas las potestades: el Santo de los Santos, el espejo sin tacha (*Sap.* VII, 26), la pureza increada en cuya comparacion son inmundas todas las criaturas (*Job*, XV, *v.* 15.—XXV), aquel Dios humillado, que por salvar á los hombres quiso hacerse semejante á un gusano de la tierra (*Psalmo* XXI, 7), ser despreciado, escarnecido, pisado, escupido y crucificado por la ingratitud y detestable malicia de los hombres.

Aquel inmenso y omnipotente Señor, que es el árbitro de la vida y de la muerte (*Eccli.* XI, 14), y de todo el universo; y por otra parte que tú de tu propio caudal y fondo no eres sino un puro nada, que por tus pecados te has hecho inferior á las

mas viles criaturas irracionales, y que en fin mereces ser esclava de los mismos demonios.

Imagina y piensa, que en retorno y recambio de los beneficios y obligaciones infinitas que debes á tu Salvador, lo has ultrajado cruelmente, hasta pisar con execrable vilipendio la sangre que derramó por tí, y fue el precio de tu redencion. Con todo esto su caridad, siempre constante y siempre inmutablé, te llama y te convida á su mesa (*Jerem.* XXXI), y alguna vez te amenaza con enfermedad mortal para obligarte á que vengas á ella. (*Luc.* XIV). Este Padre misericordioso está siempre pronto á recibirte; y aunque á sus ojos comparezcas cubierta de lepra, coja, hidrópica, ciega, endemoniada, y lo que es peor, llena de vicios y de pecados, no por esto te cierra la puerta (*Isai.* LX, 11), ni te vuelve las espaldas. Todo lo que pide y desea de tí es: 1.° Que tengas un sincero dolor de haberle tan indignamente ofendido. 2.° Que aborrezcas y detestes sobre todas las

cosas, no solamente el pecado mortal, sino tambien el venial. 3.° Que estés aparejada y dispuesta á hacer siempre su voluntad, y que en las ocasiones que se ofreciere la ejecutes prontamente y con fervor. 4.° Que tengas despues una firme confianza de que te perdonará todas tus culpas, te purificará de todos tus defectos, y te defenderá de todos tus enemigos.

Confortada con este amor inefable del Señor, llegarás despues á comulgar con un temor santo y amoroso, diciendo: *Yo no soy digna, Señor, de recibiros, porque os he ofendido muy gravemente, y no he llorado como debo vuestra ofensa, ni dado alguna satisfaccion á vuestra justicia. No soy digna, Señor, de recibiros, porque no estoy totalmente purificada del afecto de las culpas veniales. No soy digna, Señor, de recibiros, porque aun no me he entregado de todo corazon á vuestra obediencia y voluntad. Pero ¡oh Dios mio, único bien y esperanza mia! ¿Á dónde iré yo, si me retiro de Vos? Léjos de Vos, ¿en dónde hallaré*

yo la vida? ¡Ah, Señor! No os olvideis de vuestra bondad, acordaos de vuestra palabra, hacedme digna de que os reciba dentro de mi pecho con fe y con amor. Con temblor me acerco á Vos; mas tambien con confianza; vuestra divinidad que toda entera se oculta en vuestro Sacramento, me llena de un miedo religioso; pero al mismo tiempo vuestra infinita bondad, que en este mismo misterio derrama con una especie de profusion todos sus tesoros, me anima con una confianza filial.

Despues que hubieses comulgado, entrarás luego en un profundo recogimiento, y cerrando la puerta de tu corazon (*Matthæi*, VI), no pienses sino en tratar y conversar con tu Salvador, diciéndole estas, ó semejantes palabras: *Ó soberano Señor del cielo, ¿quién ha podido obligaros á descender desde vuestro trono á una criatura pobre, miserable, ciega y desnuda como yo?* El Señor te responderá luego: *El amor.* Tú le replicarás: *¡Oh amor increado! ¿qué pretendeis y deseais de mí? Ninguna otra*

cosa, te responderá, *sino tu amor. Yo no quiero, hija mia, en tu corazon otro fuego que el de la caridad: este fuego victorioso de los ardores impuros de tus pasiones abrasará á tu voluntad* (Deut. IV), *y me hará de ella una víctima de agradable amor: esto es lo que deseo y he deseado siempre de tí. Yo quiero ser todo tuyo, y que tú seas toda mia; porque esto no podrá ser mientras que, no haciendo de tí aquella resignacion en mi voluntad, que tanto me agrada y me deleita, estuvieres pegada al amor de tí misma, á tu propio parecer, al deseo de la libertad y de la vanagloria del mundo.*

Nada, pues, hija mia, pretendo y quiero de tí, sino que te aborrezcas á tí misma, á fin de que puedas amarme: que me dés tu corazon (Prov. XXIII), *para que yo pueda unirlo con el mio, que fue abierto para tí en la cruz.* (Joan. XIX, 34). *Bien ves, hija mia, que yo soy de infinito precio* (I Cor. c. VI); *y no obstante es tanta mi bondad que solo quiero apreciarme en lo mismo que*

vales: cómprame, pues, querida hija mia: cómprame, pues no te cuesta mas que el darte enteramente á mí. Yo quiero que á mí solo me busques, en mí solo pienses, á mí solo me escuches, me mires y me atiendas, á fin de que yo sea el único objeto de tus pensamientos, de tus deseos: que no obres sino solamente en mí, y para mí; que tu nada llegue á sumergirse enteramente en mi grandeza infinita, para que de esta suerte tú halles en mí toda tu felicidad y contento, y yo halle en ti complacencia y descanso.

Finalmente, ofrecerás al eterno Padre su Unigénito amado, primero en accion de gracias, despues por tus propias necesidades, por las de toda la santa Iglesia y de todos tus parientes, y de aquellas personas á quienes tienes alguna obligacion, y por las almas del purgatorio, uniendo este ofrecimiento con el que el mismo Salvador hizo de sí mismo en el árbol de la cruz (*Luc.* XXIII, 46), cuando cubierto de llagas y de sangre se ofreció en holocausto á su Padre por la redencion del mundo: y

asimismo le podrás ofrecer todos los sacrificios que en aquel dia se ofrecieren á Dios en la santa Iglesia romana.

CAPÍTULO LVI.

De la comunion espiritual.

Aunque no se puede recibir el Señor sacramentalmente sino una sola vez al dia, no obstante se puede recibir espiritualmente, como dije arriba, cada hora y cada momento. Este es un bien, hija mia, de que solamente puede privarnos nuestra negligencia ó culpa; y para que comprendas la excelencia y fruto de esta comunion espiritual, sabe que algunas veces será mas útil al alma y mas agradable á Dios, que muchas comuniones sacramentales, si se reciben con tibieza y sin la debida preparacion.

Siempre que tú, hija mia, estuvieres dispuesta para esta especie de comunion,

el Hijo de Dios estará pronto á darse y comunicarse á tí para ser tu alimento.

Cuando quisieres prepararte á recibirlo de este modo, levanta tu espíritu al Señor, y despues que hayas hecho alguna reflexion sobre tus pecados, le manifestarás un verdadero y sincero dolor de tu ofensa. Despues le pedirás con profundo respeto, y con viva fe, que se digne de venir á tu alma, y que derrame en ella nuevas bendiciones y gracias, para curarla de sus flaquezas, y fortalecerla contra la violencia de sus enemigos.

Asimismo, siempre que quisieres mortificar alguna de tus pasiones, ó hacer algun acto de virtud, te servirás de esta ocasion para preparar tu corazon al Hijo de Dios, que te lo pide continuamente; y volviéndote despues á él, pídele con fervor que se digne de venir á tí, como médico, para curarte, y como protector para defenderte, á fin de que ninguna cosa le estorbe ó le impida el poseer tu corazon.

Acuérdate tambien de tu última comu-

nion sacramental; y encendida toda en el amor de tu Salvador, le dirás: *¿Cuándo, Dios y Señor mio, volveré á recibiros dentro de mi pecho? Cuándo llegará este dichoso dia?* Pero si quieres disponerte en mejor y mas debida forma para esta comunion espiritual, dirigirás desde la tarde antecedente todas las mortificaciones, todos los actos de virtud, y demás buenas obras que hicieres, al fin de recibir espiritualmente á tu Señor.

Considerando cuán grande es el bien y felicidad del alma que comulga dignamente, pues por este medio recobra las virtudes que ha perdido, vuelve á su antigua y primera hermosura, participa de los preciosos frutos y méritos de la cruz, y hace, en fin, una accion muy agradable al eterno Padre, el cual desea que todos gocen de este divino Sacramento. Procura excitar en tu corazon un deseo ardiente de recibirlo, por contentar y agradar á quien con tanto amor desea comunicarse á tí; y en esta disposicion le dirás: *Señor, ya que no*

me es permitido recibiros hoy sacramentalmente, haced á lo menos por vuestra infinita bondad, que purificada de todas mis imperfecciones, y curada de todas mis dolencias y enfermedades, yo merezca recibiros espiritualmente cada dia y cada hora del dia, á fin de que hallándome fortificada con nueva gracia, resista animosamente á mis enemigos, y principalmente al que ahora por agradaros y contentaros hago particularmente la guerra.

CAPÍTULO LVII.

Del modo de dar gracias á Dios.

Siendo de Dios todo el bien que poseemos (*Epist. cath. Jacob.* 1, 17) y obramos, es muy justo que le rindamos continuas acciones de gracias por todas las buenas obras que hacemos, por todas las victorias que alcanzamos de nosotros mismos, y por todos los beneficios comunes y particulares que recibimos de su mano.

Para que podamos satisfacer propia y debidamente á esta obligacion, hemos de considerar el fin que mueve al Señor á derramar con tanta liberalidad sobre nosotros sus bendiciones y gracias; porque este conocimiento nos enseñará el modo en que quiere que le mostremos nuestra gratitud y reconocimiento. Como su fin principal en los favores y misericordias que nos reparte, es exaltar su gloria y atraernos á su servicio, harás desde luego esta reflexion dentro

de tí misma: *¡Oh con cuánto poder, sabiduría y bondad se ha dignado Dios de hacerme este beneficio!*

Despues, considerando que en tí no hay verdaderamente alguna cosa que merezca semejante gracia, sino antes bien muchas ingratitudes y culpas que te hacen indigna, dirás al Señor con profundísima humildad: *¿Es posible, Señor, que con tanta bondad y misericordia os digneis de poner los ojos en la mas vil y abominable de todas vuestras criaturas, y colmarla de vuestros favores y beneficios? Sea vuestro nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos.*

Finalmente, viendo que en retorno de tantos beneficios no te pide otra cosa sino que ames y sirvas á tu bienhechor, concebirás grandes sentimientos de amor por un Dios tan bueno, y deseos fervientes de hacer en todas las cosas su divina voluntad; á cuyo fin añadirás un sincero ofrecimiento de tí misma en el modo que verás en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LVIII.

Del ofrecimiento.

Para que este ofrecimiento sea muy agradable á Dios, se han de observar dos circunstancias: la primera es, que haya de unirse y acompañarse con los ofrecimientos que hizo Jesucristo á su eterno Padre en el curso de su vida pasible y mortal; la segunda, que nuestro corazon esté desasido enteramente del amor de las criaturas.

En órden á la primera, has de saber que mientras vivia el Señor en este valle de lágrimas, ofrecia á su Padre celestial no solamente su persona y sus acciones particulares, sino tambien todos los hombres y todas sus obras. Conviene, pues, hija mia, que juntemos nuestros ofrecimientos con los suyos para que con esta union los suyos santifiquen á los nuestros.

En cuanto á la segunda, importa mu-

cho examinar bien, antes de hacer este sacrificio de nosotros mismos, si nuestro corazon tiene alguna adhesion ó apego á las criaturas; y si reconociéremos que no está libre y exento de toda aficion impura y terrena, debemos recurrir al Señor y pedirle que rompa nuestros lazos, á fin de que no haya cosa alguna en nosotros que nos impida el ser enteramente suyos. Este punto, hija mia, es muy importante, porque ofrecernos á Dios, estando asidos á las criaturas, es burlarnos en alguna manera de Dios; pues como entonces no somos señores de nosotros mismos, sino esclavos de aquellas criaturas á quienes hemos entregado nuestro corazon, venimos á ofrecer á Dios una cosa que no es verdaderamente nuestra, sino ajena: de donde nace que aunque muchas veces nos ofrecemos á Dios, como siempre nos ofrecemos de esta manera, no solamente no crecemos en las virtudes, sino antes bien caemos en nuevas imperfecciones y pecados.

Bien podemos algunas veces ofrecernos

á Dios, aunque tengamos algun apego á las cosas del mundo; pero esto ha de ser solamente á fin de que su bondad infinita nos inspire la aversion y disgusto de las criaturas, y podamos despues sin algun estorbo entregarnos á su servicio. Importa mucho repetir este ofrecimiento con frecuencia y fervor.

Sean, pues, hija mia, puros todos nuestros ofrecimientos: no tenga en ellos alguna parte nuestra propia voluntad: no atendamos ni á los bienes de la tierra, ni á los del cielo: miremos solamente á la voluntad de Dios: adoremos á su providencia, y sujetémonos ciegamente á sus órdenes y disposiciones: sacrifiquémosle todas nuestras inclinaciones, y olvidándonos de todas las cosas criadas, digámosle: *Veis aquí, Dios y Criador mio, que yo os ofrezco y consagro todo lo que tengo: yo sujeto y rindo enteramente mi voluntad á la vuestra; haced de mí lo que fuere de vuestro divino agrado, así en la vida como en la*

muerte, así en el tiempo como en la eternidad.

Si estos afectos y sentimientos fueren sinceros y verdaderos, y te nacieron del corazon, lo cual conocerás fácilmente, sucediéndote cosas contrarias y adversas, adquirirás en breve tiempo grandes merecimientos, que son tesoros infinitamente mas preciosos que todas las riquezas de la tierra; serás toda de Dios, y Dios será todo tuyo, porque Dios se da siempre á los que se renuncian á sí mismos, y á todas las criaturas por su amor. Esto, hija mia, es sin duda un poderoso medio para vencer todos tus enemigos: porque si con este sacrificio voluntario llegas á unirte de tal suerte con Dios, que seas toda de Dios, y Dios recíprocamente sea todo tuyo; ¿qué enemigo habrá que sea capaz de ofenderte?

Pero descendiendo á mas distinta y particular especificacion de este punto, siempre que quisieres ofrecer á tu Dios alguna obra tuya, como ayunos, oraciones, actos

de paciencia, y otras acciones meritorias, conviene que desde luego te acuerdes de los ayunos, oraciones y acciones santas de Jesucristo, y poniendo toda tu confianza en el valor y mérito de ellas, presentes así las tuyas al Padre eterno. Pero si quieres ofrecerle los tormentos y penas que sufrió nuestro Redentor en satisfaccion de nuestros pecados, podrás hacerlo de este modo ó de otro semejante:

Represéntate en general ó en particular los desórdenes de tu vida pasada; y hallándote convencida que por tí misma no puedes aplacar la ira de Dios, ni satisfacer su justicia, recurre á la vida y pasion de tu Salvador; acuérdate que cuando oraba, ayunaba, trabajaba y vertia su sangre, todas estas acciones y penas ofrecia á su eterna Padre, á fin de obtenernos una perfecta reconciliacion con su Majestad divina: *Vos veis*, le decia, *Padre mio celestial y eterno, que conformándome con vuestra voluntad, satisfago superabundantemente* (Psalm. CXXIX) *á vuestra justicia por*

los pecados y deudas de N. Sea, pues, de vuestro divino agrado el perdonarle y recibirle en el número de vuestros escogidos.

Conviene, hija mia, que entonces juntes tus ruegos con los de Jesucristo, y pidas al Padre eterno que use contigo de misericordia por los méritos de la pasion de su santísimo Hijo. Esto podrás practicar siempre que meditares sobre la vida ó muerte de nuestro Redentor, no solamente cuando pasares de un misterio á otro, sino tambien de un acto de cualquier misterio á otro, y de este modo de ofrecimiento te podrás servir, ya ruegues por tí, ó ya ruegues por otros.

CAPÍTULO LIX.

De la devocion sensible, y de la sequedad del espíritu.

La devocion sensible procede ó de la naturaleza, ó del demonio, ó de la gracia. De los efectos que obrare ó produjere en tí, podrás, hija mia, conocer fácilmente su orígen; porque si no produce la enmienda y reformacion de tu vida, puedes justamente temer que proceda del demonio ó de la naturaleza, principalmente si te inclinas y te aficionas con exceso al gusto y dulzura que te causa, y vienes á concebir mejor opinion de tí misma.

Siempre, pues, que sintieres lleno tu corazon de consolaciones y gustos espirituales, no pierdas el tiempo en examinar la causa de donde proceden; procura solamente tener tu nada delante de los ojos, conservando siempre un grande aborreci-

miento de tí misma, y desnudándote de toda inclinacion ó afecto particular á cualquier objeto criado, aunque sea espiritual, no busques sino solamente á Dios, ni desees sino solamente agradarle; porque de este modo, aunque la dulzura ó gusto que sientes proceda de un mal principio, mudará de naturaleza, y empezará á ser un efecto de la gracia.

La sequedad del espíritu puede igualmente proceder de las mismas tres causas.

1.ª Del demonio, que suele servirse de este medio para resfriarnos en el servicio de Dios, divertirnos del camino de la virtud, y aficionarnos á los vanos placeres del mundo.

2.ª De la naturaleza corrompida, que nos precipita en muchas imperfecciones y faltas, nos hace tibios y negligentes, y nos inclina poderosamente al amor de los bienes de la tierra.

3.ª De la gracia por diversos fines, ó para avisarnos que seamos mas diligentes en apartar de nosotros cualquier afecto,

propension y ocupacion que no sea el mismo Dios, y que no le tenga por fin: ó para que conozcamos por experiencia que todo nuestro bien procede (*Epist. cath. Jacob.* IV) de su infinita bondad, ó para que en adelante hagamos mas estimacion de sus dones, y seamos mas humildes y cautos en conservarlos, ó para que procuremos unirnos mas estrechamente con su divina Majestad, con una total abnegacion de nosotros mismos, y de los gustos y dulzuras espirituales, á que aficionada nuestra voluntad, divide al corazon, que el Señor quiere todo para sí (*Prov.* XXIII); y finalmente, porque nuestra divina Majestad se complace por nuestro bien, y por nuestra propia utilidad, en que combatamos con todas nuestras fuerzas, valiéndonos del auxilio de su gracia.

Siempre, pues, hija mia, que sintieres alguna sequedad en tu espíritu, entra dentro de tí misma, registra con los ojos de la consideracion toda tu conciencia, y mira qué defecto hay en ella que te haya pri-

vado de la devocion sensible, y procura corregirlo y enmendarlo luego, no por recobrar el gusto sensible de la gracia, sino por desterrar de tu corazon todo lo que ofende y desagrada á Dios.

Pero si despues de un exacto y diligente exámen de tu conciencia, no hallares en tí defecto alguno, no pienses mas en la devocion sensible, procura solamente adquirir la verdadera devocion, la cual consiste en resignarse enteramente en la voluntad de Dios. No dejes jamás tus ejercicios espirituales, sino antes bien continúalos con constancia, por infructuosos que te parezcan, bebiendo con gusto el cáliz de amargura que te ofrece tu Padre celestial.

Y si sobre la sequedad interior que padeces, y te hace como insensible á las cosas de Dios, sientes tambien tu espíritu embarazado y lleno de tan oscuras tinieblas, que no sepas á qué determinarte, ni qué partido ó consejo abrazar en esta confusion, no por esto, hija mia, te desalientes, antes bien procura estar siempre uni-

da con la cruz que el Señor te envia, despreciando todos los alivios humanos, y todos los vanos consuelos que pueden darte el mundo y las criaturas.

No descubras tu pena sino solamente á tu padre espiritual, á quien deberás manifestarla, no por hallar alivio ó consuelo, sino instruccion y luz para saber sufrirla con una entera y perfecta resignacion en la divina voluntad.

No frecuentes las comuniones, ni emplees las oraciones y otros ejercicios espirituales, á fin de que el Señor te libre de la cruz, sino solo á fin de que te dé fuerza y vigor para estar y permanecer en ella á su ejemplo y á su mayor honor y gloria hasta la muerte.

Si la oscuridad y turbacion de tu espíritu no te permitieren orar y meditar como solias, ora y medita siempre en la mejor forma y modo que pudieres; y si no pudieres obrar con el entendimiento, suple este defecto con los afectos de la voluntad y con las palabras: hablando contigo mismo y

con tu Señor, sentirás en tí maravillosos efectos de esta santa práctica, y tu corazon cobrará grande vigor y aliento, para no desmayar en las tribulaciones.

Dirás, pues, en estos casos, hablando contigo misma: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?* (Psalm. XLII, *v.* 5). *¡Oh alma mia! ¿por qué estás tú tan triste, y por qué me causas tanta inquietud y pena? Spera in Deo; quoniam adhuc confitebor illi salutare vultus mei, et Deus meus: Espera en Dios; porque yo confesaré aun sus alabanzas, pues es mi Salvador y mi Dios. Ut quid Domine recessisti longe; despicis in opportunitatibus, in tribulatione?* (Psalm. IX, 22). *Non me derelinquas usquequaque.* (Psalm. CXVIII). *¿De dónde nace, Señor, que Vos os hayais alejado de mí? ¿Por qué me menospreciais, cuando necesito mas de vuestra asistencia? No me desampareis de todo punto.*

Y acordándote de los sólidos sentimientos que Dios inspiró á su amada Sara, mujer de Tobías, en el tiempo de sus tribu-

laciones, dirás como ella con viva y alentada voz: *Hoc autem pro certo habet omnis, qui te colit, quod vita ejus, si in probatione fuerit, coronabitur: si autem in tribulatione fuerit, liberabitur: et si in correptione fuerit, ad misericordiam tuam venire licebit. Non enim delectaris in perditionibus nostris: quia post tempestatem tranquillum facis, et post lacrymationem, et fletum, exultationem infundis. Sit nomen tuum Deus Israel benedictum in sæcula.* (Tob. XII, 3). *Dios mio, todos los que os sirven, saben que si son probados en esta vida con las aflicciones, serán coronados: que si gimen con el peso de sus penas, serán algun dia libres y exentos de toda tribulacion: si Vos los castigais con justicia, podrán recurrir á vuestra misericordia; porque Vos no gustais de vernos perecer. Vos haceis que suceda la calma á la tempestad, y la alegría al llanto. ¡Oh Dios de Israel! sea vuestro nombre bendito y alabado en todos los siglos.*

Represéntate tambien á tu divino Salva-

dor, que en el jardin y en el Calvario se vió desamparado de su eterno Padre en la parte inferior y sensitiva; y llevando la cruz con él, dirás de todo corazon (*Matth.* XXVI, 42): *Fiat voluntas tua: Hágase vuestra voluntad, y no la mia.* De este modo, hija mia, juntando el ejercicio de la paciencia con el de la oracion adquirirás infaliblemente la verdadera devocion, por el sacrificio voluntario que harás de tí misma á Dios; porque, como ya he dicho, la verdadera devocion consiste únicamente en una voluntad pronta y determinada á seguir á Jesucristo con la cruz, por donde quiera que nos llamare; en amar á Dios porque merece ser amado; y en dejar, si fuere necesario, á Dios por Dios.

Si muchas personas que se dan á la vida espiritual y devota, especialmente las mujeres, midiesen por esta devocion y no por la sensible su aprovechamiento, no serian engañadas de sí mismas, ni del demonio; ni murmurarian con impiedad, como suelen, contra Dios, quejándose con detestable

ingratitud de la gracia y singular favor que las hace de probar su paciencia; antes se aplicarian á servirle con mayor fervor y fidelidad, sabiendo que su providencia misericordiosa ordena ó permite todas las cosas para su gloria y para nuestro bien.

Es tambien muy peligrosa la ilusion que padecen algunas mujeres, las cuales si bien aborrecen verdaderamente el pecado, y ponen todo el cuidado y diligencia posible en evitar las ocasiones, no obstante, si el espíritu inmundo las molesta con pensamientos deshonestos y abominables, y con visiones torpes y horribles, se afligen, se turban y pierden el ánimo, porque creen que Dios las ha desamparado enteramente; no pudiendo persuadirse á que el Espíritu Santo quiera habitar en una alma llena de pensamientos tan impuros; y así preocupadas de esas falsas ideas se abandonan de tal suerte á la tristeza y á la desesperacion, que cási vencidas de la tentacion piensan en dejar sus ejercicios espiri-

tuales y en volverse á Egipto. (*Num.* XIV, *v.* 4).

Este error nace comunmente de no comprender semejantes almas el favor insigne que Dios las hace en permitir que sean tentadas, pues las reduce por este medio al conocimiento de sí mismas, y las obliga y fuerza á recurrir como necesitadas de socorro á su bondad infinita, en que se descubre claramente su enorme ingratitud; pues se lamentan y duelen de lo mismo que deberia dejarlas reconocidas y obligadas á su divina misericordia.

Lo que en semejantes casos debemos hacer, hija mia, es considerar bien las inclinaciones perversas de nuestra naturaleza corrompida; porque Dios, que conoce lo que nos es mas útil y saludable, quiere que comprendamos bien nuestra infeliz facilidad y propension al pecado, y que sin su asistencia y socorro nos precipitaríamos en la mas funesta y formidable de todas las desgracias. Despues debemos excitarnos á la confianza en su divina misericordia, per-

suadiéndonos firmemente á que pues nos hace ver el peligro, desea y pretende atraernos y unirnos mas estrechamente á sí con la oracion: de lo cual le darémos las mas rendidas y humildes gracias.

Pero volviendo á los pensamientos torpes y deshonestos, has de advertir, hija mia, y tener por regla segura, que se disipan mejor con un humilde sufrimiento de la pena y mortificacion que nos causan, y con la aplicacion de nuestro espíritu á algun otro objeto, que con una resistencia inquieta y forzada.

CAPÍTULO LX.

Del exámen de la conciencia.

Tres cosas debes considerar, hija mia, en el exámen de tu conciencia: la primera, las faltas que hubieres cometido en el dia; la segunda, las ocasiones de que se originaron; la tercera, la disposicion en que te hallas de comenzar de veras á corregir tus vicios y adquirir las virtudes contrarias.

En cuanto á las faltas cometidas, observarás lo que dejo advertido en el capítulo XXVI, que contiene todo lo que debemos hacer cuando hubiéremos caido en algun pecado. Por lo que mira á las ocasiones de tus caidas, procurarás evitarlas con todo el cuidado y vigilancia posible.

En fin, para enmendar y corregir tus defectos y adquirir las virtudes que te faltan, fortificarás tu voluntad con la desconfianza de tí misma, con la oracion y

con frecuentes deseos de destruir tus viciosas inclinaciones y de adquirir hábitos buenos.

Si te pareciere que has conseguido algunas victorias contra tí misma, ó que has ejecutado algunas buenas obras, guárdate de pensar mucho en ellas si no quieres perder el mérito y el fruto, y que se introduzca insensiblemente en tu corazon algun sentimiento oculto de presuncion y de vanagloria. Procura en estos casos poner todas tus obras, tales cuales fueren, en las manos de la misericordia divina, y no pienses sino solamente en satisfacer y cumplir con mayor fervor que nunca todas tus obligaciones.

No te olvides de rendir á Dios humildes acciones de gracias por todos los socorros que en este dia has recibido de su divina mano. Reconócelo por único autor de todos los bienes (*Epist. cath. Jacob.* 1), y alaba y ensalza particularmente su misericordia, porque te ha librado de tantos enemigos, ya visibles y manifiestos, ya invi-

sibles y ocultos; porque te ha inspirado buenos pensamientos, te ha dado ocasiones de ejercitar las virtudes y héchote, en fin, otros muchos beneficios que no conoces.

CAPÍTULO LXI.

Como en este combate espiritual debemos perseverar hasta la muerte.

Entre las cosas que son necesarias en este combate, la mas principal es la perseverancia, que es la virtud con que debemos aplicarnos sin intermision ni descanso á mortificar nuestras pasiones, que nunca llegan á morir mientras vivimos, antes bien brotan y crecen siempre en nuestro corazon, como un campo fértil de malas yerbas.

Es locura el pensar que podemos dejar de combatir mientras vivimos, porque esta guerra no se acaba sino con la vida, y cualquiera que rehusare la pelea, perderá infaliblemente la libertad ó la vida. Tene-

mos que luchar con enemigos irreconciliables, de los cuales no podemos esperar jamás paz ni treguas; porque es implacable y continuo el odio que nos tienen, y nunca es mayor el peligro de nuestra ruina que cuando nos fiamos de su amistad.

Pero si bien son muchos y formidables los enemigos que de todas partes nos cercan, no obstante, hija mia, no te espantes ni de su número, ni de sus fuerzas; porque en esta batalla solamente puede quedar vencido quien quisiere serlo; y toda la fuerza y poder de nuestros enemigos está en las manos del Capitan por cuyo honor y gloria hemos de combatir, el cual no solamente no permitirá que te ofendan ni que seas tentada sobre tus fuerzas (*I Cor.* x, *v.* 13), mas tomará las armas en tu favor y defensa; y como mas poderoso que todos tus contrarios, te dará infaliblemente la victoria, como combatiendo tú en su compañía vigorosamente no pongas la confianza en tus propias fuerzas, sino en su poder y bondad.

Mas si el Señor tardare en socorrerte y te dejare en el peligro, no por eso pierdas el ánimo ni la confianza: cree firmemente que su divina Majestad dispondrá las cosas de suerte, que todo lo que parece que impide la victoria, se convierta en beneficios y ventaja tuya.

Sigue, pues, hija mia, constante y generosamente á este celestial y divino Capitan que por tí se expuso á la muerte, y muriendo venció el mundo. Combate animosamente debajo de sus insignias, no dejes las armas hasta tanto que hayas destruido á todos tus enemigos; porque si dejares vivo uno solo, si te descuidares de corregir una sola de tus pasiones ó vicios, esta pasion ó vicio será como una paja en el ojo, ó como una flecha en el corazon, que inhabilitándote para la pelea retardará tu triunfo.

CAPÍTULO LXII.

Del modo de prevenirnos contra los enemigos que nos asaltan á la hora de la muerte.

Aunque toda nuestra vida no es sino una continua guerra (*Job*, VII, 1) en este mundo, es cierto no obstante que la principal y mas peligrosa batalla será la última, porque de ella depende nuestra vida ó nuestra muerte eterna. (*Eccles.* XI).

Para no peligrar, pues, entonces con daño irreparable, procura ejercitarte en este combate ahora que Dios te concede el tiempo y las ocasiones; porque solo quien combate valerosamente en la vida, puede esperar ser victorioso en la muerte, por la costumbre que ha adquirido de vencer á sus mas formidables enemigos. Además, piensa frecuentemente y con atenta consideracion en la muerte, porque de esta

suerte cuando estuviere vecina, te causará menos espanto, y tu espíritu estará mas sereno, libre y pronto para la batalla. (*Eccles.* II).

Los hombres entregados á los placeres del mundo, huyen de esta consideracion por no interrumpir el gusto que perciben de las cosas terrenas, porque como están asidos voluntariamente á ellas, les serviria de grande afliccion considerar que las habian de dejar algun dia; y así no se disminuye en ellos el afecto desordenado, antes va siempre en aumento y cobra nuevas fuerzas: de donde proviene que les causa grande afliccion dejar esta vida y los deleites mundanos, siendo mayor la pena en aquellos que los gozaron mas tiempo.

Mas para prepararte mejor á este terrible paso del tiempo á la eternidad, imagínate alguna vez que te hallas sola sin algun socorro entre las angustias y congojas de la muerte: considera atentamente las cosas de que hablaré en los capítulos siguientes, que son las que enton-

ces podrán causarte mayor afliccion y pena, y no te olvides de los remedios que te propongo, á fin de que puedas servirte de ellos en esta última extremidad; porque conviene que aprendas á hacer bien lo que no has de hacer sino una sola vez, si no quieres cometer una falta irreparable que causará tu infelicidad eterna.

CAPÍTULO LXIII.

De cuatro géneros de tentaciones con que nos asalta el demonio á la hora de la muerte; y primeramente de la tentacion contra la fe, y el modo de resistirla.

Con cuatro tentaciones peligrosas suelen principalmente asaltarnos nuestros enemigos en la hora de la muerte.

1.ª Con dudas sobre las cosas de la fe.
2.ª Con pensamientos de desesperacion.
3.ª Con pensamientos de vanagloria.
4.ª Con diversos géneros de ilusiones de

que estos espíritus de las tinieblas transformándose en ángeles de luz se sirven para engañarnos.

Por lo que mira á la primera tentacion, si el enemigo te propone algun razonamiento falso ó argumento sofístico, guárdate de disputar con él. Conténtate solamente con decirle con una santa indignacion: *Véte, maligno espíritu, padre de la mentira, que no te quiero escuchar; á mí me basta el creer cuanto cree la santa Iglesia católica romana.*

No te detengas jamás en los pensamientos que te vengan sobre la fe; y aunque te parezcan favorables y verdaderos, arrójalos de tí como sugestiones del demonio, que por este medio pretende embarazarte y confundirte empeñándote insensiblemente en la disputa. Pero si tuvieres tan ocupado tu espíritu de estos pensamientos que no puedas repelerlos, procura mantenerte invariable y firme en creer lo que cree la santa Iglesia católica romana, y no escuches ni las razones ni las autoridades mis-

mas de la Escritura que te alegará el enemigo; porque aunque te parezcan claras y evidentes, serán no obstante truncadas, ó mal citadas, ó mal interpretadas.

Si el maligno espíritu (*Apoc.* XII) te preguntare: ¿ Qué es lo que cree la Iglesia romana? no le dés alguna respuesta; mas persuadiéndote á que su intento no es otro que sorprenderte y seducirte sobre alguna palabra ambigua, forma solamente en general un acto interior de fe; y si quieres quebrantar su orgullo y aumentar su despecho, respóndele: que la santa Iglesia romana cree la verdad; y si replicare: ¿ cuál es esta verdad ? no le respondas otra cosa, sino que es lo que la Iglesia cree.

Sobre todo, hija mia, procura tener unido tu corazon con la cruz, y dí á tu divino Redentor: *Ó Criador y Salvador mio, socorredme presto, y no os aparteis de mí para que yo no me aparte de la verdad que Vos me habeis enseñado; y pues me habeis hecho la gracia de que haya nacido en vuestra Iglesia, hacedme tambien*

la de que yo muera en ella para vuestra mayor gloria.

CAPÍTULO LXIV.

De la tentacion de la desesperacion, y cómo podrémos defendernos de ella.

La segunda tentacion del enemigo de nuestra eterna salud es un vano terror ó espanto, que nos infunde con la representacion y memoria de nuestras culpas pasadas, para precipitarnos en la desesperacion.

Si te hallares, hija mia, amenazada de este peligro, ten por regla general, que la memoria de tus pecados será un efecto de la gracia, y te será muy saludable si produce en tí sentimientos de humildad, de compuncion y de confianza en la divina misericordia; pero si te causare inquietud, desconfianza y pusilanimidad, aunque te parezca que tienes grandes motivos y fundamentos para persuadirte á que estás re-

probada, y que ya no hay para tí alguna esperanza de salud, reconócele luego por sugestion y artificio del demonio, y no pienses entonces sino en humillarte, y en confiar mas que nunca en la bondad y misericordia de Dios; que de este modo eludirás todas las estratagemas del enemigo, le vencerás con sus propias armas, y darás al Señor honor y gloria.

Conviene, hija mia, que tengas un vivo dolor de haber ofendido á esta bondad infinita, siempre que te acordares de tus culpas pasadas; pero conviene tambien que le pidas perdon con una firme confianza en los méritos de tu Salvador; y aunque te parezca que el mismo Dios te dice en lo secreto de tu corazon que tú no eres del número de sus escogidos (*Joan.* x), no por eso dejes de esperar en su misericordia; antes bien le dirás con humildad y confianza: *Mucha razon teneis, Dios mio, para reprobarme por mis pecados; pero yo la tengo mayor en vuestra infinita piedad, para esperar que me perdoneis. Yo os pi-*

do, pues, Señor, que os compadezcais de esta miserable criatura vuestra, que si bien merece por su malicia la condenacion eterna, está no obstante redimida con el precio infinito de vuestra sangre. Yo quiero salvarme, Redentor mio, para bendeciros y alabaros eternamente en vuestra gloria: toda mi confianza está en Vos. Yo me pongo enteramente en vuestras manos: haced de mí lo que fuere de vuestro agrado, porque Vos sois mi único y absoluto Señor; y aunque me querais quitar la vida eterna, siempre he de tener en Vos vivas mis esperanzas.

CAPÍTULO LXV.

De la tentacion de vanagloria.

La tercera tentacion es la vanagloria. Nada temas tanto, hija mia, como el dejarte inducir á la menor complacencia de tí misma y de tus obras. No te glories jamás sino en el Señor, y reconoce que todo el bien que hay en tí lo debes á los méritos de su vida y de su muerte. Conserva siempre, mientras te dure la vida, un grande odio y menosprecio de tí misma. Humíllate hasta el polvo con la reflexion de tu miseria y tu nada, y rinde incesantemente á Dios acciones de gracias, como autor de todas las buenas obras que hubieres hecho. Pídele que te socorra en este peligroso asalto; pero no mires jamás el socorro de su gracia como precio de tus merecimientos, aun cuando hubieses conseguido grandes victorias de tí misma. Per-

manece invariablemente en un temor santo, y confiesa ingénuamente que todos tus cuidados serian inútiles, si Dios, que es toda tu esperanza, no te asistiese y amparase con su proteccion. (*Psalm.* XVI, 8).

Con estas advertencias, hija mia, si puntualmente las observares, triunfarás fácilmente de todos tus enemigos; y te abrirás el camino para pasar con alegría á la celestial Jerusalen.

CAPÍTULO LXVI.

Del asalto de las ilusiones y falsas apariencias en la hora de la muerte.

Ultimamente, hija mia, si nuestro comun enemigo que no se cansa jamás de molestarnos y afligirnos, transformándose en ángel de luz (*II Cor.* XI), se esfuerza á seducirte con ilusiones y falsas apariencias, procura mantenerte firme y constante en el conocimiento de tu nada; y díle

animosamente: *Retírate, infeliz, vuelve, vuelve á las tinieblas de donde has salido; que yo no soy digno de que Dios me favorezca con visiones celestiales, ni necesito de otra cosa que la misericordia de mi amado Jesús, y de los ruegos de María santísima, del glorioso san José y de los demás Santos.*

Y si te pareciere por muchas, y cási evidentes señales, que fuesen apariciones celestiales, no por eso dejes de repelerlas de tí; y no temas que esta resistencia tuya, fundada en el conocimiento de tu miseria, desagrade al Señor; porque si fuesen cosas suyas, bien sabrás manifestarlo, para que no dudes, y no te suceda algun mal: pues el que da su gracia á los humildes *(Epist. cath. Jacob.* IV, 6), no los priva de ella cuando se humillan.

Estas son, hija mia, las armas mas comunes de que usa el demonio contra nosotros en el último combate; pero demás de esto suele tambien asaltarnos particularmente por aquella parte que reconoce mas

flaca en nosotros; porque estudia y observa todas nuestras inclinaciones, para hacernos caer por nuestras mismas inclinaciones en el pecado. Por esta causa, antes que llegue la hora de esta grande y peligrosa batalla, debemos armarnos bien y pelear esforzadamente contra nuestras pasiones mas violentas y que mas nos dominan, para que con mas facilidad y menos trabajo podamos resistirlas y vencerlas en aquel tiempo formidable que será el fin de todos los tiempos.

Pugnabis contra eos usque ad internecionem. (I Reg. xv, 18).

COMBATE ESPIRITUAL.

SEGUNDA PARTE.

TRATADO PRIMERO

QUE CONTIENE LAS ADICIONES AL COMBATE ESPIRITUAL.

CAPÍTULO I.

Qué cosa sea la perfeccion cristiana.

Si quieres no fatigarte vanamente, y sin fruto, ó alma devota, en los ejercicios de la vida espiritual, como ha sucedido á muchos, ni caminar sin saber á dónde se dirige la vereda que sigues, conviene que entiendas y comprendas primeramente bien qué cosa sea la perfeccion cristiana.

La perfeccion cristiana no es otra cosa que una cumplida observancia de los pre-

ceptos de Dios y de su ley, á fin solo de obedecerle y agradarle, sin declinar ni á la diestra ni á la siniestra, ni volver atrás. (*Deut.* v, 32. — *Isaiæ*, xx, 21). *Et hoc est omnis homo* (Eccles. xii, 13): *Y esto es todo el ser del hombre, ó en esto consiste todo su ser.*

De modo, que el fin de toda la vida del cristiano, que quiere serlo perfectamente, ha de ser engendrar y conservar en sí un hábito, con el cual, acostumbrándose á no hacer en cosa alguna su propia voluntad, todo lo que hiciere lo haga solo como movido de la voluntad de Dios, y con el solo fin de agradarle, obedecerle y honrarle.

CAPÍTULO II.

Como conviene combatir para alcanzar la perfeccion cristiana.

En pocas palabras se ha dicho todo lo que se pretende; pero reducirlo á práctica, y ponerlo en ejecucion: *Hoc opus, hic labor est: En esto está la dificultad, ó en*

esto consiste todo el trabajo: porque reinando en nosotros por el pecado de nuestros primeros padres, y por nuestros malos hábitos, una ley contraria á la de Dios; conviene que combatamos contra nosotros mismos, y contra el mundo y el demonio, que excitan y mueven nuestras guerras.

CAPÍTULO III.

De tres cosas que son necesarias al nuevo soldado de Cristo.

Publicada ya la guerra ha menester para ello el nuevo soldado de Cristo tres cosas que le son muy esenciales. Ha menester un ánimo grande, resuelto y determinado á pelear, y á no volver atrás: ha menester armas y saber manejarlas.

La resolucion de pelear la ha de tomar de la frecuente consideracion, de que: *Militia est vita hominis super terram.* (Job, VII, *v.* 1): *La vida del hombre es una continua guerra,* y de que esta guerra espiritual tiene por ley, que quien no pelea como

debe, de cierto perece y muere para siempre.

Conseguirás la grandeza de ánimo y valor que se requiere, si desconfiando de tí misma, pones toda tu confianza en Dios, teniendo por cosa cierta que el mismo Dios está dentro de tí para librarte de cualquier peligro.

Serás acometida y asaltada de los enemigos repetidas veces: mas todas las que lo fueres, alcanzarás peleando la victoria, si desconfiada de tus fuerzas y propia industria, te acoges con confianza segura al poder, bondad y sabiduría de Dios.

Las armas para esta guerra son dos, resistencia y violencia.

CAPÍTULO IV.

De la resistencia y violencia, y del modo de gobernarse con ellas.

La resistencia y violencia son verdaderamente armas pesadas y penosas, pero necesarias para alcanzar la victoria. Estas

armas se manejan en la forma siguiente:

Cuando te hallares combatida de tu corrompida voluntad y de tus malos hábitos, que te persuaden y tiran para que no hagas ni cumplas la voluntad de Dios, has de resistirles, diciendo: *Sí, sí, yo quiero hacer la voluntad de Dios.*

Con la misma resistencia te has de oponer cuando de esta misma corrompida voluntad, y malos hábitos, fueres llamada y persuadida á hacer algo contra la voluntad de Dios, diciendo luego al punto: *No, no: la voluntad de Dios quiero yo hacer siempre con su ayuda. Ea, Dios mio, socorredme presto, para que esta voluntad, que en mí se halla por vuestra gracia, de hacer siempre vuestra divina voluntad, no sea en esta ocasion vencida de mi antigua y depravada voluntad.*

Y si sintieres flaqueza en tu voluntad, y mucha pena en resistir, te has de hacer toda suerte de violencia, acordándote que el reino de los cielos padece violencia, y que los que lo alcanzan son los esforzados

(*Matth.* XI, 12), que se la hacen á sí mismos, y á sus propias pasiones.

Y si la pena ó violencia fuere tan grande que te angustie el corazon, véte luego con el pensamiento al huerto de Gethsemaní, y acompañando tus congojas y angustias con las de tu divino Redentor, pídele que en virtud de las suyas te dé la victoria de tí misma, para que de todo corazon puedas decir á tu Padre celestial: *Non sicut ego volo, sed sicut tu... fiat voluntas tua* (Matth. XXVI, 39, 42): *No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino tu santa voluntad;* y procurarás una y otra vez unir y conformar tu voluntad con la de Dios, queriendo como él quiere que quieras.

Pondrás todo tu cuidado en hacer cualquiera acto con tanta plenitud y pureza de voluntad, como si en ese solo consistiese toda la perfeccion y todo el agrado y honra de Dios; y de este modo podrás hacer el segundo acto, el tercero y el cuarto y otros muchos.

Y si te acordares que has quebrantado

algun precepto de Dios, duélete mucho de la transgresion, y toma mayor vigor y fortaleza de ánimo para obedecer á Dios en aquel mismo precepto, ó en otro cualquiera que te ofreciere la ocasion.

Y para que no dejes pasar ocasion alguna, por pequeña que sea, de obedecer á Dios, advierte que si eres obediente á su divina Majestad en las cosas mínimas, te dará nueva gracia, para que con facilidad le obedezcas en las mayores.

Demás de esto, debes acostumbrarte á que cuando te viniere al pensamiento cualquier precepto divino, lo primero adores á Dios, y luego le ruegues que te socorra para que le obedezcas.

CAPÍTULO V.

Que conviene velar continuamente sobre nuestra voluntad para reconocer á cuál de las pasiones se inclina mas.

Vela sobre tí con el mayor cuidado que puedas, para que espies y reconozcas á

cuál de tus pasiones se inclina mas á menudo tu voluntad ; pues de esa pasion mas que de todas las demás suele ser engañada y quedar esclava.

Porque no pudiendo estar sola la voluntad del hombre, sino acompañada siempre de alguna de sus pasiones, es forzoso que, ó ame, ó aborrezca, ó desee, ó huya, ó esté alegre, ó triste, ó desespere, ó tema, ó sea atrevida, ó iracunda.

Pero cuando la hallares inclinada, no á la voluntad divina, sino al amor propio, procura con todo cuidado que se aparte del amor de sí misma, y se incline al amor de Dios, y á la observancia de los preceptos de su santa ley.

Procurarás hacer esto, no solo en las pasiones, que son del momento, y que inducen y mueven á pecado mortal, mas tambien en las que pueden ocasionar los veniales; porque aunque estas mueven ligeramente y obran poco á poco; no obstante enervan y debilitan nuestra virtud cuando son voluntarias, y nos ponen en

peligro manifiesto de caer con mucha brevedad en los pecados mortales.

CAPÍTULO VI.

Como quitando la primera pasion, que es el amor de las criaturas y de nosotros mismos, y dándola á Dios, todas las demás pasiones quedan corregidas y ordenadas.

Para que mas brevemente y con mejor órden libres tu voluntad del cautiverio de las pasiones desordenadas, conviene que te apliques continuamente á vencer y ordenar la primera pasion, que es el amor propio; pues ordenada esta, que es como la cabeza, todas las demás pasiones la seguirán, como sus miembros, porque nacen de ella y en ella tienen su raíz y vida, como se reconoce claramente con el discurso; pues lo que mas se desea es lo que mas se ama; y lo que mas se ama es en lo que mas se deleita el que ama; y solamente se aborrece, se huye y nos contrista, lo

que impide y ofende el objeto amado; ni otra cosa se espera sino la que se ama; y al contrario, de esta misma desesperamos, cuando la dificultad de alcanzarla nos parece insuperable; y ninguno teme, abomina ó aborrece sino lo que impide y puede ofender á la cosa amada.

El modo de vencer y ordenar esta pasion primera, es considerar en la cosa que amas, sus cualidades, y qué es lo que deseas ó pretendes con este amor; y en reconociendo que tiene las cualidades de bondad y de belleza, y que lo que pretendes es utilidad y deleite, podrás decirte á tí misma muchas veces: *¿Qué mayor belleza y qué mayor bondad que la de Dios, que es la única fuente y manantial de todos los bienes y de toda la perfeccion?*

Y si en lo que amas pretendes utilidad y provecho, ¿qué cosa se puede imaginar que iguale al que consigo trae el amor á Dios? Porque amándolo se transforma el hombre en el mismo Dios, deleitándose y gozándose solo en él.

Demás de esto, el corazon del hombre pertenece á Dios, porque el mismo Dios lo ha criado, lo ha redimido, y cada dia con nuevos beneficios amorosamente nos lo pide diciendo: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi: Dame, hijo mio, tu corazon.* (Prov. c. XXIII, 26).

Perteneciendo, pues, á Dios el corazon humano por tantas razones como luego dirémos, y siendo tan pequeño para satisfacer á las obligaciones que debemos á su infinita bondad, te hallas obligada á ser celosísima de que no ame tu corazon sino solamente á Dios y las cosas que le agradan, y esto con la moderacion, órden y modo que Dios quiere.

Este mismo celo y cuidado debes tener tambien (porque estas dos cosas son el fundamento de la fábrica de la perfeccion) con la pasion del odio, para no aborrecer sino solamente el pecado, y lo que puede inducir al pecado.

CAPÍTULO VII.

Que conviene socorrer y ayudar á la voluntad humana.

Mas porque nuestra voluntad, estando apasionada, es muy débil y flaca para resistir y vencer sus pasiones, y ordenarlas á Dios y á su obediencia (como lo muestra la experiencia; pues aunque ella quiera y proponga mortificarse en todo, no obstante, cuando llega la ocasion de practicarlo, oprimida de sus pasiones, se olvida de sus buenos propósitos, y miserablemente se rinde á ellas), conviene socorrerla y ayudarla, no solo en las ocasiones que se ofrecen, sino cada hora y cada momento, para que cobrando fuerzas contra sí misma, se venza y se libre de la dura servidumbre de sus pasiones, entregándose toda á Dios y á su divino beneplácito.

CAPÍTULO VIII.

Como venciéndose el mundo viene á quedar en gran manera socorrida la voluntad del hombre.

Moviéndose comunmente nuestras pasiones, y cobrando fuerzas del mundo y de sus cosas, mientras nos muestran sus falsas grandezas ó engañosos deleites; se sigue que vencido y despreciado el mundo con todas sus cosas, viene la voluntad del hombre á respirar con libertad, y á volverse á otro objeto, no pudiendo estar sin amar y sin tener en que deleitarse.

El modo de vencer el mundo es, considerar profundamente qué sean en la verdad sus cosas, y cuáles sus promesas.

Esta consideracion, si no estamos ciegos con alguna de nuestras pasiones, nos hará comprender con claridad lo mismo que conoció el sapientísimo Salomon, á quien reveló Dios todo el misterio de las ilusiones y vanidades del mundo; el cual despues de

haber hecho experiencia de todo lo que hay en él, reconociendo el engaño de los placeres, y la inutilidad de las grandezas humanas, y sintiendo en sí mismo la nada de su propia gloria, dijo: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas et afflictio spiritus* (Eccles. 1): *Vanidad de vanidades, todo es vanidad y aflicion de espíritu.*

Esta verdad se experimenta cada dia, porque deseando el corazon del hombre saciarse aunque haya alcanzado todo lo que desea; no por eso queda satisfecho, sino antes con mas hambre: y sucédele esto, no por otra causa sino porque sustentándose de las cosas del mundo (aunque las tenga todas) viene á sustentarse de sombras, de sueños, de vanidad y mentiras: cosas que no pueden darle nutrimento alguno.

Las promesas del mundo son todas falsas y llenas de engaños; promete felicidad y da inquietud; promete y no da las mas veces; y si da lo que promete, luego lo quita; y si no lo quita luego, aflige y atormenta mas á sus apasionados; porque tie-

nen puestos sus deseos en el lodo, sin permitirles un momento de descanso: á los cuales se puede decir justamente: *Filii hominum, usquequo gravi corde? Ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium?* (Psalm. IV, 3). *¿Hijos de Adan, hasta cuándo ha de durar la dureza de vuestro corazon? ¿Por qué amais la vanidad, y buscais la mentira?*

Pero concedamos á estos engañados que estos bienes aparentes del mundo fuesen verdaderos: ¿qué dirémos de la velocidad y presteza con que pasa la vida del hombre para gozarlos? ¿Dónde están las riquezas, las prosperidades, las soberbias de tantos príncipes, reyes, y emperadores? Pereció en un momento toda su falsa gloria.

El modo, pues, de que venzas de tal suerte el mundo, que le vuelvas las espaldas, y le obligues á que él te las vuelva á tí; esto es, que estés crucificada al mundo *(Galat.* VI), y el mundo esté crucificado á tí, es, que antes que tu voluntad se

aficione y se pegue al mundo, le salgas al encuentro, primeramente con una profunda consideracion de sus vanidades y mentiras, y despues con la voluntad; porque así no estando ni la voluntad ni el entendimiento apasionados, con facilidad lo despreciarás; y á cualquiera criatura que te proponga podrás decirla: *¿ Eres criatura? Quita, quita tu apego, tu aficion y tu amor, porque yo voy buscando en la criatura solo á mi Criador, y lo espiritual, no lo corporal; no eres tú á quien yo quiero y deseo amar, sino al que á tí te da la operacion y la virtud.*

CAPÍTULO IX.

Del segundo socorro con qué se ha de ayudar la voluntad humana.

Este segundo socorro de la voluntad humana consiste en echar fuera al príncipe de las tinieblas, como autor de todos los desordenados movimientos de nuestras pasiones.

A este enemigo de nuestra salud echarémos fuera, y lo vencerémos todas las veces que venzamos nuestras concupiscencias y deseos desordenados.

Y así, si quieres que el demonio huya de tí resiste tú á tus pasiones; que esta resistencia es la que, como Santiago dice (*Epist. cath.* IV), le ahuyenta. Y debes advertir, que este enemigo á veces nos asalta de tal suerte, encendiendo la concupiscencia de la carne, y todas las pasiones, que parece se halla ya el hombre necesitado á rendirse; pero no te aflijas ni te acobardes, resístele con valor, y ten por cierto que Dios está contigo para que no se te haga alguna injuria ó superchería. Resístele, te digo, que si resistes y perseveras te aseguro que vencerás.

He dicho *si perseveras*, porque no basta resistir una, dos y tres veces, sino todas las que intentare rendirte, porque es costumbre de este astuto enemigo intentar mañana lo que hoy no ha podido conseguir, y la semana siguiente lo que en la presente

no ha podido lograr; y de este modo va continuando con paciencia sus asaltos, variándolos de tiempo en tiempo; ya con furia, ya con destreza, hasta salir con su intento.

Por lo cual conviene estar siempre constante con las armas en la mano, sin fiarse ni descuidarse, por muchas que hayan sido las victorias conseguidas; porque la vida del hombre es una continua guerra, y la victoria no consiste en hoy ni en mañana, sino en el fin.

Y si tú en esto sientes pena, sabe, que mayor es la que el demonio siente cuando con valor le resistes, y así para tu consuelo y su afrenta, le puedes decir: *Véte á penar, demonio infernal; mas porque tú penas por tu impiedad, y yo peno por no ofender á mi Señor y mi Dios, tus penas serán eternas, y las mias por la gracia de Dios se mudarán en paz eterna.*

CAPÍTULO X.

De la tentacion de la soberbia espiritual.

En el precedente capítulo te he advertido de las tentaciones con que el demonio nos suele acometer, valiéndose del mundo, de sus riquezas y deleites: ahora he de tratar de la soberbia espiritual, complacencia y vanagloria de que se vale para derribarte, tanto mas peligrosa, y digna de temerse, cuanto es menos conocida, y mas enojosa y desagradable á Dios.

¡Oh cuántos generosos soldados, y grandes siervos de Dios, despues de las victorias insignes de muchos años, han perecido en este escollo, y de hijos de Dios se han hecho esclavos de Lucifer!

El modo de librarnos de este tremendo golpe, y oculto lazo de Satanás, es temblar siempre, y ejercitar las virtudes y buenas obras con temor y temblor, para que no se engendre en ellas el gusano oculto del amor propio y de la soberbia, que

tan odiosa es á Dios; y por eso humillándonos en ellas, debemos procurar cada dia hacerlas mejores, como si nada hubiésemos obrado bien por lo pasado; y cuando nos pareciese (que jamás debemos pensarlo) que hemos obrado alguna cosa bien, y con perfeccion, debemos de todo corazon decir á Dios: *Servi inutiles sumus: Somos siervos inútiles y de ningun provecho.* (Luc. XVII, 10).

Sobre todo debemos recurrir á menudo á Cristo nuestro Salvador y Maestro, pidiéndole que librándonos de toda especie de soberbia, nos enseñe y ayude á ser humildes de corazon. Asimismo debemos recurrir á su santísima Madre, para que nos alcance la verdadera humildad, que es el fundamento de todas las virtudes, y la que siempre las acompaña, las conserva, las asegura y las aumenta.

He tratado largamente de la humildad en la primera parte de este Combate; y así nada se me ofrece que añadir en este lugar de semejante materia.

CAPÍTULO XI.

Del tercer socorro de la voluntad humana.

El tercer socorro con que se ha de ayudar nuestra voluntad, es la frecuente oracion, á la cual te has de acostumbrar de tal suerte, que cuando te hallares asaltada, recurras siempre y sin dilacion á Dios, diciendo: *Deus in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina: Atended, Señor, á la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilacion.* (Psalm. LXIX).

En el combate, pues, has de entrar acompañada de la oracion y de la resistencia en presencia de tu Dios, y siempre vestida de la desconfianza de tí misma, y de la confianza de su divina Majestad: que si con este aparato, y en este modo combates, segura tendrás siempre la victoria.

¿Qué cosas no sobrepuja y vence la oracion? ¿Qué dificultades y peligros no rinde y avasalla la resistencia con la descon-

fianza propia, y con la confianza en Dios?

¿Y en qué batalla puede ser vencido quien combate en presencia de su Dios con ánimo y deseo de agradarle?

CAPÍTULO XII.

Del modo en que ha de habituarse el hombre para tener presente á Dios todas las veces que quiera.

Para que tú alcances la costumbre de tener á Dios presente todas las veces que quieras, procura pensar siempre que Dios te mira y considera tus obras y pensamientos, ó que todas las criaturas que ves son otros tantos canceles por donde te mira Dios escondido, y te dice: *Petite, et accipietis: omnis enim, qui petit, accipit, et pulsanti aperietur: Pedid, y recibiréis, porque al que pide se da lo que necesita, y al que llama se le abre la puerta.* (Matth. VI).

Podrás demás de esto hacerte presente á Dios, mirando las criaturas, en las cuales, dejando lo corporal, te has de ir luego

con el pensamiento á Dios, considerando como su divina Majestad es quien les da el ser, vida, el movimiento, la virtud y las operaciones.

Siempre, pues, que combatiendo, ó haciendo alguna cosa, quisieres orar, represéntate á Dios en cualquiera de estas dos maneras; ora despues, y pídele ayuda y socorro.

Y sabe, ó alma devota, que si llegare á hacérsete familiar la presencia de Dios, alcanzarás grandes victorias, y ganarás tesoros infinitos, y entre otros bienes te guardarás de muchos pensamientos, palabras y obras, que no son decentes á la presencia de Dios, ni conformes á la vida de su santísimo Hijo Jesucristo.

Ten tambien por cierto que esta presencia de Dios te infundirá y dará virtud, para que puedas estar como debes en su presencia.

Porque si de la presencia y vecindad de los agentes naturales, que son de virtud limitada y finita, contraemos y tomamos su

calidad y virtud, ¿qué dirémos de la presencia y vecindad de Dios, que es de infinita virtud y comunicable, lo que no es decible?

Demás del sobredicho modo de orar: *Deus, in adjutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina: Atended, Señor, á la necesidad que tengo de socorro, y dadme ayuda sin dilacion* (Psalm. LXIX), de que podemos usar en cualquiera necesidad, podrás orar tambien con otros modos mas particulares: como deseando tú conocer y ejecutar la voluntad de Dios, la oracion que has de hacer es una de las siguientes: *Benedictus es Domine, doce me facere justificationes tuas: Deduc me, Domine, in semitam mandatorum tuorum. Utinam dirigantur viæ meæ ad custodiendas justificationes tuas: Bendito sois, Dios mio, enseñadme á ejecutar vuestros preceptos: guiadme por la senda de vuestros mandamientos. Ojalá que todos mis pasos se enderecen á guardar vuestras justas y santas leyes.* (Psalm. CXVIII).

Y para pedir á Dios cuanto se le puede pedir, y su divina Majestad gusta que se le pida, puedes usar la oracion del *Pater noster* (Matth. VI), la cual deberás decir con toda la atencion posible, y con todo el afecto de tu corazon, para que así alcances lo que pides.

CAPÍTULO XIII.

De algunos avisos acerca de la oracion.

Lo primero has de advertir que las oraciones (no hablo aquí de las meditaciones, que de estas hablaré mas abajo) deben no solo ser breves en el modo sobredicho, sino frecuentes, llenas de deseo, y de actual fe y confianza de que Dios te ha de socorrer y ayudar, sino en el modo que deseas, y cuando tú quieres, con mejor socorro, y en tiempo mas oportuno.

Lo segundo, han de ir siempre acompañadas, ó actual ó virtualmente, con alguna de las cláusulas siguientes:

Por tu boca: Segun tus promesas: A tu

honra: En nombre de tu amantísimo Hijo: En virtud de tu pasion: En nombre de María Vírgen, tu Hija, tu Esposa y tu Madre.

Lo tercero, que algunas veces añadas algunas jaculatorias, como: *Concédeme, Señor, tu amor en nombre de tu amantísimo Hijo: ¿Y cuándo, Señor, gozaré yo de tal ventura?*

Lo mismo se puede hacer tambien en cada una de las peticiones de la oracion del *Padre nuestro*, como: *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.* (Matth. VI). *Mas ¿cuándo será el dia, Padre nuestro celestial, que vuestro nombre sea conocido por toda la redondez del mundo, honrado, glorificado y ensalzado? ¿Cuándo, Dios mio? ¿cuándo?* Y á este modo en las demás peticiones.

Lo cuarto, que pidiendo en la oracion virtudes y gracias, será bien considerar el valor y precio de las virtudes y tu necesidad: la grandeza de Dios, y su infinita bondad: los méritos de quien pide, que de esta manera se pedirá con mas afecto y de-

seo, con mas reverencia y confianza, y con mas humildad: y finalmente se ha de considerar el fin de lo que se pide, que ha de ser para agradar á Dios, y para honra suya.

CAPÍTULO XIV.

De otro modo de orar.

Suélese orar tambien perfectísimamente, estando en presencia de Dios con el pensamiento, sin decir cosa alguna, ya enviándole de cuando en cuando suspiros amorosos, ya volviéndole los ojos, y manifestándole tu corazon con un breve y encendido deseo de que te socorra, para que le ames puramente, le honres y le reverencies, como es justo y debido, ó tambien con un deseo de que te otorgue la gracia que le tienes pedida en la oracion precedente.

CAPÍTULO XV.

Del cuarto socorro de la voluntad humana.

El cuarto socorro es el amor divino, el cual de tal manera socorre y fortifica la voluntad humana, que no hay cosa que con él no pueda, ni pasion ó tentacion que no venza.

El modo de conseguirlo es la oracion, pidiéndoselo á Dios en ella muy á menudo; y la meditacion, meditando aquellos puntos que son á propósito con la gracia de Dios, para encenderlo en el corazon humano. Estos son:

Quién es Dios; cuánto, y cuál es su infinito poder, su sabiduría, bondad y belleza. Qué ha hecho Dios por el hombre, y qué mas hiciera, si fuera necesario; el ánimo con que lo ha hecho, qué cosas hace cada dia por el hombre, las recompensas que tiene aparejadas en la otra vida, si mientras vive en esta obedece sus precep-

tos por agradarle, y le sirve con pureza de alma.

CAPÍTULO XVI.

De la meditacion del ser de Dios.

Qué cosa sea Dios, el mismo Dios, que se conoce perfectamente á sí mismo, nos lo declaró, cuando respondió y dijo: *Ego sum qui sum: Yo soy el que soy.* (Exod. III).

Es tal y tan grande este predicado de Dios, que á ninguna criatura puede atribuirse: no á príncipes, no á reyes, no á emperadores, no á los Ángeles mismos, ni al universo entero; porque todas las cosas tienen su ser, dependiente de Dios, y de sí no son sino un puro nada.

De aquí se reconoce cuán vano es el hombre que ama las criaturas no amando en ellas al Criador, ó á las criaturas, como quiere y desea Dios.

Digo *vano,* porque ama la vanidad: vano, porque piensa satisfacerse de aquellas

cosas que de sí son nada: vano, en fin, porque se fatiga por tener aquellas cosas que de suyo son caducas y perecederas. Si quieres, pues, amar como conviene amar, ama á Dios, que llena y satisface enteramente nuestro corazon.

CAPÍTULO XVII.

De la meditacion del poder de Dios.

Ya se sabe que no solo esta ó aquella potencia del mundo, sino aun todas juntas y unidas, queriendo edificar, no reinos, no ciudades, sino un solo palacio, necesitan de varios materiales, instrumentos y maestros, y de mucho espacio de tiempo; y con todo esto, por grande que sea la diligencia, no se acaba el edificio á su voluntad y gusto: mas Dios, con solo su poder y querer, en un momento crió de nada todo el universo mundo, y con la misma facilidad podia criar infinitos mundos, destruirlos y reducirlos á nada.

Este solo punto, si profundamente se

medita, cuanto mas se meditare, despertará en nosotros nuevas maravillas y nuevos incentivos de amar á un Dios y Señor tan sumamente poderoso.

CAPÍTULO XVIII.

De la meditacion de la sabiduría de Dios.

Cuán alta é inescrutable sea la sabiduría de Dios, no hay quien lo pueda decir ni comprender; pero para que conozcas algo de ella, vuelve los ojos al ornamento de los cielos, á la hermosura de la tierra y de todo el universo; y no hallarás otra cosa que la incomprensible sabiduría del Arquitecto divino.

Vuelve la mente á la vida de los hombres, y á los varios accidentes que ocurren, y hallarás que no hay cosa tan desordenada, que á la vista de Dios no sea suma sabiduría.

Medita los misterios de la redencion, y los hallarás todos llenos de esta altísima sabiduría, y dirás con frecuencia con san

Pablo, absorto en este inmenso piélago: *Oh altitudo divitiarum sapientiæ, et scientiæ Dei, quam incomprehensibilia sunt judicia ejus! ¡Oh inefable y altísima grandeza de los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, é investigables los caminos de sus secretos!* (Rom. XI, 33).

CAPÍTULO XIX.

De la meditacion de la bondad de Dios.

Como todas las demás infinitas perfecciones suyas, la bondad de Dios es incomprensible en sí misma; pero si miramos lo que por defuera se dilata y extiende, es tal y tan grande que no hay cosa en el mundo en que no resplandezca.

La creacion es efecto de la bondad de Dios: la conservacion y gobierno es tambien efecto de la bondad de Dios: la redencion nos muestra que es inefable é infinita la bondad de Dios; pues nos dió su propio Hijo para nuestro rescate, y nos lo da

tambien por sustento cotidiano en el admirable Sacramento del altar.

CAPÍTULO XX.

De la meditacion de la belleza de Dios.

De la belleza de Dios, basta que sepamos todos que es tal y tan grande, que contemplándose en ella el mismo Dios *ab æterno*, se halla en su capacidad infinita incomprensiblemente satisfecho y bienaventurado.

¡Oh hombre, conoce la altísima dignidad á que eres llamado de Dios, que es para gozar de esta su incomparable belleza! No seas de corazon tan duro y tan pesado, que despreciando sus infinitas perfecciones, pongas tu aficion en la vanidad, en las mentiras y en las sombras. Dios te llama al amor de su poder, sabiduría y bondad: llámate á que goces de su belleza, y de los incomparables bienes que tiene preparados en el cielo; ¿y tú te haces sordo? Piensa, piensa sériamente en tus

cosas; porque llegará tiempo en que no aprovechará el arrepentimiento.

CAPÍTULO XXI.

De lo que ha hecho Dios por el hombre, con qué ánimo, y qué mas hiciera si fuese necesario.

Lo que Dios ha hecho por el hombre, se puede conocer meditando la creacion y la redencion. Despues de esto, el ánimo con que lo ha hecho, y con que ha obrado su eterna salud, ha sobrepujado lo infinito.

Infinito ha sido el precio del rescate; pero el ánimo ha sido mas infinito, porque ha sido de padecer y volver á morir por el hombre si fuese necesario: y así, si al rescate infinito tan deudora eres, ó alma, que toda te debes á quien te rescató; ¿en qué grado lo serás al ánimo de Dios, que excede y sobrepuja con tantos quilates al mismo rescate?

CAPÍTULO XXII.

Qué es lo que cada dia hace Dios por el hombre.

No hay dia, hora ni momento en que el hombre no reciba de Dios nuevos beneficios, porque cada dia y cada momento Dios lo cria, conservándolo en el ser que le dió.

Cada momento le sirve con sus criaturas, con el cielo, con el aire, con la tierra, con el mar, y con cuanto se halla en ellos.

Cada dia le da su gracia, llamándolo del mal al bien, guardándole para que no peque, y en pecando le ayuda para que no peque mas. Lo espera, lo llama á la penitencia, y volviéndose á él, le perdona con mayor presteza que el mismo pecador se mueve á buscar el perdon de su pecado. Cada dia le envia su Hijo santísimo con todas las riquezas de los misterios de la cruz, y se lo tiene aparejado en el santísimo Sacramento del altar.

CAPÍTULO XXIII.

Cuánta bondad muestra Dios, aguardando y tolerando al pecador.

Para que conozcas cuánta bondad muestra Dios en sufrir al pecador, has de considerar, que amando Dios indeciblemente la virtud, así al contrario aborrece infinitamente al pecado.

¿Qué bondad, pues, muestra Dios sufriendo al pecador, que á los ojos de su divina Majestad y de su infinita pureza comete tantas maldades, y le ofende, no una, dos ó tres veces, sino mas y mas?

Bien veo (puede decir el pecador), *Señor mio, que cuando yo pecaba, tú me decias al corazon: Entremos á cuenta, y veamos quién vence; tú en ofenderme, ó yo en perdonarte.* (Vide infr. trac. IV, cap. XVI).

Creo que este punto, bien meditado, encenderá con la gracia de Dios el corazon del pecador, para que luego se convierta.

Y si no lo hace, debe temer los altos é

inescrutables juicios de Dios, de los cuales suelen salir golpes de venganza, prontos, terribles y sin remedio.

CAPÍTULO XXIV.

Qué hará Dios en la otra vida, no solo con quien le ha servido bien, sino con el pecador convertido.

Son tantos y tales los bienes y felicidades que Dios nos tiene preparados en su reino celestial, que no se puede imaginar ni comprender clara y perfectamente, por mas que una alma los medite.

Porque, ¿quién llegará á comprender bien qué cosa sea sentarse un hombre á la mesa de Dios, y que el mismo Dios le sirva y le sustente de su bienaventuranza?

¿Quién llegará á imaginar debidamente qué cosa es el entrar una alma bienaventurada en el gozo de su Señor?

¿Y quién concebirá el amor y la estimacion que muestra Dios á sus ciudadanos y escogidos? De que hablando santo

Tomás, dice: *Deus omnipotens singulis Angelis, sanctisque animabus, in tantum se subjicit, quasi sit servus emptitius singulorum; quilibet vero ipsorum sit Deus suus. Nuestro omnipotente Dios en tanto grado se sujeta á los Ángeles y á las almas santas, como si fuese siervo comprado de cada uno de ellos, y como si cada uno fuese su propio Dios.* (Opusc. LXIII, cap. II, § 3).

¡Oh Señor! ¡oh Señor! quien considera profundamente vuestras obras para con las criaturas, os halla tan embriagado de su amor, que parece consiste vuestra bienaventuranza en amarlas, favorecerlas y sustentarlas de Vos mismo.

Dadnos tan familiar y frecuente esta consideracion, que os correspondamos y amemos, y amándoos, nos transformemos en Vos mismo por union amorosa.

Ó corazon humano, ¿á dónde corres? ¿á dónde vuelas? ¿á la sombra? ¿al viento? ¿á la nada, dejando lo que es todas las cosas: la Omnipotencia, la suma Sabi-

duría, la Inefable Bondad, la Belleza increada, el sumo Bien, el Piélago infinito de toda perfeccion? Dios te sigue y te llama, no solo con los antiguos beneficios, sino con muchos nuevos que cada dia te hace.

¿Sabes de dónde se te origina, y de dónde te nace un tan grave mal? De que no oras, ni meditas; y así, estando sin luz y sin calor, no es maravilla que no te muevas sino es á las obras que son propias de las tinieblas.

Vuelve en tí, ó hombre, ó alma, ó religioso tibio, entra en la escuela de la meditacion y oracion, que en ella hallarás probado que el verdadero estudio del cristiano y del religioso es negar su propia voluntad, para que se haga la de Dios; aborrecerse á sí mismo, para que ame á Dios.

Advierte que todos los estudios sin este, aunque sean de todas las ciencias, están llenos de presuncion y de soberbia; y que cuanto mas alumbran el entendimiento, mas ciegan la voluntad, con daño y ruina del alma de quien los advierte.

CAPÍTULO XXV.

Del quinto socorro para la voluntad humana.

El odio de nosotros mismos es un socorro muy necesario para nuestra voluntad ; porque sin este socorro no podemos tener el del amor divino , autor de todo bien.

El modo de conseguirlo es lo primero pedirlo á Dios, y despues ir meditando los daños que ha causado y todavía causa el amor propio.

No ha habido daño alguno en el cielo ni en la tierra, que no se haya originado del amor propio.

Este amor propio , y de nosotros mismos, es de tanta malignidad, que si le fuera posible entrar en el cielo , convertiria la celestial Jerusalen en una confusa Babilonia. Considera , pues , ¿qué hará esta peste y mortífero veneno en esta vida presente dentro del pecho humano?

Quita y destierra del mundo el amor propio, y cesará el infierno.

¿Quién, pues, será tan impío y tan desacordado contra sí mismo, que meditando el ser, las calidades y los efectos del amor propio no se indigne contra él, y le aborrezca, y con todas veras procure desarraigarlo de sí?

CAPÍTULO XXVI.

De qué modo se podrá conocer el amor propio.

Para que tú conozcas cuánto en tí se dilata y extiende el reino del amor propio, acude á menudo á ver y examinar con cuál de las pasiones del alma se halla mas frecuentemente ocupada tu voluntad, porque nunca la hallarás sola.

Y en reconociendo que ama, ó desea, ó se alegra, ó entristece, considera luego si la cosa amada ó deseada es alguna de las virtudes, ó segun los preceptos de Dios: y asimismo en la alegría ó tristeza conside-

rarás si es de aquellas cosas de que Dios quiere que nos alegremos ó entristezcamos: ó si por ventura todo esto nace del mundo ó del apego á las criaturas; porque trata y conversa con ellas, no por necesidad ni cuanto conviene, como Dios quiere; y si hallas algo de esto, es clara cosa que reina en tí el amor propio, y que es el que mueve tu voluntad.

Mas si los negocios y ocupaciones de la voluntad son en órden á las virtudes, y en las cosas que Dios quiere, debes bien considerar, si á estos negocios y ocupaciones se mueve de la voluntad de Dios, y del deseo de agradarle, ó de alguna propia complacencia y capricho, porque muchas veces sucede que uno movido puramente de complacencia ó capricho, se da á diversas obras buenas, como á la oracion, á los ayunos, á la sagrada comunion, y otras obras santas.

La prueba para discernir esto es de dos maneras: la una es, si tu voluntad no se da indiferentemente en todas las ocasiones

que se ofrecen á todas las obras que son buenas; la otra prueba es, si ofreciéndose algun justo impedimento, se lamenta, se inquieta, y turba; ó si sucediendo como quiere, se deleita y se complace de sí misma.

Si fuere movida de Dios, se ha de considerar tambien á dónde, y á qué fin endereza sus operaciones: porque si el fin es solamente su agrado, va bueno el negocio, pero no debe asegurarse; porque es tan sutil y tan astuto el amor propio, que muy disimuladamente se suele introducir y mezclar aun en las mismas buenas obras.

Cuando se conoce manifiestamente que esta cruelísima bestia se ha introducido, debes perseguirla con todo odio y aborrecimiento, y desterrarla de tí, no solo en las cosas grandes, sino aun en las mas menudas y pequeñas.

De lo que está oculto y tú no puedes discernir, debes, ó alma, estar siempre sospechosa; y así en todas las buenas obras que hicieres, humíllate á los ojos de Dios,

y ruégale que te perdone, y te guarde del amor de tí misma.

Será bien por la mañana, luego que despiertes, te vuelvas á Dios, y le protestes que tu intencion y pensamiento es de no ofenderle jamás, y de hacer siempre, y particularmente en aquel dia, en todas las cosas su santísima voluntad, solo por agradarle: y le rogarás que te socorra siempre, y que te proteja con su divina mano, para que conozcas y hagas cuanto á su divina Majestad le agrada, y en la forma que le agrada.

CAPÍTULO XXVII.

Del sexto socorro de la voluntad humana.

El sexto socorro de la voluntad del hombre es el oir misa, la confesion y la comunion; porque siendo el principal y mas necesario socorro de nuestra voluntad, para que se guarde del mal y ejecute el bien, la gracia de Dios, necesariamente se sigue,

que todo aquello que ayuda al aumento de esta gracia es socorro de nuestra voluntad.

Pero para que oyendo misa adquieras nuevo aumento de gracia, la debes oir en la siguiente manera:

En la primera parte (pues en tres se divide la misa), que comprende desde el Introito hasta el Ofertorio, procura encender en tí un deseo grande de que como Jesucristo vino del cielo al mundo, para encender en nuestra tierra el fuego de su divino amor (*Luc.* XII, 49), así se digne de venir y nacer en tu corazon con su virtud: *ut ardeat; que arda de tal modo, que no cuides de otra cosa que de servirle y de agradarle siempre mientras vivieres.*

Despues, cuando el sacerdote dice las oraciones, con este deseo, que has procurado encender en tu corazon, pídele tú tambien, ó alma necesitada, las mismas gracias.

Cuando empezare la Epístola y el Evangelio, pide con la mente á Dios que te dé

entendimiento y virtud para entenderlo y observarlo todo.

En la segunda parte, que comprende desde el Ofertorio hasta la Comunion, abstrayéndote de toda aficion, pensamiento de las criaturas y de tí misma, ofrécete toda á Dios y á la ejecucion de su divina voluntad.

Cuando alzare el sacerdote la Hostia y Cáliz consagrado, adora el verdadero cuerpo y sangre de Cristo con su sacratísima divinidad.

Contemplándole oculto debajo de aquellos accidentes de pan y vino, ríndele amorosas gracias, porque cada dia se digna de venir á nosotros con los preciosos frutos del árbol de su cruz, y con la misma oferta que hizo de sí mismo, estando en la cruz, á su eterno Padre; y para los mismos fines para que se ofreció, ofrécete tú tambien á su mismo Padre. Despues, cuando comulgare sacramentalmente el sacerdote, podrás tú comulgar espiritualmente, abriéndole el corazon, y cerrándolo á todas

las criaturas, á fin de que su divina Majestad encienda en él el fuego de su amor.

Al mismo tiempo que el sacerdote con la lengua, podrás tú con la mente pedir cuanto se pide en las oraciones despues de la comunion.

CAPÍTULO XXVIII.

De la comunion sacramental.

Para que comulgando recibas grande aumento de gracia, conviene que te dispongas, y no pudiendo de nosotros mismos tener la disposicion que se requiere, dirás con grande afecto, para que Dios te la otorgue, la oracion siguiente: *Conscientias nostras, quæsumus Domine, visitando purifica, ut veniens Jesus Christus, Filius tuus, Dominus noster, cum omnibus Sanctis, paratam sibi in nobis inveniat mansionem: Qui tecum, etc. Pedímoste, Señor, que visitando nuestras conciencias, las purifiques, para que viniendo á nuestras almas Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, con to-*

dos los Santos, halle en ellas morada digna á su divinà Majestad.

Mas para no dejar de hacer de nuestra parte alguna cosa con la ayuda de Dios, tu preparácion ha de ser considerar lo primero, á qué fin instituyó Cristo el santísimo Sacramento del altar, y hallando que fue para que nos acordásemos del amor que nos mostró en los misterios de la cruz, considera despues á qué fin quiso que en nosotros quedase y permaneciese esta memoria.

Y siendo á fin de que le amásemos y le obedeciésemos, nuestra mejor preparacion será un fervoroso deseo y una encendida voluntad de amarle y obedecerle, doliéndonos de no haberle en lo pasado obedecido y amado, sino antes ofendido.

Con este fervoroso y encendido deseo de amarle, tendrémos preparado el corazon antes de la sagrada Comunion.

Mas en llegando el tiempo de recibirla, avivando la fe de que debajo de aquellos accidentes de pan consagrado está el Cor-

dero de Dios que quita los pecados, adóralo profundamente; y ruégale que quite y borre de tu corazon los pecados ocultos, y que te perdone los demás, y recíbele con toda reverencia, y con una firme esperanza de que te dará su amor.

Despues que lo hayas recibido, introdúcelo en tu corazon, y pídele una y otra vez que te dé su amor, y todo lo que te fuere necesario para agradarle.

Despues lo ofrecerás al Padre eterno y celestial en sacrificio de alabanza de su inmensa caridad, la cual nos ha mostrado en este singular beneficio y en todos los demás de la redencion, así para que te dé su amor, como por las necesidades de los vivos y de los muertos.

CAPÍTULO XXIX.

De la confesion sacramental.

La confesion sacramental, para que se haga como se debe, necesita de algunas cosas.

La primera, de un buen exámen de conciencia, regulándolo con los preceptos de Dios y con las obligaciones del propio estado.

En el exámen de tus pecados y faltas, aunque sean muy pequeñas, llóralas amargamente considerando la ingratitud del hombre contra la bondad y caridad infinitas de Dios; y así vituperándote, dirás contra tí estas palabras: *Hæccine reddis Domino, stulte, et insipiens? Numquid non ipse est Pater tuus, qui possedit, et fecit, et creavit te? ¿Así correspondes, ignorante y necio, á los innumerables beneficios que has recibido de Dios? ¿Por ventura no es tu Padre que te poseyó, que te hizo y te crió?* (Deut. XXXII, 6).

Con esta consideracion, excitando en tí repetidas veces un ferviente y eficaz deseo de no haberlo ofendido, dí: *¡Oh quién no hubiera ofendido á mi Criador, á mi Padre celestial y Redentor, aunque hubiera padecido muchos males!*

Despues, volviéndote á Dios con ver-

güenza de tus culpas, con fe de que te las ha de perdonar, díle de todo corazon: *Pater, peccavi in cœlum, et coram te: jam non sum dignus vocari filius tuus; fac me sicut unum de mercenariis tuis. Padre, pequé contra el cielo y delante de Vos. No soy digno de que me conozcais y llameis hijo vuestro; y así ponedme en el número de vuestros siervos.* (Luc. xv, 18, 19).

Y renovando el dolor de la ofensa divina, con propósito de querer antes sufrir y padecer cualquiera pena ó tribulacion que ofender voluntariamente á Dios, descubre claramente tus pecados al confesor con vergüenza y dolor, como los cometiste, sin excusarte á tí y sin acusar á otros.

Acabada la confesion, rinde muchas gracias á Dios de que siendo así que tantas y tan repetidas veces le has ofendido, no te niega el perdon, antes está mas pronto á dártelo que tú á recibirlo.

De esta consideracion tomarás ocasion para dolerte de nuevo de haber ofendido

á un Padre tan benigno, y con una plena voluntad propondrás no volver á ofenderle con su ayuda y la de la Vírgen María, del Ángel custodio, del Santo de tu nombre y de los demás Santos á quienes tuvieres particular devocion.

CAPÍTULO XXX.

Cómo se ha de vencer la pasion deshonesta.

Todas las demás pasiones se vencen asaltándolas y combatiéndolas, aunque nos cuesten algunas heridas, y provocándolas á la batalla, hasta que enteramente las venzamos. Mas la pasion deshonesta no solo no conviene excitarla, sino antes bien es necesario alejarla de todas aquellas cosas que la puedan excitar y mover.

Véncese la tentacion de la carne, y se mortifica la pasion deshonesta, huyendo y no combatiendo frente á frente.

Aquel, pues, que huye mas prontamente y mas léjos, tendrá mas cierta y mas segura la victoria.

Las buenas inclinaciones, la voluntad sincera, las pruebas pasadas, las victorias, el parentesco, los objetos indiferentes, los de fea apariencia que no amenazan algun peligro, y otras cualesquiera cosas que prometen seguridad, no son buenos argumentos para que tú no debas huir: huye, huye, ó alma, con presteza, si no quieres quedar presa y despojada.

No es dudable que algunos santos varones, tratando y conversando con personas peligrosas, se han conservado puros y perfectos sin caer jamás al golpe blandísimo de este vicio; pero á nosotros no nos toca examinar la causa, sino venerar los profundos juicios de Dios; fuera de que donde no se descubren ni advierten las caidas, suelen hallarse mayores precipicios.

Huye, pues, ó alma, y obedece á los avisos y ejemplos que Dios te da en la sagrada Escritura y en laś vidas de tantos grandes Santos, y cada dia te los propone y renueva, ya en este, ya en aquel. Hu-

ye sin detenerte ni aun á ver ó pensar en el objeto de que has huido; porque en esta detencion, aunque sea breve, está todo el peligro.

Y cuando el hablar sea forzoso, la conversacion sea corta y breve, y con palabras mas rústicas que blandas y afectadas; porque en esas suele estar el cebo, la llama y el fuego impuro.

Ten en la memoria aquel sábio aviso: *Ante languorem adhibe medicinam. Antes de la enfermedad aplica la medicina:* esto es, no esperes á estar enfermo; mas huye en tiempo oportuno, que esta es la medicina de la salud.

Y si por desgracia vinieres á caer en alguna flaqueza, toda tu salud consiste en que luego que la sintieres: *Tu teneas et allidas parvulos tuos ad petram* (Psalm. CXXXVI): *Que dés contra una piedra á estos hijos babilónicos, tan malos y tan perversos:* esto es, que acudas sin tardanza á tu confesor, y no le escondas la falta mas venial y ligera de esa pasion; pues ningu-

na hay en este vicio tan pequeña y tan leve, que como la centella, si no se apaga y queda encubierta, no pueda crecer y excitar un grande incendio.

CAPÍTULO XXXI.

De cuántas y cuáles cosas se debe huir, para no caer en el vicio deshonesto.

Para no caer en este vicio, debemos huir muchas cosas. Lo primero, de las personas que amenazan evidente peligro: lo segundo, de las demás personas en cuanto se pueda: lo tercero, de las visitas, de los recados, de los presentes y de las amistades, aunque no sean de las que llamamos estrechas, porque así como las cosas anchas mas fácilmente se estrechan, que las estrechas se ensanchan; así es mas fácil que las amistades corteses y honestas se estrechen y pasen á ilícitas, que las ilícitas se conviertan en lícitas y honestas: lo cuarto, se ha de huir de hablar de esta pa-

sion, de las músicas y canciones amorosas, y de los libros profanos: lo quinto (de que suelen guardarse pocos), se ha de huir del deleite universal de todas las criaturas, como de los vestidos preciosos y de los manjares delicados; porque estos deleites, aunque sean lícitos, acostumbran el corazon del hombre á deleitarse, y lo mantienen siempre deseoso de nuevos deleites.

De donde nace, que ofreciéndose el deleite deshonesto, que de su naturaleza es pronto á herir y penetrar la medula de los huesos, dificultosamente halla el camino de vencerlo y mortificarlo; porque no está acostumbrado á vencerse en los deleites.

Por el contrario, el corazon ejercitado en la mortificacion de los deleites lícitos, cuando se le ofrecen los ilícitos y deshonestos, del nombre solo huye con facilidad.

CAPÍTULO XXXII.

Qué es lo que se ha de hacer cuando se ha caido en el vicio deshonesto.

Acaeciéndote, ó por desgracia ó por malicia, el haber caido, para que no añadas pecados á pecados en el vicio de la sensualidad, el remedio es, que corras luego con toda velocidad, sin otro exámen de conciencia, á la confesion, donde menospreciando todos los dictámenes de la prudencia humana, expliques y manifiestes con sinceridad y sin artificio tu llaga y enfermedad, tomando la medicina y el consejo que se te diere, aunque te parezca duro, áspero y amargo.

No tardes ni te detengas, aunque te lo persuadan diferentes consideraciones ó causas; porque si tardas, recaerás, y de esta recaida nacerán nuevas tardanzas: de manera, que procediendo de las tardanzas las recaidas, y de las recaidas nuevas tardan-

zas, se pasarán años enteros antes que te confieses y te levantes de la culpa.

Por conclusion de esta materia te aviso de nuevo, que si no quieres caer en este vicio, huyas.

Los pensamientos que te vengan, aunque sean pequeños y leves, húyelos no menos que los grandes; y aunque conozcas con claridad, despues de haberlos huido prontamente, que son culpas ligeras, confiésalas no obstante, y descubre tu enemigo al confesor.

Y si hubieres caido, recurre luego á la confesion, y no te dejes vencer jamás de la vergüenza.

CAPÍTULO XXXIII.

De algunos motivos para que el pecador se convierta presto á Dios.

El primer motivo para que el pecador se convierta á Dios, es la consideracion del mismo Dios, el cual siendo el sumo bien, la suma sabiduría, no debe ser ofendido del hombre por motivo alguno.

No por prudencia, porque ya se ve cuán grande locura y desacuerdo es ponerse á partido con la Omnipotencia, y con el supremo Juez que le ha de juzgar.

No por via de conveniencia ni de justicia, no siendo tolerable que la nada, el lodo y la criatura ofenda á su Criador, el esclavo á su señor, el beneficiado á su bienhechor, el hijo á su padre.

El segundo motivo es la obligacion grande del pecador á volver luego á la casa de su padre, siendo la conversion del hijo y su retorno á la casa del padre hon-

ra del mismo padre, y alegría y fiesta para toda su casa, para la vecindad y para los Ángeles del cielo. (*Luc.* xv, 10).

Porque así como antes, pecando el hijo ofendió á su padre y le enojó; así volviendo arrepentido y llorando con lágrimas amargas la ofensa con firme voluntad de obedecer en todo sus divinos preceptos, lo honra, lo alegra, y de tal suerte enternece su corazon y lo mueve á misericordia, que sin aguardar á que llegue sale á recibirlo, lo abraza, lo besa y lo viste de su gracia y de sus dones.

El tercer motivo es el interés propio; porque debe considerar el pecador que si no se convierte á tiempo, ciertamente llegando el invierno y el dia del sábado (*Matth.* xxiv)[1], no podrá convertirse y descenderá á las penas del infierno, donde

[1] En el invierno se significa la frialdad de la culpa, y en el sábado la omision de las buenas obras. Véase Ludolfo *in Vita Christi*, part. II, c. x. Y en este sentido N. P. S. Cayetano por su grande humildad, decia: Rogad á Dios que mi partida de esta vida no suceda en invierno, ni en dia de sábado.

cuando no hubiese otra pena que el aumento infinito de las pasiones, que en el pecado lo tenian iluso y engañado, sin alguna esperanza de gozar del mas mínimo de los gustos en que antes se deleitaba, deberia no obstante causarle espanto y sumo horror este tormento.

Ni debe confiarse el pecador en el propósito de convertirse en el fin de su vida ó despues de algunos años ó meses; porque semejante propósito no solamente es loco, sino lleno de impiedad y malicia.

Es locura pensar que se puede vencer una dificultad grande en el tiempo en que el hombre se halla mas flaco.

Continuando en el pecado, cada dia se halla mas flaco y se inhabilita mas á su conversion, ya por la costumbre que creciendo siempre va poco á poco convirtiéndose en naturaleza, ya sea por su mayor indisposicion á recibir la gracia de la conversion, porque menospreciando á Dios con impía malicia, y deleitándose cuanto puede de las criaturas, fiado en la vana es-

peranza de convertirse y de darse á Dios tarde ó á la hora de la muerte, viene á desobligarle de suerte que le quita la voluntad de ayudarlo eficazmente.

Es asimismo loco este consejo y propósito; porque aun cuando se conceda la posibilidad de convertirse y la gracia eficaz, la seguridad de que en el ínterin no muera de repente y sin pronunciar una palabra, como ha sucedido á tantos y sucede cada dia, ¿quién se la ha dado ó se la dará?

Grita, pues, ó pecador que lees esto; grita y da voces á tu Señor, diciendo: *Converte me, et convertar, quia tu Dominus Deus meus: Conviérteme, Señor, y me convertiré á Vos que sois mi Dueño y mi Dios* (Jerem. XXXI): y no ceses en tus clamores, hasta tanto que te hayas convertido á tu Señor y Padre, llorando con amargura su ofensa, y con resignacion á todo cuanto conocieres que puede agradarle y satisfacerle.

CAPÍTULO XXXIV.

El modo de procurar la conversion y el llanto de la ofensa de Dios.

El mejor modo de procurar el llanto por la ofensa de Dios, es la meditacion de su grandeza y bondad, y de la caridad que ha mostrado al hombre.

Porque quien considera que pecando ha ofendido al sumo Bien, y á la inefable Bondad, que no sabe sino hacer beneficios, ni jamás ha hecho ni hace otra cosa que derramar sus gracias, y comunicar su luz á amigos y enemigos, y que lo ha ofendido por un leve gusto y por un falso deleite, no puede dejar de llorar amargamente.

Te pondrás delante de un Crucifijo, y te imaginarás que te dice: *Aspice in me* (Psalm. CXVIII): *Mira y considera atentamente mis llagas; tus pecados me han maltratado y puesto en el doloroso estado en que me ves.*

Considera que yo soy tu Dios, tu Criador y tu Padre; y así: Revertere ad me: Vuélvete á mí con llanto puro y encendida voluntad de que yo no hubiese sido ofendido, y con pleno y sincero deseo de padecer antes cualquiera grave pena que volver á ofenderme. Revertere ad me, quoniam redemi te: Vuélvete á mí, que soy el que te redimí. (Isai. XLIV).

Despues, figurándote á Cristo en tu imaginacion coronado de espinas, vestido de púrpura con la caña en la mano, lleno de llagas y dolores, te imaginarás que te dice: *Ecce homo* (Joan. XIX): *Ves aquí el hombre que amándote con amor inefable, te ha redimido con estos oprobios, con estas llagas y con esta sangre.* Ecce homo: *este hombre es á quien tú has ofendido, despues de haber dadó tantas pruebas de su amor, y colmádote de tantos beneficios.*

Ecce homo: *este hombre es la misericordia de Dios, y la redencion copiosa. Este hombre con todos sus méritos se ofrece por tí al Padre cada dia, cada hora y cada*

momento. Este es el hombre que sentado á la diestra de su eterno Padre pide por tí, y hace el oficio de abogado; ¿por qué, pues, me ofendes? ¿Cómo no te vuelves á mí? Revertere ad me, quia delevi ut nubem iniquitates tuas; et quasi nebulam peccata tua (Isai. XLII): *Vuelve á mí, que así como el sol destierra la nube y deshace la niebla, así borraré tus culpas, y olvidaré tus pecados.*

CAPÍTULO XXXV.

De algunas razones porque los hombres viven descuidados, sin llorar las ofensas de Dios, y sin aspirar á la virtud ni á la perfeccion cristiana.

Las razones porque el hombre duerme profundamente en su tibieza, y ni se levanta del pecado, ni se da á la virtud, como debe, son diversas, y entre otras las siguientes:

La primera es, porque el hombre no ha-

bita dentro de sí, ni ve lo que se hace en su casa, ni sabe quién la posee: mas vago y curioso pasa sus dias en divertimientos y vanidades; y aunque se ocupe en cosas lícitas y buenas en sí mismas, no obstante de las que pertenecen á la virtud, y conducen á la perfeccion cristiana, ni se acuerda ni tiene pensamiento alguno.

Y si tal vez se acuerda y conoce su necesidad, y es inspirado de Dios á mudar de vida, responde *cras, cras, despues, despues,* y nunca llega el *hoy* ni el *ahora,* porque teniendo el vicio del *cras* y del *despues,* en cualquier *hoy* y en cualquier *ahora* se halla siempre el *cras* y el *despues.*

Otros hay que persuadiéndose á que la verdadera mudanza de la vida, y los ejercicios de la virtud, consisten en ciertas devociones particulares, gastan todo el dia en repetir muchas veces el *Pater noster* y *Ave Maria,* sin trabajar ni poner la mano en la mortificacion de las pasiones propias, que los tienen asidos á las criaturas.

Otros se dan á los ejercicios de la perfeccion, mas edifican sin los fundamentos de las virtudes; porque cada virtud tiene su propio fundamento, como la humildad tiene por fundamento el deseo de ser estimado en poco, y parecer vil y despreciable á los ojos de todos. Quien abre primero esta zanja y edifica este fundamento, recibe luego con alegría las piedras de la fábrica de la humildad, que son los desprecios, las afrentas y las ocasiones de producir actos de humildad. Con lo cual aumentándose el deseo de ser tenido en baja estimacion y concepto, y recibiendo los desprecios con alegría, va creciendo el edificio de la humildad, que para que llegue á su perfeccion, se debe pedir continuamente á Dios en virtud de su Hijo humillado.

Algunos hacen todo esto, mas no por amor á la virtud ó por agradar á Dios.

De donde nace que los actos de la virtud no corresponden con todos y en todo lugar, siendo con unos humildes y con otros soberbios: humildes con los que han

menester, y soberbios con aquellos cuya estimacion no conduce ni aprovecha para sus fines.

Otros hay, que deseando la perfeccion cristiana la procuran de sus fuerzas propias, que son muy débiles y flacas, de su industria y de sus ejercicios; mas no de Dios, desconfiando de sí mismos, por cuya causa antes retroceden que se adelantan: ni faltan algunos que apenas han entrado en el camino de la virtud, se persuaden á que han llegado ya á la cumbre de la perfeccion, y desvaneciéndose en sí mismos, se les desvanece y huye toda su virtud.

Si quieres, pues, adquirir la perfeccion cristiana, desconfia primero de tí misma, y despues confiada en Dios, procura con todo estudio encender en tí un vivo deseo de alcanzarla, renovando y aumentando cada dia este deseo. Demás de esto está advertida y cuida de que no se te huya de las manos ocasion alguna de ejercitar la virtud, ya sea grande, ya pequeña; y si

te se huyere mortifícate y castígate en alguna cosa, y no omitas jamás esta mortificacion ó castigo.

Aunque aproveches y te adelantes mucho en la virtud, haz cuenta que empiezas cada dia, y procura ejecutar cualquier acto con tanta diligencia y cuidado, como si en él solo consistiere toda la perfeccion; y lo mismo que hicieres en el primer acto has de hacer en el segundo y en el tercero, y en los demás. Guárdate de tos defectos pequeños con el mismo cuidado con que las almas diligentes se guardan de los grandes.

Abraza la virtud por la virtud, y por agradar á Dios: pues de este modo serás siempre una misma con todos, ya estés sola, ya acompañada; y sabrás tal vez dejar la virtud por la virtud, y á Dios por Dios. No declines ni á la diestra ni á la siniestra, ni vuelvas atrás. Procura ser discreta, amiga de la soledad, de la oracion y de la meditacion, pidiendo á Dios que te dé la virtud y la perfeccion que vas bus-

cando, porque Dios es la fuente de toda la virtud y perfeccion á que nos llama cada hora.

CAPÍTULO XXXVI.

Del amor para con los enemigos.

Aunque la perfeccion cristiana consista en la perfecta obediencia de los preceptos de Dios, no obstante, procede principalmente del precepto de amar á los enemigos, por ser este precepto muy conforme á la costumbre del Señor, y á lo que practicó en la tierra, y practica en el cielo.

Y así si pretendes adquirir en breve la perfeccion, debes procurar cumplir exactamente cuanto Cristo manda en este precepto de amar á los enemigos, amándolos, haciéndoles bien y rogando por ellos (*Matth.* v), no tibia y lentamente, sino con tanto afecto que cási olvidada de tí misma te entregues de todo tu corazon á su amor y á rogar por ellos.

En órden al bien que deberás hacerles, guardarás esta regla. En lo que toca al bien del alma, has de estar advertida, que de tí y de tu mal ejemplo no tomen jamás ocasion de ofender á su alma, mostrando siempre con el semblante, con las palabras y con las obras, que los amas y los estimas, y que estás siempre dispuesta y pronta á servirlos.

En cuanto á los bienes temporales te consultarás con el juicio y con la prudencia, considerando la calidad de los enemigos, y tu propio estado y las ocasiones. Si á esto atendieres con cuidado, ten por cierto que la virtud y la verdadera paz entrarán en tu corazon.

Este precepto no es tan difícil como algunos persuaden: duro es á la naturaleza, no es dudable; mas á quien está sobre aviso de mortificar los movimientos de la naturaleza y del odio, se le hará suave, porque lleva dentro de sí escondida una dulcísima paz y facilidad.

Para socorrer la flaqueza de la natura-

leza te servirás de cuatro medios que son muy eficaces y poderosos.

El primero es la oracion, pidiendo este amor á Jesucristo en virtud de aquel amor con que estando en la cruz, primeramente se acordó de sus enemigos, despues de su santísima Madre, y últimamente de sí mismo. (*Luc.* XXIII, 43. — *Joan.* XIX, 27. — *Luc.* XXIII, 46).

El segundo medio será decirte tú á tí misma: *Precepto del Señor es que yo ame á mis enemigos* (Matth. V); *y así debo cumplirlo.*

El tercero será que mirando y contemplando en ellos la viva imágen de Dios, la cual les dió el mismo Dios en su creacion (*Genes.* I), te excites y te despiertes á estimarla y amarla.

El cuarto, el precio infinito con que han sido rescatados de Jesucristo, que no ha sido plata ni oro, sino su misma sangre (*I Petr.* I, 18, 19), que tú debes venerar siempre, y no permitir jamás que sea pisada, vilipendiada y ultrajada. Si estas

cuatro cosas contemplas á menudo, amarás, como Dios quiere, á tus enemigos.

CAPÍTULO XXXVII.

Del exámen de la conciencia.

Este exámen suelen hacerlo las almas diligentes tres veces al dia: la primera antes de comer, la segunda despues de vísperas, y la tercera antes de acostarse; pero si esto no se pudiere, á lo menos no deberá omitirse el de la tarde; porque si Dios miró dos veces las obras que hizo para el hombre y su utilidad (*Genes.* 1), justo será que el hombre mire á lo menos una vez al dia las obras que hace para Dios, de las cuales mas de una vez ha de dar cuenta muy estrecha á su Majestad.

El exámen se ha de hacer en esta forma: lo primero has de pedir luz á Dios, para que puedas conocer bien todo lo interior de tus obras. Despues considerarás si has estado recogida y encerrada en tu corazon, y lo has guardado.

Lo tercero, examinarás cómo has obedecido á Dios en aquel dia en todas las ocasiones que te ha dado para servirlo: esta tercera consideracion incluye en sí el estado y las obligaciones de cada uno.

De tu correspondencia á la gracia, y de tus buenas obras, despues que hayas dado gracias á Dios, te olvidarás enteramente, quedando deseosa de empezar de nuevo este camino, como si nada hubieses hecho hasta entonces.

Si hallares faltas, defectos ó pecados, vuélvete á Dios; y doliéndote de su ofensa, díle: *Señor, yo he obrado como quien soy; y hubiera sido sin duda mayor mi precipicio, si vuestra diestra soberana no me hubiera ayudado y socorrido: por lo que os doy infinitas gracias: obrad Vos ahora, Señor, os suplico en nombre de vuestro amantísimo Hijo, como quien sois, y perdonadme y dadme gracia para que no os ofenda mas.*

Despues por penitencia de tus faltas, y para estímulo de la enmienda, mortifica

tu voluntad, privándote de alguna cosa lícita; porque esto le agrada mucho. Lo mismo digo del cuerpo, procurando no omitir jamás estas ó semejantes penitencias, si no quieres que los exámenes de tu conciencia se hagan solamente por costumbre ó uso, y sin algun fruto ó provecho.

CAPÍTULO XXXVIII.

De dos reglas para vivir en paz.

Aunque el que vive conforme á los documentos que se han propuesto está siempre en paz, todavía quiero en este último capítulo darte dos reglas, las cuales si tú observas, vivirás quieta cuanto sea posible en este mundo inícuo.

La una es, que atiendas con todo el cuidado que te fuere posible á cerrar la puerta de tu corazon á todos los deseos: porque has de advertir, que el deseo es el leño largo de la cruz y de la inquietud, el cual será grave y pesado segun la grandeza del

deseo; y así si el deseo fuere de muchas cosas; mayores, mas graves, y en mayor número, serán los leños preparados á muchas cruces.

Despues sobreviniendo impedimentos y dificultades en la ejecucion del deseo, se forma el otro leño que atraviesa la cruz, en la cual queda clavado el deseoso: así pues, el que no quisiere cruz, no desee: y cuando se hallare en cruz, deje el deseo: que en el mismo punto que lo dejare descenderá de la cruz, y este es el único remedio.

La otra regla es, que cuando te hallares molestada y ofendida de tu prójimo, no te entregues á la consideracion del agravio, imaginándote que no debiera hacerse esto contigo; quiénes son ó piensan ser, y otras semejantes cosas, las cuales no son sino leña y fomento de la ira, de la indignacion y del odio: mas recurre luego en estos casos á la virtud y á los preceptos de Dios, para que sepas lo que debes obrar, á fin de no incurrir en mayores faltas que los mis-

mos que te han ofendido: pues de este modo hallarás el camino de la virtud y de la paz.

Considera tambien, que si tú mismo no haces contigo lo que debes, ¿qué maravilla es que los otros no hagan lo que deben contigo? Y si te agrada la venganza de los que te ofenden, primero debes tomarla de tí misma; pues no tienes otro enemigo que mas te ofenda ó haga mayor daño.

TRATADO SEGUNDO.

DE LA PAZ INTERIOR Y VERDADERA SENDA DEL PARAÍSO.

CAPÍTULO I.

Cuál sea la naturaleza del corazon humano, y cómo debe ser gobernado.

El corazon del hombre ha sido criado únicamente para ser amado y poseido de Dios, su Criador. Siendo, pues, tan alto y tan excelente el fin de su creacion, se debe considerar como la principal y la mas noble de todas sus obras. De su gobierno depende la vida ó la muerte espiritual. El arte de gobernarlo no es difícil; porque siendo propiedad suya hacer todas las cosas por amor, y nada por fuerza, basta que veles dulcemente y sin violencia sobre sus movimientos, para que hagas de él cuanto quisieres.

Por esta causa debes primeramente fundar y establecer de manera la intencion de tu corazon, que de lo interior proceda lo exterior; porque si bien las penitencias corporales, y todos los ejercicios con que se castiga y aflige la carne, no dejan de ser loables, cuando son moderados, con discrecion, y como conviene á la persona que los hace: no obstante, no adquirirás jamás por solo su medio alguna virtud, sino ilusion y viento de vanagloria, con que pierdas enteramente tu trabajo, si de lo interior no fueren animados y reglados semejantes ejercicios.

La vida del hombre no es otra cosa que guerra y tentacion continua. Por esta causa has de velar siempre sobre tí misma, y guardar tu corazon, para que se conserve siempre pacífico y quieto; y cuando advirtieres que en tu alma se levanta algun movimiento de inquietud sensual, procurarás con toda diligencia reprimirlo luego, pacificando tu corazon, y no permitiéndole que se desvie ó tuerza á alguna de las co-

sas que lo perturban. Esto ejecutarás todas las veces que sintieres alguna inquietud, ya sea en la oracion, ya en cualquiera otro tiempo; pero advierte, que todo esto se ha de hacer con suavidad y dulzura, y sin alguna fuerza ó violencia. En suma, el principal y continuo ejercicio de tu vïda ha de ser pacificar tu corazon, cuando se hallare inquieto y turbado; porque en este estado no podrás orar bien, si primero no lo sosiegas y restituyes á su primera tranquilidad.

CAPÍTULO II.

Del cuidado que debe tener el alma de pacificarse y adquirir una perfecta tranquilidad.

Esta atencion ó centinela de paz sobre tu corazon te llevará á cosas grandes sin alguna dificultad ó trabajo; porque con ella velarás de tal suerte sobre tí mismo, que te acostumbres á orar, á obedecer, á

humillarte y á sufrir sin inquietud las injurias y menosprecios. No es dudable que, antes que llegues á conseguir esta paz interior, padecerás mucha pena y trabajo, por no estar ejercitado; pero quedará siempre tu alma muy consolada en cualquiera contradiccion que la suceda; y de dia en dia aprenderás mejor este ejercicio de sosegar y pacificar tu espíritu: y si tal vez te hallares tan atribulado y tan inquieto, que te parezca imposible recobrar la paz interior, recurre luego á la oracion y persevera en ella, á imitacion de Cristo nuestro Señor, que oró tres veces en el huerto (*Matth.* XXVI), para enseñarte con su ejemplo, que nuestro único recurso y refugio ha de ser la oracion; y que aunque te sientas muy contristado y pusilánime, no debes dejarla, sino continuarla con perseverancia, hasta que reconozcas que tu voluntad se halle enteramente conforme con la de Dios, y por consiguiente devota y pacífica, y juntamente fuerte, generosa y atrevida para recibir y abrazar con gus-

to lo mismo que antes temia y aborrecia, como hizo nuestro Redentor: *Surgite, eamus: ecce appropinquat qui me tradet: Levantaos, y vamos: que llega el que me ha de entregar.* (Matth. ibid.).

CAPÍTULO III.

Que esta habitacion pacífica de corazon se ha de edificar poco á poco.

Pondrás todo el desvelo y cuidado posible, como se te ha dicho, en no dejar que se turbe tu corazon, ó se mezcle en cosa que lo inquiete; y así trabajarás siempre en conservarlo pacífico y quieto; porque de esta suerte el Señor edificará en tu alma una ciudad de paz, y tu corazon será verdaderamente una casa de placeres y delicias. Solamente quiere y desea de tí, que cuando se altere ó turbe tu espíritu, procures calmarlo y pacificarte en todas tus operaciones y pensamientos. Pero así

como no se edifica en un solo dia una ciudad, así no pienses que en un solo dia podrás adquirir esta paz interior: porque todo esto no es otra cosa que edificar una casa al Señor, y un tabernáculo al Altísimo, haciéndole templo suyo; y el mismo Señor es el que lo ha de edificar, pues de otra suerte seria vano y sin fruto tu trabajo. (*Psalm.* CXXVI). Considera que el principal fundamento de este ejercicio ha de ser la humildad.

CAPÍTULO IV.

Que el alma debe negarse á toda consolacion y contento, porque en esto consiste la verdadera humildad y pobreza de espíritu con que se adquiere esta paz interior.

Si deseas entrar por esta puerta de la humildad, que es la única que se halla, debes trabajar con todo el esfuerzo y dili-

gencia posible, principalmente en el principio, en abrazar las tribulaciones y cosas adversas, como á tus mas queridas hermanas, deseando ser despreciado de todos, y que no haya alguno que te favorezca ó te consuele, sino solamente tu Dios. Procura fijar y establecer en tu corazon esta máxima: Que solo Dios es tu bien, tu esperanza y tu único refugio, y que todas las demás cosas son para tí espinas que si las acercas al corazon, no podrán dejar de herirte y lastimarte. Cuando recibas alguna afrenta, súfrela con alegría, y gloríate en ella, teniendo por cierto que entonces está Dios contigo. No desees ó busques jamás otra honra que padecer por su amor y por su gloria. Pon todo el estudio posible en alegrarte cuando alguno te dijere palabras injuriosas, ó te reprendiere ó te despreciare; porque es grande y muy precioso el tesoro que se halla escondido en este polvo, y si lo tomas con gusto te hallarás rico en breve tiempo, sin que lo advierta el mismo que te hace este presente.

No procures ni quieras jamás ser conocido y estimado de alguno en esta vida, para que todos te dejen solo padecer con Cristo crucificado, sin que alguno te lo impida. Guárdate de tí mismo, como del mayor enemigo que tienes en este mundo. No sigas tu voluntad, tu parecer ó capricho, si no quieres perderte. Por esta causa necesitas precisamente de armas para defenderte de tí mismo; y así todas las veces que tu voluntad se inclinare á alguna cosa, aunque sea no solamente lícita, sino santa, la pondrás primeramente sola y desnuda delante de Dios con profunda humildad, diciéndole que en ella se haga y cumpla, no tu voluntad, sino la suya, y ejecutarás esto con fervientes y encendidos deseos, sin alguna mezcla de amor propio, conociendo siempre que de tí nada tienes y nada puedes. Guárdate de todas aquellas opiniones y sentimientos propios que llevan consigo apariencia y especie de santidad y celo indiscreto, del cual dice el Señor: Guardaos de los falsos profetas que

vienen en traje de corderos, y son lobos voraces: de sus frutos los conoceréis (*Matthæi*, VII, 15, 16): sus frutos son dejar en el alma ansia, inquietud y afan.

Todas las cosas que te distraen y apartan de la humildad y de esta paz y quietud interior con cualquiera color ó causa, son los falsos profetas, que en figura de corderos, esto es, con color de celo, y de ayudar al prójimo indiscretamente, son lobos voraces que te roban la humildad, y aquella paz y quietud que es tan necesaria al que verdaderamente desea aprovechar; y cuanto mayor apariencia de santidad tuviere la cosa, con tanto mayor cuidado y diligencia deberás examinarla, y siempre con mucha paz y quietud interior, como se ha dicho. Pero si tal vez faltares en alguna de estas cosas, no te turbes, sino humíllate delante del Señor, y reconoce tu flaqueza, y queda advertido y enseñado para lo venidero; porque Dios por ventura lo permite, á fin de humillar alguna soberbia que en tí se halla oculta, y tú no

la conoces. Si en alguna ocasion sintieres herida el alma de alguna aguda y venenosa espina, no por esto te turbes ó inquietes; mas vela con mayor atencion y cuidado, para que no pase y penetre dentro; retira y separa entonces con suavidad y dulzura tu corazon, y restitúyelo á su primera calma, conservando tu alma pura y sin tacha á los ojos de Dios, al cual hallarás siempre en el fondo de tu corazon por la rectitud de tu intencion, persuadiéndote que todo esto sucede para prueba y ejercicio tuyo, para que de esta suerte te hagas capaz de tu bien, y merezcas la corona de justicia, que su infinita misericordia te tiene preparada.

CAPÍTULO V.

Que el alma debe conservarse sola y desasida para que Dios obre en ella.

Ten en grande estimacion á tu alma, considerando su dignidad: pues el Padre

de los padres, y el Señor de los señores, la ha criado para templo y morada suya. Tenla en tan alto precio, que no la permitas que se abata y se incline á otra cosa. Tus deseos y tus esperanzas sean siempre de la venida del Señor, el cual, si no hallare tu alma sola y desasida, no querrá visitarla. No pienses que en presencia de otros la dirá alguna palabra, si no es amenazándola ó huyendo de ella.

Dios la quiere sola; sola y desnuda, cuanto fuere posible, de pensamientos; sola y desnuda de deseos, y sobre todo de propia voluntad. Por esta causa no debes jamás abrazar por tí mismo y por tu propia eleccion las mortificaciones y penitencias, ni buscar las ocasiones de padecer por amor de Dios, sino solamente con la direccion y consejo de tu padre espiritual, y de los superiores que te gobiernan, para que por su medio disponga y haga Dios de tu voluntad lo que su divina Majestad quiere, y en el modo que quiere: nunca hagas tú lo que quisieras; mas haga Dios en tí

siempre lo que quiere. Procura que tu voluntad esté siempre tan desasida de tí mismo, que nada quieras ó desees; pero cuando quisieres alguna cosa, sea de tal suerte, que si no sucediere ó no se hiciere lo que deseas, sino lo contrario, no te duelas ó te contristes; mas persevera siempre tan quieto y tan tranquilo como si no hubieses querido ó deseado cosa alguna. La verdadera libertad del alma consiste en no aficionarse ó asirse á cosa alguna. Dios la quiere libre, desasida y sola para obrar en ella sus maravillas, y glorificarla aun en esta vida. ¡Oh soledad amable, cámara secreta del Altísimo, donde solamente gusta el Señor de dar audiencia (*Osee*, II, *v.* 14), y de hablar al corazon del alma! ¡Oh desierto glorioso, transformado en paraíso, pues en él solo permite Dios ser visto y que se le hable! *Vadam, et videbo visionem hanc magnam* (Exod. II): *Iré y registraré esta admirable vision.* Pero si quieres llegar á esta felicidad, entra con los piés descalzos en esta tierra, porque es

santa; esto es, entra desnudo y libre de todos sus afectos; no lleves contigo cosa alguna de este mundo en este camino, ni te detengas en él á saludar á alguna persona, porque has de ocupar todos tus afectos y pensamientos únicamente en Dios, y no en las criaturas. Deja que los muertos sepulten sus muertos *(Luc.* IX, 60): camina tú solamente á la tierra de los vivos *(Psalm.* CXLIV), y no tenga en tí parte alguna la muerte.

CAPÍTULO VI.

De la prudencia con que se debe amar al prójimo porque no se pierda ó turbe esta paz.

La misma experiencia te mostrará que el camino de la caridad y del amor de Dios y del prójimo es muy dilatado y claro para conseguir el fin de la vida eterna. Jesucristo dijo *(Luc.* XII, 49) que habia ve-

nido á poner fuego en la tierra, y que queria que se encendiese y ardiese; y aunque el amor de Dios no admite límite (*Deut. c.* VI, 5. — *Luc.* X, 27. — *D. Bernard. de diligendo Deo, cap.* 1), el amor del prójimo debe tener límite y medida. No puede haber exceso en amar á Dios: pero puede haberlo en amar al prójimo; porque si en este amor no guardas la debida moderacion, podrás perderte, y por edificar á otros, venir á destruirte á tí mismo.

Debes, pues, hijo mio, amar á tu prójimo; pero de suerte que tu alma no reciba algun daño. Aunque te hallas siempre obligado á dar buen ejemplo, no obstante nada ejecutes por solo este motivo, ni por servir de modelo á los demás, porque de este modo no sacarás sino grande pérdida.

Lo segundo es hacer todas las cosas con santa simplicidad, y sin otra intencion que de agradar á Dios. Humíllate en todas tus obras, y conocerás que lo que á tí te aprovecha tan poco, no puede aprovechar mu-

cho á los otros. Considera que no debes retener tanto fervor y celo de las almas, que pierdas la paz y quietud interior. Ten sed ardiente y deseo de que todos conozcan la verdad, como tú la comprendes y entiendes, y que se embriaguen de aquel vino suavísimo que á cada uno promete Dios, y da libremente sin algun precio. (*Isai.* LV, 1. — *Cant.* II, 4; V, 1).

Esta sed ardiente de la salud del prójimo te ha de acompañar siempre; pero ha de proceder del amor que tienes á Dios, y no de tu celo indiscreto.

Dios es el que ha de plantar en la soledad de tu alma, y cogerá el fruto cuando quisiere. Tú nada debes sembrar por tí solo, sino solamente ofrecer á Dios pura y limpia la tierra de tu alma: porque entonces su divina Majestad arrojará su semilla segun su beneplácito, y de esta suerte dará abundantísimo fruto. Acuérdate siempre de que Dios quiere tu alma sola, y enteramente desasida y libre para unirla á sí.

Deja que te elija solamente, no le impidas con tu libre arbitrio. Procura mantenerte en un ocio santo, sin algun pensamiento de tí mismo, sino solamente de agradar á Dios, esperando que te lleve á obrar; porque ya el padre de familias ha salido á buscar operarios. (*Matth.* xx). Abandona todos los cuidados y pensamientos; desnúdate de toda solicitud de tí mismo, y de cualquiera afecto ó deseo de cosas terrenas, para que Dios te vista de sí mismo, y te dé lo que jamás pudiste imaginar. Olvídate, cuanto te sea posible, de tí mismo, y solamente viva en tu alma el amor de Dios. De todo cuanto se ha dicho procura tener siempre en tu memoria este importante aviso: que con toda diligeucia, ó por mejor decir, sin alguna diligencia que te inquiete, has de pacificar tu celo y fervor con mucha templanza, para que conserves á Dios en tí con toda paz y tranquilidad, y no pierda tu alma del propio caudal que le es necesario, para ponerlo indiscretamente á ganancia para otros. Este callar en el

modo que se ha dicho, es clamar altamente á los oidos de Dios. Esta ociosidad es la que negocia todas las cosas, y así con sola ella debes traficar y negociar para hacerte rico con Dios; porque todo esto no es otra cosa que resignarse enteramente el alma en Dios, desocupada de todas las cosas criadas; y harás esto siempre sin que á tí te atribuyas cosa alguna en lo que obras, porque Dios lo hace todo, y de tí no desea otra cosa sino que en su presencia te humilles, y le ofrezcas una alma desembarazada, libre y desasida de las cosas terrenas, con un deseo interior de que en tí se cumpla perfectísimamente en todo y por todo su santísima voluntad.

CAPÍTULO VII.

Cuán desnuda de amor propio debe presentarse el alma delante de Dios.

Debes, hijo mio, empezar poco á poco y con suavidad, confiando enteramente en el Señor que te llama y dice: *Venid á mí todos los que estais trabajados, y yo os recrearé. Todos los que teneis sed, venid á la fuente.* (Matth. XI, 28. — Isai. LV, 1). Deberás seguir siempre este movimiento y vocacion divina, esperando con ella el impulso del Espíritu Santo, para que resueltamente puedas arrojarte en el mar de la Providencia divina y del eterno beneplácito, pidiendo que este se haga y cumpla enteramente en tí; pues de esta suerte serás llevado de las poderosas ondas de la divina misericordia, sin que tú puedas resistirlas, al puerto de tu particular perfeccion y salud. Ejecutado este acto que procurarás repetir muchas veces al dia,

has de trabajar con cuanta seguridad te fuere posible, así interior como exteriormente, en llegarte con todas las potencias de tu alma á las cosas que te excitan y mueven, y hacen á Dios loable, amable y deseable. Pero todos estos actos se han de hacer sin alguna fuerza ó violencia de tu corazon: porque si fuesen importunos é indiscretos podrian debilitarlo, y por ventura endurecerlo, dejándolo inhábil para otros ejercicios.

Toma el consejo de los que son prácticos y experimentados, y procura acostumbrar dulcemente tu espíritu á que no piense en otra cosa que en la bondad, amor y beneficios de Dios con sus criaturas, y á que se sustente y recree con el delicioso maná que la frecuencia de esta meditacion hará llover en tu alma con dulzuras inefables. Guárdate de procurar por fuerza las lágrimas y sentimientos de devocion, y sea tu principal cuidado estar tranquilo en esta soledad interior, esperando que en tí se cumpla la voluntad de Dios;

pues cuando su divina Majestad te concediere estas lágrimas, entonces serán dulces, humildes, amorosas y tranquilas, sin alguna industria ó diligencia tuya; y conociendo tú por estas señales el orígen de donde nacen, las recibirás como rocío del cielo con suavidad y serenidad, y sobre todo con reverencia y profundísima humildad. La llave con que se abren los mas secretos tesoros espirituales, es saber negarte á tí mismo en todos tiempos y en todas las cosas; y con esta misma llave se cierra la puerta al desabrimiento y sequedad del alma, cuando procede de culpa nuestra; porque cuando procede de Dios, se junta con los demás tesoros del alma. Deléitate siempre de estar con María santísima á los piés de Jesucristo, y escucha con atencion lo que el Señor te dice. Procura que tus enemigos, de los cuales tú eres el mayor y mas peligroso, no te impidan en este santo silencio, y advierte que cuando buscas á Dios con tu entendimiento para descansar y reposar en él como en tu centro,

no debes formar término ni comparacion con tu débil y corta imaginativa, porque sin alguna comparacion es infinito, y en todas partes se halla, y todas las cosas están en él. Tú mismo lo hallarás dentro de tu alma todas las veces que lo busques en verdad; esto es, todas las veces que lo busques para hallarlo, mas no para hallarte á tí mismo; porque sus delicias son estar y morar con los hijos de los hombres (*Prov.* VIII) para hacerlos dignos de sí, bien que no tenga alguna necesidad de nosotros.

En las meditaciones no te ciñas ni te ates jamás á algunos puntos, de manera que no quieras meditar otros fuera de los que te has propuesto: mas donde hallares quietud y reposo, procura detenerte y goza del Señor en cualquiera paso en que quiera comunicarse á tu alma; y aunque omitas y dejes lo que tenias premeditado y te habias propuesto, no formes algun escrúpulo; porque todo el fin de estos ejercicios es gustar y gozar del Señor, bien que con

intencion de no buscar como fin principal esta fruicion ó gusto sino solamente de enamorarnos mejor de sus obras con propósito de imitarlo en lo que fuere posible á nuestra cortedad ; y una vez que lleguemos á conseguir el fin , no debemos cuidar de los medios que se ordenan al mismo fin.

Uno de los impedimentos de la verdadera paz y quietud , es el afan y demasiada solicitud que ponemos en semejantes operaciones , porque queremos fijar precisamente nuestro espíritu en esta ó en aquella cosa , y obligar de esta suerte á Dios á que lo lleve y guie por donde queremos , procurando en esto sin advertirlo hacer mas bien nuestra voluntad , que la del Señor ; lo cual no es otra cosa que buscar á Dios huyendo de Dios , y querer contentarle y agradarle sin hacer su voluntad. Si quieres, pues, hijo mio, hacer progresos en este camino y llegar al deseado término , no has de tener otra intencion ó deseo que de hallar á Dios ; y cuando se te manifestare, deja y abandona todas las cosas , y no pases

adelante mientras no se te diere licencia, olvidándote entonces de todo lo criado, y reposando en el seno de tu Señor; y cuando su divina Majestad gustare de retirarse no manifestándose mas en aquel modo, entonces podrás volver de nuevo á buscarlo continuando tus ejercicios, y siempre con la misma intencion y deseo de hallar con ellos tu amor, y cuando le hayas hallado, de hacer lo mismo que queda dicho, dejando todas las demás cosas, y conociendo que entonces se ha cumplido el deseo del Señor. Este documento es de suma importancia y digno de muy particular reflexion; porque muchas personas espirituales pierden el fruto y la quietud interior por la fatiga y solicitud que ponen en sus ejercicios, pareciéndoles que nada hacen si no los acaban todos, poniendo en esto toda la perfeccion, haciéndose propietarios de su voluntad: por cuya causa viven siempre afligidos, como quien se fatiga y trabaja sin mas fin que el de acabar alguna obra, sin llegar jamás al verdadero

reposo y quietud interior, donde verdaderamente habita y reposa el Señor.

CAPÍTULO VIII.

De la fe que se debe tener en el santísimo Sacramento del altar, y del modo con que debemos ofrecernos al Señor.

Procura aumentar cada dia en tu alma la fe del santísimo Sacramento, y no ceses de admirarte de tan incomprensible misterio, y de alegrarte y complacerte, considerando como se muestra Dios debajo de aquellas humildes y puras especies para hacerte mas digno. No desees que se te muestre en esta vida debajo de otra apariencia, acordándote que el mismo Señor ha dicho, *que son los bienaventurados los que no le ven y le creen.* (Joan. xx, 29). Procura que tu voluntad se encienda y se inflame en su amor; y que seas cada dia mas pronto en hacer en todas las cosas su

santísima voluntad. Cuando te ofrezcas á Dios en este Sacramento, has de estar dispuesto y aparejado á padecer por su amor todas las aflicciones, penas, injurias y trabajos que pueden sucederte, como tambien todas las flaquezas, disgustos, tibiezas y sequedades, así en la oracion como fuera de ella, persuadiéndote á que las has de padecer muchas veces, y que te conviene aceptarlas por buenas, y trabajar en no ser tú mismo la causa de ellas. Y así toda tu alegría y contento ha de ser sufrir y padecer con tu amable Jesús por su amor.

No seas inconstante en lo que empiezas, queriendo hoy una cosa y mañana otra. Persevera invariable y firme en tus ejercicios, y en los medios de purificar tu alma con la suavidad y quietud que se ha dicho. Mientras no dejares estos medios, puedes estar cierto y seguro de que no te faltará la gracia de la perseverancia. Es imposible que una alma que ha empezado á gustar este espiritual reposo, pueda vol-

ver á la manera de vivir del mundo. Esto le seria verdaderamente una pena y tormento intolerable.

CAPÍTULO IX.

Que no se deben buscar delicias ni cosas que dén gusto, sino solamente Dios.

Elige siempre y ten complacencia y gusto de carecer de los consuelos, de amistades particulares y de favores que no causan alguna utilidad al alma: desea vivir siempre sujeto á la voluntad de otro y depender de ella. Todas las cosas han de servirte de motivo para ir á Dios, y ninguna ha de divertirte ó detenerte en el camino. Esta, hijo mio, ha de ser siempre tu alegría y consuelo, que todo sea amargura para tí, y solamente Dios sea tu descanso. Dirige todas tus aflicciones y trabajos á tu Señor, ámalo y comunícale todo tu corazon sin algun temor; pues su divina Majestad hallará el

camino de resolver todas tus dudas y dificultades, y te levantará cuando cayeres. Finalmente, en una palabra, si amares á Dios tendrás todos los bienes. Ofrécete á Dios en sacrificio, en paz y quietud de espíritu; pero para que puedas seguir mejor este camino y continuarlo sin fatiga y sin turbacion alguna, conviene que á cada paso dispongas tu alma extendiendo tu voluntad á la de Dios; y cuanto mas la extendieres, tantos mayores bienes recibirás. Tu voluntad debe estar dispuesta de tal suerte, que solamente quiera y no quiera lo que quiere y no quiere Dios. Renueva á cada paso tu intencion y propósito de querer agradar á Dios. Procura tener el alma tan libre de deseos, que se halle toda entera y presente á lo que hace y lo que piensa, sin permitir que el cuidado de lo que ha de hacer ó ha de pensar fuera del instante de su operacion la tenga dividida. Pero no por esto se prohiba á alguno el aplicarse á sus negocios temporales con una solicitud prudente y avisada segun la necesidad de su

estado; pues estas ocupaciones si se toman como conviene, son segun el órden y voluntad de Dios, y no impiden la paz interior y el verdadero aprovechamiento espiritual. En todas las cosas has de proponerte hacer lo que puedes y lo que debes, y conservándote indiferente y resignado en cuanto ocurre y sucede fuera de tí. Lo que en estos casos puedes hacer siempre, es ofrecer á Dios tu voluntad y no querer ó desear mas cosa alguna; porque siempre que tuvieres esta libertad y te hallares desasido de todas partes, lo cual podrás conseguir en cualquier tiempo y lugar, ocupado y sin ocupacion, gozarás verdaderamente de la tranquilidad y paz interior. En esta libertad de espíritu consiste todo el bien que deseas y bucas; porque esta libertad no es otra cosa que perseverar el hombre interior en sí mismo, sin derramarse á querer, desear ó buscar alguna cosa fuera de sí; todo el tiempo que vivieres libre de esta suerte gozarás de aquella servidumbre y sujecion divina, que es aquel gran

reino que está dentro de nosotros. (*Luc. c.* XVII, 21).

CAPÍTULO X.

Que no debe acobardarse ó perder el ánimo el siervo de Dios, aunque sienta en sí repugnancia, perturbacion y dificultad para esta paz interior.

Advierte, hijo mio, que muchas veces te hallarás inquieto y privado de esta santa y dulce soledad y libertad interior; porque de los internos movimientos de tu corazon se levantará tal vez un polvo, que te causará grande fastidio en este camino. Esto permite Dios para mayor bien tuyo. Acuérdate que esta es la guerra de donde los Santos sacaron las coronas de sus merecimientos. En todas las cosas que te perturbaren dirás: *Dios y Señor mio, ves aquí tu siervo; hágase en mí tu voluntad. Yo sé muy bien que la verdad de tu palabra será siempre firme y constante, y que tus pro-*

mesas son infalibles (Matth. XXIV, 35.— II Petr. III), *y así me confío en ellas. Ves aquí tu criatura, haz de mí lo que fuere tu voluntad y gusto. Dios mio, no tengo cosa alguna que me lo impida. Yo vivo por tí solo.* Dichosa el alma que así se ofrece á su Señor cuando se halla inquieta y turbada. Si por ventura durare esta batalla, y no pudieres tan presto como quisieras conformar tu voluntad con la divina, no por esto pierdas el ánimo ó te acobardes: mas continúa siempre en orar y en ofrecerte á tí mismo, porque de esta suerte alcanzarás sin duda la victoria.

Mira en el huerto la dura batalla que tuvo tu Redentor, y como su santísima humanidad rehusaba el cáliz diciendo: *Pater, si possibile est, transeat à me calix iste* (Matth. XXVI, 39): *Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.* Pero luego volvia á poner su alma en soledad; y con una voluntad libre y desasida decia con profundísima humildad: *Veruntamen non mea voluntas, sed tua fiat* (Luc. XXII, 42):

Pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra. Inspice, et fac secundum exemplar (Exod. xxv, 40): *Aprende fielmente de este divino ejemplar*. No te muevas ni dés algun paso cuando te hallares en alguna dificultad, sin que primero levantes los ojos á Jesucristo en la cruz; porque allí hallarás escrito con grandes caractéres el modo de gobernarte. No desmayes si alguna vez fueres turbado de tu amor propio, ni te retires, ni huyas de la cruz: mas vuelve á la oracion y persevera en ella con humildad hasta tanto que pierdas tu voluntad propia, y quieras que en tí se haga la divina. Si te retirares de la oracion aun con solo este fruto, puedes estar contento: pero si no hubieres llegado hasta este punto, tu alma quedará ayuna y sin su alimento. Procura que nada habite en tu alma ni aun por brevísimo tiempo, sino Dios. No tengas hiel ó amarguras de alguna cosa, ni pongas los ojos en los vicios y malos ejemplos de los otros; mas camina y procede siempre como un niño que no está sujeto á al-

guna de estas amarguras, y pasa por todas partes sin daño ni ofensa suya.

CAPÍTULO XI.

De la diligencia que usa el demonio para turbar esta paz, y como debemos guardarnos de sus engaños.

Siendo costumbre del enemigo de nuestra salud emplearse con todo estudio en la ruina de nuestras almas, procura principalmente que se aparten de la humildad y simplicidad cristiana, y que atribuyan á sí y á su industria y diligencia propia alguna cosa, y no miren ó atiendan al don de la gracia, sin el cual no pueden ni aun pronunciar el nombre de Jesús (*I ad Cor.* XII, 3): porque aunque verdaderamente podemos resistir á la gracia con nuestro libre albedrío, no obstante no podemos recibirla en nosotros sin el auxilio y socorro de la misma gracia, de manera, que si alguno no

la admite, esto se ha de imputar á culpa suya; pero si la admite y recibe, esto no lo hace ni lo puede hacer sin la misma gracia, la cual se ofrece suficientemente á todos. Procura, pues, nuestro comun enemigo persuadir á cada uno á que se presuma y se crea mas diligente que los otros, y que se dispone mejor á recibir en sí los dones de Dios, y asimismo le induce á que ejecute este acto interior con soberbia, no considerando la insuficiencia de sí mismo, si no fuese ayudado de la gracia, y á que pase á despreciar á los otros con su pensamiento, imaginándose que no hacen las buenas obras que él hace. Y así, hijo mio, si no estás muy advertido, y no vuelves pronta y diligentemente á tu propia confusion, y al conocimiento de tu miseria y tu nada, te hará precipitar en la soberbia, como el fariseo del Evangelio, que se gloriaba de sus bienes, y juzgaba malos á los otros (*Luc.* XVIII, 11); y si una vez llega á ganar y poseer tu voluntad por este camino, reinará en ella como tirano, y hará

reinar en tí todos los vicios, y será grande tu daño y tu peligro. Por esta causa nos encargó el Señor, que velásemos y oráse-mos. (*Matth.* XXVI, 41). Es, pues, ne-cesario que pongas tu atencion y cuidado en que el enemigo no te prive de un tesoro tan grande como es la paz y tranquilidad del alma; porque no hay artificio ni dili-gencia que no emplee para quitarte este reposo y hacer que tu alma viva inquieta y turbada, en que sabe muy bien que con-siste toda tu perdicion y daño; porque así como una alma si se halla quieta y tran-quila obra con facilidad, y las cosas que hace las hace perfectamente, y persevera sin repugnancia en el bien, y resiste sin dificultad á cualquiera contradiccion; así al contrario, si se halla inquieta y turba-da, obra poco y con mucha imperfeccion, se cansa luego, y finalmente vive en un martirio infructuoso. Tú, pues, si quieres salir con victoria y que no se logren las artes y diligencias de tu enemigo, en nada

has de velar con tanto cuidado, como en no permitir que entre alguna turbacion en tu alma, y en no consentir que esté inquieta ni un breve instante. Y para que sepas mejor guardarte de sus engaños, toma por regla cierta en este caso, que cualquiera pensamiento que te distrae y aparta del amor de Dios y de su confianza, es un mensajero del infierno, y como tal debes repelerlo luego y no admitirlo ni escucharlo, porque el oficio del Espíritu Santo no es sino de unir siempre las almas mas estrechamente á Dios, encendiéndolas en su dulcísimo amor; y asimismo inspirando en ellas nueva confianza de su bondad y misericordia infinita: pero al contrario, el oficio del demonio es introducir en las almas temores y desconfianzas, dándoles á entender que sus faltas ordinarias son mas graves de lo que son; que nunca hacen lo que deben; que jamás se confiesan bien; que reciben tibiamente la Comunion; que sus operaciones están

llenas de defectos : y con estos escrúpulos y aprensiones procura tenerlas siempre inquietas, temerosas y desconfiadas. La falta de la devocion sensible, y de los gustos en la oracion y en los demás ejercicios, hace que la reciban y sufran con una impaciente tristeza, dándolas á entender que en aquella forma todo es perdido, y que seria mejor dejar tantos ejercicios. Y finalmente las induce á tanta inquietud y desconfianza, que se persuaden á que cuanto hacen es inútil y sin algun fruto : con lo cual viene á crecer tanto en ellas el temor y congoja, que piensan que Dios las ha olvidado. Pero en la verdad, hijo mio, no es así ; porque son innumerables los bienes que resultarian de la sequedad y falta de la devocion sensible, siempre que el alma entendiese lo que Dios pretende de ella en este estado, y procurase solamente de su parte tener paciencia y perseverancia en obrar bien. Y para que el fruto y provecho que Dios pretende no redunde,

por no entenderlo tú, en daño y perjuicio tuyo, pondré aquí brevemente los bienes que proceden de la humilde perseverancia en estos áridos ejercicios, á fin de que sabiéndolos no pierdas la paz, cuando te hallares en semejante sequedad de mente y opresion de corazon acerca del sentimiento y gusto de la devocion, ó en cualquiera otra tentacion, aunque sea muy horrible.

CAPÍTULO XII.

Que no debe inquietarse el alma por las tentaciones interiores.

Infinitos son los bienes que la amargura y sequedad espiritual causan en el alma, si se reciben con humildad y paciencia. Si los hombres entendiesen bien este secreto, no tendrian tanta inquietud y pena cuando padecen esta amargura y sequedad in-

terior; porque la tomarian no como señal de aversion y odio que les muestre el Señor, sino como testimonio precioso de su amor y de su bondad, y la recibirian como una gracia muy singular con que los favorece su misericordia. Para conocer esto, basta que adviertas y consideres, hijo mio, que semejantes cosas no suceden sino solamente á las personas que desean verdaderamente darse al servicio de Dios, y alejarse de todo lo que puede no solamente ofenderle sino desagradarle: ni esto les sucede, por lo comun, en el principio de su conversion, sino despues que han servido al Señor por algun tiempo, y que están resueltos á servirle con toda perfeccion, habiendo puesto, como solemos decir, la mano á la obra; y por lo contrario no vemos jamás que los pecadores se lamenten de semejantes tentaciones: de donde se reconoce claramente, que esta es una vianda preciosa con que Dios convida á los que ama, y aunque sea insípida y desabrida á nuestro paladar,

no obstante nos aprovecha mucho, bien que entonces no conozcamos este beneficio; porque cuando se halla el alma en esta sequedad, como en las tentaciones que padece en este estado son tan graves, que solo el pensar en ellas la causa horror y escándalo, viene á adquirir de este modo la humildad, el temor y aquel odio santo y desprecio de sí misma que Dios desea, aunque, como se ha dicho, ignorando por entonces el alma este secreto, lo aborrece y huye de andar por semejante camino; porque nunca quisiera estar sin deleite y gusto interior, juzgando que cualquiera ejercicio sin este gusto es tiempo perdido, y trabajo sin provecho.

CAPÍTULO XIII.

Que Dios nos envia estas tentaciones para nuestro bien.

Para entender mas particularmente que las tentaciones nos vienen de Dios para nuestro bien, se debe considerar que el hombre por la depravada inclinacion de la naturaleza corrompida es soberbio, ambicioso y amigo de su propio parecer, presumiendo siempre de sí mas de lo que verdaderamente es. Esta presuncion es tan peligrosa para el progreso espiritual, que solamente el olor es suficiente para no dejarnos llegar á la perfeccion. Por esta causa Dios con la providencia y paternal cuidado que tiene de cada uno de nosotros, y particularmente de los que se han entregado de veras á su servicio, toma por su cuenta el ponerse en estado en que podamos salir de tan peligrosa ilusion, y

vengamos como forzados á tener verdadero conocimiento de nosotros mismos, como hizo con el apóstol san Pedro, cuando permitió que lo negase (*Matth.* XXVI), para que de este modo se conociese á sí mismo, y perdiese esta peligrosa presuncion, y no fiase en adelante en sus propias fuerzas: y con el apóstol san Pablo, cuando por preservativo de esta peste del alma, y del abuso que podia hacer de las altas revelaciones con que lo habia favorecido, le dió una molestísima tentacion (*I Corinth.*, *c.* XII, 7), que le hiciese conocer la fragilidad y flaqueza natural, y lo tuviese sujeto y humilde. Dios, pues, compadeciéndose de nuestra miseria y perversa inclinacion, permite que nos vengan estas tentaciones, y que tal vez sean horribles y formidables, para que nos humillemos y nos conozcamos bien, aunque nos parezca que nos son inútiles y de ningun provecho.

En esto se descubre su bondad y sabiduría infinita; pues con lo mismo que á

nosotros nos parece mas nocivo, mas nos aprovecha; porque venimos á humillarnos y á confundirnos, que es lo que principalmente ha menester nuestra alma: pues ordinariamente sucede, que el siervo de Dios que se halla en tal estado, juzga que las tentaciones, la indevocion, la tibieza y sequedad de espíritu que siente en sí, proceden únicamente de sus imperfecciones, y de que no puede haber persona alguna tan imperfecta y defectuosa como él, ni que sirva á Dios con tan grande tibieza y flojedad: y se persuade á que las imaginaciones y pensamientos que le combaten no vienen sino á las almas perdidas y desamparadas de Dios, y que por esta causa merece tambien la suya ser tratada con el mismo rigor y desamparo: de donde resulta, que el que antes presumia ser algo, despues con esta amarga medicina que le ha venido del cielo, se tiene por el peor hombre del mundo, y se considera indigno aun del nombre de cristiano; y no hubiera venido jamás á tan baja estimacion ó

sentimiento de sí mismo, ni á tan profunda humildad, sin el remedio de estas amarguras y tentaciones extraordinarias; lo cual es una gracia muy singular que Dios hace en esta vida á las almas que se ponen y resignan enteramente en sus manos para que las cure de sus dolencias y enfermedades, como sea de su agrado, y con la medicina que solamente su Majestad conoce perfectamente que las es conveniente y necesaria para su salud y bien. Y advierte, hijo mio, que el fruto y provecho que nos causan estas tentaciones y repugnancias interiores que nos ponen en sequedad, y destierran de nosotros todo lo que la devocion tiene de sensible, no es solamente la humildad; porque el alma que se halla en este estado de tribulacion, se ve obligada á recurrir á Dios, y á procurar servirle con mayor cuidado y diligencia, como por remedio de este trabajo; y asimismo para librarse de semejante martirio, va examinando cuidadosamente su corazon, huyendo de las mas leves imper-

fecciones y culpas, y de todo lo que puede alejarla de Dios; y de este modo la tribulacion que juzgaba tan contraria y nociva, le sirve de estímulo para buscar á Dios con mayor fervor, y huir de todo lo que juzga no ser conforme al beneplácito divino. Y finalmente, todas estas aflicciones, amarguras y trabajos que el alma padece en estas tentaciones, todas estas tibiezas, sequedades, desolaciones y disgustos espirituales, no son otra cosa que un purgatorio amoroso, si se sufren con humildad y paciencia, y sirven para ganarnos en el cielo aquella corona que solamente se adquiere con ellas, tanto mas gloriosa, cuanto mayores hubieren sido estas tribulaciones y trabajos.

De esto conocerás claramente cuán poca razon tenemos de turbarnos y contristarnos de semejantes cosas; como sucede á las personas poco experimentadas, que lo que verdaderamente les viene de la mano de Dios, lo atribuyen al demonio, ó á sus pecados é imperfecciones; y las señales y

testimonios de amor los toman por indicios y demostraciones de odio; y las caricias y favores divinos piensan que son golpes que salen de un corazon colérico y enojado, y que todo lo que hacen y obran es perdido y sin algun mérito, y que esta pérdida no tiene remedio; porque si creyesen lo que verdaderamente sucede en estos casos, esto es, que no hay pérdida alguna, sino antes bien grandes ganancias (si el alma sabe valerse y aprovecharse de aquella ocasion, como puede siempre), y que todo esto es un claro argumento de la amorosa memoria que Dios tiene de nosotros, no seria posible que se inquietasen y perdiesen la paz por verse afligidos y atribulados de muchas imaginaciones y tentaciones, ó por hallarse indevotos, áridos y secos en la oracion y en los demás ejercicios: antes bien con nueva perseverancia humillarian entonces sus almas en la presencia del Señor, proponiendo en todo y por todo hacer su beneplácito divino, procurando con suma diligencia con-

servarse pacíficos y tranquilos, tomando todas estas cosas de la mano de su Padre celestial, en la cual solamente está el cáliz que se les presenta; porque, ó procedan del demonio, ó de los hombres, ó de los pecados, ó de cualquier otra causa, semejantes tentaciones y molestias, Dios es siempre el que nos las envia, si bien nos las ofrece por varios medios, segun su beneplácito; porque á nosotros no llega sino solamente el mal de la pena, el cual viene de su mano, que nos lo ordena para nuestro bien: bien que el mal de la culpa que comete el prójimo cuando nos hace alguna injuria ó agravio, sea contrario á su voluntad; pero su divina Majestad se sirve de este instrumento para nuestra salud y beneficio, y así en lugar de entristecernos y turbarnos, debemos dar gracias á Dios con alegría y gozo interior, haciendo todo lo que pudiéremos con perseverancia y resolucion, sin andar perdiendo el tiempo, y con él los muchos y grandes méritos que Dios quiere que ad-

quiramos con las ocasiones y motivos que nos ofrece.

CAPÍTULO XIV.

Del remedio que debemos usar para no inquietarnos en nuestras caidas y flaquezas.

Si alguna vez cayeres en alguna negligencia ó culpa, ó con las obras ó con las palabras; como si te turbases en alguna cosa que te sucediese, ó si murmurases ó si oyeses con gusto murmurar á otros, ó si incurrieses en alguna altercacion ó movimiento de impaciencia, ó en alguna vana curiosidad ó mala sospecha de otros, ó vinieses á caer por algun otro camino, no solo una, sino muchas veces; no debes por esto inquietarte y turbarte, ó desconfiar y afligirte, pensando en lo que ha pasado, ó confundiéndote dentro de tí mismo: unas veces imaginándote que no podrás

corregirte jamás de semejantes flaquezas: otras veces persuadiéndote á que tus imperfecciones y tus débiles propósitos son la causa de aquella caida: otras veces representándote que no caminas de veras en el espíritu y via del Señor; y finalmente oprimiendo tu alma con otros mil vanos escrúpulos y temores, y llenándola de tristeza y pusilanimidad. De donde se sigue que tienes empacho y vergüenza de presentarte á Dios, ó si te presentas, lo haces tímido y desconfiado, como si no le hubieses guardado la fidelidad que le debes; por hallar el remedio pierdes el tiempo, pensando con escrupulosa prolijidad las circunstancias de tu falta, examinando cuánto te detuviste en ella de propósito, si consentiste, si quisiste ó no, si procuraste evitar en tiempo aquel pensamiento; y mientras mas imaginas y piensas en estas cosas, apartándote del verdadero camino, menos te entiendes, y menos comprendes lo que deseas, y mas crece y se aumenta en tí

la molestia, la inquietud y congoja para confesarte, y vas á la confesion con un temor molesto, y despues de haber perdido mucho tiempo en confesarte sientes todavía inquieto y turbado tu espíritu, porque siempre te parece que no lo has dicho todo al confesor. Así se vive una vida inquieta y amarga con poco fruto, y con pérdida de una gran parte del mérito; y todo esto no nace de otra causa que de no entender nuestra natural fragilidad, y de no saber el modo en que el alma debe negociar con Dios, con el cual despues de haber caido en semejantes faltas y flaquezas, y en otras, se trata mas fácilmente con una humilde y amorosa conversion á su divina y paternal bondad, que con la tristeza y desconsuelo interior que se recibe por la culpa: deteniéndose solamente en el exámen de las faltas, especialmente veniales y ordinarias, de que vamos hablando, en que suele caer el alma que vive del modo de que aquí se trata; y solamente hemos tra-

tado de aquellas almas que viven una vida espiritual, y que procuran aprovechar en la virtud conservándose sin pecado mortal: que para las otras que viven descuidadas de su salvacion, y entre los pecados mortales, ofendiendo cada instante á Dios, no es esta medicina, sino que es necesaria otra suerte de exhortacion: porque estas almas tienen grande motivo para vivir inquietas y turbadas, y para llorar; y así deben poner gran cuidado en examinar sus conciencias, y en confesar sus pecados, para que por su culpa y negligencia no les falte el remedio necesario para su salvacion.

Volviendo, pues, á tratar de la quietud y paz en que se debe conservar el siervo de Dios, añado, que la doctrina que se ha dado acerca de la conversion humilde y amorosa á Dios, á que se debe unir una total confianza en su paternal bondad, se debe entender no solamente de las faltas ligeras y cotidianas, sino tambien de las

mayores y mas graves que las que ordinariamente se suelen cometer, si Dios permitiere que caigas alguna vez, y aunque las faltas sean muchas y repetidas, y aunque se cometan no solamente por descuido y fragilidad, sino por malicia; porque la penitencia y la contricion sola de un ánimo turbado y escrupuloso no pondrá jamás el alma en un estado perfecto, si no se junta con esta filial y amorosa confianza de la bondad y misericordia de Dios.

Esto principalmente es necesario á las personas que desean, no solamente verse libres de sus miserias, sino tambien adquirir un grado muy alto de virtud, y grande amor y union con Dios. Lo que no quieren entender muchas personas espirituales, y por esta causa tienen siempre el corazon tan caido y tan desconfiado que no pueden pasar adelante y hacerse capaces de mayores gracias, las cuales sucesivamente les ha preparado, y viven muchas veces una vida inútil y miserable, y digna

de compasion; porque prefieren sus propias imaginaciones á la verdadera y saludable doctrina que nos conduce y lleva por el camino real á las altas y sólidas virtudes de la vida cristiana, y de aquella santa y dichosa paz que el mismo Jesucristo nos dejó en la tierra. (*Joan.* XIV, 27). Deben tambien estas personas, todas las veces que se hallaren molestadas con alguna inquietud originada de las dudas de su conciencia, tomar consejo de su padre espiritual, ó de otra persona que juzgaren idónea para dar semejantes consejos, conformarse con su dictámen, y procurar quietarse; y para concluir con lo que pertenece á la inquietud que proviene de las imperfecciones y faltas en que incurrimos, añado el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XV.

Que el alma debe quietarse en las caidas y faltas, sin perder el tiempo ni su aprovechamiento espiritual.

Últimamente, hijo mio, quiero enseñarte una importante regla, que deberás observar en todas las culpas ó faltas que cometieres. Siempre que hubieres caido en algun defecto grande ó pequeño, aunque lo hayas cometido mil veces al dia voluntariamente, y con advertencia, no te turbes ó inquietes, ni te detengas en examinar tu caida; mas luego al punto, considerando tu fragilidad y miseria, recurre con humildad á Dios, y díle con una dulce y amorosa confianza: *Señor, yo he obrado como quien soy, de mí no podia esperarse otra cosa sino estos y otros mayores defectos; y no hubiera parado en estos solos mi fragilidad, si vuestra bondad, que*

siempre me ayuda, y nunca me desampara, no me hubiese socorrido. Yo os doy gracias, Señor, por el mal de que me habeis librado, y de todo corazon me duelo del que he cometido, no correspondiendo á vuestra gracia. Perdonadme y asistidme con vuestra gracia, para que yo no os ofenda mas, y ninguna cosa me separe de Vos, á quien deseo servir, obedecer y agradar siempre. Hecha esta breve oracion, no pierdas el tiempo en inquietas reflexiones para saber si el Señor te ha perdonado; mas con confianza y tranquilidad de espíritu camina adelante sin pensar en lo que ha pasado, y prosigue tus ejercicios como si no hubieses caido en algun defecto; y ejecutarás esto mismo no solamente una vez, sino ciento si fuere necesario, y con la misma confianza y quietud la última vez, que la primera; porque de esta manera tú vienes á honrar y engrandecer la suma bondad de Dios, de quien debes concebir y creer que es infitamente benigno y misericordioso mas de

lo que tú puedes imaginar. Obrando de esta suerte ninguna cosa impedirá tu perseverancia y aprovechamiento espiritual, ni perderás el tiempo vanamente y sin fruto. Y advierte, hijo mio, que podrás tambien sacar mucha ganancia y provecho de tu propia caida, levantándote con un acto intenso de reconocimiento de tu miseria, humillándote en la presencia de Dios, y con un acto de reconocimiento de su divina misericordia, amándola y exaltándola, pues de este modo tu propia caida vendrá con el auxilio y socorro de Dios á levantarte á grado mas alto que aquel de donde caiste. Yo quisiera que las almas que se turban y desmayan en sus caidas, entendiesen bien este secreto espiritual, para que conociesen cuán diferente es este estado del de un interior humilde y tranquilo donde reina la humildad y la paz, y de cuánto daño y perjuicio les es la pérdida de tiempo que estas inquietudes las causan. Procura tú, hijo mio, no olvidar esta advertencia, porque es una de las lla-

ves que tiene el alma para abrir grandes tesoros espirituales, y enriquecerse en breve tiempo.

TRATADO TERCERO.

DE LOS DOLORES MENTALES DE JESUCRISTO NUESTRO REDENTOR.

Proemio.

Hubo un alma muy amante de Dios, que deseaba mucho sustentarse y satisfacerse de los amargos manjares de la pasion del amoroso y dulcísimo Jesús, la cual despues de mucho tiempo, y de repetidos y fervientes ruegos, fue finalmente introducida por mano del mismo Señor al sacratísimo tálamo de su angustiado corazon. Esta singular gracia obtuvo repetidas veces; de tal suerte, que con el exceso del

dolor que sentia, se hallaba en algunas ocasiones obligada á decir: *No mas, Señor, no mas: que no puedo sufrir pena tan grave.* Estas cosas no las tengo por increibles, antes bien las creo indubitablemente, sabiendo cuán benigno y liberal es este Señor con todos los que con fe y perseverancia le saben pedir lo que desean. Díjome, pues, esta alma dichosa, que orando decia á Dios con grandes ansias: *¡ Oh Señor mio, yo te ruego y suplico me anegues en el amarguísimo mar de tus dolores mentales, porque aquí deseo morir, ó dulce vida mia, ó amor mio, si es gusto tuyo ! Díme, ó Jesús mio, díme, esperanza mia, ¿cuán grande fue el dolor de tu afligido corazon?* Y que el dulcísimo Jesús le respondia: *Sabe, hija mia, que fue tan grande, cuanto fue grande el amor que tuve á Dios y á la criatura.* Demás de esto me dijo, que ya en otros tiempos la habia hecho el Señor capaz en el grado que habia sido su voluntad del amor que tenia á la criatura. Sobre este amor dijo cosas

excelentes y admirables que no pueden referirse sin alguna larga narracion.

Cuando el Señor la decia que era tan grande su dolor, cuanto fue grande su amor á la criatura, le parecia por la grandeza de este amor, de que su bondad la habia hecho capaz, que le faltaban todos los sentidos; y apenas oyó sola esta palabra, se vió obligada á reclinar en algun lugar la cabeza, por el afan y congoja grande que sentia en todos sus miembros; y despues que estuvo así algun tiempo, habiéndose recobrado, dijo: *¡Oh Dios mio! ¡Oh único bien de mi alma! Yo te pido por tí mismo que me digas cuántas fueron las penas que afligieron y congojaron tu amoroso corazon.* A esta pregunta respondió el benignísimo Señor con agrado y dulzura de esta suerte:

El primer dolor mental de Jesús fue por las almas, que aunque unidas á él, se habian de condenar.

«Sabe, hijo, que demás de otras muchas penas mias, que por ahora no quiero decirte, fueron infinitas las que sufrí dentro de mi corazon por infinitas almas, miembros mios que conocia que habian de separarse de mí, que soy su verdadera cabeza, y cada alma habia de separarse de mí todas las veces que pecase mortalmente. Esta, hija mia, fue una de las mas crueles aflicciones que yo sentí: porque si uno á quien dan el tormento de la cuerda se queja con tanto extremo cuando se desunen y apartan sus miembros de su lugar propio y natural, considera qué martirio seria el mio, pues tantos miembros mios habian de desunirse y separarse de mí, cuantas almas á mí unidas son y serán condenadas, y tantos dolores sentia, cuantos eran los miembros que de mí habian de

apartarse: tanto mas dolorosa es la separacion de los miembros espirituales que la de los corporales, cuanto es mas preciosa el alma que el cuerpo; y cuánto sea mas preciosa el alma que el cuerpo, no puedes saberlo tú, ni persona que vive; porque yo solamente conozco la nobleza del alma, y la vileza del cuerpo, como Criador de lo uno y de lo otro. Y así no puedes tú, ni alguna otra criatura, comprender la cruel congoja que me causaron tantas separaciones de miembros unidos conmigo con tan estrecho vínculo de amor; y así como en el pecar un modo es mas grave que otro, y un pecado mas enorme que otro pecado, así yo al ver los varios modos y diferentes pecados con que las almas habian de desunirse y separarse de mí, sentia mayor ó menor pena: de donde procedia la calidad y cantidad de tantos dolores como me atormentaban; y como yo sabia que habiendo de ser su voluntad enteramente perversa, habia tambien de ser eterno su tormento, por esta causa era este el mayor

dolor que me penetraba el corazon : pues tantos miembros mios, esto es, tantas almas condenadas *nunca* habian de volver á juntarse y unirse conmigo, que soy su cabeza ; y este *nunca* es lo que atormenta y atormentará enteramente aquellas almas infelices sobre todas las demás penas que padecerán y pueden padecer por toda la eternidad. Este *nunca,* hija mia, me causó tanta afliccion y pena, que hubiera escogido de buena gana padecer de nuevo todas las aflicciones que sentí, por todas estas desuniones y separaciones, no una, sino infinitas veces, como yo hubiese visto que una sola de tantas almas habia de reunirse y juntarse á la integridad de los otros miembros vivos ; esto es, de mis escogidos que vivirán eternamente con espíritu de vida, que procede de mí, que vivifico todas las cosas que viven.

« Aquí has de ponderar, hija mia, cuán preciosa me es una alma, pues he dicho que infinitas veces hubiera querido padecer penas tan graves por reunirla y juntarla con

migo. Y advierte tambien, que es tanto lo que aflige y congoja á aquellas almas la pena de este *nunca* por ordenacion de mi divina justicia, que quisieran ellas padecer tambien infinitas penas, con tal que viesen alguna esperanza de esta reunion: y así dispone mi justicia en todos los pecados, que á la calidad y cantidad de las penas que causaron en separar las almas de mí, corresponda la calidad y cantidad del castigo; y porque mas que otra cosa me afligia este *nunca*, quiero y dispongo que este *nunca* aflija y atormente aquellas almas, mas que todas las otras penas, que tienen ó tendrán eternamente. Aquí podrás considerar tambien cuánto seria el dolor y pena de mi corazon por tantas almas perdidas y condenadas.»

Decíame esta alma bendita que entonces nacia en ella un santo deseo de preguntar al Señor esta duda; pero con sumo temor y reverencia, porque no pareciese que queria investigar curiosa la Divinidad; y así con simplicidad pura y confianza, de-

cia: *¡ Oh dulce y precioso Jesús mio! Muchas veces he oido decir que tú, mi Dios y Señor, llevaste sobre tí las penas de todos los condenados. Quisiera saber, Bien mio, si fue cierto que sentiste aquella diversidad de penas que se padecen en el infierno: como son, frio, calor, abrasarse y morderse sus propios miembros aquellos espíritus infernales.* Y entonces el benignísimo Jesús, respondiendo dulce y amorosamente y con señales de que esta pregunta no le habia desagradado, la decia: «Hija mia, yo no sentí esta diversidad de penas de los condenados en el modo que tú me lo preguntas; porque estos habian de ser miembros muertos y separados de mí; y te lo daré á entender con este ejemplo. Si fuese forzoso cortarte una mano, un pié ó cualquiera otro miembro, y se hubiese dado ya principio á esta dolorosa operacion, es cierto que hasta tanto que la mano ó el pié se cortase enteramente y separase de tí, sentirias grave dolor y pena; pero despues que estuviese cortada

la mano ó el pié, si alguno arrojase al fuego estos miembros, ó los hiriese y maltratase; ó los expusiese á los dientes de los perros y de lobos, tú no sentirias dolor alguno por ser miembros podridos y muertos, y separados enteramente del cuerpo, y solamente sentirias la pena de ver arrojado al fuego ó devorado de las fieras un miembro que habia sido tuyo. De esta misma manera me atormentaron las almas condenadas, miembros mios. Mientras hubo en ellos esperanza de vida y de reunirse conmigo, padecí infinitos dolores y aflicciones, y aun todas las angustias y tormentos que las mismas almas en esta vida padecieron hasta la muerte de su cuerpo; porque hasta aquella hora habia en ellas esperanza de juntarse y reunirse conmigo si hubiesen querido: pero de lo que habian de padecer despues de la muerte, no sentí pena alguna, por ser miembros podridos y muertos y separados enteramente de mí, y que no habian de vivir en mí jamás verdadera vida; pero no de-

jaba de serme grave tormento y pena el ver que tantas almas que habian sido propios y verdaderos miembros mios, habian de ser presa de los infernales espíritus y condenadas á eternos tormentos. Y estos son, hija mia, los dolores mentales que sufrí por los réprobos, que antes habian sido miembros mios. »

El segundo dolor mental fue por los pecados de todos los escogidos.

«El segundo dolor que me penetró el alma, fue por los pecados mortales de todos los escogidos; porque en todos los modos que fuí afligido por los miembros condenados lo fuí tambien por los escogidos que habian de pecar mortalmente, y por esta causa separarse de mí. Y sabe, hija mia, que fue tan dura y tan cruel mi pasion por estos amados y escogidos miembros mios, cuanto era grande el amor que eternamente les habia de tener; indigna la vileza á que

se abatirian pecando mortalmente; excelente la vida á que se unirian obrando bien; y graves y enormes los pecados que de mí los habian de separar. En esto solo fue diferente el dolor que sentí por los miembros condenados, del que sentí por los escogidos: que por los condenados no fuí afligido de las penas que despues de la muerte habian de sufrir, sino de pensar que habian sido miembros mios; pero por los escogidos sufrí todas aquellas penas, que no solamente en la vida, mas despues de la muerte habian de padecer; y así sentí los martirios de todos los penitentes, las tentaciones de todos los tentados, las enfermedades de todos los enfermos, los golpes de todos los atormentados, las ignominias, las persecuciones y todas las demás incomodidades que padecieron; y en fin todas las penas grandes y pequeñas de todos los escogidos viandantes sentí tan vivamente en mí mismo, como tú intensamente sentirias que te hiriesen la mano, el pié ú otro cualquiera miembro del cuerpo.

Considera, pues, cuántos fueron los Mártires, cuántos y cuán diversos los tormentos que sufrió y padeció cada uno de por sí; cuántas las penas y aflicciones de los demás miembros escogidos, y la diversidad de las mismas penas.»

«Para que comprendas mejor estas penas, considera bien: Si tuvieses mil ojos, mil manos y mil piés, y de todos los demás miembros tuvieses tambien mil, y en cada uno sintieses diversidad de dolores, y todos estos dolores padecieses á un mismo tiempo, ¿no seria este un exquisito tormento, y nunca oido ni tolerado? Pues mira, hija, cuánto fue infinitamente mayor mi dolor, no habiendo sido mil solamente mis miembros, sino innumerables, como tambien sin número la variedad y diversidad de las penas; porque fueron innumerables las penas de los Mártires, de los Confesores, Vírgenes y de todos los otros electos mios; y así como no se puede entender y comprender cuáles y cuántas son las bienaventuranzas, glorias y pre-

mios preparados para los justos y escogidos en el paraíso; así no se puede entender ni comprender cuáles ni cuántas fueron las penas interiores que por los miembros escogidos sufrí y padecí, á cuyas penas, por disposicion de mi divina justicia, son correspondientes las bienaventuranzas, glorias y premios celestiales. »

«En cuanto á los dolores que me afligieron por los tormentos de los escogidos despues de su muerte, sabrás que sentí en mí mismo toda la diversidad, calidad y cantidad de penas que habian de padecer en el purgatorio; porque estos, hija mia, no eran miembros que habian de separarse de mí para siempre, como los condenados, sino miembros vitales que habian de vivir eternamente con espíritu de vida, habiéndolos yo prevenido con mi gracia y bendiciones. Y si quieres saber, hija mia, la razon por que no me atormentaron las penas de los condenados en el infierno, y me afligieron las de los escogidos en el purgatorio, considera: que así

como sentirias dolor por cualquier golpe ó daño que recibieses de un miembro movido ó roto, que estuviese vivo y no apartado del cuerpo de todo punto, hasta que vuelto á su lugar propio sanase; así yo sentí todos los tormentos que mis escogidos habian de padecer en el purgatorio, como miembros mios vivos, que despues de aquel castigo temporal habian de volverse á juntar perfectamente conmigo, que soy su verdadera cabeza. Y has de saber, que no hay otra diferencia entre las penas del purgatorio y del infierno, sino que las del infierno nunca tendrán fin, mas las del purgatorio sí; y por esta causa las almas en este lugar padecen con paz y con alegría, aunque no sin dolor, y se purifican y limpian de todas las manchas que los pecados hicieron, sufriéndolo todo con paz, y dando gracias á mi suma justicia. Todo esto he querido darte á entender acerca de la pena mental que padecí por mis escogidos.»

¡Oh si yo me acordara de las devotas

palabras que en este paso oí de aquella alma dichosa, mientras con un entrañable llanto me dijo, que su divino Esposo la habia hecho capaz, en el grado que habia parecido á su infinita bondad, de la gravedad y torpeza del pecado; y cuán grande pena y martirio habia dado á su amantísimo Jesús, apartándose y desviándose del sumo Bien, para unirse y juntarse á cosas bajas y viles, como son todas las de este mundo, que nos dan ocasion y materia de pecar!

Me acuerdo que me dijo con muchas lágrimas: *¡Oh Dios mio, y cuán miserable soy, habiéndoos causado tantas y tan grandes penas: ó me salve, ó me condene! No entendí jamás, Dios mio, que tanto os ofendiese el pecado; que si lo hubiese entendido, pienso que no hubiera pecado con tanta facilidad y ligereza: pero Vos, ó Rey y Criador mio, no atendais á lo que os digo, que aunque lo hubiese entendido, hubiera obrado peor que nunca, si vuestra piadosa mano no me hubiera detenido. ¡Oh*

amantísimo y dulcísimo Jesús mio! Son tantas y tan crueles vuestras penas, que no me pareceis mas Dios, antes me atreveré á deciros, si en esto no os ofendo, que sois un infierno de penas de amor; y así le llamaba muchas veces con una santa compasion y simplicidad.

El tercer dolor mental de Jesús fue por su Madre santísima.

«Escúchame, hija mia, con atencion, que me quedan todavía que decirte amarguísimas cosas, principalmente de aquel agudo cuchillo que penetró mi alma; esto es, del dolor y pena de mi inocentísima y purísima Madre, la cual por mi pasion y muerte habia de ser afligida y atribulada sobre cuantas criaturas han sido y serán jamás afligidas en el mundo: y por esta causa la he glorificado y sublimado dignamente en el cielo sobre todas las criaturas angélicas y humanas; porque has

de saber, hija mia, que cuanto por mi amor es mas afligida y humillada la criatura en este mundo, y aniquilada en sí misma, tanto es mas glorificada y ensalzada despues por mi divina justicia en el reino de los bienaventurados: y como no hubo jamás en la tierra persona mas angustiada que mi dulcísima Madre, así en el cielo no hay ni habrá jamás alguna semejante á ella; y así como en la tierra fue despues de mí la mas afligida, así en el cielo es despues de mí la mas bienaventurada.

«Y has de saber tambien, que en todos los modos y por todos los respectos que yo Dios humanado fuí afligido y sufrí tan graves penas, padeció igualmente y fue afligida mi santísima Madre, y entre sus penas y las mias no hubo otra diferencia, sino solamente que yo padecí en un grado mas alto y mas perfecto. Pero fue tanto lo que me atormentó su dolor, que si hubiera sido voluntad de mi eterno Padre, me hubiera sido de suma consolacion que todos

sus trabajos hubiesen recaido sobre mi alma, como ella quedase libre y exenta de padecerlos; y aunque se me hubiesen renovado todas las llagas y dolores que sentí en todo el curso de mi pasion, me hubiera sido de sumo refrigerio que quedase ella sin pena y sin dolor alguno. Mas porque en mi incomprensible martirio no habia yo de tener la menor consolacion ó lenitivo, no me fue concedida esta gracia, aunque repetidas veces con ternura filial y con muchas lágrimas se la pedí á mi eterno Padre.»

Decia entonces esta alma que sentia una opresion y congoja tan grave en su corazon por el dolor de esta santísima Señora, que no podia pronunciar otra palabra que esta: *¡Oh Madre gloriosísima! No quiero yo llamarte Madre de Dios, sino Madre de dolor, Madre de pena, Madre de todas las aflicciones que no se pueden pensar ni referir; porque si tu Hijo es un abismo de penas y tribulaciones, ¿cómo te llamaré sino Madre de dolor?*

No mas, Señor mio, no mas: no me digais mas de los dolores de vuestra purísima Madre, que no me hallo con fuerzas para sufrirlo, y esto me bastará mientras tuviere vida, aunque tuviese mil años.

El cuarto dolor mental de Jesús fue por su enamorada discípula Magdalena.

Dejando el Señor esta tierna y dolorosa materia, por ver á esta alma tan afligida y lastimada, la dijo: «Pues ¿qué dolor te parece que sentí por la afliccion y pena de mi amada y bendita discípula y carísima hija María Magdalena? No podrás tú jamás, hija mia, ni alguna otra persona, entenderlo bien por la perfeccion del Maestro que la amaba, y por el amor y bondad de la discípula amada. Solamente podria comprender alguna cosa quien hubiere experimentado y probado el amor casto y espiritual, así en el amar como en el ser amado; pero no podrá hallarse jamás otro

amor que sea semejante á este; porque así como no se halla un tal Maestro, así tampoco se halla una tal discípula, pues no hubo ni habrá jamás otra Magdalena: deja que los demás discurran y digan lo que quisieren en este punto; porque yo te aseguro, que fuera de mi santísima Madre, no hubo jamás persona que sintiese tanto mi pasion y muerte como Magdalena: y así como despues de mi bendida Madre fue la mas afligida en mi muerte, así en mi resurreccion fue despues de mi dulcísima Madre la primera que mereció ser consolada; y si hubiese habido otra persona que sintiese mayor dolor que Magdalena, sin duda hubiera sido favorecida y consolada con mi aparicion, antes que la misma Magdalena.»

«En el dulce sueño que Juan mi querido discípulo tuvo el dia de mi última cena sobre mi sagrado pecho, le hice capaz de profundos misterios (*Joan.* XIII, 23), y con la luz interior que le comuniqué, vió mi gloriosa resurreccion, y el fruto amplí-

simo de las almas que habia de resultar de mi pasion y muerte: y aunque verdaderamente mi amado hijo y discípulo Juan sintió mayor afliccion y pena de mi pasion y muerte que los demás discípulos mios; no obstante, como sabia ya el abundante y copioso fruto de la redencion, no excedió en el dolor á la enamorada Magdalena, que no era entonces capaz de cosas tan altas y tan profundas como Juan: el cual, aunque hubiese podido, no hubiera jamás impedido mi muerte por la luz y conocimiento que tenia del gran bien que de ella habia de resultar á todo el linaje humano; pero no sucedió así á mi amada Magdalena, porque cuando me vió espirar en la cruz, le pareció que le habian faltado el cielo y la tierra, por tener únicamente en mí puesta toda su esperanza, su amor, su paz y todo su consuelo; como me amaba sin medida ni regla, así fue su dolor sin regla ni medida. Yo solo conocí, sufrí y sentí cordialmente este dolor en lo mas ín-

timo de mi alma, y probé por Magdalena todos los afectos y ternuras que pueden probarse y sentirse de un amor casto y espiritual; porque me amaba entrañablemente. Y para que entiendas mejor esto, sabe que mis discípulos por no estar enteramente desasidos de las cosas del mundo, como esta santa pecadora, volvieron á las redes que habian dejado; pero ella no volvió á la vida libre y profana, antes bien llena de fervor, y abrasada de un santo deseo, habiendo perdido la esperanza de verme vivo, me buscaba animosamente muerto, sabiendo que ninguna cosa podia deleitarla y agradarla, sino yo únicamente, su amado Maestro, ó fuese muerto ó vivo; y en prueba de esta verdad, considera que por hallarme muerto dejó la compañía de los vivos, y aun la presencia de mi dulcísima Madre que es la mas deseable, la mas amable y la mas deleitable despues de la mia; y aun la vision y dulces coloquios de los Ángeles le parecieron nada. Esto mis-

mo, hija mia, has de entender que sucede á cualquier alma que afectuosamente me ama y me desea; porque en ningun otro objeto halla descanso y quietud sino en mí solamente, su amado Dios. No podrás tú, hija mia, comprender jamás cuán grande y excesiva fue la pena de esta mi querida discípula: y como toda redundaba en mi afligido corazon, sentí por esta causa una afliccion y angustia, que excede á todo encarecimiento. Muchas veces hubiera muerto Magdalena con la gravedad y fuerza de su intenso dolor; mas yo no lo permití, porque quise valerme de ella para que fuese la Apóstola de los Apóstoles, y les anunciase y evangelizase la verdad de mi resurreccion, como ellos hicieron despues en todo el mundo. Fue tambien un puro y dulcísimo espejo, y vivo ejemplo de verdadera conversion y de verdadera penitencia: y quise asimismo que fuese regla y norma segura de la bienaventurada vida contemplativa, habiendo vivido en la so-

ledad por el espacio de treinta y tres años oculta y desconocida al mundo, gustando y sintiendo allí los íntimos afectos y efectos del amor en el grado que en el destierro de la vida mortal se pueden gustar y sentir. »

El quinto dolor mental de Jesucristo fue por sus queridos y amados discípulos y Apóstoles.

«El otro dolor que heria mi alma, era la fija memoria del colegio de los Apóstoles, columnas del cielo, y fundamentos de mi Iglesia militante; porque yo conocia que como sencillas ovejuelas sin pastor andarian turbados, dispersos y fugitivos (*Zachar.* XIII, 7. — XIV, 27), y sabia todas las tribulaciones, penas y martirios que habian de padecer y tolerar por mí. No ha habido jamás maestro alguno que tan cordialmente amase á sus discípulos,

como yo amaba á mis queridos hijos, hermanos y discípulos, los Apóstoles: y aunque yo amé siempre con amor infinito á todas las criaturas; con todo eso debes pensar y creer que tuve un amor muy especial y privilegiado á los que traté y comuniqué corporalmente, y por esta causa sentí y padecí por ellos especial dolor en mi afligida alma, y aquellas palabras llenas de amargura y tristeza que pronuncié en las mortales agonías del huerto: *Tristis est anima mea usque ad mortem: Triste está mi alma hasta la muerte* (Matth. XXVI, 38), no las dije tanto por el rigor del suplicio que se me prevenia por los hombres, cuanto por el dolor de dividirme y separarme de mis amados discípulos, dejándolos desamparados, y solos sin mí, que era su padre y fidelísimo maestro. Esta angustia me afligia con tanto exceso, que me parecia otra especie de muerte mas dura y dolorosa esta ausencia y corporal separacion de ellos; de manera que quien

considerase bien las palabras del último sermon que hice (*Joan.* XIII, *et sequentibus*), no podria aunque tuviese el corazon muy duro, dejar de verter copiosas lágrimas; porque todas aquellas tiernas y lastimosas palabras me salian de lo íntimo del corazon. Despues de esto yo veia los tormentos y penas que habian de padecer, y sabia que por ensalzar mi nombre, uno habia de ser crucificado, otro desollado, otro degollado, y que todos finalmente habian de acabar su vida por mi amor con varios martirios. Tú misma, hija mia, puedes en parte conocer en tí cuán grave y dolorosa me fuese esta pena, considerando cuánta afliccion sentirias si una persona á quien amases cordialmente, y deseases todo bien y consuelo, fuese por tu causa injuriada y ofendida con palabras y obras. Pues, como yo, hija mia, fuí causa de todos los ultrajes, persecuciones y trabajos de mis Apóstoles y discípulos, no pudo dejar de ser muy grave mi dolor, y no

hay términos ni símiles adecuados para declararlo. Y baste esto si me quieres tener compasion. »

El sexto dolor mental de Jesús fue por la ingratitud de su amado discípulo el traidor Judas.

«Otro interno dolor me afligia, y como cuchillo de tres venenosas y agudísimas puntas continuamente heria y traspasaba mi corazon. Este cuchillo de tres puntas fue la impiedad, ingratitud y alevosía de mi amado discípulo Judas; la dureza, ingratitud y perversidad de mi escogido y amado pueblo judáico, y la ceguedad, ingratitud y malignidad de todas las criaturas que fueron, son y serán jamás. En cuanto á Judas, piensa ahora un poco, hija mia, en su ingratitud. Yo le admití en el número de los Apóstoles, le perdoné todos sus pecados, le comuniqué la virtud de obrar milagros, le hice dispensador de todo lo que se me

habia dado, y siempre le dí señales y pruebas de mi singular amor para removerlo de la inquietud y traicion que disponia y fraguaba contra mí. Pero cuanto mayores eran las demostraciones de mi amor y ternura, tanto mayor era la dureza y perfidia de su corazon. ¿Con cuánta amargura crees, hija mia, que yo revolveria en mi afligido espíritu estas cosas, y otras muchas que ahora no te digo? Pero cuando llegué á aquel acto lastimoso y humilde de lavarle los piés, y los de los otros Apóstoles, entonces se me liquidaba el corazon en tiernísimo llanto, y mis ojos eran fuentes de vivas lágrimas que caian sobre sus inmundos y abominables piés. Yo decia en mi corazon: ¡Oh Judas! ¿qué te he hecho yo que tan alevosa y desleal traicion fraguas contra mí? ¡Oh desventurado discípulo! ¿No era esta la mayor prueba que yo podia darte de la fineza de mi amor? ¡Oh hijo de perdicion! ¿por qué motivo te divides y apartas así de tu padre y maestro? ¡Oh discípulo ingrato! Yo con tanto

amor te beso los piés; ¿y tú con tanta perfidia me has de besar la boca? ¡Oh qué ingrata correspondencia! Llora tu perdicion, querido y amado hijo, y no mi pasion y muerte: porque no vine al mundo sino para padecer y morir por las almas que yo tanto amo. Estas y otras semejantes palabras le decia yo con el corazon, bañado y regando sus piés con mis abundantísimas lágrimas. Pero este infeliz discípulo no lo advertia; porque yo estaba postrado á sus piés, con la cabeza inclinada, y con mis cabellos tenia cubierto mi lagrimoso rostro.»

«Este triste y amargo llanto que procedia de la ternura de mi amor, fue semejante al de un padre que tiene un hijo único á quien, estando para morir, hace algun bien, y despues dentro de su corazon le dice: Véte con Dios, hijo, que este es el último bien que yo te haré jamás. Esto mismo me sucedió á mí con Judas cuando le lavé los piés, y con tanta ternura llegué á mi sacratísimo rostro. Vien-

do estas cosas los afligidos Apóstoles, decian interiormente: ¡Oh Jesús! nuestro muy amado maestro, tú nos dejas un perfectísimo ejemplo de profundísima humildad y entrañable amor: pero míseros de nosotros, ¿qué harémos sin tí, que eres todo nuestro bien? ¿Qué hará tu afligida y lastimada Madre, cuando le contemos un acto tan heróico de tu humildad, como el de haber lavado nuestros inmundos y vilísimos piés llenos de polvo y lodo, y besándolos con tu dulcísima boca? ¡Oh Señor Dios nuestro! Semejantes demostraciones de tu amor son para nosotros señales indubitables y ciertas de mayor dolor y pena.»

«Todo esto, hija mia, te he dicho por darte alguna noticia del cordial dolor que sufrí por la impiedad é ingratitud del traidor Judas: pues cuanto mas le quise y mayores pruebas le dí de mi amor, tanto mas me atormentó, angustió y afligió su maligna ingratitud.»

El séptimo dolor mental de Cristo fue por la ingratitud del pueblo judáico.

«¡Oh cuánto afligió y penetró mi corazon el ingrato y obstinado pueblo judáico con la saeta de su ingratitud, y endurecida obstinacion! Piensa un poco, hija mia, cuán ingrato fue á mis beneficios. Hícele pueblo santo y sacerdotal (*Exod.* VI *et* XIX): escogíle en parte y herencia mia sobre los demás pueblos de la tierra: libréle de las manos de Faraon, y de la servidumbre de Egipto: condújele á piés enjutos por el mar Bermejo: fuíle nube y columna de dia con la sombra, y de noche con la luz (*Ibid.* XIII *et* XIV); sustentéle de celestial maná cuarenta años; díle de mi propia boca la ley en el monte Sínai, y repetidas victorias contra sus enemigos (*Josue*, XII. — *Ps.* CXXXIV *et* CXXXV); en suma, hija mia, de los judíos tomé carne humana; y todo el tiempo que viví en la

tierra conversé con ellos (*Hebr.* II. — *Baruch,* III) : mostréles el camino del cielo : híceles en aquel tiempo infinitos beneficios y gracias : dí vista á sus ciegos, oido á sus sordos, libre movimiento á sus cojos, vida á sus difuntos, y en fin obré entre ellos infinitos y estupendos milagros. (*Matth. c.* XI). Cuando entendí, pues, entre las demás cosas, que levantando la voz gritaba este ingrato pueblo con furor y rabia que fuese suelto y libre Barrabás, siendo hombre perverso y sedicioso, y que yo, Señor del cielo y de la tierra, fuese crucificado (*Matth.* XXVII); me pareció que mi afligido corazon se me dividia dentro del pecho de dolor y pena. Y esto, hija mia, no sabe bien, sino solamente quien prueba y experimenta cuán grave pena sea el recibir toda suerte de males del mismo á quien se ha hecho toda suerte de bienes, y cuán dura cosa sea á un inocente oir gritar á todo un pueblo, *muera, muera, sea crucificado;* y que un delincuente que está en peligro de ser sentenciado al mis-

mo suplicio, y que claramente se sabe que es digno de mil muertes por sus maldades, sea por la voz concorde del mismo pueblo aclamado por libre. Estas cosas, hija mia, son mas para considerarse profundamente, que para explicarse con palabras.»

El octavo dolor mental de Jesús fue por la ingratitud de todas las criaturas.

Esta misma alma estando iluminada de Cristo, sol de justicia, me dijo finalmente, que dando gracias al Señor por sí y por todas las criaturas, sentia tanta humildad en el corazon, que sinceramente confesaba á Dios y á toda la corte celestial, que habia ella sola recibido de su divina Majestad mas dones y beneficios que Judas, y que todo su amado pueblo; y que con mas alevosa y desleal ingratitud que Judas habia conspirado contra su Majestad, y que con mayor perfidia y cruel-

dad le habia crucificado que aquel ingrato pueblo ; y con esta santa consideracion humillaba su alma , y la ponia debajo de los piés de los condenados y del maldito Judas , y desde aquel abismo enviaba voces, gritos y lamentos á su amado y ofendido Dios , diciéndole : Benignísimo Señor mio, ¿ cómo puedo yo darte gracias de que me sufras, siendo mis maldades mil veces mayores que las de Judas? Tú le hiciste tu discípulo, y á mí tambien me has hecho tu discípulo : perdonástele sus pecados, y yo tambien confio de tu piedad y misericordia me perdonarás los mios : dístele á él la dispensacion de las cosas temporales ; y á mí , ingrata , me has dispensado tantos dones y gracias de tesoros espirituales : á él le diste virtud para obrar milagros ; y á mí me los has hecho obrar mayores, conduciéndome voluntariamente al lugar y hábito religioso en que me hallo. ¡ Oh Jesús mio! Yo te he vendido con alevosa perfidia, no una sola vez como este infeliz discípulo, sino infinitas. ¡ Oh Dios mio! Bien

sabeis que ha sido mas alevosa mi perfidia que la de Judas, cuando con pretexto y especie de virtud os he dejado, y me he entregado á las prisiones de la muerte; y si tanto te afligió la ingratitud de tu escogido pueblo, ¿cuánto te habrá afligido la mia, pues ha sido mayor y mas execrable, habiendo recibido de tí, verdadero bien mio, mayores beneficios y gracias? ¡Oh Señor mio dulcísimo! yo te alabo y bendigo de todo mi corazon porque me has sacado del Egipto del mundo, del cautiverio de los pecados, y de las manos del crúel Faraon: digo, del demonio infernal, que dominaba á su arbitrio mi pobre alma; y me has llevado, Dios mio, por medio de las aguas del mar de la vanidad mundana con los piés enjutos á la soledad del desierto de la santa Religion, donde infinitas veces me has alimentado de tu dulcísimo y sabroso maná, el cual me ha sabido á todo género de gustos; de modo que todos los placeres y deleites del mundo me han sido amargos y desabridos en comparacion del

menor consuelo tuyo. Agradézcote, Señor y Padre mio benignísimo, que me hayas dado la ley, no una sino muchas veces con tu dulcísima y santísima boca en el monte Sínai de la santa oracion, escrita con el dedo de tu piedad en tablas de piedra de mi duro y rebelde corazon (*Exod.* XXXI. — *Deut.* IX. — *Véase en el dolor* 7.°). Te agradezco, Redentor mio benignísimo, la ayuda que me has dado contra todos mis enemigos y vicios capitales; y conozco que todas las veces que he vencido en mis combates, tuya ha sido la victoria; y si he quedado vencida, ha sido únicamente por mi malignidad y por el poco amor que te tengo. Tú, ó Señor, has nacido por gracia en mi alma, y me has mostrado el camino y la luz de la verdad para ir á tí, verdadero paraíso, entre las tinieblas y oscuridades del mundo. A tu misericordia debo el ver, el oir, el hablar y el caminar, porque verdaderamente yo estaba ciega, sorda, muda y coja para todas las cosas espirituales; y me has resucitado en tí,

verdadera vida, que das vida á todos los vivientes. Mas, ¡oh Dios mio y Redentor mio! ¿Quién te ha atado á la columna y azotado? yo. ¿Quién te ha crucificado? yo. ¿Quién te ha dado hiel y vinagre para apagar tu sed? yo. Y pasando así por todos esos penosos discursos con copiosas lágrimas y suspiros, segun la gracia que el Señor la daba, concluyó diciendo: Señor mio, ¿sabes por qué te digo que he he hecho contra tí todas estas cosas? Porque he hallado la luz y conocimiento en tu luz (*Psalm.* XXXV); y así sé muy bien que mucho mas te afligieron los pecados mortales que cometí, que los verdugos que entonces atormentaron tu sacratísimo cuerpo con tanto rigor y crueldad; y no es necesario que me digas mas del grandísimo dolor que te causó la ingratitud de todas las criaturas: que despues que me has dado la gracia de conocer á lo menos en alguna pequeña parte mi grande ingratitud, considero por tu especial inspiracion y gracia todo lo que han hecho y obrado contra

tí todas las criaturas; y con esta consideracion me falta el espíritu, y me admiro, Jesús mio, de tanta caridad y paciencia como has mostrado con nosotras, vilísimas criaturas tuyas: pues no dejas, ni cesas jamás por esto de socorrernos en todas nuestras necesidades espirituales y corporales. Y así como, Dios mio, no pueden saberse las cosas innumerables que has criado en el cielo, en la tierra y en todos los demás elementos para nosotros, tus indignísimas criaturas, así no se puede saber ni comprender nuestra indecible ingratitud; y tambien confieso, Señor mio, y creo, que solo tú mismo sabes y puedes saber cuál y cuán grande fue aquella amarguísima saeta que te penetró el corazon por la ingratitud de tantas criaturas, cuantas fueron, son y serán jamás; cuya verdad conozco y confieso por mí y por todas las criaturas: que como no pasa mes, ni dia, ni hora, ni momento, sin que participemos de sus beneficios y gracias; así no pasa instante de tiempo sin infinitas ingra-

titudes nuestras; y esto creo, conozco y confieso que fue uno de los mas crueles dolores y penas de tu afligida alma santísima.

TRATADO CUARTO.

DEL MODO DE CONSOLAR Y AYUDAR Á LOS ENFERMOS Á BIEN MORIR.

Infirmus eram, et visitastis me. (*Matth.* **xxv, 36**).

CAPÍTULO I.

Cuán grande sea la obra de ayudar á los enfermos.

Clara cosa es que la salud verdadera del hombre no está en la vida, sino en la muerte; porque donde cayere el árbol, allí tendrá siempre su morada (*Eccles.* XI); de que se infiere, que el ayudar á bien morir á los enfermos es obra de no pequeña caridad, y mayor dc lo que muchos se imaginan: porque si se considera el hom-

bre que se ha de salvar, lo hallamos de inestimable valor, habiendo sido criado á imágen y semejanza de la Trinidad altísima: despues de esto, si se vuelve el pensamiento á las obras que el Hijo de Dios ha hecho por salvarle, ¿quién podrá jamás comprender la estimacion y grandeza de la salud humana? Y finalmente, si se considera el fin principal de ella, que es la gloria de Dios, queda de todos modos inefable en su grandeza.

CAPÍTULO II.

De las consideraciones que debemos hacer cuando nos llaman á ayudar á los enfermos.

Para excitarnos mejor á la caridad cuando nos llaman á ayudar á los enfermos, demás de las consideraciones sobredichas, debemos de premeditar las cosas siguientes: la primera, que no nos llaman estas ó aquellas personas, sino Dios, que

nos da por ejemplo á su Hijo santísimo, al cual envió desde el cielo á la tierra para redimir y salvar al mundo: donde considerarás cuán infatigable se mostró siempre por nuestro bien, sin que el frio, el calor, el hambre, la sed, ni pena alguna, ni aun la ignominia de la cruz detuviese el curso de su fineza. Así, pues, si no quieres contristar á tu Señor, está advertido para no rehusar este piadoso y caritativo oficio por motivo alguno, no por cansancio, no por alguna comodidad propia, no por alguna mortificacion ó pena que se padece en los aposentos ó estanques de los enfermos, y últimamente considera aquella sentencia del Señor: *In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis: Con la misma medida con que midiéreis, seréis medidos.* (Marc. IV, 24).

CAPÍTULO III.

De los medios principales de que necesitamos para ayudar á los enfermos.

Para ejercitar bien esta santa obra de ayudar á los que están para morir, necesitamos de cinco cosas : de la buena vida, de la desconfianza de nosotros mismos, de la confianza en Dios , de la oracion , y de saber el arte y modo de ayudarlos. Pero habiendo discurrido ya de las cuatro primeras en el Combate espiritual, trataré solamente en este lugar, con el auxilio divino , de la quinta con toda la brevedad posible.

CAPÍTULO IV.

De los estados diferentes en que pueden hallarse los enfermos.

Cinco me parece que son los estados en que suelen hallarse los enfermos: el primero, de los que por caidas, heridas, ú otros varios accidentes están para morir en breve espacio de tiempo; el segundo, de los que lo tienen mas largo, pero no quieren conformarse con la voluntad divina; el tercero, de los que están conformes y pueden ejercitar las potencias del alma en actos de virtudes; el cuarto, de los que, ó ya no sienten, ó no pueden sino con suma dificultad hacer algun acto de virtud; y en el quinto estado pondrémos los que habiendo salido del peligro empiezan á mejorar y restablecerse.

CAPÍTULO V.

Del modo de ayudar á los del primer estado.

El modo de ayudar á los que están luchando y combatiendo con la muerte, es que si considerada la gravedad del accidente, reconocemos que les permitirá media hora de vida, la estimemos apenas medio cuarto; y empezarémos á ayudarles con las cosas mas principales y necesarias á la salud eterna: pues si se alargare la vida, se podrá despues acudir á las demás urgencias. Por ejemplo: si hallamos uno que está en el punto de espirar, el socorro que se le dará será el decirle: Hijo mio, duélete de haber ofendido tantas veces y de tantos modos á un Dios que con amor indecible te ha criado á su semejanza, y siendo tú esclavo de la culpa, te ha redimido con la sangre y con la muerte de

su propio Hijo; pídele con confianza, en nombre y en virtud de la preciosa sangre que por tí ha derramado, perdon de tus pecados; y si alguno te ha ofendido, perdónale de todo corazon, y dí: *Jesu Salvator mundi, miserere mei: Jesu dulcissime, sis mihi Jesus: Jesu Pastor bone, suscipe spiritum meum. Sancta Maria, succurre mihi misero peccatori. Sancti Dei omnes, intercedere dignemini pro mea salute. Jesús mio, Salvador del mundo, tened misericordia de mí: dulcísimo Jesús, sed para mí Jesús y salud de mi alma: Jesús, Pastor bueno y amable, recibid en vuestras manos mi espíritu. María santísima; socorred á este miserable pecador. Santos y cortesanos del cielo, rogad por la salud de mi alma á la divina Majestad;* y si tuviere mas tiempo de vida, se le dirá que confiese sus pecados en esta forma: Me pesa de haber pecado en tal y en tal cosa muchas y repetidas veces, procurando acabar cuanto antes; porque si despues el mal diere treguas, se le preguntarán aque-

llas particularidades y circunstancias que son mas necesarias; y procediendo de este modo y con esta prudencia no morirá el enfermo sin ayuda suficiente para salvarse.

CAPÍTULO VI.

Del modo de ayudar á los enfermos del segundo estado, que son los que tienen mas largo tiempo de vida para disponerse y rehusan conformarse con la voluntad divina.

Como el socorro de los enfermos de este segundo estado consiste en disponerlos para que reciban dignamente los Sacramentos, para que tomen horror á esta miserable vida, y se desprendan del amor de las cosas terrenas; y asimismo para fortalecerlos contra las tentaciones del demonio, que procura no se conformen con la voluntad de Dios, ni abracen el duro golpe de la muerte con los falaces pretex-

tos de la mocedad, de las dignidades, de la obligacion á los hijos, del temor de sus pecados y del tremendo juicio divino, por no haber hecho penitencia de ellos, ni atendido á tiempo al bien de sus almas: por tanto se tratará de todas estas cosas en los capítulos siguientes, como tambien de las causas por que en la enfermedad se procura diferir la confesion, y de dos medios para persuadir á los enfermos de cualquier estado que abracen sin dificultad la muerte.

CAPÍTULO VII.

Del primer retrato de las miserias de esta vida, delineado en auxilio de los enfermos del segundo estado.

Siendo llamados á ayudar á los enfermos del segundo estado, se debe antes de entrar en el aposento del enfermo preguntar con buen modo á su familia las costumbres y calidades de su persona y de su

vida, si no lo conocemos, porque con esta luz y noticia se abrirá el camino de ayudarle y de inclinarle á la virtud; y entrando despues en el aposento, dirémos: *Pax huic domui: La paz de Dios sea en esta casa* (Luc. x, 5); y preguntarémos al enfermo la calidad de su mal, y cómo se halla, mostrándole siempre en las palabras y en el semblante afecto de amor y compasion, y deseo de todo su bien. Quedando despues un poco como pensativo, dirémos la sentencia siguiente con aquella voz y modo que mas convinieren á su enfermedad: *Occupatio magna creata est omnibus hominibus, et jugum grave super filios Adam à die exitus de ventre matris eorum, usque in diem sepulturæ, in matrem omnium: Verdaderamente que todos los hombres están sujetos á un grande trabajo, y que todos los hijos de Adan tienen sobre sí un pesado yugo desde el dia en que salen del vientre de su madre, hasta el dia de la sepultura en que vuelven á la tierra, madre comun de todos.* (Eccli. XL, 1). Esta

sentencia y estas palabras son, hijo mio, el verdadero y natural retrato de la vida miserable del hombre, la experiencia de todos lo confirma, y lo que mas que todo lo autoriza es ser un retrato hecho por el Espíritu Santo, que no puede mentir ni engañar á alguno. Mirémosle, pues, todos, y volvamos á mirarle frecuentemente, porque son maravillosos sus frutos; estos son el desprecio de nuestra vida mortal, y el deseo de la celestial, que es eterna, y no está sujeta á miseria alguna. No le pareció bastante decir solamente: *occupatio et jugum, trabajo y yugo;* y así expresó tambien *magna et grave, grande y pesado:* ni se contentó con la palabra *hominibus, á los hombres,* sino que añadió *omnibus, á todos:* y finalmente despues de haber dicho *à die exitus de ventre matris eorum, desde el dia en que salen del vientre de su madre;* añadió *usque in diem sepulturæ in matrem omnium, hasta el dia de la sepultura, en que vuelven á la tierra, madre comun de todos.* ¿No te parece, hi-

jo mio, que podemos llamar feliz al que mas se avecina á la muerte, ó por decirlo con mas propiedad, á la otra vida? Pues este se halla mas próximo á salir de las miserias de este destierro, que suelen ser de ordinario las enfermedades, y que podemos considerar mas venturosos á los muertos, como dijo el Sábio: *Melior est dies mortis die nativitatis: Mejor es el dia de la muerte del hombre, que el de su nacimiento.* (Eccli. VII).

CAPÍTULO VIII.

Del segundo retrato de la vida miserable del hombre.

En otro lugar de los muchos que hay, nos pone á la vista la Escritura el retrato de nuestra vida miserable, diciendo: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis: Nace el hombre de mujer, vive poco tiempo; y ese vo-*

co tiempo que vive está lleno de miserias. (Job, XIV, 1). ¡Oh vida del hombre, no solo miserable, sino miserabilísima! Si estás llena de tantas miserias, ¿cómo puede caber en tí el mas leve placer, que sea verdadero y no fingido? ¡Oh infelicísima vida, no solamente llena de una suerte de miserias, sino de infinitas una peor que otra, siendo el término de una principio de otra, y aun de otras muchas! En estas miserias pensaba aquel gran filósofo *(Heráclito Efesio)* que cada vez que veia un hombre lloraba amarguísimamente *(Marc. Ant. Coccio Sabellico, l. 5 exemplor., cap. 2.* — Vide *Beyerlinch. in Theatr. verb.* Commiseratio et Misericordia), pareciéndole que veia un bello vaso, pero muy frágil, y sujeto á innumerables accidentes. Esto mismo consideraba aquel pueblo que recibia al recien nacido con llantos, y celebraba su muerte con regocijos. Bocado amargo es la representacion de los dos retratos referidos; pero para quien tiene sano el paladar y el entendimiento,

es dulce lo que se sigue: *Brevi vivens tempore... quasi flos egreditur et conteritur; et fugit velut umbra: Vive* (el hombre) *poco tiempo... nace como la flor, luego se marchita y desvanece como la sombra.* (Job, ibid.). Lo que tiene de bueno este rápido curso de nuestra vida es lo breve de ella, porque considerando el cristiano cuán presto ha de pasar de las miserias de este mundo á la bienaventuranza del cielo, á la fruicion y gozo de su Señor (*Matth.* XXV), no puede dejar de regocijarse, y de tolerar con ánimo paciente cualquiera miseria y tribulacion por pena de su pecado, y por agradar á Dios. Tan dulce es la consideracion de la brevedad de nuestra vida, que no solo á los fieles, sino á los infieles mismos ha sido apetecible la muerte, y tanto, que ha habido muchos que por llegar á ella mas pronto se la han tomado con sus propias manos. Escribe Valerio Máximo (*lib.* 8, *cap.* 9) de un filósofo (*Hegesias Cirenáico*) que referia y representaba con tal viveza las miserias de esta vida, que

inspiraba en muchos el deseo de darse la muerte, y fue preciso que el rey Ptolomeo le prohibiese el discurrir y hablar de semejante materia. Pues si estos paganos que no tenian luz codiciaban la muerte por huir solamente de las calamidades de esta vida, nosotros que por la gracia de Dios somos cristianos, y creemos llena la otra, no de miserias, sino de tales felicidades, que ni los ojos jamás han visto, ni los oidos escuchado (*Isai.* LXIV, 4), ¿serémos tan insensatos, y estarémos tan ciegos con nuestras pasiones y vicios, que no deseemos hacer este dichoso tránsito de las miserias de la tierra á las felicidades del cielo, que no tendrán jamás fin, y escucharémos con repugnancia la voz de nuestro divino Pastor, que sacándonos de esta tierra llena de lobos voraces, nos llama á su aprisco? (*Joan.* X, 16).

CAPÍTULO IX.

Del tercer retrato de la vida humana.

Ya has mirado y considerado en los dos retratos antecedentes las miserias de la vida humana: vuelve ahora los ojos del entendimiento á este tercer retrato de donde han tenido su orígen los dos primeros. Míralo y obsérvalo cuanto quisieres, que siempre lo encontrarás amargo: *Mulieri quoque dixit: Multiplicabo ærumnas tuas, et conceptus tuos, in dolore paries filios, et sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui. Adæ vero dixit: Quia audisti vocem uxoris tuæ, et comedisti de ligno, ex quo præceperam tibi, ne comederes, maledicta terra in opere tuo, in doloribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ. Spinas, et tribulos germinabit tibi, et comedes herbam terræ. In sudore vultus tui vesceris pane, donec revertaris in terram, de qua sum-*

ptus es; quia pulvis es, et in pulverem reverteris: Multiplicaré tus aflicciones y trabajos, dijo Dios á Eva, *y los partos de tu vientre: parirás con dolor tus hijos, estarás sujeta al varon, y debajo de su poder y dominio*. Y despues dijo á Adan: *Porque diste oidos á tu mujer contra lo que te habia mandado, y comiste del fruto del árbol vedado, y de que te mandé no comieses, será maldita la tierra, no correspondiendo á su cultivo, ni á tu trabajo; te alimentarás de ella á fuerza de la fatiga de tu cuerpo y de la labor de tus manos todos los dias de tu vida: sus frutos serán espinas y abrojos, y comerás de las yerbas que produjere, y del pan que solicitares con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado; porque polvo eres, y te convertirás en polvo*. No crea alguno que sea solamente de los pobres este retrato, porque es universal y comprende indistintamente á todos, pobres y ricos, nobles y plebeyos, príncipes, reyes, emperadores y papas; y es-

tos últimos están sujetos á padecer mayores aflicciones, afanes y agonías en sus ánimos que padecen los pobres en sus ánimos y en sus cuerpos. Sea el último retrato la forma de nuestro cuerpo: pues siendo su forma de cruz, nos declara bien que es la vida humana una cruz continua: quien está en cruz es preciso que viva crucificado: y así el alma en la prision y cárcel de este cuerpo mortal, ha de padecer tormentos quiera ó no quiera.

De lo que se ha dicho hasta ahora se ve claramente ser la vida del hombre miserable y miserabilísima, y que no hay industria ó arte alguna que pueda hacer que no sea miserable. La muerte sola es la que si se abraza con voluntad y gusto cuando Dios la envia, nos libra y saca de cualquier miseria; y á los que dicen haber encontrado agradable y deliciosa esta vida, y que por esto les parece cosa muy dura el dejarla, se les puede responder, que les sucede puntualmente lo que á los enfermos, que por tener viciado el paladar juzgan y

perciben lo amargo por dulce, los alimentos buenos por malos, y los malos por buenos; y así para hacerlos capaces de la verdad se les puede decir:

Lo primero, que si no tuviesen oscurecido el entendimiento con la vida habituada en el mal, y sujeta á tantas pasiones, no hablarian de esta suerte; y si tuviesen discrecion para considerar y poner de una parte los afanes y las fatigas que han padecido por gustar un falso y breve deleite, y de otra parte este momentáneo deleite, no serian de este dictámen: que pregunten á aquellas almas iluminadas de Dios que tanto aborrecian las cosas presentes, y suspiraban por las eternas de la otra vida; ¿por qué san Pablo deseaba morir y estar con Cristo *(Philip.* 1, 23), y el rey David se tenia como por ofendido, y se lamentaba de que se le alargase tanto el destierro de esta presente vida *(Psalm.* CXIX); sino porque conocian bien la poca ó ninguna estimacion que merece; y que es mas digna de ser vilipendiada y despreciada,

que amada y apetecida, por estar llena de tantas aflicciones? Y así toda razon persuade, que rindan su entendimiento al de tantos filósofos y tantos escritores de alto ingenio, que concordemente declaran y manifiestan que la vida humana está toda llena de afanes y miserias.

Lo segundo, que si queremos oir lo que todos dicen, tanto pobres como ricos, hallarémos que todos llaman infeliz y mísera nuestra vida.

Lo tercero, que si están tan ciegos y obstinados que no quieran dar crédito al parecer de los demás hombres, habrán de sujetarse forzosamente al Espíritu Santo, el cual dice que la vida del hombre está llena de miserias (*Job*, XIV, 1); y yo no sé cómo sea posible, que una cosa que esté llena de miserias pueda ser deliciosa y agradable.

Lo cuarto, pregunto á aquellos, en cuyo ciego parecer y falso juicio es deliciosa la vida humana, que me digan, ¿si entre los placeres que han hallado en la

suya, se ha mezclado alguna vez alguna amargura? Porque si esto les ha sucedido, ¿cómo pueden llamarla deliciosa, siendo tal la propiedad de lo amargo, que todo lo desazona y convierte en amargo, y siendo asimismo de tal condicion el corazon humano, que la dulzura pasada no solo no le da mas gusto, sino que lo llena de mayor amargura con su memoria? ¿ De qué sirve al convidado haber satisfecho su apetito con los manjares de dos ó tres platos, si los últimos le llenan de amargura y veneno el corazon? Pero supongamos que esta errada opinion sea verdadera y cierta, y que esté llena de gustos y delicias la vida humana sin la menor mezcla de amargura ó desabrimiento; ¿dejará por esto de ser breve, y de acabarse luego? ¿ Se podrá negar que no es amarguísimo su fin sobre todas las dulzuras, gustos y contentos pasados? Pero aunque fuese muy larga, y sin fin, por decirlo así: ¿cuál es mas larga, esta temporal del mundo, ó la eterna del cielo? ¿Cuál es mas alta y mejor? Aquí se

goza de las criaturas ; allá del Criador con inefable gusto y contento : aquí se trata con hombres interesados, perversos y sin fe; en el cielo se goza de la compañía de tantas almas santas y espíritus angélicos, que se aman con ardiente y recíproca caridad ; y sobre todo se goza indeciblemente de la increada hermosura de Dios : de manera, que aun segun su ciego parecer y falso juicio, no debe el hombre rehusar el morir cuando Dios lo llama á la otra vida, pues pasa á un estado sin alguna comparacion mas feliz y mas alto. ¿Y cómo podrá llamarse hombre de sano juicio el que deseando una cosa, se lamenta y no apetece la mejor pudiendo con menos costa lograrla luego? ¿Qué es mas difícil al hombre, dejar esta presente vida contra su voluntad, ó dejarla con su voluntad y gusto? ¿Dejarla para ir al instante á la muerte eterna, ó dejarla para ir á la verdadera vida, bienaventurada y eterna?

CAPÍTULO X.

Cómo se ha de ayudar á los que padecen tentaciones por morir en la juventud.

Otros son tentados porque les parece que la muerte los alcanza muy presto, por hallarse aun en la edad florida de la juventud. A estos se dirá : Si tú, hijo mio, supieses bien considerar la brevedad de nuestra vida, verias claramente que de ningun modo la conviene esta voz *presto, ó tarde.* ¿Qué otra cosa es esta vida que un breve relámpago? ¿Una sombra que va siempre huyendo de tí? ¿Un viento que velozmente pasa? ¿Aun no has advertido que las cosas de este mundo engañoso se acaban en el mismo punto que se gozan? ¿Y que cuanto mas se vive, mas se muere? *Præcisa est,* decia el rey Ezequías, *velut à texente vita mea ; dum adhuc ordirer, succidit me : de mane usque ad vesperam fi-*

nies me: Cortaste, Señor, el hilo de mi vida con la facilidad que se corta la hebra en el telar cuando se teje la tela. (Isaiæ, XXXVIII). Breve es esta vida, y esta brevedad es siempre incierta; porque no se sabe si nuestro Señor en cuyas manos está la vida y la muerte de todos vendrá *sero, an media nocte, an galli cantu, an mane: si de dia, si de noche, si por la mañana, ó por la tarde.* (Marc. XIII, 35). ¡Oh vida no solamente dudosa y ciega, sino vivo afan! Conocerás claramente esta brevedad de la vida si reduces á tu memoria alguna de las acciones que hiciste cinco ó seis años á esta parte, y otra de las que ejecutaste diez ó doce: porque apenas conocerás distancia de tiempo entre una y otra; y ten por cierto, que aunque hubieses vivido desde el tiempo de Adan hasta el dia presente, siempre te pareceria que morias presto. Esto procede de que tienes la voluntad asida al amor de las criaturas; pues si tuvieses purgado el afecto, dirias con el Profeta: *Heu mihi, quia incolatus meus pro-*

longatus est: ¡Ay de mí, que se me dilata mucho el destierro de la patria celestial! (Ps. CXIX). Últimamente si queremos comparar esta momentánea vida con la eternidad de la otra, ¿no la reputarémos por un instante? Pero supongamos como posible que á medida de nuestro deseo se nos concediese una larga vida: ¿esto es digno de desearse en un valle de miserias? ¿Qué cosa es vivir largamente, sino estar largamente lleno de aflicciones? Todos somos peregrinos *(I Petr.* II, 11), y andamos por caminos llenos de lazos *(Psalm.* LVI, 7), de enemigos, de errores, de afanes, de ocasiones de pecados; ¿y tú te dueles de haber llegado al término de tu peregrinacion, y al fin de las fatigas y peligros de esta vida? ¡Oh vida miserable y engañosa, á cuántos con tu largo espacio has infundido sueño y descuido, y has hecho quebrar la nave de la vida rica de virtudes y perfecciones espirituales en escollo de una ruina eterna! Quien nace, muere: si has de morir, ¿por qué apeteces tanto la tar-

danza de la muerte, sufriendo el molesto y congojoso pensamiento de que has de morir un dia? Muy necio seria el que estando condenado á muerte con otros muchos rogase al juez por ser el último en quien se ejecutase la sentencia. ¿Por qué decimos á Dios todos los dias *fiat voluntas tua?* (Matth. VI, 10) : *Hágase tu voluntad,* si despues somos rebeldes á sus preceptos? ¿Ó por qué decimos : *Adveniat regnum tuum : Vénganos vuestro reino,* si tanto nos agrada la intolerable esclavitud de esta vida? Grande es tu obligacion, hijo mio, de dar gracias á Dios, porque se digna de llamarte luego á su reino, y á gozar de su vista y presencia; dáselas, pues, conformándote con su voluntad, porque de otro modo tendrás un perpétuo arrepentimiento sin nigun fruto.

CAPÍTULO XI.

De la ayuda de aquellos que por hallarse constituidos en dignidades no quieren morir.

Son fuertemente tentadas las personas que se hallan constituidas en alto grado de dignidad, cuando se acercan á la muerte, porque rehusan el morir. A estas personas se puede decir, que las dignidades de este mundo son mas dignas de nuestro menosprecio que de nuestra estimacion; siendo cierto que las mas altas se hallan amenazadas de mayores peligros; y que los que las gozan, semejantes á los que se hallan en la cima de un alto edificio, están expuestos al precipicio y á la violencia de los rayos, y sujetos al frio de las cosas celestiales y de las virtudes verdaderas, y al calor del amor de las vanidades del mundo y de los vicios. Demás de esto, exceptuando algunos gran-

des varones que las han huido ó gozado sin algun apego; yo no he leido ni oido jamás que los honores y dignidades traigan consigo el descanso para esta vida, ó la salud para la otra : porque no son sino materia de inquietudes y agitaciones interiores, y ocasion de una condenacion eterna. Los afanes que las dignidades causan al corazon por los peligros grandes á que están sujetas, lo conocieron bien muchos gentiles que huyeron de las coronas, sin que los cegase su resplandor, como lo refieren las historias : dejo de nombrar innumerables reyes y emperadores cristianos, príncipes y princesas, que pisando con menosprecio heróico el fausto de las diademas, abrazaron la vida monástica. Acuérdate tú mismo de los disgustos y afanes que has tenido en tu dignidad, por no haber logrado en ella todas aquellas condiciones y calidades que se proporcionaban con tu gusto, y de los deseos impacientes de subir á otras mas elevadas, y de las noches en que te habrá robado el sueño este ansioso cuidado.

¡Oh ciego mundo, qué vano eres y engañoso! Despues de esto, hijo mio, cuán amarga te será la memoria de la muerte, sabiendo ya, que, ó quieras ó no quieras, te ha de quitar las dignidades con la vida. Pero si tanto te enamoran y agradan las dignidades, desprecia de todo corazon las terrenas por agradar á Dios, que su divina bondad te dará sin duda en el cielo tal dignidad, que excederá infinitamente á cualquiera otra del mundo. No seas tan imprudente que quieras perder la una y la otra, y el alma y el cuerpo; lo cual sucederia si murieses (lo que Dios no permita) sin desnudarte del amor y afecto de las cosas mundanas, y sin conformarte con la voluntad del Señor.

CAPÍTULO XII.

Del modo de socorrer á los que sienten el morir por causa de sus hijos.

Hay algunos que dicen que moririan gustosos, pero que por tener hijos que necesitan de su gobierno y direccion, no pueden conformarse con la voluntad divina. Pregúntemos á estos, ¿qué cosa les importa mas, que mueran en gracia de Dios, ó que sus hijos tengan alguna felicidad en este mundo? Pues si su salud eterna les es mas importante sin comparacion que todos los bienes temporales de sus hijos, ¿no seria locura no desnudarse de aquellos afectos que se la impiden? *Si autem manus tua, vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice abs te: bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus, vel duos pedes habentem mitti in ignem æternum; et si*

oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice abs te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis: Si alguna mano (dice el Señor) *ó algun pié, ó algun otro miembro te sirviere de tropiezo ó escándalo, sepáralo de tí; que mejor te está lograr tu salvacion con la falta de algun miembro, que sin esta falta perderte por una eternidad.* (Matth. XVIII, 8, 9).

Preguntémosles tambien, ¿quién es mas padre de estos hijos, Dios ó vosotros? ¿Quién los ama mas, vosotros ó Dios? ¿Quién puede mas ayudarlos, Dios ó vosotros? Vosotros solamente sois sus padres en órden á la carne y al pecado; pero Dios lo es por las misericordias que les ha dispensado, formándoles por pura piedad suya el cuerpo, y criándoles el alma; y si su divina Majestad por su inefable caridad ha enviado su Hijo al mundo para redimirlo y salvarlo (*Ephes.* II, 4, 5), y particularmente por la salud de vuestros hijos, ¿cómo ha de ser capaz de abandonar-

los, y de no socorrerlos de todos aquellos bienes que fueren necesarios á ella? De los bienes, grandezas y felicidades terrenas no debe el cristiano hacer el aprecio que quisiera nuestra depravada naturaleza, sino solamente el que Dios manda, y para el fin que es de su agrado. Pero no porque el bien de los hijos no proceda de la vida y de la industria de los padres, sino de la bondad y providencia del Señor: *Bona, et mala, vita, et mors, paupertas, et honestas à Deo sunt* (Eccli. xi); no se le prohibe por esto al hombre que trabaje y se fatigue para sí, y para su familia; sino que se le da á entender que debe poner su confianza, no en su industria y trabajo, sino en la providencia de Dios, y recibir despues de su mano todo cuanto le sucede como lo que mejor le esté; de manera, que si es de su santa voluntad que mueras de esta enfermedad, esto será lo mejor, y lo que mas te conviene; y si por causa de tu muerte quedasen tus hijos mas pobres de lo que ahora están, tam-

bien será esto lo que mas les importa. Todo consiste en que abracemos con gusto y con accion de gracias cuanto nos viene de su mano. Siendo, pues, esto así, deja tus hijos en las de su Padre celestial, con segura confianza de que hará por ellos todo lo que les conviniere; y cuida solamente de lo que pertenece á tu alma.

CAPÍTULO XIII.

De aquellos que no mueren gustosos por causa del temor de sus pecados y del juicio de Dios.

Muchos enfermos suelen conturbarse por el temor de sus pecados y del juicio divino, de donde procede el no morir gustosos. A estos dirémos : Cosa muy buena es temer la justicia divina, y los ocultos y altos juicios de Dios, como no se exceda tanto en este temor, que se dé en tierra con la esperanza de su misericordia. Y así

debes saber, que Dios quiere del pecador que piense y considere que ha ofendido á su divina Majestad: que se duela de sus culpas cuanto le sea posible, puramente por agradarle en esto: que desee este dolor, y lo pida á la divina clemencia: que se confiese de todos sus pecados con ánimo resuelto y propósito firme de perder antes la hacienda y la vida que volver á ofenderle: que se resigne en la voluntad de Dios en esta y en la otra vida; y que espere en su misericordia, aunque le parezca que ve efectos contrarios. Quien hiciere todo esto no tiene que dudar, que *vita vivet, et non morietur* (Ezech. XVIII, 21): *Que vivirá eternamente, y no experimentará los rigores de la muerte eterna*, y que sus pecados *si fuerint ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra quasi vermiculus, velut lana alba erunt: Si fueren de color rubicundo como la grana, ó de color bermejo ó rojo como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nieve y de la lana muy blanca* (Isai. I, 18); esto es,

aunque clamen justicia y venganza, significada en el color rubicundo y sanguíneo, se los perdonará Dios usando de misericordia, y lavará las manchas de sus culpas, dejando mas blanca que el armiño su alma. Este, pues, es el punto á donde debe encaminar el pecador todos sus pensamientos y su voluntad, y conformarse con la de Dios, que quiere que se arrepienta de haberle ofendido, y que proponga firmemente no ofenderle mas, sino obedecerle en todo y por todo, haciendo cuanto su divina Majestad nos ha mandado, y nos manda su amada esposa la santa Iglesia católica romana. Todos los demás pensamientos y reflexiones que congojan nuestro espíritu, como por ejemplo: ¿Quién sabe si yo seré del número de los escogidos, ó de los pecadores á quien Dios no perdona? y otras cosas semejantes, son pensamientos y reflexiones de nuestra soberbia, y sugestiones del demonio; porque es tan infinita la misericordia de Dios, tan inefable la satisfaccion que Jesucristo ha dado por todo el

mundo, y tan indecible el afecto y prontitud con que perdona su divina Majestad, que mas regocijado quedará el pecador por esto, cuando sea sapaz de conocerlo, que por el mismo perdon de su pecado.

CAPÍTULO XIV.

Cómo se ha de tratar con aquellos que no quisieran morir por desear hacer penitencia de sus pecados.

No faltan algunos que no quisieran morir, con el motivo ó pretexto de que no han llorado sus pecados ; á estos se dirá : Sabe, hijo mio, que aquel llanto y aquella penitencia es de mayor valor, que mas agrada á Dios, y esta es la penitencia que desea y pide de nosotros. Si su divina Majestad quisiese de tí mas largo llanto, te daria mas larga vida ; luego si ahora te la quita, es indubitable y cierto que la penitencia que desea de tí es la resignacion

de tu voluntad en la suya, doliéndote de no haber antes llorado amargamente las ofensas cometidas contra su divinidad : y si este llanto y resignacion no te agradan, ten por cierto que el deseo que tienes de larga vida no es para llorar, aunque te lo parezea, sino para continuar la vida pasada ; porque hay muchos pecadores que, despues de haber recobrado la salud, se entregan mas desenfrenadamente á sus vicios. Pero si quieres llorar largamente, no te falta el modo, aunque sea corta la vida. Llora tus pecados mas intensa y dolorosamente por ser ofensas de Dios, que por las penas que les corresponden. Llora con el mayor odio de tí mismo y amor de Dios que te sea posible, y con la mayor resignacion á cualquiera pena ó castigo que quisiere darte ; y si no tienes esta resignacion, desea tenerla, y pídela á su divina Majestad ; y sobre todo ofrécele el llanto que hizo por nosotros su Hijo santísimo *(Hebr.* v, 7) á gloria suya.

CAPÍTULO XV.

De la tentacion de diferir la confesion.

No dejará el demonio de tentar al enfermo que se halla en este segundo estado, cuando lo ve cási conforme con la voluntad divina, para que dilate la confesion, dándole á entender que ha menester antes pensar bien sus pecados, haciéndole sentir por entonces algun afan y congoja, y sugiriéndole, que en habiéndose confesado, no le quedará mas esperanza de vida. A esta tentacion responde san Agustin diciendo: *Remedia conversionis ad Deum nullis sunt cunctationibus differenda, ne tempus correctionis pereat tarditate: qui enim pœnitenti indulgentiam promisit, differenti diem crastinum non spopondit* (Tom. III, lib. Sent. à D. Prospero exceptar. sentent. LXXI)... *ipsa enim est res, quæ multos occidit, cum dicunt cras, cras, et subito os-*

tiam clauditur; remansit foris cum voce corvina, qui non habuit gemitum columbinum. (Tom. x, serm. xv de Verb. Domini, cap. xi). *Los remedios de la penitencia y de la conversion á Dios no se han de diferir con excusas y dilaciones, por no perder el tiempo que se nos concede para el arrepentimiento y enmienda; porque el Señor, que prometió el perdon de la culpa, no prometió el dia de mañana. Esta vana esperanza ha perdido á infinitos, que diciendo: cras, cras, mañana, mañana, han hallado despues cerrada la puerta, y quedádose de la parte de afuera con la voz del cuervo, por no haber formado á tiempo el gemido de la paloma.* Por esta causa, hijo mio, *geme ut columba, et tunde pectus: gime ahora y llora tus pecados.* Si se te ofreciese la salud del cuerpo, es cierto que no dirias *mañana;* pues ¿por qué lo has de decir, cuando se te ofrece la del alma, que es la suma de la felicidad? ¿Conoces tu grande error? ¡Ay de mí, hasta los poetas gentiles te re-

prenden y condenan! Horat. (*Epist. lib.* I, *ad Lollium Epist.* II).

. . . . . *Nam cur*
Quæ lædunt oculum, festinas demere: si quid
Est animum, differs curandi tempus in annum?
Ovid. (*De remed. lib. I*).
Sed propera: nec te venturas differ in horas.
Qui non est hodie, cras minus aptus erit.

Como si dijesen: *¿Es posible, hombre, que pongas tanto cuidado en sacar la paja que te molesta los ojos, y que el remedio de tu alma le difieras de año en año? Date priesa, no dilates el remedio de lo que mas te importa; porque si hoy no lo hicieres, menos lo harás mañana.* Y así dice Dios (*Eccli.* V, 8, 9): *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem; subito enim veniet ira illius, in tempore vindictæ disperdet te: No dilates el convertirte al Señor, ni difieras de dia en dia el remedio de tu salvacion: porque su ira vendrá de repente, y si te hallare desprevenido, te condenará para siempre.*

Ea, pues, hijo mio, comencemos en el

nombre del Señor la confesion; porque mañana sobre los demás peligros te amenaza el mal, mayor afan y congoja que ahora sientes: y por ventura este afan y congoja son puramente industria y arte del demonio para impedirte la confesion; y así empecemos, que en lo que mira á no haber hecho un diligente exámen, déjalo por mi cuenta, que yo te prometo que con facilidad te lo traeré todo á la memoria. Es error y locura el pensar que el confesarse quita al enfermo la esperanza de la salud corporal, porque antes bien sucede lo contrario. Por los pecados envia Dios muchas veces las enfermedades; y así quitándose por medio de la confesion los pecados, que son la causa de la enfermedad, viene tambien á quitarse el efecto. Esto nos lo muestra claramente el Señor en el Evangelio; pues queriendo sanar los enfermos, primero les perdonaba los pecados; y despues de haberles dado la salud, les advertia que no reincidiesen en el pecado, para que no sobreviniese mas peligrosa enferme-

dad con daño mayor suyo. (*Joan.* v). *Ecce sanus factus es : noli amplius peccare, ne deterius tibi aliquid contingat.*

CAPÍTULO XVI.

De las principales causas por que el pecador va dilatando la confesion.

Cuatro son las causas principales por que el pecador dilata la confesion : el trato y comercio deshonesto, el odio contra el prójimo, la hacienda mal adquirida, y la vergüenza de confesarse. En cuanto á la primera causa, se advertirá que si la persona con quien se tiene el comercio deshonesto no está ausente, es menester alejarla del enfermo, de modo que no la vea mas, ni tenga algun aviso ó noticia de ella. Despues se dirá al enfermo : Bien veo que el dilatar la confesion nace de parecerte cosa dura el dejar á quien tanto amas ; pero si amas mucho á tu amiga, y tu amiga te ama igual-

mente, ¿cómo podeis decir con verdad que os amais recíprocamente, si el uno persigue mortalmente al otro con este amor? Amar no es otra cosa que querer bien á la persona amada, y desearla todo el bien y felicidad posible; pero no es esto lo que hace vuestro amor, el cual tiene dentro de sí tal veneno, que en el mismo tiempo que os amais, os da velozmente la muerte. Mientras amas á tu amiga, te matas á tí y matas igualmente á tu amiga; y mientras tu amiga te ama, se da á sí misma y á tí juntamente la muerte eterna. Si tanto gustas de amarla, ámala; pero sin este mortal veneno, y con aquel amor que á tí y á ella os procure el bien y la salud del alma. Su bien y el tuyo consiste en dejarla, para que se convierta y ame al que la crió y redimió, y para que llore su pecado y la gravísima ofensa que ha cometido contra su divina Majestad. Sabe, y no hablo sin fundamento ni me engaño, que está con firme resolucion de no continuar en vuestra ilícita comunicacion por bien de su al-

ma y de la tuya. Y así conviene que hagas lo mismo por la salud de tu alma y de la suya, y principalmente por agradar á Dios. Inútiles y vanas serán todas tus repugnancias y pensamientos contrarios, porque, ó quieras ó no quieras, forzosamente la has de dejar. ¿Serás, hijo mio, tan loco y tan obstinado, que quieras mas dejarla con tu condenacion eterna, que con el logro de la amistad de Dios y de su reino?

CAPÍTULO XVII.

De la segunda causa, que es el odio contra alguno.

Para quitar esta segunda causa del odio contra alguno, se le dirá al enfermo: Paréceme, hijo mio, que tú quieres mostrarte soldado pundonoroso, sin entender el arte y las leyes de la milicia. ¿A quién has visto jamás que queriendo vengarse de su enemigo, elija el medio de darse á sí mismo la

muerte? ¿De qué soldado de honra has oido que habiéndose alistado debajo de la insignia de un capitan, le sea decoroso militar en la de su enemigo? Tú por la gracia de Jesucristo, nuestro capitan, eres cristiano, y en el santo Bautismo te has alistado por soldado suyo, y así estás obligado á militar segun las leyes de la milicia cristiana. En esta milicia se combate solamente contra el pecado y contra las pasiones que inducen al pecado; quien obra de otra suerte y combate contra su hermano, no es soldado de Cristo ni soldado de honor, sino soldado rebelde y digno del infierno. Y si tan bien hallado estás con el enojo y con el deseo de la venganza, tómala de tí mismo, que con tanta impiedad y frecuencia has ofendido á Dios, á tu alma y á la del prójimo: enójate, digo, con tus pasiones desordenadas, y combate contra el pecado; y si quieres pelear con quien te ha ofendido y vencerlo con sumo honor tuyo, combate con las armas y en el modo que enseña nuestro capitan Jesucristo. Ves aquí las ar-

mas con que quiere Cristo que se combata con los enemigos, y el modo de vencerlos gloriosamente: *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros: Amad á vuestros enemigos, dice su divina Majestad.* (Matth. v, 44). El mundo ciego juzga que es infamia y deshonor el no vengarse de los enemigos, y cobardía y vileza de ánimo el perdonarlos y hacerles bien. ¡Oh Señor, oh Señor, oh Dios mio omnipotente! ¿Por ventura sois Vos cobarde y no teneis honor, cuando perdonais á vuestros enemigos y derramais en ellos vuestras gracias y misericordias? Vos, que teneis por propiedad el perdonar, ¿teneis segun este impío y ciego juicio del mundo por propiedad la cobardía y el deshonor? Vuestro santísimo Hijo cuando pendiente en el árbol de la cruz decia: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Luc. XXIII, *v.* 34); ¿hacia un acto de vileza y de pusilanimidad porque rogaba por los enemigos que le crucificaban? ¿Por ventura todos tus

heróicos siervos, todos tus invencibles Apóstoles, todos los Mártires, todos los reyes y emperadores cristianos y santos, y todos los soldados de tu milicia han sido cobardes y viles, porque todos han perdonado á sus enemigos y procurado favorecerlos, honrarlos y hacerles bien? ¡Oh ciego mundo y sobre toda ponderacion impío! Tú mismo en tus historias honras y celebras los Césares, porque perdonaban á sus enemigos y procuraban obligarlos con sus liberalidades y gracias: tú no acreditas de cobarde, sino de magnánimo, á Octaviano Augusto, que perdonó y ofreció su amistad á Cinna, su enemigo, que procuraba quitarle la vida: *Olim tibi hosti, ó Cinna, nunc insidiatori, et parricidæ, do veniam: jam hinc inter nos incohetur amicitia, contendamusque utrum meliori fide ego tibi bis vitam condonaverim, an tu acceperis.* Pues ¿cómo hoy llamas cobardía y vileza el perdonar á los enemigos? Pero dejando al mundo en su ceguedad, sigamos á nuestro capitan Jesucristo; porque el honor que de

seguirlo resulta es grande, el premio inestimable y la necesidad indispensable y forzosa, para quien no quiere morir de muerte eterna. Repara en el honor y premio que da á quien perdona y hace bien á sus enemigos: *Ut sitis* (dice Cristo) *filii Patris vestri, qui in cœlis est: Para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos.* (Matth. v). Qué honor y qué premio sea el hacerse hijo de Dios, es incomprensible al entendimiento de los mortales.

Pues ¿qué dirémos de la necesidad indispensable que tenemos de perdonar á nuestros enemigos? Todos somos deudores á Dios, porque todos le hemos ofendido. Si no perdonais, nos dice, no seréis perdonados: *Nisi ignoscatis, neque vobis ignoscetur.* (Ex Matth. 6, ex Marc. 11). *Si dimiseritis hominibus peccata eorum, dimittet et vobis Pater cœlestis delicta vestra.* Y en otra parte: *Qui vindicari vult, à Domino inveniet vindictam, et peccata illius servans servavit.* (Eccli. XXVIII, 1). Perdona, pues, hijo mio; porque si vuelves el pensamiento

al honor, no tienes alguna excusa para no hacerlo prontamente; si á las deudas que has contraido con tus culpas, nada tienes que alegar en tu favor si no perdonas. Si recurres á los gentiles, te hallas convencido con su ejemplo y debes perdonar; y si convencido no te reduces, infaliblemente te condenarás, y serás en breve arrebatado á las llamas eternas. Escucha un ejemplo que á este propósito se lee en las vidas de los Santos, de uno que estando para morir, no quiso jamás perdonar á un enemigo suyo; pues mientras que por su alma se cantaban en la iglesia los nocturnos de los difuntos, cuando se llegó á aquellas palabras: *Parce mihi, Domine: Perdóname, Señor*, se vió que un Crucifijo, desclavándose las manos se tapó con ellas los oidos, y dijo: *Non pepercit: neque ego parcam: No perdonó á su enemigo, y así no le perdonaré...* Así, pues, si tú quieres que Dios te perdone sin que perdones á tu enemigo, sabe que has entrado en una soberbia diabólica y tan grande, que no

se le puede dar nombre adecuado y correspondiente. ¿Por qué quieres que Dios te obedezca, si tú no quieres obedecer á Dios?

CAPÍTULO XVIII.

De la tercera causa.

La tercera causa de diferirse la confesion es, como dijimos, porque los enfermos no quieren restituir la hacienda ajena; ó, por mejor decir, mal adquirida. A estos se dirá: ¿Por qué no restituyes la hacienda ajena que tan injustamente has poseido? Yo no puedo imaginar que sea por persuadirte que la puedes llevar contigo; porque desnudo has venido á este mundo, y desnudo has de salir brevemente. (*Job*, 1). Si lo haces porque tus hijos queden ricos, incurres en un notable y pernicioso error; pues conocidamente quieres perder tu alma por dejar á tus hijos acomodados: eliges para tí un infierno sin fin, y para tus

hijos riquezas. Pero ¿qué digo riquezas? Mejor diré ocasiones de su ruina que de su fortuna; porque con estos bienes mal adquiridos los pones en el camino del infierno, donde condenados á eternas penas llenarán tu alma de oprobios y maldiciones, despues que en este mundo hayan padecido por justos juicios de Dios infinitas miserias: pues ordinariamente los herederos de bienes mal adquiridos los disipan presto, y quedan despues reducidos á suma indigencia, como lo califican muy repetidas experiencias. Pero aun cuando semejantes riquezas fuesen permanentes y perpétuas en tu familia, considera con reflexion las palabras de Cristo: *Quid prodest homini; si mundum universum lucretur; animæ verò suæ detrimentum patiatur?* (Matth. XVI). ¿De qué te servirán tantas riquezas, si te han de ocasionar la pérdida inestimable de tu alma? Demás de esto, ¿qué satisfaccion puedes hallar en no restituirlas en estas pocas horas de vida que te quedan mientras te atormenta el remordimiento de la concien-

cia, que es ya un principio del infierno? Donde despues te afligirá cruelmente la memoria de haber dejado ricos á tus hijos, conociendo con cuánta impiedad has obrado contra tu alma, habiéndola condenado á penas tan terribles y eternas, por dejarlos en las delicias de una falsa y momentánea prosperidad.

CAPÍTULO XIX.

De la cuarta causa.

La vergüenza es la cuarta causa por que el pecador difiere la confesion. Se dirá á este: Segun yo me persuado, hijo mio, tú rehusas el confesarte por vergüenza de algun pecado grave que has cometido. ¿Cuánto mas honrada te hubiera sido esta vergüenza si la hubieses tenido de tí mismo, cuando te inducian tus pensamientos á tal pecado, considerando que de hombre te convertias en bestia, y de hijo

de Dios en esclavo del demonio? ¡Oh qué vergüenza digna de la vida eterna, y de inestimables bienes hubieras tenido, si sobre esta reflexion hubieses considerado que pecando, se peca en la purísima y tremenda presencia de Dios que todo lo ve; á la vista del eterno Padre que por el inefable amor que nos tiene ha enviado su Hijo á padecer la ignominia de la cruz para destruir el pecado y para salvarnos! Esta vergüenza, sí, deberian tener todos los hombres cuando su mala inclinacion los induce á pecar; pero la de confesarse, de ninguna manera. *Pro anima tua*, dice Dios, *ne confundaris dicere verum; est enim confusio... adducens gratiam et gloriam: No te avergüences, ni te cause confusion confesar la verdad por bien y remedio de tu alma; porque esta confusion y vergüenza trae consigo honor y gloria.* (Eccli. IV, 24, 25). Pero dejando de discurrir en el honor inestimable que la confesion ocasiona al penitente librándole de la servidumbre del pecado y del demonio, y haciéndole amigo

é hijo de Dios, quiero responder ahora á tu tentacion. Tú huyes la confesion por pundonor y vergüenza; y haces uno de los mayores errores que pueden cometerse: porque cuando uno ha perdido la honra para con Dios y su corte celestial, lo cual no sucede jamás sino por el pecado, es incapaz de tenerla en parte alguna. Hónrele por cierto el mundo ciego cuanto quisiere, que Dios hará que tambien del mundo sea luego conocido y para siempre despreciado: *Ostendam gentibus nuditatem tuam, et regnis ignominiam tuam: Yo haré notoria á los hombres tu desnudez, y al mundo tu ignominia.* (Nahum, III, 5). Instruido en esta verdad san Agustin decia á Dios así: *Non operui, sed aperui, ut operires; non celavi, ut tegeres, nam quando homo detegit, Deus tegit; cum homo celat, Deus nudat, cum homo agnoscit, Deus ignoscit: No oculté, Señor, mis pecados, sino que los confesé para que Vos los oculteis: no los encubrí, antes los declaré para que Vos los encubriéseis, porque cuando el hombre los de-*

clara, Dios los oculta, y cuando el hombre los confiesa, Dios los perdona. Así, pues, hijo mio, ten por cierto que no tiene el pecador medio mas eficaz para recobrar el honor que la confesion sacramental; y entre otras razones la mas poderosa es la de la palabra de Cristo, que no es capaz de mentir, cuando dice: *Qui se humiliat, exaltabitur: el que se humilla, será exaltado* (Luc. XVIII, 14): lo cual principalmente se entiende en la confesion sacramental, de modo, que cuanto mas el penitente vence su vergüenza, y hace á Dios el sacrificio de confesar las culpas ignominiosas que ha cometido por el honor y gloria de su divina Majestad, que así lo quiere, tanto es mas honrado, no solamente de Dios y de toda su corte celestial, sino tambien del mismo confesor, obrando Dios esta maravilla en el alma del confesor; y en prueba de esto pudiera referir muchos ejemplos que se hallan en las vidas de los Santos. De manera, hijo mio, que no hay otro medio para conseguir un verda-

dero y perpétuo honor que la amistad de Dios, y el recobrarla cuanto antes por medio de la confesion, cuando se ha perdido.

CAPÍTULO XX.

De dos medios universales para inducir al enfermo á morir gustoso.

Dos medios me parecen muy poderosos con cualquier enfermo para que abrace gustosamente la muerte; el uno es decirle: La vida y la muerte del hombre no dependen de nuestra voluntad, sino solamente de la divina; de manera que si Dios quiere que mueras de esta enfermedad, todos los médicos y remedios del mundo, todo el poder, consejo y prudencia de las criaturas no son capaces de impedir que mueras: *Non est consilium, non est sapientia, non est prudentia contra Deum; ego occidam, et ego vivere faciam; percutiam,*

et ego sanabo: et non est, qui de manu mea possit eruere. (Prov. XXI.—Deut. XXXII). El exhortarte yo, hijo mio, á que quieras morir, es solamente para que mueras bien y en gracia de Dios, el cual segun muestre tu enfermedad, quiere que mueras de ella: así, pues, humíllate á su divina Majestad, sujetándote con resignacion á su poderosa mano *(I Petr.* V): y á los deseos que tienes de vivir, díles: ¿De qué servís, vanos deseos, si no está el morir en mis manos, sino en las de Dios? Y despues para hacer mas gloriosa la victoria, añadirás: Y aun cuando estuviese en mis manos, viendo que mi Señor y mi Dios quiere que yo muera, quiero morir por darle gusto.

El otro remedio es imaginarte frecuentemente que Dios te dice: *Dispone domui tuæ; quia morieris, et non vives: Procura disponer las cosas de tu alma; porque estás próximo á la muerte, y no vivirás.* (Isai. c. XXXVIII). Y ten siempre prevenida esta sentencia para vencer todos los deseos de

vivir, diciendo: ¿Para qué son estos deseos, si ha llegado el último término de mi vida? Quiero, pues, obedecer á mi Criador, tratar de disponer mis cosas, y ordenar todos mis afectos y todas mis obras para la patria celestial.

CAPÍTULO XXI.

Del tercer estado de los enfermos, y en qué consista el auxilio que se les debe dar.

El auxilio de los enfermos de este tercer estado, esto es, de los que se hallan conformes con la voluntad de Dios, y pueden ejercitarse en actos de virtudes, consiste en enseñarles en qué modo deben portarse para agradar á Dios con el médico, con quien los gobierna y sirve, con la enfermedad y con Dios; y como han de combatir de solo á solo con el demonio, cuando se hallaren en el cuarto estado.

CAPÍTULO XXII.

De lo que el enfermo debe hacer con el médico.

El modo que debe tener el doliente con el que le asiste, ó sea el enfermo con el médico, es primeramente que mire y considere al médico y las medicinas como obras de la bondad y providencia de Dios, de cuyo agrado ha sido proveer al hombre en sus enfermedades de médicos y medicinas, dando á las medicinas virtud de sanar nuestros males, y á los médicos el conocimiento de ellos y de la virtud de las yerbas. Sepa despues, que si Dios no da actual luz al médico, y actual concurso á la virtud de la medicina, ni esta producirá su efecto, ni aquel conocerá el mal, ni su orígen; de lo cual se infieren tres cosas: la primera, que la pronta confesion sacramental es tambien cosa admirable para la salud del cuer-

po, porque viendo Dios pura la conciencia, oirá los suspiros y oraciones del enfermo; y consiguientemente, si conviniere, dará al médico el verdadero conocimiento del mal, á las medicinas actual virtud, y el efecto de la salud al enfermo: la segunda es, que los ricos y poderosos no confien en la multitud de médicos ni en sus juntas, y que los pobres no se entristezcan ni desmayen, viéndose abandonados de la asistencia de las criaturas; sino que los unos y los otros igualmente confien en Dios, y quieran todos depender de su divina Majestad, que sana con médicos y sin ellos, segun es de su agrado: la tercera cosa es, que aunque en todo y por todo hemos de poner nuestra confianza en Dios, debemos no obstante procurar la asistencia de buenos médicos y obedecer sus órdenes.

CAPÍTULO XXIII.

Cómo deben portarse los enfermos con quien los gobierna.

Porque los enfermos ordinariamente por causa de sus males suelen estar melancólicos, ásperos y desabridos con los que los gobiernan y asisten, se deberá desde luego exhortarles á la paciencia para que reciban con ánimo quieto cualquier servicio que se les haga, aunque no sea á su gusto, ó porque no sea bueno, ó porque se lo haga creer así el desabrimiento que les ocasiona su indisposicion. Para que no caigan, pues, en el vicio de la impaciencia y de la ingratitud, se les dirá tambien que cuando no les sirven, ó asisten á su gusto, se digan á sí mismos secretamente: Callad, callad, porque vuestro juicio no está para juzgar acertadamente en este tiempo; y si tal vez se fallase en algo,

obren como prudentes y buenos cristianos, excusando la falta y disimulando el disgusto, admitiéndolo todo con semblante alegre, y mostrando su agradecimiento: y si las faltas fuesen graves, y se cometiesen en cosas muy necesarias, no por esto deben impacientarse, mas acordándose de sus culpas, y de lo mucho que deben á la divina justicia, recibirlas con rendimiento de gracias por pena de sus pecados, considerando que les es mucho mejor pagar aquí con poco y con ganancia de mérito, que con mucho en el purgatorio, y sin merecer cosa alguna; y acuérdense que nuestro divino Redentor entre tan crueles penas como padeció, no pudo, estando en la cruz, tener un poco de agua. ¡Oh si supieses cuántos enfermos hay tan destituidos de todo alivio y consuelo humano, que las piedras, cuanto mas los hombres, se movieran á compasion; y no obstante con ánimo paciente bendicen á Dios! ¿Cuánta mayor razon hay, hijo

mio, para que tú lo hagas, teniendo tantas asistencias y comodidades?

CAPÍTULO XXIV.

Cómo debe portarse el enfermo con su enfermedad.

Porque las enfermedades causan dolor y congoja á los enfermos, el modo de gobernarse bien en ellas es sufrirlas con paciencia. A este fin podemos animar al enfermo con las consideraciones siguientes: Locura es sin duda en el hombre no querer tolerar los dolores y adversidades que trae consigo la vida humana, no pudiendo evitarlas; vergonzosa cosa es el no estar aun acostumbrado á sufrirlas con ánimo tranquilo; pues si tenemos por ignominia la poca doctrina en quien por muchos años se ha ejercitado en las escuelas y estudios, ¿qué se dirá del hombre que apenas ha nacido en-

tra en los afanes y dolores de esta miserable vida, si aun no ha aprendido á tolerarlos? ¿Quién ha vivido jamás sin ellos? Nuestros primeros padres ¿cuán pronto cayeron de las delicias del paraíso terrestre en el abismo de las aflicciones y penas de esta mísera vida? (*Genes.* III). ¿Cuán agudos fueron los dolores que penetraron su corazon, cuando con tantas maldiciones fueron arrojados del paraíso? ¿cuando con su sudor adquirian el pan? ¿cuando vieron la espantosa muerte de su hijo Abel (*Genes.* IV), cosa, ni vista, ni sucedida aun en el mundo? Y no obstante, sufrieron todo esto con ánimo paciente. ¿Quién de los Patriarcas, Reyes y Profetas ha vivido sin dolor? ¿Quién de nosotros llegará jamás con su dolor, por agudo que sea, al que sintió Abrahan mientras pensaba en la muerte que habia de dar con sus propias manos á su único y deseado hijo Isaac por obedecer á Dios? (*Genes.* XXII). ¿Quién al amargo llanto de Jacob, cuando vió la túnica de su amado José teñida en sangre? (*Genes.*

c. XXXVII). ¿Quién comprenderá jamás los dolores de David, cuando huia de su palacio real perseguido mortalmente de su querido Absalon? (*II Reg.* XV). Y dejando otros ejemplos, ¿qué dirémos de los amargos dolores del rey Sedecías, cuando sus enemigos, despues de haberle quitado el reino, y muerto en su presencia sus hijos, le sacaron los ojos, y lo llevaron con grillos y cadenas á las cárceles de Babilonia? Y no obstante, entre tantas calamidades y angustias bendijo á Dios. (*IV Reg.* XXV). Si volvemos los ojos al Testamento Nuevo, se nos pone á la vista inmediatamente nuestra cabeza Jesucristo, que con toda verdad fue llamado: *Vir dolorum*: *Varon de dolores* (Isai. LIII): su santísima Madre: *Mar grande de dolores y amarguras;* y todos los demás miembros suyos, los Apóstoles, Mártires, Pontífices, Vírgenes y todos los Santos, excesivamente llenos de dolores y tormentos. Pues, hijo mio, si no hay quien viva sin dolores, el único remedio es sufrirlos con paciencia, que de esta suerte

cuantos fueren los dolores, tantas serán las piedras preciosas de la corona con que serémos coronados en el cielo por nuestro Criador.

CAPÍTULO XXV.

Del modo de excitar al enfermo á la paciencia, y del arte de tolerar.

Para enseñar, pues, al enfermo el arte de tolerar con paciencia los dolores y afanes de la enfermedad, se le dirá que vuelva frecuentemente todo el pensamiento á uno de los puntos siguientes, hablando siempre consigo en esta ó semejante forma: ¿Por qué motivo no quieres tú comer de los frutos de que de tiempo en tiempo ha comido siempre toda la naturaleza humana? ¿De qué me sirve la impaciencia si no me quita, sino antes me aumenta, los dolores? ¿No seria locura la mia, si teniendo enfermo el cuerpo, dejase en-

fermar tambien la razon? ¿No es acaso la carne uno de mis principales enemigos? pues ¿por qué me duelo de sus trabajos? ¿No he ofendido á Dios por dar gusto al cuerpo? pues ¿por qué ahora no me alegro de que con su dolor se satisfaga la ofensa de mi Señor? Si no hay mercader que deje de comprar géneros preciosos cuando puede hacerlo con poco dinero, ¿por qué dejaré yo de comprar el cielo y una corona rica de gloria, con estos breves y ligeros dolores? *Id enim quod in præsenti est momentaneum, et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis, non contemplantibus nobis, quæ videntur, sed quæ non videntur; quæ enim videntur, temporalia sunt; quæ autem non videntur, æterna sunt: Las tribulaciones y los trabajos de esta vida, aunque momentáneos y leves, nos granjean una eterna felicidad de gloria á los que contemplamos, no las cosas que vemos que son temporales, sino las que no vemos que son eternas.* (II Cor. IV, 17, 18). ¡Oh qué mer-

cancía es esta tan rica y barata; pues se compra con lo temporal lo eterno, con lo poco lo mucho! Venturoso soy, pues me hallo en esta dichosa feria, y sin razon me lamento de mis penas, debiendo considerar que si quiero ser miembro de Cristo (*I ad Cor.* VI, 15), no hay razon que permita que debajo de una cabeza coronada de espinas haya miembro que no participe del dolor de sus heridas. Si quiero entrar en el reino de los cielos, *per multas tribulationes nos oportet introire in regum cœlorum: me es preciso pasar por muchas y repetidas tribulaciones para lograr la entrada en el reino de Dios.* (Act. XIV, 21). Ni esto debe parecerme extraño, cuando hablando de sí nuestra cabeza, dice: *Nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam: ¿Por ventura no fue conveniente que Cristo padeciese todo lo que padeció, y que así entrase en su gloria?* (Luc. XXIV, 26).

Se dirá tambien al enfermo que demás

de estas consideraciones, cuando se sintiere agravado del dolor, acuda con el pensamiento á los dolores que Cristo padeció ya en un misterio, ya en otro de su pasion; pues mientras se ocupare en considerarlos, sin duda alguna se le suavizarán mucho los suyos. Añadirá tambien oraciones jaculatorias á este modo. Despues que habrás visto á Nuestro Señor Jesucristo angustiado en el huerto sudar sangre (*Luc.* XXII), le dirás así: *Ó Señor mio, dignaos en memoria y en virtud de las agonías que sufrísteis en el huerto, de dar fuerza á mi flaqueza para que pueda tolerar estos dolores, y hacer en esto vuestro santísimo gusto*. Otras veces, despues que habrá considerado un poco algún misterio, se imaginará que Jesucristo crucificado vuelve á él los ojos, diciéndole: *Mira, hijo, cuánto padezco por tí: quiero ver ahora como sufres por mi amor estos pocos dolores que te afligen: que si te parece dura cosa tolerarlos, procura hacerte violencia; porque*

esta violencia arrebata el reino de los cielos (Matth. XI), *á mí, y á mi Madre, en que consiste la bienaventuranza.*

Tambien se dilata el corazon y se dispone al sufrimiento dando gracias á Dios porque nos hace dignos de padecer, alegrándonos de tener algo que ofrecerle juntamente con los dolores de su Hijo, de María santísima y de todos los Mártires y Santos.

CAPÍTULO XXVI.

Cómo ha de portarse el enfermo con Dios.

Lo que el enfermo debe hacer con Dios es unirse frecuentemente á su Majestad con la fe, con la esperanza, con la caridad, y con el dolor de haberle ofendido. No hay medio mas poderoso para inducir un alma al ejercicio de estas virtudes, que la consideracion de la bondad de Dios, la cual se irá descubriendo de tiempo en tiempo al

enfermo con la declaracion de los puntos siguientes: que Dios es nuestro Criador, Redentor, Rey, Sacerdote, Sacrificio, Abogado, Intercesor, Pastor, Alimento, Padre, Cabeza, Médico, Maestro, Ejemplo, Camino, Gozo, Vida, Honor, Gloria y todo bien; añadiendo despues la explicacion de cada uno de estos puntos de este modo ú otro semejante: Considera, hijo mio, cuán grande es la benignidad de este Señor, á quien tanto has ofendido; pues pudiendo haberte sepultado al instante en el infierno como merecia la gravedad de tus culpas, te ha sufrido y te ha llamado á sí por tantos modos. ¿No te parece que le debes amar con todo el corazon y con todas las fuerzas de tu alma? (*Luc.* x). ¿Que debes dolerte de haberle ofendido, y esperar de su bondad no solo el perdon de tus pecados, sino toda tu felicidad y tu bien? Ea, pues, hijo mio, procura hacer actos de estas virtudes, ejercitándote al amor de su bondad, al dolor de su ofensa, y á la esperanza en su infinita misericor-

dia. Entre la declaracion de uno y otro punto de los referidos, se podrá tambien introducir con gusto y utilidad de las circunstancias algun paso de la Escritura ó de las vidas de los Santos, que declare la bondad de Dios, añadiendo inmediatamente algun pensamiento de los bienes celestiales, para que el corazon del enfermo se encienda y se inflame en el deseo de conseguirlos: lo cual se hace diciendo, por ejemplo: *Cum invocarem, exaudivit me Deus.* (Psalm. IV). Tan prevenido y dispuesto se halla Dios para ayudarnos en nuestras necesidades, que parece en cierta manera que todo su bien consiste en favorecernos. Vuelve, hijo, el pensamiento á donde quisieres, que siempre hallarás pronto á Dios. Si miras el cielo, la tierra, las plantas, el mar, los animales, y todas las criaturas, en cualquiera hallarás siempre á Dios, dando á todas continuamente para uso tuyo el ser, la virtud y las operaciones. Si vuelves los ojos aun á los demonios que son nuestros enemigos, hallarás tambien

á Dios que les restringe el poder, para que tanto, y hasta tanto, no mas, nos tienten y nos ejerciten en las virtudes. *(I ad Corinth.* x, 13). En suma, hijo mio, si entramos dentro de nuestro corazon, hallarémos que nos reprende el mal, nos exhorta al bien, nos promete el cielo, y se nos ofrece á sí mismo, si le obedecemos. La declaracion de la parábola del hijo pródigo es muy á propósito para los enfermos temerosos de la justicia de Dios, ponderando los puntos siguientes: *Cum adhuc longe esset, vidit illum pater ipsius, et misericordia motus est, et occurrens, cecidit super collum ejus, et osculatus est eum... Cito proferte stolam primam, et induite illum, et date annulum in manu ejus, et calceamenta in pedibus ejus, et adducite vitulum saginatum et occidite, et manducemus, et epulemur; quia hic filius meus mortuus erat, et revixit: perierat, et inventus est* (Luc. xv): *Estando aun léjos* (el Pródigo) *de la casa, vióle su padre, y movido de misericordia salió al encuentro, y*

echándole los brazos al cuello le dió muchos ósculos y abrazos, y sacando de su recámara la mejor gala y las alhajas mas preciosas, le vistió y adornó con ellas, y despues hizo un magnífico convite; porque el hijo perdido habia parecido, y porque vivia el que tenia por muerto. ¡Oh qué ingratitud es la nuestra, dílo tú mismo, cuando ofendemos á tan benigno Padre! ¿Quién no espera perdon de cualquier grande pecado? ¡Oh qué felicidad la de quien muere presto, pues va luego á ver al Criador que le ha formado los ojos, la lengua, el rostro, y le ha criado el alma; á ver al Redentor que con su sangre y muerte le ha salvado; á ver la belleza de Dios, que es tal y tan grande, que llena y satisface todo el sentido y la capacidad infinita del mismo Dios, que es la felicidad cumplida! ¿Qué belleza será aquella que siendo vista perpétuamente y mirada desde toda la eternidad de los mismos ojos de Dios, tiene todavía tan fija en sí aquella bienaventurada mente, que ningun otro objeto la

distrae, causándole siempre una alegría incomprensible? ¡Oh cuán alta y cuán inefable es la gracia concedida al hombre de recrearse y beatificarse en la misma belleza en que Dios se recrea y se beatifica! Preciosa puedes llamar esta enfermedad (*Psalm.* CXV), pues te envia del mundo al cielo, de tantos riesgos á un puerto seguro, y de tantas miserias á la bienaventuranza y gran gozo del Señor.

CAPÍTULO XXVII.

Del modo de servirse de todas las ocasiones que ocurren, para que el enfermo esté siempre unido con Dios.

No faltan ocasiones en que puede sustentarse la mente del enfermo con el dulce pasto de pensamientos celestiales y actos de virtud. Tomarémos ocasion del médico, despues que se haya ido, para hablar con el enfermo de este modo: Ya el médico te

ha visitado, y has oido lo que ha ordenado y dispuesto, y lo que es necesario para tu enfermedad; pero este es médico terreno, que cura solamente el cuerpo, que es de tierra, y que precisamente ha de volver á la tierra, y te hace dos visitas al dia por su interés; vuelve ahora el pensamiento al Médico celestial, que sana el alma que es inmortal, y tambien el cuerpo cuando conviene: este es nuestro Dios, Criador y Redentor; este es aquel solo, *qui propitiatur omnibus iniquitatibus tuis, qui sanat omnes infirmitates tuas, qui redimit de interitu vitam tuam, qui coronat te in misericordia, et miserationibus: Que con su benignidad perdona tus errores, sana tus dolencias: que redime la vida de tu alma de la perdicion eterna, y que con su infinita misericordia te concederá la corona de la gloria.* (Psalm. CII). Y no solamente visita dos veces al enfermo, sino que continuamente le asiste, librándole de todo mal, y procurándole el bien. *Cum ipso sum in tribulatione: Con él estoy en la tribula-*

cion (Psalm. xc) : y no quiere otra paga que el amor ; esto es, aquel amor que nos hace obedientes á sus preceptos, que nos excita y mueve á dolor cuando le ofendemos, y que con humildad y fe nos hace correr apresuradamente á su misericordia. ¿Cuántas veces has recibido estas gracias de este divino Médico? Sosiega, pues, y descansa ahora en su amor, y dí de todo corazon : *Benedic, anima mea, Domino, et omnia, quæ intra me sunt, nomini sancto ejus. Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus : Alaba, alma mia, al Señor, y todas mis potencias alaben su santísimo nombre. Alaba al Señor, alma mia, y ten presentes sus beneficios, sin olvidarte de alguno de ellos.* (Psalm. cii). Tambien tengo que hacerte una advertencia para que no incurras en un grande error. Tú, por obedecer al médico terreno, recibes con gusto muchas cosas amargas al paladar. Pues si ejecutas esto solamente por la salud incierta de un cuerpo corruptible, ¿con

cuánto afecto y rendimiento de gracias deberás recibir cualquiera amargura por obedecer á Dios, y sujetarte en todo á su voluntad? Procura, pues, hijo mio, estar en esto muy advertido; porque en ello se interesa no menos que el honor de Dios y tu eterna salud. Tambien se podrá decir al enfermo: No se ha visto ni oido, hasta ahora, que médico alguno haya querido tomar la enfermedad y dolores, ni que haya tomado las medicinas amargas, ni otros remedios para sanar al enfermo, sino los dineros y regalos que le han dado; pero nuestro divino Médico ha hecho todo esto por nuestra salud: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.* (Isai. LIII). Él bebió el cáliz amargo de nuestra medicina: *Calicem, quem dedit mihi Pater, non vis, ut bibam?* (Joan. XVIII). Él tomó igualmente sobre sus delicadísimas carnes todos los remedios de dolores por nuestra salud: *Ipse autem vulneratus est propter scelera nostra; et livore ejus sanati sumus* (Isai. LIII); y así exclamó con aquellos sus-

piros amarguísimos: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?* (Matth. xxvii, 46). ¡Oh ingratitud impía del hombre, que no ama á este Médico, que no obedece á este Señor, y que no quiere padecer por amor suyo la mas leve pena! Cuando se sangrare al enfermo le podrá decir: Esta sangre que has permitido te saquen, ha sido de una parte sola, y en poca cantidad, y únicamente por el amor que tienes á este cuerpo miserable y corruptible, y se te ha sacado con una punta sutilísima, para que no sientas el dolor; pero Cristo, nuestro Médico soberano, dejó que le sacasen toda la suya de todo el cuerpo á fuerza de azotes, de espinas agudas y de duros clavos. ¡Oh inefable, oh dulce amor! *¡Oh bone Jesu, sis mihi, quæso, Jesus! ¡Oh buen Jesús, sed para mí Jesús;* esto es, *sed salud, Salvador, sed Médico: que todo lo dice vuestro dulcísimo nombre.* ¿Sabes, hijo, lo que nos sucede cuando hablamos y discurri-

mos del amor que nos tiene? Lo mismo puntualmente que sucede á los que van al mar con sus vasos para llenarlos de agua: los llenan verdaderamente; pero aunque vayan muchas veces al mar y llenen sus vasos, no obstante siempre se queda el mar en su inmensidad, como si nada se le hubiese quitado: así, digo, hacemos nosotros cuando discurrimos y hablamos del amor divino, que por mucho que nuestros entendimientos se llenen de su conocimiento, lo que nos falta por conocer es siempre infinito.

En las visitas que se hacen al enfermo, se le dirá: Mira cuántos vienen á visitarte y á consolarte de varias maneras; pero las visitas que tuvo nuestro Redentor, estando en el árbol de la cruz, para dar la salud al linaje humano, quiso que fuesen afanes y oprobios: *Prætereuntes autem blasphemabant eum, moventes capita sua et dicentes: Vah qui destruis templum Dei, et in triduo illud reædificas, salva temetipsum: si filius Dei es, descende de cruce: Blasfemaban los*

pasajeros á su divina Majestad, haciendo movimientos irrisorios con la cabeza, y diciéndole: Vah, que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres dias; sálvate ahora á tí mismo: si eres Hijo de Dios desciende de la cruz. (Matth. XXVII, 39, 40). Cuando se habrá limpiado y purgado el pecho, y lavado la boca, le dirémos: Tú por la gracia del Señor te has limpiado y purgado el pecho, y lavado la boca; pero nuestro Salvador á fin de que se limpiasen y purgasen nuestros pechos de las iniquidades, toleró que le escupiesen en su sacratísimo rostro, siendo el objeto en que desean mirar y contemplar todos los espíritus angélicos: *Tunc expuerunt in faciem ejus.* (Matth. XXVI, 67). Cuando vieres al enfermo volverse de un lado á otro, díle: Tú vuelves frecuentemente de una parte á otra, y en ninguna te permite reposo tu enfermedad: lo mismo sucede puntualmente á nuestra alma cuando se halla enferma por haber dejado á Dios, y entregádose al amor de las criaturas, vuélva-

se donde quisiere, jamás hallará quietud en alguna cosa: *Versa,* dice san Agustin (*Conf. lib.* VI, *c.* 16), *et reversa in tergum, et in latera, et in ventrem; et dura sunt omnia:* porque solo Dios es la paz y el descanso de nuestras almas. Si quieres, pues, quietud, pon tu corazon en Dios, pasa de un acto de amor á otro, fija allí todos tus pensamientos, y descansa; con el dolor de sus ofensas suaviza los dolores de tu cuerpo, y reposa eternamente en la esperanza de su bondad y misericordia.

Viendo vasos sobre la mesa, le dirá: ¡Oh cuántos y qué bellos vasos están aquí á tu servicio, llenos de varias aguas y licores! Pero el vaso prevenido para el Hijo de Dios estaba lleno de amargura: *Vas ergo erat positum aceto plenum.* (Joan. XIX, 29). Considera un poco, hijo mio, nuestra ingratitud, viendo que Cristo nuestro bien tomó lo amargo por nuestra salud, y por purgarnos de nuestros pecados, y en cambio de las bendiciones y gracias que debe tributarle nuestro reconocimien-

to, solo hemos procurado llenarle el pecho de mayores amarguras.

Las flores que suelen verse en el aposento del enfermo, pueden dar ocasion para levantar á Dios la mente del enfermo diciéndole : Vuelve un poco los ojos interiores de estas flores terrenas á aquella flor divina del Hijo de Dios, en que jamás falta suavidad de amor y de todo consuelo: *Ego*, dice, *flos campi: Yo*, dice, *soy la flor del campo*. (Cant. II, 1). La flor del campo no debe su ser á la industria del hombre, sino á las aguas del cielo : no es propia de este ó de aquel, sino de quien la quiere ; y no solamente está sujeta á los piés del hombre, sino tambien á los de los brutos: así, pues, el Hijo de Dios no encarnó en las purísimas entrañas de María santísima por obra de hombre, sino del Espíritu Santo : *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* (Luc. I, 32). No es de este ó de aquel, sino de quien lo quiere gozar con la verdad y con la obediencia de sus preceptos :

Si quis vult venire post me... tollat crucem, etc.: *El que quisiere seguirme abrace su cruz.* (Matth. XVI, 24). Esta flor divina no se sujetó solamente á José y á su Madre santísima, *et erat subditus illis* (Luc. II, 51), sino tambien á los bestiales caprichos de los Fariseos y de la plebe: *Ego sum vermis et non homo; opprobrium hominum, et abjectio plebis.* (Psalm. XXI). ¡Oh cuán digna es de ser considerada la soberbia del hombre, que no quiere en sus deseos sujetarse ni aun al mismo Dios!

Las almohadas de la cama nos dan tambien materia para decir al enfermo: Tu cabeza tiene donde reclinarse. Atiende á la amargura con que se lamenta: *Vulpes foveas habent, et volucres cœli nidos! Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet: Los animales tienen cuevas, las aves del cielo nidos; y el Hijo de Dios, Criador de cielo y tierra, no tiene en qué reclinar su cabeza.* (Luc. IX, 58). Tan despreciado, dice, soy del hombre, á quien

he criado á mi semejanza, y redimido con mi sangre (*Gen.* 1.—*I Petr.* 1), que antes da albergue en su corazon á la vanidad y á los engaños que afligen y dan la muerte, que á mí que doy la paz y la vida. A este modo podemos de cualquiera cosa tomar ocasion de hablar al enfermo y circunstantes, para encenderlos con nuevos actos en el amor de Dios, y ejercitarlos al dolor de su ofensa, y á la esperanza de su misericordia.

CAPÍTULO XXVIII.

Qué se debe decir cuando se toma el Crucifijo en la mano.

Se tomará algunas veces el Crucifijo, y como si el mismo Señor hablase, dirémos al enfermo: *Para que veas, alma mia amada, cuánto te quiero, me pongo delante de tus ojos pendiente de la cruz con esta cabeza penetrada de espinas, con estas manos y piés traspasados de clavos, con este costado abierto, con el espíritu ya entregado en las manos de mi Madre, para que aplacado te reciba en amistad.* Considera, hijo mio, esta fineza incomparable del Salvador, adórale (y adorará el enfermo el Crucifijo), y díle: *Ave, Rex noster, tu solus nostros es miseratus errores, Patri obediens ductus es ad crucifigendum, ut agnus mansuetus ad occisionem: Bendito seais, Señor y Rey de los judíos y nuestro, de quien solamente podemos esperar miseri-*

cordia, y alcanzar perdon de nuestras culpas: pues obedeciendo á vuestro eterno Padre quisísteis ser llevado á la cruz, y como inocente cordero, dar en ella la vida para nuestro remedio. Despues en particular adorará la cabeza, y sumergirá en aquellas llagas todos los pensamientos soberbios y vanos con que habrá ofendido á su divina Majestad, diciendo: *Dignaos, Redentor mio, de perdonarme en virtud de estas llagas cualquiera pecado que con mis pensamientos haya cometido;* y adorando las llagas de las manos, pedirá perdon de todas las obras malas, y en la adoracion de los piés el perdon de todos los afectos terrenos; últimamente adorando la llaga del costado, se sumergirá enteramente en ella con todos los pensamientos, palabras y obras con que hubiere ofendido á Dios, para que allí se limpie de todas sus culpas, y esté seguro en todos los asaltos, y preservado de todo mal; y dirá fervorosamente: *Dominus fortitudo mea, Dominus firmamentum meum, et refugium meum, et*

liberator meus: El Señor es mi fortaleza, es mi amparo, es mi refugio, y el que me libra y librará de mis enemigos (Psalm. XVII): y teniendo el Crucifijo en la mano, se podrá tambien decir al enfermo: En virtud de las llagas de este sagrado cuerpo el Padre eterno te coronará en el cielo con la corona de gloria: por las de estas espaldas te dará la estola de alegría: estas manos penetradas de la dureza de los clavos te han fabricado en el cielo tu silla: las llagas de estos piés te han allanado el camino de la bienaventuranza, y te darán la entrada en la gloria eterna; ofrece, pues, con rendimiento de gracias al Padre celestial su Hijo santísimo en este Crucifijo, para que en virtud de sus méritos te conceda todos estos efectos, y díle: *Dios mio, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, mirad vuestro Hijo, y en virtud de sus obras perdonadme y hacedme digno de vuestro reino para que allí os adore y alabe sin fin.* Y se dirá algunas veces al enfermo que bese las llagas del Crucifijo con todo afecto y fe.

CAPÍTULO XXIX.

Del modo de armar al enfermo para la batalla que ha de tener con el enemigo de solo á solo.

Podrá suceder, se dirá al enfermo, que la enfermedad te quite en los ultimos momentos el uso de la lengua y del oido, en cuyo tiempo suelen combatir mas los enemigos para lograr el triunfo; pero no desmayes por esto: *Plures enim nobiscum sunt quam cum illis: Porque mas poderoso es el escuadron que nos defiende, que el que combate contra nosotros.* (IV Reg. VI, 16). ¿Crees por ventura, hijo mio, que Dios te olvida? ¿Que Jesucristo está ya cansado de obrar por tu salud? ¿Que María santísima y el ejército de los Ángeles del cielo no están prevenidos para ayudarte? Si el demonio tiene deseo rabioso de tu condenacion, infinitamente mayor es el que Dios

tiene de tu salud; si el demonio sabe engañar y tiene algun poder, queda fácilmente vencido de la infinita sabiduría y poder divino; y por decirlo en una palabra, tanto podrá el demonio, tanto sabrá y tanto tendrá cuanto le fuere permitido del Señor (*I Cor.* x, 13), que desea siempre salvarnos; y así todo está en las manos de su divina Majestad, cuyo amor no somos capaces de explicar, ni aun de comprender. ¿Puedes desear nueva mejor y de mayor consuelo que esta? Anímate, pues, hijo; pero advierte que Dios quiere que estemos prevenidos y armados contra los asaltos del enemigo (*Matth.* XXIV, 44), el cual en estos últimos instantes de la vida suele ordinariamente combatirnos con tentaciones contra la fe y la esperanza, y con la presuncion y vanas ilusiones.

CAPÍTULO XXX.

Del modo de armarse para vencer las tentaciones contra la fe.

En el fin del Combate espiritual se habló de estas tentaciones que suelen padecerse en la hora de la muerte; pero muy brevemente : por cuya cusa tratarémos en este lugar , como el mas propio, con mayor extension esta materia. Para que tú, hijo mio, combatas con poco trabajo y con segura victoria en batalla contra la fe, la regla que deberás seguir siempre, ha de ser huir de cualesquiera discursos sobre la misma fe; manteniéndote siempre con invariable firmeza dentro de esta fortaleza : *Yo creo cuanto cree la santa Iglesia católica romana;* y esto mismo ejecutarás, aunque los asaltos vengan autorizados y corroborados con lugares y pasos de la sagrada Escritura; porque todos estos

lugares serán mal alegados y truncados, y no serán dignos de alguna consideracion. De este modo se desvanecerán como la cera al fuego, y el humo al aire. Estarás tambien advertido, que algunas veces te ocurrirán pensamientos que parecerán favorables á la fe; pero no obstante no les dés oidos de ninguna manera; porque todo esto será industria y artificio del demonio, para abrirse la puerta, y confundirte despues el entendimiento con disputas: y así te repito una y mil veces te tengas firme en este lance dentro de esta segura fortaleza: *Yo creo cuanto cree la santa madre Iglesia católica romana,* crea como creyere, cuanto creyere, y porque lo creyere; pues es cosa de mucho peligro querer investigar y saber estas cosas con curiosidad en los últimos combates: y así hazte sordo á cualquiera pregunta en órden á la fe, aunque te parezca que los Ángeles del cielo, ó el mismo Jesucristo te la hacen por darte materia de mayor merecimiento. Acostúmbrate, pues, desde ahora á decir fre-

cuentemente: *Yo creo cuanto cree la santa Iglesia católica romana, y en este punto no quiero saber mas.* Pero aunque, como he dicho, este es un fortísimo presidio, no obstante tu mayor apoyo y tu mayor defensa ha de ser la omnipotente bondad y misericordia de Dios; porque no es el arco ó la espada del hombre la que da la victoria (*Psalm.* XLIII) sino la mano diestra de la virtud divina, y por esta causa es necesario recurrir frecuentemente á Dios con el pensamiento, para que te libre de todos los peligros.

CAPÍTULO XXXI.

De la protestacion de la fe.

Se advertirá al enfermo que diga el Credo; y despues se dirá: ¿No crees todo esto y cuanto cree la santa Iglesia católica romana? ¿No quieres morir y vivir en esta santa y segura fe? Vuelve, pues, el

corazon á Dios y díle: *Señor y Criador mio, no solamente os habeis dignado por vuestra bondad de criarme á vuestra imágen y semejanza, sino tambien habeis querido que yo naciese de padres católicos, y que viviese siempre en la fe católica romana, de lo cual os doy infinitas gracias: pues que vuestras obras son perfectas* (Deut. c. XXXII), *é infinita vuestra bondad y misericordia, os suplico que perfeccioneis esta gracia en mí haciendome morir en fe católica romana, porque esta es mi firme y resuelta voluntad, y así lo declaro delante de Vos, Criador y Redentor mio, delante de vuestra Madre santísima, é inmaculada Vírgen, en la presencia de mi Ángel custodio, de san Miguel arcángel, Ángeles y Santos del cielo, y de estos RR. PP. y de todos los circunstantes; y os suplico, Señor mio, por aquel entrañable amor que os movió á bajar del cielo á la tierra que os digneis de sustentarme para que no caiga, y si cayere, de levantarme luego, que desde ahora detesto cualquiera caida ó duda*

en que incurriere, y os pido humildemente perdon. Implorará tambien el enfermo el auxilio de María santísima, del Ángel custodio, de san Miguel arcángel, y de todos los demás Santos de quienes fuere devoto, y repetirá esto muchas veces al dia.

CAPÍTULO XXXII.

Del combate contra la esperanza y de sus deseos.

Tres son los principales argumentos con que procura derribar el demonio nuestra esperanza. El primero es, dándonos á entender que las confesiones pasadas no han sido buenas; el segundo, que la gravedad y multitud de nuestros pecados no es capaz de perdon, y el tercero, que nuestro arrepentimiento llega tarde. La defensa de la primera batería es fácil á quien se halla todavía hábil para tratar con su confesor, diciéndole: Padre mio, esto y esto me da

cuidado; ¿qué os parece que haga? y despues que habrá ejecutado lo que el confesor le haya aconsejado y ordenado, no piense mas en esto, ni dé oidos á tales argumentos. Tambien es fácil el remedio para los que estando ya vecinos á la muerte no pueden recorrer con su memoria la vida pasada; porque deben estos decirse á sí mismos: *Yo creo que las confesiones pasadas han sido buenas por la misericordia de Dios; pero si no lo hubiesen sido por culpa mia, me pesa, Dios mio, de todo corazon, y fiado en la preciosísima sangre de vuestro Hijo santísimo, os pido que me perdoneis: pues yo estoy pronto á hacer cuanto debo, si vuestra divina Majestad me lo permite;* y esto bastará para su quietud, y para deponer cualquier escrúpulo y congoja. Para responder al segundo argumento, sabemos que el mismo Salvador del mundo dijo que vino á la tierra por salvar á los pecadores (*Matth.* IX, 13. — *I Tim.* I, *v.* 15); se vistió de nuestra naturaleza por los pecadores; asimismo por los pecadores

conversó en el mundo treinta y tres años; por la salud de los pecadores predicó y enseñó su divina doctrina (*Baruch*, III, 38. —*Matth.* IV); y últimamente por la salud de los pecadores toleró tantas penas y tormentos en la cruz y murió en ella. ¿No dijo tambien Dios en el Antiguo Testamento por boca de su Profeta (*Isai.* I, 16, 18): *Quiescite agere perverse; discite benefacere... et venite, et arguite me. Si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra, quasi vermiculus, velut lana alba erunt: Dejad de obrar perversamente: procurad hacer obras de piedad y de misericordia, y si yo os faltare y no os socorriere con mi gracia, argüidme de infidelidad y de que falté á mi palabra. Si vuestros pecados fueren de color rubicundo como la grana, ó de color bermejo ó rojo como el gusanillo, mudarán su color en la blancura de la nieve, y de la lana muy blanca.* (*Véase en el cap.* XIII). En el Testamento Nuevo sanando Cristo á la suegra de san Pedro (*Matth.* VIII, 15), al

hijo único de la viuda de Naim (*Luc.* VII, *v.* 14), y á Lázaro (*Joan.* XI, 49), ¿no se declara manifiestamente que no hay pecado que el misericordioso Dios no perdone á quien con humildad y fe recurre á sus brazos piadosos?

El tercer argumento, con sola esta autoridad de la Escritura queda enteramente desvanecido: *Impietas impii non nocebit ei, in quacumque die conversus fuerit ab impietate sua: La maldad del impío no le dañará, ni le servirá de perjuicio delante de Dios, como de veras la deteste, y se convierta de corazon á su Majestad, pidiéndole perdon de sus culpas.* (Ezech. XXXIII, 12).

CAPÍTULO XXXIII.

Del tercer asalto, que es el de la presuncion, y del modo de rebatir los enemigos.

Vencidos los enemigos en los dos asaltos referidos, suelen acometernos con el tercero, que es el de la presuncion, y esto sucede en dos maneras: la una es presumiendo nosotros de nuestras obras, y apoyando en ellas nuestra salud; la otra es persuadiéndonos á que somos mas favorecidos de Dios, y mas particularmente que los demás. La presuncion de nuestras obras se redarguye y convence con dos poderosas razones: la una es, que no sabemos si son aceptas á Dios; y la otra, que de las buenas obras se puede caer fácilmente en alguna culpa que nos dé la muerte para siempre. De la presuncion de una singular misericordia de Dios basta decir que

es una insufrible soberbia que debe huirse y aborrecerse mortalmente. Dirá, pues, frecuentemente: *Nescit homo, utrum odio, an amore dignus sit: No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio.* (Eccles. IX, *v.* 1). *Non intres in judicium cum servo tuo, Domine: quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens: No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no se hallará quien pueda justificarse en vuestra presencia.* (Psalm. CXLII, 2).

CAPÍTULO XXXIV.

De algunas advertencias para el último paso de la muerte.

Si por desgracia ó poca advertencia, se dirá al enfermo, hubieses caido en alguna duda sobre la fe, ó en pensamientos de desesperacion, de presuncion, de infidelidad ó en algun otro, no pierdas el ánimo, aunque el demonio te quiera hacer creer

que no tienes remedio; porque si puedes, confiésate luego; y si no puedes, dí con el corazon: *Deus, propitius esto mihi peccatori: Dios mio, usad de misericordia con este pecador* (Luc. XVIII, 13), y si pudieres, harás alguna señal de contricion y de dolor, que Dios te ayudará: vuelve tambien con frecuencia el pensamiento al auxilio de María santísima, de tu Ángel custodio y de los otros Santos de quienes eres devoto, empezando desde ahora á acostumbrarte á estos actos. Acuérdate tambien desde ahora, que cuando yo te mostrare las llagas de los piés de Cristo crucificado, te exhorto á la humildad y santo temor de Dios, diciendo en nombre tuyo: *Non intres in judicium cum servo tuo, Domine, etc.: No entreis, Señor, en juicio con vuestro siervo, porque no se hallará quien pueda justificarse en vuestra presencia* (Psalm. CXLII); y mostrándote las llagas de las manos, te aliento á la esperanza en los méritos de Cristo, diciendo por tí: *In te, Domine, speravi, non con-*

fundar in æternum: Espero, Señor, en Vos, y espero en los méritos de vuestra santísima Pasion que no será vana mi esperanza, sino que lograré la vida eterna. (Psalm. xxx, 1). Y cuando te mostrare el costado abierto, te convido á su amor diciendo en tu nombre: *Diligam te, Domine, fortitudo mea: Ámote Señor, y te amaré, fortaleza mia* (Psalm. xvii, 1), y mostrándote todo el Crucifijo, te convido nuevamente al amor y á la esperanza, y diré por tí: *Jesu, sis mihi Jesus: Jesús, sed para mí Jesús;* y levantando las manos al cielo, diré en tu nombre: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te Deus: Así como el ciervo sediento busca con ansia el agua, así mi alma te desea, Dios mio y bien mio* (Psalm. xli, 1); y poniéndote delante la imágen de la Vírgen santísima, diré por tí: *Maria Mater gratiæ, dulcis Parens clementiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe: María, Madre de gracia, dulce Madre de clemencia, librad-*

me del enemigo, y recibidme en esta hora de mi muerte. ¿No deseas, hijo mio, que yo en tu nombre diga y repita estas oraciones y afectos y todo lo demás que Dios me inspirare? Dilata, pues, el corazon, está alegre, y confia en quien te ha criado y redimido. Últimamente, te advierto que no desees jamás tener visiones, y que si las tuvieres no las creas ni las adores, aunque te exhorten á que lo hagas; mas volviéndote con la consideracion á aquel Santo que representan, le adorarás en el cielo; y si representaren á María santísima, adórala á la diestra del Hijo de Dios, y representando á este soberano Señor, le adorarás á la diestra del Padre, y en el santo Sacramento del altar.

CAPÍTULO XXXV.

Lo que se debe decir cuando al enfermo se le da el Viático.

Cuando hubiere llegado el santísimo Sacramento, se dirá al enfermo antes que lo reciba: Aquí está el único Salvador del mundo debajo de los accidentes de esta Hostia consagrada, que es aquel Hijo bendito, á quien el Padre *propter nimiam charitatem, qua dilexit nos, misit in mundum: Por el infinito amor con que nos amó y ama, envió al mundo* (Ephes. II): aquí, digo, está oculto el Cordero inmaculado que murió en la cruz por librar el linaje humano del cautiverio de la culpa *(I Joan. c.* IV, 10). ¿No crees firmemente todo esto, y que comiendo de este Pan divino con la disposicion debida, recibimos muchos favores y gracias, y entre otras que en este último término de la vida nos dará

virtud, y nos servirá de guia para el camino del cielo? ¿No tienes deseo de recibirlo para gozar de estos efectos milagrosos, y para complacer en esto á tu Salvador? ¿No te conoces indigno de un bien tan grande, y de recibir dentro de tí este Señor inmenso? Díle pues: *Domine, non sum dignus*, etc. (Matth. VIII, 8).

CAPÍTULO XXXVI.

Del cuarto estado de los enfermos.

Pusimos en el cuarto estado los enfermos que poco ó nada sienten. El modo de ayudarles será poner frecuentemente el corazon y la mente en Dios, rogando por ellos en esta ó semejante forma: Criador del cielo y de la tierra, veis aquí vuestra criatura, que con tan alto consejo y amor habeis criado á vuestra imágen y semejanza (*Genes.* I): no menospecieis, Señor, la obra de vuestras manos, aunque

con los pecados que haya cometido se halle defectuosa: (*Psalm.* CXXXVII). Veis aquí, ó Verbo encarnado, aquella criatura que era ya vuestra carne: no la aborrezcais, Señor, aunque se halle desnuda de buenas obras, sino vestidla de vuestros bienes y méritos, así como nos mandais á nosotros que lo hagamos. (*Isai.* LVIII.—*Matth.* XXV). Veis aquí, Legislador divino, esta criatura por sus pecados enemiga vuestra: perdonad, Señor, á vuestros enemigos, y hacedles bien, pues así nos mandais Vos que lo hagamos con los que son nuestros enemigos. (*Matth.* V, 44). Veis aquí, ó buen Pastor, esta vuestra ovejuela perdida (*Luc.* XV.—*Joan.* X), que habeis buscado y seguido treinta y tres años en este valle de lágrimas: no permitais que de vuestros divinos hombros caiga en las manos de los lobos infernales (*Luc.* XV, 5), sino reducidla á vuestro aprisco. Mirad, Redentor del mundo, la criatura por quien habeis sufrido tan indecibles tormentos en la cruz: no la aban-

doneis ahora, aunque haya sido ingrata: salvadla, Señor, en memoria de aquellas angustias mortales que os dignásteis de padecer en el huerto, y en virtud de vuestras sacratísimas llagas, de vuestra sangre y de vuestra muerte.

Tambien para ayudar al enfermo podrémos usar de versos de los Salmos, que sean propios del lugar y del tiempo; y si estuviere tímido se dirá: *Amparo mio y mi libertador eres tú: ó Señor, no te tardes.* (Psalm. LXIX, 6). *En tí, ó Señor, tengo puesta mi esperanza: no sea yo para siempre confundido.* (Psalm. LXX, 1). *En tí esperaron nuestros padres; esperaron en tí, y tú los libraste. A tí clamaron, y fueron puestos en salvo. Confiaron en tí, y no tuvieron por qué avergonzarse.* (Psalm. XXI, *v.* 5, 6). *Ó Dios, no te alejes de mí. Acude, Dios mio, á socorrerme* (Psalm. LXX, 12). *Ó Dios, atiende á mi socorro: acude, Señor, luego á ayudarme.* (Psalm. LXIX, 24). *Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han*

acosado. (Psalm. XLV, 2). *Ten piedad de mí, ó Dios mio, apiádate de mí, ya que mi alma tiene puesta en tí su confianza. A la sombra de tus alas esperaré hasta que pase la iniquidad.* (Psalm. LVI, 2). *Mi situacion, Señor, es* muy *violenta: toma á tu cargo mi defensa.* (Isai. XXXVIII, 14). *¿Por qué estás tú triste, ó alma mia? ¿y por qué me llenas de turbacion? Espera en Dios: porque todavía he de cantarle alabanzas,* por ser *él el Salvador, que está* siempre *delante de mí, y el Dios mio.* (Psalm. XLII, 5). *¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios,* ansiando estar *en los atrios del Señor. Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa: alabarte han por los siglos de los siglos.* (Psalm. LXXXIII, 2, 3, 5). *Vuélvete* á mí, *Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.* (Psalm. VI, 5). *Líbrame, ó Señor, de mis enemigos; á tí me acojo.* (Psalm. CXLII, 9). *Clamé á tí, ó Señor, diciendo: Tú eres la* única *esperanza mia, mi*

porcion en la dichosa *tierra de los vivientes.* (Psalm. CXLI, 6).

Si se teme que presuma de sí, y de sus obras, se dirán estos versículos: *Mas no quieras entrar en juicio con tu siervo; porque ningun viviente puede aparecer justo en tu presencia.* (Psalm. CXLII). *Si te pones á examinar, Señor, nuestras maldades, ¿quién podrá subsistir, ó Señor,* en tu presencia? (Psalm. CXXIX, 3). *Porque no esperaré en mi arco, y mi espada no me salvará.* (Psalm. XLIII, 7). *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria.* (Psalm. CXIII, 9). *Dios mio, ten misericordia de mí que soy un pecador.* (Luc. XVIII, 13). Se dirá tambien frecuentemente: *Jesús, sed para mí Jesús. ¡Jesús, María! Jesús, ayudadme por causa de Vos mismo y de vuestra Madre. María, madre de gracia, madre de misericordia, defendedme Vos del enemigo, y recibidme en esta hora de mi muerte.* Se le hará muchas veces la señal de la cruz en la frente, en los ojos, en la boca y en el pecho di-

ciendo: *Jesús, María: Jesús Nazareno rey de los judíos, salvadme en vuestro nombre.* Tambien se le rociará frecuentemente con agua bendita, se leerá la Pasion de Cristo, se dirán las Letanías, y otras cosas que enseña el Ritual, propias de este caso: y se dirá á los circunstantes que rueguen por el enfermo, y todos procurarán ayudarle del modo que pudieren, acordándose en esta ocasion cada uno de aquella sentencia del Señor: *Con la medida con que midiéreis seréis medidos.* (Luc. VI, 38). Con estos y semejantes versos y oraciones se ayudará á los enfermos de este estado; pues no son capaces de mayor auxilio.

CAPÍTULO XXXVII.

Qué se debe hacer despues que el enfermo haya muerto.

Despues que el enfermo haya muerto, será bien retirarse á otra estancia, para dar lugar á que la familia atienda á acomodar el cadáver, y entre tanto dirémos el oficio de difuntos; y volviendo despues á consolar á los parientes, les hablarémos en esta forma: Os alabo que lloreis, porque demás de ser cosa agradable á Dios el llorar á los muertos, es señal de tener el corazon humano; pero tambien es cierto que ha de tener sus términos el llanto, para que no se convierta en vicio una obra tan digna de alabanza; y para empezar á moderar las lágrimas, oigamos lo que á cada uno de nosotros nos dice el difunto, aunque no oigamos su voz: ***Memor esto,*** nos dice, *judicii mei; sic enim erit, et tuum;*

mihi heri, et tibi hodie (Eccli, XXXVIII, 23): yo he muerto ya; y muy en breve haréis vosotros lo mismo, sin esperanza de que vuelva á empezar el curso de vuestra vida. Desde ayer á hoy se puede decir vive el hombre: tan velozmente pasa esta sombra fugitiva de la vida; porque no hay vida verdadera sino la del cielo. Pues ¿por qué llorais por mí tan amargamente? Si se debe llorar, llorad tambien por vosotros, que caminais con pasos apresurados á la muerte; y por decirlo mejor, si me amais y os amais á vosotros mismos, dejad el llanto, que á mí no me aprovecha, y á vosotros, siendo excesivo, os ocasionará daño en el cuerpo y en el alma. Gastad, pues, el tiempo que empleais en llorar, en rogar á Dios por mí, considerando que los juicios de Dios hallan que purgar en las almas mas de lo que imagina el mundo. Yo, como quien os ama, os exhorto á la virtud, al amor de Dios y del prójimo, y al desprecio del mundo. ¡De qué me han servido los deleites de la carne, los de-

seos, la soberbia y la vanidad del mundo! Mirad como todo pasa á manera de viento velocísimo. Lo que solo me ha quedado son penas acerbísimas, que por la misericordia de Dios, como debeis esperar, conviene que yo padezca, no en el infierno, sino en el purgatorio; y así os pido que me ayudeis y socorrais con todos aquellos medios que enseña la santa Iglesia católica romana; y dando fin á mi razonamiento, os pido nuevamente que procureis hacer en vida lo que en la hora de la muerte desearíais haber ejecutado. ¡Oh qué dolor! ¡Oh qué dolor es en la hora de la muerte el pensar en el bien que pudimos haber hecho y no hicimos! ¡Oh cuántos bienes eternos se pierden! ¡cuántos tesoros se desperdician! Sed, pues, sábios, advertidos y prudentes, y ordenad y componed vuestra vida para la última necesidad en que os hallaréis, que en esto consiste la suma de nuestra felicidad; y todo lo demás es inútil y de ningun provecho.

CAPÍTULO XXXVIII.

Del quinto y último estado de los enfermos.

En el quinto estado pusimos á los convalecientes, á quienes hablarémos en esta forma: Muchos documentos podréis haber sacado de esta enfermedad, pues habeis conocido con mayor luz que sois mortales: que las cosas del mundo pasan velozmente: que vuestra adhesion y apego á las criaturas es mas tenaz de lo que creíais: que sin grande dificultad y sumo dolor no puede el hombre desasirse de ellas; y últimamente, que es grande el terror y espanto que causa la consideracion de la estrecha cuenta que se ha de dar á Dios de toda nuestra vida. Asimismo habeis experimentado cuán dulce es la memoria de las buenas obras que se han hecho. El fruto que habeis de coger de todo esto es que como un prudente capitan, habien-

do visto las partes mas flacas de vuestro corazon, y reconocido vuestros defectos, procureis en este poco tiempo de vida que os queda fortificaros con diligencia, para que cuando venga la muerte os halle tan bien prevenidos, que os abra el paso á la vida verdadera. El modo, pues, de fortificaros y preveniros ha de ser este: Cada mañana imaginaréis que os dicen: *Dispone domui tuæ, quia morieris: Procura disponer las cosas de tu alma, porque está muy próxima tu muerte* (Isai. XXXVIII, 1): y como si aquel dia fuese el último de vuestra vida, atended en todas vuestras acciones á tener limpia la conciencia, á mortificar las pasiones, á despreciar el mundo, y á enriquecer vuestra alma de virtudes y buenas obras, para agradar á Dios. Para esto es necesaria la vigilancia, la violencia, la oracion, la meditacion, y la frecuencia de los santos Sacramentos. Os acostumbraréis á velar sobre vuestro corazon para que se desprenda de las criaturas, y no se pegue mas á ellas; y si en esto

sintiéreis repugnancia y pena, haceos fuerza, y recurrid al instante á la oracion, diciendo: Señor, libradme de mis enemigos y de todas las inclinaciones terrenas: ayudadme, Dios mio, para que no ceda á estos movimientos, que son contrarios á vuestra voluntad. Despues meditaréis en alguna de las cosas que hizo Jesucristo en el curso de su vida, y en los misterios de la cruz; y considerando que su divina Majestad se dió todo por vosotros, no tengais dificultad en entregaros enteramente á su voluntad, que no quiere otra cosa que vuestro bien, y tal y tan grande, que no cabe en nuestra comprension; porque os quiere en el cielo en su compañía, para que os sustenteis del mismo manjar de gozo, perfeccion y bendicion, de que su divina Majestad se sustenta y sustentará siempre. Y si quereis una instruccion dilatada, que os enseñe á arreglar vuestra vida y pasiones desordenadas, y adornaros de las virtudes con todo lo demás que es necesario para adqui-

rir la perfeccion cristiana, usad de la doctrina que os doy en el Combate espiritual.

FIN DEL COMBATE ESPIRITUAL.

DIÁLOGOS

DE CRISTO CON EL ALMA

SU ESPOSA;

ESCRITOS POR EL

Rdo. P. Gaspar de Lafiguera,

de la Compañía de Jesús,

Y QUE FORMAN EL TRATADO TERCERO

DE SU SUMA ESPIRITUAL.

INTRODUCCIDN.

Para que toda suerte de personas, por muy aventajadas que sean en espíritu y muy favorecidas de Nuestro Señor, tengan que aprender en esta Suma, he querido ponerlas al fin de ella este breve coloquio donde puedan mirarse como en espejo todos los

movimientos interiores, de qué espíritu nacen, y tambien las faltas que cada uno tuviere, para que las quite y se haga mas agradable á los ojos de Dios. No sabré decir, aunque quiera, si esta obra de oro ha sido invencion de algun hombre docto y perfecto para humanar los secretos divinos que le fueron enseñados del cielo, como otros Padres místicos lo han hecho, ó si fue, lo que la letra suena, verdadera y propia conversacion de Cristo Señor nuestro con alguna religiosa querida esposa suya, que obligada de su prelado, manifestó por escrito estos secretos, encubriendo de manera su nombre, que no ha quedado rastro ni memoria de él en el mundo.

Verdad es que la opinion del autor engendra en nosotros estima de sus obras; mas este celestial tratado, sobre cuanto ha salido escrito en nuestro tiempo, es el que

menos necesita de este crédito: porque la simplicidad de su estilo, el peso de sus razones, la majestad de sus respuestas, la propiedad de sus palabras, la disposicion de sus pensamientos, la comprension de la materia que trata, la eminencia de la doctrina, el magisterio con que la enseña, el sentido espiritual vivo que da á la Escritura que alega, la blandura grave de su trato, la dulcísima aspereza con que riñe, la claridad rara con que satisface, el fuego que pone á quien lo lee, la libertad con que entra y sale de lo mas cerrado de las ciencias, la distincion con que propone, el imperio con que destierra temores vanos, y tanta precision en todo, inducen fuertemente (mirada la pequeñez de la condicion humana, incapaz naturalmente de tan fecundo parto) á que toda esta enseñanza tuvo su nacimiento en el cielo.

En lo favorable solamente deseo que se incline á este piadoso sentir el que quisiere mirar esta obra con respeto; y el que lo tuviere por estorbo para sacarla á luz, siga lo primero y mas seguro con envidia del humilde autor, que como justo comió en vida el fruto de esta sabrosa invencion, y dejó en muerte sustento y luz para los venideros.

DIÁLOGOS

ENTRE JESUCRISTO Y EL ALMA

SU ESPOSA.

DIÁLOGO I.

De la diferencia que tienen los afectos espirituales de los afectos sensibles.

Esposa. Mucho deseo, Esposo mio y Señor, saber lo que tengo de hacer en los aprietos y regalos que siento á tiempos: porque temo ofenderos con desordenada tristeza, como con vana alegría.

Esposo. Si ese temor tuvieses siempre, y no te olvidases de él jamás, no serias extremada en *alegrarte* ni en *entristecerte;* porque usarias de templanza y modestia en lo uno y en lo otro, y así irias segura por el medio, no *entristeciéndote* mucho

con los aprietos, ni *alegrándote* mucho con los regalos; porque en estas demasías suelo ofenderme.

Esposa. Pues ¿cómo, Señor, me decís que tenga moderacion en alegrarme, si no la tengo de tener en amaros, pues á la medida del amor es el gozo? Y ¿cómo tengo de tener moderacion en mi tristeza, pues no la tengo de tener en dolerme del pecado cometido contra Vos?

Esposo. Para responderte á esto que dices has de saber, Esposa mia, que hay alegría, deseo y amor espiritual que nace del mismo acto de entender á Dios. Y de esta alegría y amor no has de entender la moderacion que te digo; porque antes, si bien se mira, esta alegría, deseo y amor ha de ser sin modo, el cual perfecciona mas el mismo acto de entender; y este mas perfecto, eslo tambien el deseo y alegría, y así anda en retorno perfeccionándose lo uno con lo otro hasta hacerse el alma un Querubin en la inteligencia, y un encendido Serafin en el amor y gozo. Hay tambien

tristeza y fuga *espiritual* que nace del mismo acto de entender la fealdad del pecado contra mí; y de esta tristeza no has de entender tampoco la moderacion que te digo, porque esta tristeza ha de ser sin modo, la cual perfecciona ni mas ni menos el acto de entender y aborrecer el pecado; y este mas perfecto, lo es tambien la tristeza; y así andan en retorno perfeccionándose lo uno con lo otro, como te dije del amor.

Hay otra alegría, deseo y amor *sensible* que de Dios redunda y mana en la *imaginacion* y *apetito* sensitivo del gozo y alegría que está en la voluntad; como en mi transfiguracion, que comuniqué á mi cuerpo la alegría y gloria de mi alma. Y esta alegría y amor *sensible* ensancha el corazon, enciende el rostro y causa lágrimas de alegría; y esta es la que te digo que moderes, porque es muy diferente y peregrina de esotra espiritual: y tanto, que le hace tanta guerra y contradiccion, que

si se van mucho en ella la imaginacion y el apetito, ciega el entendimiento, y enloquece la voluntad, y queda el alma convertida en carne y hecha semejante á los jumentos salvajes, dando risadas sin órden ni concierto, hablando locuras y disparates, que la gente ignorante tiene por cosas sobrenaturales, siendo locuras.

Hay otra tristeza, fuga y odio *sensible* que de Dios redunda y mana en la *imaginacion* y apetito sensitivo, la cual aprieta el corazon, y hace derramar lágrimas y suspiros. Y esta tristeza, fuga y odio sensible es la que yo te digo que moderes, porque ni mas ni menos es muy diferente de la otra tristeza espiritual, á la cual da tanta guerra y contradiccion, si es demasiada, que ciega el entendimiento, y enloquece la voluntad como la otra desordenada alegría; y de aquí vienen muchos á hacer obras de desesperados y matarse como Judas. De manera, que así como esta alegría, deseo y amor *sensible,* y así como es-

ta tristeza, odio y fuga *sensible* es muy buena, si es moderada; así es pestilencial si no se templa.

Esposa. ¡Oh Jesús, Esposo mio, cómo se goza mi alma de oiros estas verdades! Pero decidme, cuando esta alegría no nace de amaros, ni esta tristeza de haberos ofendido, sino de no sé qué, ¿qué tengo de hacer?

Esposo. Bien pareces niña en tu espíritu, pues te atemorizas donde no hay de qué, y te alegras del aire: si te acabo de decir que te moderes, aun cuando la tristeza y alegría trae fundamento; ¿cuánto mas has de hacer esto, cuando no hay razon ni causa de alegría ni tristeza?

Esposa. Ya veo tambien esto; pero mas no está en mi mano.

Esposo. Pues si no está en tu mano, haz virtud de la necesidad; porque tambien doy licencia á los demonios, aunque con tasa y medida, para que aflijan, tienten y prueben á mis esposas, como á otro Job; para que se conozcan, humillen y

ejerciten en la paciencia, hija de la caridad, como dice el Apóstol. Porque ya sabes que, andando yo por el mundo, prediqué que no habia mayor caridad que padecer por el Amado hasta dar por él la vida, si fuere menester, como yo lo hice; porque gozar de favores, gustos y deleites por respeto y amor del Amado, esto cualquiera lo hace; pero gustar de cáliz amargo, de aprieto, de aflicciones interiores y exteriores por amor del Amado, esto pocos lo hacen, y de estos has de ser tú. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de padecer aprietos, tentaciones y aflicciones por mi amor; porque ellos serán hartos de este manjar, que tantas veces dice mi Apóstol que no se da á los niños en la virtud, sino á los varones crecidos en ella.

Creció el niño, dice la Escritura, y destetáronle; y Abrahan hizo un grande convite el dia que le quitaron el pecho. De manera que á los crecidos se quita la leche de los gustos y consolaciones, y se les

da el manjar de aprietos y aflicciones, y este dia se hace fiesta en mi corte celestial, y no llanto como tú piensas. ¿No me ves en el Apocalipsi ceñidos los pechos con una cinta de oro? ¿y no te hace admiracion tal manera de ceñir por los pechos y no por la cintura, y con cinta de oro y no de hierro? Acaba de entender que el amor que tengo, y el verte crecida, aunque tú no lo entiendes, ni conviene, me hace ceñir de mis consolaciones.

Y no es tenerte aborrecida, como á tí se te representa, porque á los que amo castigo y aflijo; y si tus aprietos y penas fueran consentimientos, y si el entender fuera amar, y el recibir pena fuera deleitarte; bien hicieras en pensar si estaba enojado contigo, cuando estás hecha un mar de penas y aprietos, y representaciones varias y vanas; pero no es así, sino que va mas diferencia de la pena á la culpa, y del entender al querer, que del cielo á la tierra; porque en lo uno hay culpa y ofensa mia, y en lo otro no; sino mere-

cimiento, si hay paciencia y humildad; y en lo uno me agrado, y en lo otro me ofendo; y así haces mal en afligirte por lo que yo me agrado.

Mira que eran Ángeles los que bajaban por la escala de Jacob, como los que subian; y así es en mis esposas que humillo con trabajos, y levanto con favores; que entristezco con mi ausencia, y alegro con mi esperanza. ¿Querrias tú estar siempre en bodas? Pues mira que esto no es posible en esta vida de penitencia, sino en la otra de *gloria*. ¿Parécete que es bien querer que sea el destierro patria, y la cárcel de miseria, paraíso de deleites? No por cierto, ni quieras tú ser mas que mi Apóstol, á quien, porque los regalos no le ensoberbeciesen, le dí aquel estímulo de carne, ángel de Satanás, que le afligia y apretaba, hasta pedirme muchas veces que se lo quitase; y yo no quise, porque la virtud de la paciencia, humildad y caridad se perfecciona en la fragua de los aprietos y aflicciones.

Y no me digas que no sabes tú si este es así en tí, y que antes temes si por ventura es esto empezar á padecer el infierno que te está aparejado. Ajeno sea de tí tal pensamiento, Esposa mia, pues no tienes pecado mortal por mi bondad y misericordia. ¿Sabes en quién ha lugar este temor? En las almas, *que estando en grandes aprietos, están tambien en actual pecado mortal.* Y no me digas que por ventura estás tú en él, que *á los que hacen lo que en sí, no les deniego yo mi gracia.* Y esto ya lo has hecho tú una y muchísimas veces, segun tú has podido, que es pensar en tus pecados, y dolerte de ellos, y recibir los Sacramentos.

Concluyo diciendo, que si estas verdades no te hacen fuerza, teniéndote por indigna de aflicciones y aprietos, que estás llena de apetitos y amor propio, que no te dejan ver la luz de estas verdades, ni apetecerlas ni amarlas. Toma mi consejo y haz propósito firme de tener desde aquí *á lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo,*

y verás la paz tan grande que posees; y *espera á la luz cuando estás en tinieblas, y las tinieblas cuando estás en luz*, pues ves por experiencia que así te pasa, como tambien le pasó á mi amigo Job; y así lo hago yo con mis amigos y esposas, que un poco me les muestro y un poco me ausento de ellas; para con lo uno fundarlas en *humildad*, y con lo otro encenderlas en *amor*, que son las dos cosas que yo mas deseo; y celo en ellas, como lo habrás visto en tí misma, si quieres advertir en ello.

DIÁLOGO II.

En que se declara mas el primero, y se dan mas señales para discernir los afectos espirituales de los sensibles.

Esposa. Mucho deseo, Señor, que todo lo pasado me lo resumais en pocas palabras, porque así lo entienda mejor y me acuerde de ello, que soy flaca de memoria.

Esposo. Todo lo que hasta aquí te he dicho, se resume en cuatro palabras, que de ordinario te hago sentir en la oracion y ejercicios espirituales, que son: deleite y gozo sensible, manjar de niños, manjar de varones. Y aunque estos cuatro puntos están suficientemente declarados en lo pasado, porque los entiendas mejor, quiero avisarte de un error para que lo evites, en el cual suelen caer gente ruda y de poco entendimiento, y aun muchas veces grandes varones y filósofos; y es confundir y tener por uno mismo el deleite *espiritual* y el *sensible:* ó á lo menos si esto no hacen, engáñanse muchas veces en juzgar el *sensible* por el *espiritual.* Y lo que se sigue de esto, lo primero es, que, no moderando el gozo *sensible,* caen en grandes locuras, atizando el demonio este afecto cuanto puede.

Lo segundo, se sigue tomar falsa regla y medida para juzgar la bondad y malicia de sus obras morales. Porque has de saber, que en buena filosofía moral, la bon-

dad ó malicia de vuestras obras consiste principalmente en la voluntad ; y para conocer si esta voluntad es buena ó mala, se ha de mirar principalmente al fin, el cual no es otra cosa sino aquello en que se reposa y hace asiento y páusa la voluntad : la cual páusa y quietud la digo deleite y gozo espiritual, por el cual se juzgan vuestras obras buenas ó malas : de manera que si vuestro deleite es con cosa buena, la obra es buena , y si con cosa mala, es mala.

Y así este deleite espiritual de la voluntad tengo yo dado por regla y nivel de la bondad ó malicia de vuestras obras morales ; y no el deleite sensible de vuestro apetito y sentidos , como piensan los ignorantes , los cuales toman por regla de sus obras este deleite sensible : y aquellas juzgan por buenas y muy preciosas, que van acompañadas con él ; y aquellas por de ningun valor , que les falta ; y así la oracion que no tiene *júbilos y saltos de corazon*, la obediencia , la disciplina , la con-

fesion y comunion y todo lo demás bueno que hacen, *si les falta este deleite y alegría sensible, va perdido en su juicio y no vale nada.*

Y no es así, porque, como digo, no es ese deleite la regla, sino el *espiritual*, lo cual mirarás bien, porque no te engañes; que no es saltar el corazon, suspirar ni vivir de alegría, que todo eso es deleite *sensible*, que los ignorantes tienen por espiritual. Nótalo muy bien, que no es otra cosa deleite *espiritual*, sino *una quietud de la voluntad en la cosa que actualmente ama*, y es el deleite espiritual verdadero, y no otras imaginaciones y sentimientos peregrinos de vuestro apetito y sentidos.

Verdad es que este gozo *sensible*, cuando es moderado, ayuda mucho al *espiritual*, y así no hacen bien los que quieren cortar totalmente este deleite y gozo *sensible* en sus buenas obras, por decir que no está en él todo el negocio; y así ten freno de discrecion y prudencia, aprovechándote de las cosas como conviene.

Esposa. Bien me parece todo esto y me da luz: pero, Señor mio, oyéndoos decir de este deleite, quietud y reposo de la voluntad tan digno de ser amado, pues es tan precioso y seguro; por aquí he venido á entender la merced que me habeis hecho en mi oracion, sin haberla yo merecido, ni conocerla. Porque veo, que lo ordinario es mi oracion en esta quietud, deleite y gozo de la voluntad en Vos sin ruido de otras varias consideraciones ni pensamientos, los cuales algunas veces mas me estorban que me ayudan; porque mas altamente siento la fe de Vos, Esposo mio, que todo cuanto me pueda decir la razon humana, y aun los mismos Ángeles y todas las demás criaturas del cielo y tierra.

Esposo. Yo ya sabia que te llevaba por ese camino de recogimiento, quietud y deleite en mí, sin estimarlo tú en lo que merecia; y me holgaba de verte congojada sobre si era aquello perder tiempo, pues no tenias muchas consideraciones y medi-

taciones como otras veces, y como tú oyes decir que tienen otras personas. No te pase por el pensamiento de aquí adelante congojarte por lo que te habias de alegrar; porque es tanto mejor esa oracion y recogimiento y quietud, que la de meditaciones y discursos, que no tiene comparacion, porque esta meditacion es camino para esotra de quietud. Este es el *sueño* y *reposo* que yo tanto guardo á mis esposas; y cuando lo tienen, conjuro á las hijas de Jerusalen, que son los pensamientos y discursos, por las cabras y ciervos de los campos, que no inquieten ni despierten á mi amada hasta que ella quiera.

Y esta quietud, paz y reposo no hay donde mejor se goce y guarde que en la *soledad:* y por eso, si bien lo miras, tienes recibida otra singularísima merced mia, que es *un continuo deseo de huir la comunicacion con las criaturas*, aunque sean santas, y recogerte conmigo á solas en la soledad; porque verdaderamente nunca estás mejor acompañada que cuan-

do estás conmigo. Mira, guárdate que no se diga de tí: *No es el bien conocido, hasta que es perdido;* y sin duda perderás esta manera de oracion y deseo de soledad, si no lo estimas en lo que ello merece; anteponiendo á todas las demás obras á que la obediencia no te fuerza.

Esposa. Temor me da de oiros esa amenaza, Esposo mio; pero yo estimaré esas dos cosas mas que hasta aquí, para que yo sea mas vuestra y Vos mio. Y, pues me habeis enseñado tan en particular qué sea *manjar de niños* y *manjar de varones*, para que yo empiece á ser fuerte en mis obras explicadme esto mas en particular.

Esposo. Gloria sea á mi Padre, que tales deseos te infunde; él te los perfeccione y conserve hasta que por ellos te dé su gloria, y te goces para siempre.

Has de saber, Esposa mia, que *manjar de niños* es las consolaciones y gozos *sensibles*, que al principio de la conversion y trato conmigo les suelo dar como le-

che, y muchas veces estándose en pecado mortal, sin amarme sobre todas las cosas.

Tambien entran en este número de *leche* y *manjar de niños* las revelaciones, visiones y raptos, discrecion y reconocimiento de espíritus, y todas las gracias que se dicen *gratis datas* intelectuales, las cuales se compadecen muchas veces con pecado mortal, de que hace un catálogo mi Apóstol escribiendo á los corintios; y de ellas se preciaba tambien cuando era niño y recien convertido, diciendo que hablaba con varias lenguas como niño, y tenia espíritu de profecía como niño, y visiones, revelaciones y raptos como niño; en tanta abundancia, que en su conversion estuvo gustando de esta leche por tres dias, elevado hasta el tercer cielo, que fue menester quitarle de la boca el pecho porque no se ahitase; y darle otro manjar amargo, que fue aquel estímulo de carne, ángel de Satanás, que le afligia y apretaba tanto, que llorando como niño que destetan, me

pidió el pecho de mis consolaciones; y *yo* que no quise dárselo, porque no le hiciese mal tanta leche y se muriese, cayendo en espíritu de soberbia; que este peligro tienen estos *manjares de niños*, haciendo regalonas y soberbias las almas.

Pero cuando se llegó el tiempo en que ya estaba crecido en virtud, y para gustar el manjar de varones, que yo anuncié á mi siervo Ananías, que es el padecer, dejó todas las comidas de niños y aplicóse á las de varon, que son las que cuenta á los mismos corintios, de caridad, paciencia, varios trabajos, aprietos y aflicciones, la mortificacion y cruz de que él tanto se precia: las cuales virtudes son *manjares sólidos* que no sufren consigo flaqueza de pecado mortal, como esotros *manjares de niños*.

Ya te he dicho cuáles son las consolaciones que has de escoger y los manjares que mas te conviene gustar: sigue lo mejor, si quieres acertar. Déjame hacer lo que yo quisiere, *que yo te daré á gustar*

en cada hora y momento el manjar que mas te convenga, si tú con humildad y resignacion lo quisieres recibir.

DIÁLOGO III.

En que se declara qué sea oracion de quietud, con sus propiedades y nombres.

Esposa. Ó mi dulcísimo Jesús, Señor y Esposo mio, ¡cómo me habeis consolado dándome tan claramente á entender que el deleite espiritual, y no el sensitivo, es la señal clara y divisa manifiesta de la bondad ó malicia de mis obras! y así de aquí adelante, aunque me vea llena de malos pensamientos, y de tentaciones pestilenciales, no se me dará nada, si no tengo en ellos deleite espiritual deliberado y de propósito. Y por el contrario, cuando me viere llena de buenos y santos pensamientos, y que me deleito y reposo en ellos, me gozaré mucho, pues el gozo es señal manifiesta de las mercedes que de Vos recibo:

digo gozo espiritual y no sensitivo, pues con él tengo de medir la bondad ó malicia de mis obras, y no con el sensitivo.

Tambien me ha consolado la luz de los *manjares de niños* y *de varones* en la virtud, que es cosa que yo deseaba saber mas clara y distintamente. Y sobre todo se consuela mi alma en considerar la merced que me habeis hecho tan sin merecerlo, en darme tal modo de oracion, que sin duda es de quietud y gozo espiritual; y reposo en Vos, que es el fin de todos los demás ejercicios de discursos y meditaciones; aunque este punto, por serme tan necesario y haberse tocado tan sumariamente en el diálogo anterior, deseo que me lo declareis mas en particular.

Esposo. Bien parece, Esposa mia, que tienes mi espíritu, pues pides lo que yo tanto deseaba. En cuanto á lo primero has de saber, que el fin y blanco de la contemplacion principalmente es considerar con una vista pura y clara, cuanto con la fe se puede, mi divinidad y perfec-

ciones, mi ser, poder, bondad, hermosura, reposando amorosamente en mí y uniéndose conmigo con suma suavidad, deleite y fuerza de amor, como muchas veces lo haces, el cual amor, cuanto es mas encendido, tanto tiene mas en esta vida de union conmigo, y despues en el cielo, porque á la medida del amor es la union, gracia y gloria.

Esposa. Muy bien tengo entendido lo dicho, en que consiste la verdadera contemplacion. Ahora deseo saber cómo viene el alma á esa soberana contemplacion.

Esposo. Preguntas lo que ya sabes por experiencia. Advierte, que el modo de ponerse el alma en mi contemplacion, es olvidarse de todas las cosas del cielo y tierra, sin discurrir el alma con el entendimiento, mas que mirar mi infinito ser, bondad y hermosura, amándome con indecible suavidad, gozo, quietud y reposo; el cual olvido es el que mis siervos dicen por otras palabras *recogimiento del alma á lo interior;* porque los pensamientos y deseos

que esta tenia repartidos en varias cosas, los aparta de ellas, y los convierte y recoge á mí solo con sumo y actual amor, deseo, gozo y descanso en mí.

Dícese tambien este olvido *silencio espiritual*, porque el hablar de tu alma es pensar en esto y en lo otro; y cuando dejas de pensar en tales cosas y te quietas mirándome solamente á mí, y escuchándome, entonces está el alma en silencio.

Dícese tambien este olvido no pensar nada, conviene saber, *de las cosas criadas*, pero no del *Criador*, que soy yo objeto y blanco beatífico de tu entendimiento y voluntad: no porque el entendimiento no entienda, sino porque con una simple vista y aprehension mirándome, ama mucho; porque has de saber que no puedes amar, si primero no entiendes, y así siempre precede y acompaña á tu amor el conocimiento de mi bien infinito.

Esto que te he dicho es oracion de quietud, recogimiento y silencio, que es la que tú tienes al presente, y tendrás, si no eres

ingrata, descuidada y soberbia; y de tal manera, que no se te acabe en todos los siglos de mi eternidad, porque ya sabes está escrito que la caridad nunca falta; y María, figura de las contemplaciones, la escogió, y no se le quitará para siempre. Guárdala tú tambien, porque te hago saber que es un modo de oracion que no doy yo á todos, y es muy noble, divino y suave de excitar, porque carece de discursos y operaciones de entendimiento, que no cansa tanto, y puédese tener en el alma largo tiempo con mas facilidad; y mas cuando la acompañas *con mi humanidad,* aprendiendo de mi humildad y de mi infancia á ser pequeña y niña en tus ojos, que á esos tengo prometido mi reino, el cual goces conmigo eternamente.

DIÁLOGO IV.

De las espinas que ahogan el fruto de la oracion, y de las que le hacen crecer.

Esposo. Sí que te amo mas que á mis ojos y á mi vida, pues la dí por tí. Tú cási siempre me estás contemplando con alegre y amorosa vista, por estar tu alma en mi gracia tan pura y blanca á lo menos con el deseo, y á los tales digo yo en mi Evangelio que me verán y entrarán en el tálamo de mis bodas eternas, donde no se admite cosa súcia ni manchada; pero por este inefable amor con que te amo y celo tu aprovechamiento, y que aproveches y crezcas en la oracion que yo por mi bondad te doy de recogimiento y quietud, te quiero con rigor y aspereza avisar de algunas espinas que impiden tu quietud y recogimiento.

ESPINA I.

¡Es posible que no acabes de entender, que los *cuidados demasiados* son espinas que ahogan en tu alma la semilla de la gloriosa y bienaventurada quietud y oracion de recogimiento! ¡Y es posible que no acabes de entender que estos cuidados demasiados no son en tí, por mi bondad, de riquezas temporales, de niños, de carne y sangre, como en la gente del siglo, sino de ser muy justa, santa, pura y acendrada! ¡Y es posible que no acabes de entender que ese *cuidado* y *deseo* sensitivo es en tí vicioso y malo por ser tan demasiado! Si á los lobos con piel de oveja no los conoces, mírales á las manos ó á los afectos y obras que causan en tí, y por ellas los conocerás.

Mira como este *cuidado* te quita el *recogimiento, quietud y paz de tu alma,* que es un bien sobre todo bien, y que lo entré predicando con celestial música la noche

de mi nacimiento diciendo: *Paz sea en la tierra á los hombres de buena voluntad;* lo salí amonestando la última noche de mi cena, repitiendo á los mios: *Mi paz os doy, mi paz os dejo, porque en ella moro.*

No ves que ese *cuidado* te hace infiel y rebelde al consejo de tus confesores, y que siéndolo á ellos, lo eres á mí, que dije: *Quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia.* Acaba ya y mira muy bien ese tu *cuidado* y *desasosiego*, y verás la raíz de eso, que es *falta de humildad*, es *soberbia* y *amor propio*, que quiere todas las cosas luego allí de presente á su salvo y gusto.

Es falta de *humildad*, porque quieres tú ser mas que los justos de quienes dije que caen siete veces al dia, para que así los conozcan y se conozcan, se humillen y los humillen. Tú no quieres *conocerte* ni *que te conozcan;* ni *humillarte* ni *que te humillen;* y esto es ello. Mira lo que dice la Escritura, *no quieras ser demasiadamente justo, que te pasmarás en tu justicia;*

la cual bien parece justicia tuya y no mia, que esta es sin agravio de partes, y la tuya es con tanto agravio de tu paz, *haciéndote demasiadamente temer donde no hay de qué*, apartándote de mí y entregándote en manos de mis enemigos y tuyos, *quitándote la luz y reposo de tu alma, y dejándote en tinieblas y desasosiego*, y así experimentas lo que dice el proverbio: la suma justicia es suma crueldad é injusticia; y así pagas la pena de la culpa.

Conviénete, pues, ser humilde, y no presumas tanto; *enséñate á sacar humildad de tus faltas, y no amargura y desasosiego*, que me das pena *y me ofendes mas con el desasosiego que recibes de ellas, que con ellas mismas;* porque ellas son cási nada, y la pérdida de la paz es cosa grande. ¿Parécete que es buena justicia esta? No por cierto; sino muy mala, pues por evitar un mal pequeño caes en otro mayor; y por purificar tu alma la ensucias; pues la inquietud y ansiedad es miseria

grande, porque contradice la bienaventuranza que á los pacíficos yo prometo.

Ya veo que me dices que de las faltas *presentes* no te inquietas, solo de las *pasadas*. A eso te digo, que ni de *esas* ni de *esotras*, sino haz muchos propósitos y determinaciones (y procura de cumplirlos) de no dar fe, ni crédito *á tu memoria*, que es muy flaca y deleznable; y de lo que hizo y dijo ayer no se acuerda hoy, cuanto mas de lo que ha mucho tiempo, y *ni creas tampoco á tu entendimiento, ni entres con él en razones*, que el temor demasiado, si estás ó no en pecado, lo ciega, y el ciego hace y forma razones ciegas, que te ciegan y apartan de la luz que tú posees de ordinario.

Todo esto se acabaria, si *fueses humilde y creyeses á tus confesores*, y si hicieses lo que mi Apóstol (mira que lo hagas), preciarte con él de sola una cosa; esta es, olvidarte de todo lo pasado y poner todo cuidado en lo por venir, para huir del pecado y seguir la virtud, y no consumir-

te en mirar lo que tu memoria y entendimiento en tu rincon te representan de cosas que yo tengo olvidadas; pues en doliéndose el pecador de sus faltas, yo las olvido. Y no me repliques que no has hecho tú esto, sino cree que lo has hecho, pues así te lo han dicho tus confesores; porque lo demás es *soberbia* y falta de fe.

Esposa. ¡Oh, mi dulcísimo Jesús, y cómo es así verdad! Yo propongo de mas no hacer caso de mi memoria ni entendimiento; sino tener por tentacion clara del demonio todo aquello que turba la paz y quietud de mi alma.

ESPINA II.

Esposo. No habemos acabado con tus espinas, otras hay no menos penosas y dañosas que las pasadas; porque si aquellas te quitan la paz, estas te quitan el comulgar, sobre si llegas *digna* ó *indignamente,* si *llegarás* ó *no llegarás* á recibirme. Y para

concluir en dos palabras (que lo demás es nunca acabar) comulga cuando te lo manda quien puede; que es tu confesor y prelado, y cree que llegas como yo deseo y gusto, si no vienes, como dije por mi Apóstol y Concilios, con conciencia de pecado mortal. El venial, no presente, sino pasado, no pesa tanto, y con la misma Comunion se quita cuando no tengas á mano el confesor, y así depon tus escrúpulos y no pierdas tiempo ni ocasion de recibirme por hacer demasiada cuenta de faltillas. Usa de aquellos remedios que te dije, y otros que tú sabes, un golpe de pechos, agua bendita, y quiétate, y comulga, y verás cómo te va.

Esposa. Cierto, Señor, que lo tengo de hacer así de aquí adelante: porque las veces que lo he probado, tengo experiencia que me va muy bien; pero decidme, Señor, qué es pecado *presente* y pecado *pasado*.

Esposo. Pecado venial *pasado* es el que hiciste ayer, y tambien hoy antes de

ir á comulgar. *Presente*, es el que actualmente tienes allí voluntad de hacer, como es decir tal ó tal mentirilla, tal ó tal murmuracioncilla ó conversacion vana, y este es pecado venial *presente*, que aunque no impide la *gracia habitual* y su aumento, impide la que se dice *actual*, que es una pérdida grande, y es *un grande atrevimiento y poca reverencia y temor mio*, y así nunca te llegues á recibirme en pecado venial *presente*, pero pasado no es nada que me estorbe. Y asienta en esta verdad, y reposa sin oir turba de opiniones, si no quieres andar siempre desasosegada, y perder muchas comuniones: y estas perdidas, tambien mucha gracia, perfeccion y quietud.

ESPINA III.

Esposo. Ya que he empezado á tratar de las espinas y cosas que te turban y ahogan algunas veces la paz y quietud de tu recogimiento, quiero pasar á otras, que

son afligirte cuando te sacan de los ejercicios de *contemplacion* á los de la *vida actual*, y despues á esta afliccion añadir otra, *dudando si es imperfeccion ó cosa mala aquel sentimiento*, y así se van multiplicando las espinas de tu alma, las cuales no te afligirian si te acordases de lo que muchas veces te he dicho; esto es, que *los ejercicios de la vida contemplativa los has de tener en deseo, y los de la activa en paciencia*, porque mejor te es gozar de la hermosura de Raquel y reposo de María, que de las lagañas de Lia y turbacion de Marta; porque mejores y mas meritorios son los ejercicios de la contemplacion, que los de la accion.

Pero aunque esto es así verdad, se puede dar caso en que por algun tiempo sea mejor la *accion* que la *contemplacion;* conviene á saber, cuando de la abundancia de la caridad, ó por pedirlo así *la santa obediencia*, ó por necesidad se sufre con paciencia apartarse algun tiempo de la quietud y reposo de la *contemplacion* y sa-

lir á la *accion*, no olvidando, en cuanto pudieres, la contemplacion en esa misma *accion;* porque entonces está ocupada la persona en el todo, y no solo en una de las partes, esto es, no solo en la contemplacion, que es una de las partes de la vida cristiana, ni en la activa sola, que es otra parte; sino en el todo, que es *contemplacion* y *accion* juntamente, y es mejor que cada una de las partes por sí.

Y así yo no dije de María que escogió *el todo* de la vida cristiana, sino la *mejor parte* de este *todo*, que es la contemplacion, como está dicho; porque de dos bienes se ha de escoger el mayor, cuando no es posible haberse ambos juntos, como tú ahora que eres niña en la virtud.

Y fuera de estos tres casos, *caridad, obediencia* y *necesidad*, te es mejor seguir los ejercicios de la *contemplacion* que de la *accion:* y así de aquí adelante nunca la dejes, si no fueres compelida por una de estas tres cosas: y estés en esto rigurosa; porque si no lo fueres perderás mucho.

Esposa. Muy bien me parece, Señor mio, todo esto que me decís; pero todavía deseo saber mejor, si es buena ó mala aquella congoja que siento cuando estoy apartada de la contemplacion; porque de verme congojada me congojo, sospechando si es falta de mortificacion aquel sentimiento.

Esposo. Muy bien adelgazas las cosas, esposa mia, y no pequeño contento me das en ellas. Has de saber, que aquel sentimiento no es malo, sino bueno; porque este acto de mortificacion, paciencia y obediencia ejercita á mis siervos siempre que son llevados de la *contemplacion* á la *accion;* salvo que este acto de mortificacion, paciencia y obediencia en los principiantes, como tú, duele mucho, y en lo que aprovechan no se siente, y en los perfectos les es mas dulce que los panales de la miel; y el primer sentimiento es *bueno*, por ser indicio de estar el alma aficionada á lo mejor, que es la contemplacion respecto de la accion: el segundo que es no sentir, es

mejor por ser indicio de la discrecion, que mira en las cosas las circunstancias que concurren para acudir á esto ó á lo otro, y *mucho* mejor es el deleite y gozo, porque es indicio de la verdadera perfeccion en la ejecucion de lo que juzga ser mejor, como parece en la priesa con que mi Madre dejó el recogimiento de su contemplacion, por ir á visitar y servir á su prima Isabel.

Esposa. Pues, Jesús mio, ¿cómo me habeis dicho tantas veces, que aquel dolor no es malo en mí, sino bueno; pues es mejor no tenerlo, y muy mejor deleitarse?

Esposo. Es verdad, que te he dicho eso muchas veces, y callado esotro; porque aun no era tiempo, y sé tus ansias de perfeccion, y que no sirviera de otra cosa, mientras eres niña en la virtud, sino de acrecentar tristeza creciendo en tí el deseo sin cumplirse (que no es otra cosa tristeza, sino deseo no cumplido). Y por ahora sé yo, que importa mucho á tu alma este dolor, para que, siquiera por huirlo,

te dés mas á la contemplacion, soledad y recogimiento en que yo quiero que hagas asiento, pues para esto te trae á la religion [1]. Y este asiento no lo harias si te faltase ese dolor, porque luego te darias demasiadamente á las ocupaciones de la vida activa, que en cierta manera estorba la contemplativa, y la perderias.

Mientras yo no te quitare este dolor, tenlo en mucho y súfrelo con paciencia, porque es causa que suspires por la contemplacion que está ahora muy tierna en tí; la cual cuando yo viere que está de asiento, te sacaré de ella á la accion sin que pierdas la contemplacion, sino con gran gusto y gozo, cual es la que tenia mi Madre en la visitacion de su prima y en su servicio.

Sea, pues, la resolucion, que tengas tú cuidado de seguir la contemplacion, sufriendo con paciencia el dolor que sientes cuando te sacan de ella, que yo tendré cui-

[1] Ó á la vida devota. *(Nota del editor).*

dado, cuando sea tiempo, de convertirte este dolor en gozo y alegría.

Y porque no se te haga tan pesada la vida activa, que consiste en las obras de misericordia, y porque no pienses que es no tener amor el ocuparte yo en ellas algunas veces, dándote la enfermería, cocina, portería, sacristía [1], quiero decirte una cosa que has de gustar; y es, que lo que impide y estorba la quietud y reposo de la contemplacion, son las *pasiones y apetitos propios;* y estos se mortifican con la vida activa; y estos mortificados quedas actualmente mas libre para la contemplacion; y así ayuda Marta como buena hermana á María.

Esposa. Muy bueno es todo eso, mi buen Jesús: ya deseo y amo los ejercicios de la vida activa.

Esposo. No, digo yo, que no sabes aguardar tiempo oportuno en nada: pues yo aguardo, ¿cuánto mas tú? Sea, pues,

[1] Ú otra ocupacion en cosas exteriores. *(Nota del editor).*

la regla general, que te estés en tu recogimiento y celda, ocupada noche y dia en la contemplacion, si no fuere por alguna justa causa: que lo será una de las tres que te dije; y de estas *aun no quiero que tú seas juez de ellas, que errarás, sino tu confesor y prelado*, de manera que no cualquiera necesidad, que á tí se te antoje, te ha de sacar de tu recogimiento, sino solo aquella que á tu *confesor ó prelado* les pareciere serlo, y así vacarás á la contemplacion con mucho fruto tuyo y gloria mia.

ESPINA IV.

Esposo. Cuanto deseo ver la tierra de tu corazon libre de los abrojos y espinas pasadas, tanto deseo verlo ocupado y muy herido de las que ahora te diré; porque sé yo que semejantes espinas son el mas verdadero, cierto y seguro camino y el mas breve para la perfeccion, que todos los demás que tú puedes buscar. Esto es, que

mirándote á tí misma, te hallas muy apartada y léjos de mi contemplacion actual y vista amorosa, lo cual hiere tan fuertemente tu corazon con tan agudo y vivo dolor, que parece estar en el infierno. Y no es maravilla; pues la mayor pena que allí se padece, no es la de los sentidos, sino la de daño, que es verse apartados de mí, y no verme: y este dolor es donde se prepara tu alma para recibir la abundancia de mi gracia, como los del purgatorio para recibir mi gloria; porque has de saber que ese dolor causa en tí, como ya tú ves, un inmenso é inefable deseo de mi gracia, el cual cuanto mayor es, tanto mejor; porque *bienaventurados los que se abrasan en sed y fuego de mi gracia, pues serán hartos de ella.*

Pues, para que este deseo causado de este dolor crezca en tí, hago algunas veces que no te veo, ni te oigo, y aun te doy muchos desvíos y disfavores, como á otra Cananea; de tal manera, que piensas que estás ya dejada de mi gracia, y no sabes

qué hacerte; porque desesperar no osas, que tu vida y alma no es de ofenderme; alcanzarme como deseas no puedes, porque no se te concede. No hallas otro remedio sino *humillarte y reconocer tu vileza* y poco merecimiento, *haciendo dejacion de tu voluntad en la mia*, para estar así en aquel tormento y ansias muchos dias, y aun toda la vida y eternidad, si así fuese mi dulcísima y divina voluntad, que es lo que yo eternamente amo en tí: y así sabes tú por experiencia, que en llegando tu alma á esta *soberana dejacion en mi beneplácito y voluntad*, luego al punto, sin saber cómo, eres anegada y absorta en el abismo de mi divinidad de manera, que desfalleces en mi presencia.

Esposa. ¡Señor y Esposo mio, cómo me habeis declarado cuanto por mí pasa tantas veces, sin saber yo que este modo de camino era tan celestial y glorioso para Vos y para mí! Sea muy en hora buena, que ya de aquí adelante sabré lo que en semejantes casos he de hacer.

ESPINA V.

Esposo. Mi espíritu se goza inefablemente de ver cuán bien te asienta lo que yo gusto; así quiero entrar mas en tu corazon y declararte otras espinas no menos celestiales que las pasadas, que son, si bien lo miras, unas mortales ansias y agonías gloriosas de entender y gozar mas de lo que entiendes y gozas, y finalmente verte conmigo, como aquel sábado dia de mi Luis, que pensaste acabar la vida de ansias y agonías, dulcísimamente penosas, de verte conmigo, y holgaba mucho de verte en esa lucha vencida, sin vencerte.

Has de saber que nadie en carne mortal, de ley ordinaria, me ve en mí misma esencia; porque le sobrevendria tan inefable gozo de la majestad y gloria, que no pudiéndola sufrir el corazon humano, se romperia y daria la muerte á la tal persona. Ya veo que dices que ojalá te vie-

ras en esto. Y así el modo como yo me muestro, es por algunas soberanas figuras y semejanzas; que aunque ellas no son Yo ni me representan á mí de todo punto, porque las excedo infinitamente, pues las tales figuras que yo pongo en el alma, mediante la fe y mi gracia, son tan admirables y divinas, que por ellas me conocen infinitamente bueno, hermoso, suave, eterno, glorioso, omnipotente, y que todo lo lleno y estoy á todo presente, y á todo doy ser, y lo conservo y gobierno; y finalmente conocen que soy una luz sobre toda luz, y un ser sobre todo ser, un infinito piélago de infinitas perfecciones infinitamente perfectas, y esto en mis santos causa raptos, suspensiones y recogimientos como en tí muchas veces; y tanto mas, cuanto yo mas altamente resplandezco en sus almas: lo cual es de tal manera, que ellos mismos, como ya te dije, no saben entender qué tanto, ni cómo entienden; pero saben que si aquello que han empezado á entender no se acabase, seria vida eterna

y gloriosa : y esles la vida este entender sin entenderme; porque en aquella clara y resplandeciente ignorancia y tinieblas se pone el alma en una celestial admiracion, que hace desear mas aquella luz mia y majestad infinita , y perseverar mas en ella.

Porque has de saber que el entendimiento humano en entendiendo una cosa, la deja ; y mientras no la alcanza, ni acaba de conocer , no se sabe apartar de ella : y como *mis deleites son estar con los hijos de los hombres,* por eso no me les acabo de mostrar, porque ellos anden en mi busca , y no se sepan apartar de mí. Por eso me llamo en Job : *Palabra escondida:* palabra ; porque me les declaro , y escondida , porque no me les acabo de mostrar, é Isaías por lo mismo me llama *Dios escondido*. A mi esposa la miro por resquicios y canceles , porque en parte me le muestro y en parte no , á fin de que persevere mas conmigo , y crezca su sed y hambre de mí, y yo la dé mas hartura : porque no desea ella tanto como yo le doy ; y así la mayor

hambre es causa de mayor hartura, y la mayor hartura de mayor hambre, como está escrito, *que los que me comen*, tendrán hambre y sed de mí; pero de tal manera, que siempre les queda infinito manjar é infinito ser y majestad que entender.

Bien sabria el gran bien que hay en este modo de trato, y de no darme del todo, alma, mi amigo Job, pues anteponia este á todos los demás ejercicios y modos de oracion y trato conmigo, diciendo: *Suspendido escogió mi alma;* que es hartura hambrienta, luz oscura, gozo insaciable. No te acuerdas de mi Profeta, que siempre me tenia, y siempre me buscaba; porque siempre, aunque en parte, me gozaba, y siempre en parte me ignoraba, porque nadie busca lo que tiene; y así su ejercicio era gozarme siempre, y siempre buscarme: y este querria yo que fuese el tuyo.

Esposa. Contentísima estoy, mi bien, de haberos oido la declaracion de mis ordinarias espinas; bien parece que me amais, pues os estais enseñándome como á otra

Samaritana, y peor: un deseo tengo ahora que me espina y da pena, y quitárseme ha, si me resumís y cifrais en pocas palabras todo lo dicho; aunque primero os suplico me digais qué habia de hacer en aquellas ansias de muerte que sentí aquel sábado de san Luis, para que si me veo otra vez en eso sepa lo que he de hacer.

Esposo. ¿Hasta cuándo no has de saber aplicar la doctrina comun á los particulares casos? Mira al primer diálogo, y allí está respondido á tu deseo: la causa entonces fue el conocimiento y luz que te hacia desear verte conmigo, y ese habias de conservar y aumentar cuanto pudieres, entregando tu entendimiento á la inteligencia perfecta de lo que yo te manifestaba, y la voluntad al amor y complacimiento dulce y amoroso de aquello que entendias, dejándola que se complaciese y reposase cuanto ella mas pudiese en aquello mismo. Despues de esto lo que sentias en tu corazon y sentidos habias tambien de

dar lugar á ello, sin dar nota exterior de gritos, desacostumbrados gemidos, ni sollozos, porque esto no conviene, salvo cuando estás á solas donde nadie te puede oir; y aun entonces no te has de entregar toda á esto sensitivo, porque no te haga daño á la salud y cabeza.

Y advierte, que en estos casos no es bien *hacerte mucha fuerza* para reprimir la devocion sensible; porque recibirás tanto daño en reprimirte, como en dejarte llevar sin rienda de ella: y así es menester que no del todo la reprimas, ni del todo te dejes llevar ni entregarte á ella: porque cuando tú no lo has procurado, sino que yo la ofrezco graciosamente, no es razon que la deseches; pues ya te dije en el segundo diálogo, que la devocion sensible, y mas cuando yo la doy sin que tú la procures, no es dañosa, sino de grande provecho, siendo moderada, y siempre lo será la que no hace extremos; aunque algunas veces que yo quiero, tampoco esto se puede evitar por lo que yo me sé: y en ta-

les casos no hay sino humillarte y padecer y huirlo cuanto sea posible ; que al fin no es pecado, sino bueno y muy bueno; pues en ello padeces. Ahora basta esto : y tornemos á lo que me pides, que te resuma lo dicho en este diálogo.

Lo primero (si te acuerdas) te dije, que es amable la pureza del alma ; pero que *se ha de desear con templanza y modo,* no pensando que se pierde con naderías; y si algunas faltas tuvieres, que *saques humildad,* y no *congojas y desasosiegos,* que te hacen mas daño que las mismas faltillas; y no es el menor *cegarte para no creer á tus confesores,* y á mí en ellos.

Lo segundo (si te acuerdas) te dije, son mejores los ejercicios de la vida *contemplativa* que los de la *activa,* aunque se ofrecen casos *en que son mejores los de la activa;* aunque yo no querria que estos por raros casos, los quisieras tú hacer ordinarios, salvo en aquellos tres casos de *obediencia, caridad* y *necesidad.*

Lo tercero (si te acuerdas) te dije, que comulgases todas las veces que te lo mandasen los que podian, estando tu conciencia libre de *pecado venial presente*, porque los pasados ya te dije que no eran estorbo para recibir allí toda la gracia que yo suelo comunicar.

Lo cuarto te dije, que *la pena de verte apartada de mí* es el mejor camino *para llegarte á mí*, si te mortificas y resignas *haciendo dejacion de tu voluntad en la mia*, para sufrir aquella ausencia por tiempo y eternidad, si así yo lo quisiese. Y aquí quiero advertirte una cosa (y no se te olvide), que algunas veces me ausento de tu alma *sin culpa de ella*, para probar tu *humildad*, y *paciencia* y *resignacion*, y en este caso la has de tener con mayor voluntad y con el mayor gozo que pudieres, que es á todo lo que puede llegar la perfecta resignacion y mortificacion. Otras veces me ausento de tí por algunos *descuidos y faltas*, que no es posible menos á vuestra flaque-

za, que la conozco cuán quebradiza es y de barro, y así no me espanto: y en tal caso has de advertir por una parte *á dolerte de la tal culpa,* y por otra parte *aceptar y sufrir la pena de ella,* que es mi ausencia: la cual en sufrirla y quererla no merece menos en su manera, que en aborrecer la culpa.

De manera que á la *culpa* has de acudir con acto de dolor, y á la *pena* con acto de *amor*. ¡Oh, si cumplieses esto, mi amadísima hija, cómo crecerias en perfección, y cómo gozarias de una paz suavísima y continua!

Lo quinto y último que te dije fue, que estimes en mucho la *ansia de conocerme y amarme mas de lo que me amas y conoces,* persuadiéndote que siempre te queda infinito mas que entender y amar. Y no te mates por darte á entender á tu Padre, que ya sabe él que es cansarte en vano, pues aun tú misma no te entiendes, ni es posible, como queda dicho; pero no por

esto te digo que te cierres y calles, sino que no te acongojes por no poderle decir lo que sientes, pues no es no querer, sino no poder; en lo cual á él y á mí das sumo gusto y contento. Mi gracia sea contigo para que siempre me la dés.

DIÁLOGO V.

De la moderacion que se debe tener en todos los afectos sensibles, aunque sean buenos, porque no quiten la paz al alma.

Esposa. Aunque me habeis dicho, Esposo mio, lo que espina mi alma, no acabo de entender cómo el deseo de pureza que á Vos tanto os agrada, y la tristeza de salir de la contemplacion que Vos tanto amais, y el dolor de verme apartada de Vos, que á los Santos es como infierno, y el deseo de conoceros y amaros mas, que Vos teneis mandado; no sé cómo puede ser malo y estorbo para mi quietud y recogimiento.

Esposo. En el primer diálogo te lo dije; y á buen seguro, que si tú lo mirases y remirases, que allí hallarias las raíces de tus espinas y turbaciones, aunque podria ser que lo que yo te dije del gozo y

tristeza *espiritual* y *sensible*, no lo supieses aplicar á otras pasiones (que allí van apuntadas) y *apetitos* no menos dañosos que aquellos, si son demasiados, los cuales suelen ocupar la tierra y campo de tu corazon.

Para lo cual has de saber, que así como el gozo del bien presente, son dos pasiones sensitivas en tu alma, así tambien lo son *amor* y *complacencia* de lo bueno, *odio* y *desagrado* de lo malo y contrario de aquel bien: *deseo* de alcanzar el bien dificultoso, y *desconfianza* de conseguirlo: *audacia* para vencer dificultades, y *temor* para reducirlas; y finalmente *ira* para echarlo de sí.

Estas nueve pasiones, si son moderadas y regidas de la razon, ayudan para el bien. Pero todas y cada una de ellas son bastantes para perturbar y poner en guerra á la pobre alma, si no se enfrenan y moderan; y así has de entender como el *gozo sensible* hace dar risadas, si no se modera; y la *tristeza desordenada* desesperar, como te dije; así tambien lo hace

el *desenfrenado deseo* del bien y del mal, turbando al alma de su reposo y quietud.

Esposa. Segun eso, mi buen Jesús, tambien hay *deseo sensible* y *fuga espiritual* que está libre de este modo y tasa, y *fuga sensible espiritual;* y temor, esperanza, desconfianza é ira *sensibles y espirituales*, como el *amor* y el *odio* tambien lo son; y los unos piden moderacion y los otros no.

Esposo. ¿Ahora entiendes eso? Sabe, que cuando á mí y á mis Angeles se atribuye *ira, odio, fuga, deseo y audacia* con los demás nombres de esas vuestras pasiones, no son *sensibles* sino *espirituales*, pues el espíritu no tiene cuerpo: sino que por ahí se denota en mí un *simple acto de mi voluntad divina sin pasion*, aunque semejante á ella en los efectos exteriores que en mis criaturas hago. Porque así como el airado se venga poniendo las manos en quien le enoja; así Yo castigando al malo sin ira con sola mi simplicísima y gloriosa voluntad, decís que estoy *airado* y que me ven-

go, y lo mismo es en mis Ángeles : y aun en vosotros cuando el apetito racional, que es la voluntad recta, y no el apetito sensitivo , hace estas obras: porque vuestro espíritu , si quiere, en su operacion es libre y exenta de los apetitos sensibles : y de aquí es , que los demonios no le pueden entender sus pensamientos ni determinaciones , si no es *tomando el pulso á la parte sensitiva ,* á ver si hay en ella indicios de actos interiores y espirituales; como saca el médico la salud ó la enfermedad por el pulso.

De manera, que hay gozo, tristeza, deseo , confianza y temores *espirituales* que con quietud y silencio de alborotos sensibles nacen *del conocimiento del bien y del mal,* y hay otros *sensibles* que redundan de la voluntad , ó de otra causa natural ó sobrenatural en el apetito sensitivo, que son : amor , odio , tristeza , gozo , audacia , temor y los demás afectos y movimientos *sensibles,* y estos son los que has de moderar , porque destruyen tu virtud y cie-

gan tu alma si no se moderan; y así es en el *deseo sensible demasiado de pureza:* y nótalo bien, porque es el que te destruye la paz de tu alma, *porque no te contentas con el que tienes en el centro de tu voluntad, sino que lo quieres tambien sentir en todo tu apetito sensitivo.* Y aun hasta los primeros movimientos, que no están en tu mano, piensas que de solo sentirlos te ensucian; cuando en verdad, si no hay consentimiento, sino antes desagrado, aborrecimiento de ellos y paciencia en sufrirlos, purifican tu voluntad como el fuego al oro.

Acaba, hija mia, mi esposa y mi hermana, de conocer que esas pasiones sensitivas, estimulables y encendidas de tu amor y no del mio, te turban y desasosiegan y quitan la paz que tanto amas: no como yo que la amo y deseo sin pasiones sensitivas.

No es razon, por cierto, que estando yo dentro de tu alma quieto, te inquietes por no sentir en la comunion y otros ejercicios

la devocion que antes. ¿No ves, es eso pasion de amor, tristeza y deseo sensitivo tuyo? Acaba ya *de regirte por razon, y no por apetito; por espíritu, y no por carne; por mí, y no por tí.*

Si conocias la astucia de tu enemigo los dias pasados, en que antes de comulgar te inquietaba y afligia con sombras y representaciones vanas, y en comulgando quedabas libre; ¿por qué ahora por el contrario no entenderás sus astucias, en que cuando comulgas te aflige y aprieta; y en acabando de comulgar te quedas recogida y quieta?

Mira, hija, sus intentos en esos desasosiegos antes, y en la comunion misma, son quitarte la ordinaria comunion, que á mí tanto me agradas en ella; y mi intento en estos desasosiegos es probarte, *ver veamos si tienes oracion, y comulgas por mi amor ó por tu gusto*, y tambien en esas santas obras y ejercicios mortificar tu gusto y apetito sensitivo, y que seas pura y espiritual, moviéndote á ellas puramente

por razon y espíritu y amor mio, y no por apetito y gusto sensible y amor tuyo.

Mira que el deseo, amor, gozo, tristeza, temor y odio *espirituales* del alma obran en ella, y causan paz y quietud; y las del *apetito sensitivo* turbacion y desasosiego. ¿Es posible que no te has de contentar tú con tener temor y tristeza espíritual, sino que tambien los quieres sentir? ¿Es posible que no acabes de conocer estos movimientos, cuándo son espirituales, cuándo sensitivos y cuándo carnales?

Quiero tornártelo á decir, y nótalo bien: entonces son *espirituales*, cuando del conocimiento del bien ó del mal se mueve la voluntad eficazmente á querer ó no querer aquel bien ó mal: y entonces es *sensitivo*, cuando de este querer ó no querer de la voluntad nacen en el corazon y sentidos una alegría ó tristeza que le hacen dilatar ó encoger, reir ó llorar; y del corazon se comunica á todos los sentidos: y esto unas veces lo doy y otras lo quito por probar y mortificar, ó para arreglar y consolar in-

terior y exteriormente, segun lo que dijo mi Profeta: *Mi espíritu y mis sentidos se alegraron en Dios vivo.* Ya te dije que por esto me verán un poco mis siervos, y un poco no me verán.

La resolucion de esto es, que adviertas muy bien lo que del gozo sensitivo y espiritual te dije en el primer Diálogo; conviene á saber, que el gozo espiritual ha de ser sin modo ni tasa, para ser muy bueno, y el sensitivo con tasa y moderacion, para que no sea dañoso y malo; y esto mismo guardes en el deseo, amor, odio y los demás afectos así espirituales como sensitivos ya dichos; porque el acto puro espiritual de tu voluntad, cuanto mas intenso y determinado es en querer el bien y no querer el mal, tanto es mejor; pero el querer y no querer sensitivo, que se junta con el de tu voluntad, es el que has de moderar.

Y no seas boba en no saber hacer diferencia entre *los actos puros de tu voluntad espiritual* y los *quereres sensitivos de tu ape-*

tito bestial sensible, porque te tornarás bestia, estimando mas esto que lo otro; como á la verdad esto sensible lo debes hollar y mortificar cuanto pudieres, no pagándote de él, ni estimándolo en lo que pisas. Y el otro espiritual lo has de tener sobre las niñas de tus ojos y en el centro de tu corazon, porque en esto consiste tu vida, tu aficion y hermosura, segun aquello que está escrito: *Toda la hermosura de la hija del Rey está adentro en las labores de oro;* esto es, allá dentro del alma en los actos puros simplicísimos del oro de la caridad, que por ser tan interiores, secretos y puros, se esconden á aquellos suciísimos ojos de los infernales espíritus tus contrarios.

Por aquí tambien entenderás el motivo y causa por que Yo llevo á mis amantísimas esposas á la soledad interior, y las amonesto que oren en escondido en el centro de sus purísimas voluntades, que es, porque no estén á vista de sus enemigos: la cual vista desean ellos tanto, que no es posible entenderlo.

Solo te aviso, y míralo bien, que tengas cuenta de mortificar tus apetitos y sentidos, que por ellos te han de ver los demonios, si te han de ver: *porque siempre que cumples alguno de ellos, sales fuera á vista de tan abominable canalla.* ¿Por qué piensas, mi hija y hermana, que ponen ellos tanto en que procures gozo, deseo, temor, esperanza *sensibles*, y que *procures saber cosas nuevas y exteriores vanas*, sino por verte fuera, donde puedan verte y hablarte, y solicitarte, para que me dejes á mí, tu Esposo, y les ames á ellos?

Créeme, hija mia, que así como todo mi negocio es recogerte á lo interior, donde Yo y tú nos gocemos á solas; así por el contrario todo su negocio es sacarte afuera al cumplimiento de tus apetitos sensibles y exteriores, para por ellos y su demasía privarme de tí, mi esposa.

Ama, pues, hija mia, el recogimiento interior y exterior; y no salgas sino por aquellas tres cosas que ya te dije, *caridad, obediencia y necesidad*, que entonces no

sales tú, que yo te saco, y yo te guardaré. Ama la mortificacion, *aun en cosas menudas*, por mi amor, como yo tambien la amé por el tuyo, y por tu ejemplo y enseñanza: y así te librarás de los ojos de tus enemigos, y gozarás de mi vista, que es tu bienaventuranza.

DIÁLOGO VI.

De la oracion de quietud, y qué se entiende por no pensar nada en ella.

Esposa. Aun no se han acabado mis espinas, mi buen Jesús, que ahora me acuerdo de una cosa, que dijísteis en el Diálogo tercero, acerca de no pensar nada en la oracion; que aunque allí me lo declarásteis, todavía me queda un escrupulillo que no me deja reposar, hasta que Vos me respondais á él, y es, que dicen varones muy señalados en letras, que no hay cosa que mas disponga al alma,

para que Vos vengais á ella, que no pensar nada de bien ni de mal en la oracion; que es cosa dura, porque me parece que queda mi alma como un espejo sin figura, ó una tabla donde no hay nada pintado, ó como una bestia ó salvaje, que no piensa nada.

Esposo. Muy bien dices en eso, hija mia; pero si tú mirases y entendieses las cosas como ellos las entienden, verias que dicen muy bien; porque dos fines se pueden tener en la enseñanza de no pensar nada. El primero, dejar el alma sin ningun pensamiento, sin pretender otra cosa; y esto seria enseñar á ser salvajes, como tú dices; y esto es malo, y que á ellos nunca les pasa por la imaginacion enseñar tal doctrina; sino es que de dos males se escoja el menor, que es no pensar nada si han de pensar mal, pues como dice el proverbio: Mejor es estar solo que mal acompañado: ó si se siente el alma tan cansada que toma por descanso no pensar nada, como cuando duerme; y esto no es malo,

como ni el dormir, si no se hace muchas veces y por mucho tiempo.

El otro fin que tiene, no para allí en no pensar solamente, salvo por *un brevísimo instante* de tiempo, que es cuando ella se desnuda de todo propio entendimiento y voluntad, teniendo por objeto y blanco la misma nada; y así por aquel *instante* no tiene nada, pues se ha dejado todo; ni de mí tampoco, pues aun no sabe mi voluntad, esperándola, y dejando que yo obre en ella como en espejo claro y limpio sin peregrinas figuras.

Pero aun no ha llegado bien á este punto, cuando yo la embisto luego, y la transformo y uno conmigo por todo el tiempo que yo quiero; que no hay que poner término ni tasa en esto, donde siente y goza tan inefables bienes, que aun ella no lo puede acabar de entender, y tú eres testigo de esto.

De manera, hija mia, que tú debes tratar de esto, y *no por tiempo largo;* con fin

de alcanzar un bien tan grande como este, por este medio de no pensar nada, que es el que enseñan mis Santos; pues así como de nada crié yo todas las cosas, así en aquella desnudez, donde no queda nada propio tuyo, obro yo toda la perfeccion que quiero; y así verás que te pasa cada vez que te recoges á lo interior, y dices: No quiero nada, Señor, sino á tí.

Esposa. Ya deseo, Señor, estar en esa nada siempre; pues de ella nacen tantos bienes á mi alma.

Esposo. Ten prudencia, hija, no quieras estar *siempre* en esta nada; porque seria bestialidad, como te dije; sino tan solamente procúralo tantas veces, cuantas estuvieres fuera de mí pensando en las criaturas; y esto *no mas tiempo del que fuere necesario:* espera que yo venga y embista tu alma con mi presencia y gracia, que viniendo vengo y no tardo; y si te cansares alguna vez de estar en esa nada, y no la pudieres sufrir con gran molestia y pe-

sadumbre, piensa entonces con humildad en el bien que mas á mano hallares, que muchas veces te ayudará esto para esotro.

Y mira que mas puedes recibir, que dar; y padecer, que hacer: porque así como yo soy un abismo de dávidas, así tú lo eres de recibirlas; y con nada te puedes disponer tanto para esta manera de recibir y padecer, que es lo mismo, como con no pensar nada, segun y como está dicho. Y por aquí entenderás la respuesta de aquel mi gran Dionisio á los que le preguntaron, que cómo un siervo mio hacia tanta ventaja á los demás en prosecucion de mi amor, dijo: Porque *sciebat pati,* sabia recibir y padecer, preparándose en este nada para ello.

Esposa. Decidme, Señor, ¿esta nada es la que nace del conocimiento propio?

Esposo. No, mi hija, porque ese es un conocimiento con que el alma refiere todo lo que tiene, y es á mí, segun natu-

raleza y gracia, como autor que soy de todo; y por otra parte ve que de sí misma es nada, y así se pone en el mas profundo lugar de todas las cosas, aun de una hormiguita, como lo hacia mi Madre, y así quisiera que lo hicieras tú tambien, porque vivieras en gran paz, y estuvieras dispuesta para esotra nada con que por instantes te dispondrias para recibir mi gracia: y basta esto ahora, sino es que me digas, si hay otra nada fuera de estas dos; y digo que sí, la cual no la quisiera ver en tí, que es el pecado, el cual no es otra cosa que una privacion de mi gracia, en que se incurre pensando, diciendo ó haciendo alguna cosa contra mis mandamientos. Y esta nada, junta con la otra del propio conocimiento, en los bien arrepentidos, los trae humillados, como en tí puedes ver, que nada te humilla tanto, como cuando pensando en tus mismas faltas, aunque sean veniales, me estás haciendo ofrecimiento de tí misma, recono-

ciéndote por indigna de mi presencia, y entregándote toda á mí, el cual ejercicio es de humildad, gratitud y amor, nacidos de un corazon contrito, que yo no desprecio, antes por él doy mucha gracia y mucha gloria.

DIÁLOGO VII.

Que los caminos de Dios son muchos, y que nadie debe estorbar el que Dios le da á cada uno.

Esposo. Siempre, hija mia, que te veo con la turbacion y pena que tienes de oir decir que por la meditacion de mi vida y pasion se pierde tiempo, y es errar el camino de la oracion (á vuestro modo de entender), tambien yo recibo pena de oir á mis ministros decir tales cosas; porque si yo no fuera mas que hombre puro, bien decian que no pensasen siempre en los misterios de mi humanidad; pero como yo soy hombre y Dios verdadero, muchas

veces conviene que las almas se ocupen en la consideracion amorosa de mi humanidad, como hacia mi Apóstol; y él lo dijo: Si conocí á Cristo segun la carne algun tiempo, ya no le conozco; esto es, ya no lo contemplo *como hombre* sino *como Dios;* porque del conocimiento de mi humanidad se pasa al de mi divinidad; y por esto se dice ella camino y puerta por donde se va y entra en la contemplacion de mi divinidad, en que tú de ordinario andas ocupada.

Si mirasen mis siervos con atencion mis caminos, verian que no es solo uno, sino muchos por donde yo traigo á mí las almas; y si mirasen que la celestial Jerusalen no tiene una, sino doce puertas; y si mirasen que en la casa de mi Padre no hay una, sino muchas moradas; y si mirasen que la tierra de los corazones en varias partes da varios frutos; no se cansarian en balde en llevar á todas las almas por un camino, ni entrarlas por una puerta, ni asentarlas en una misma morada, y

pedir á todas un mismo fruto. La tierra fria es buena, hija mia, para un género de frutos, la caliente para otros.

¿No te acuerdas que en el repartimiento de mis talentos y gracias á uno dí un talento, á otro dos, á otro cinco? No sé para qué se cansan algunos siervos mios en querer que tenga dos talentos de oracion á quien yo no doy sino uno; y que tenga cinco á quien yo no doy sino dos: mas fuerte es mi vocacion que la suya; y así aunque ellos llamen las almas por un camino, de poco les sirve, si yo las llamo por otro; salvo de traerlas arrastradas y en tormento, queriendo ellas seguir su doctrina como humildes y obedientes, y no pudiendo por otra parte resistir la fuerza de mi espíritu, que las pone en otro camino diferente.

Esta es la causa que despues de haberse quebrado la cabeza en llevar al alma por temor, al fin obra siempre por amor: que por demás es llamar á considerar las pos-

trimerías á quien yo llamo por amor; y por demás es llamar á la meditacion de mi humanidad, si yo consumo y abraso el alma con el fuego de mi divinidad: ni podrá nadie levantar á contemplacion á lo que yo regalo y enternezco con la meditacion.

De manera, que si mis siervos y ministros no procuran entender por dónde yo llevo al alma; y si despues ellos no se conforman conmigo dando doctrina conforme, y no contraria á la mia, en vano trabajan, porque al fin no se ha de hacer sino lo que yo quiero.

Esposa. Señor, ¿y á qué dijísteis en lo pasado que los caminos son tantos, y las puertas tantas, y las moradas, tierras y talentos tantos? Declaradme esto mas, porque sepa si voy errada; y si voy bien, entienda por qué camino.

Esposo. ¿Qué me pedirás tú, hija mia, que te niegue? Has de saber que todos los caminos, puertas y talentos yo suelo re-

ducirlos á tres vias. Via *purgativa*, via *iluminativa* y via *unitiva*. Purgativa, es llorar pecados. Iluminativa, ejercitar virtudes. Unitiva, es hacerse una cosa conmigo por conocimiento amoroso y voluntad conforme aunada con la mia, queriendo lo que yo quiero, y no queriendo lo que yo no quiero. La primera es buena, la segunda mejor, y muy mejor la tercera.

Pero fuera de estos tres caminos has de saber que hay otros que nacen de estos, y te los quiero decir, porque tú no te canses en buscarlos, y son oracion vocal, meditacion, actos de virtudes, contemplacion de mi divinidad, y contemplacion de mi humanidad con mi divinidad juntas, y union.

Primer camino. Oracion vocal.

El primero es *Oracion vocal:* á quien la doy le doy un talento, y tan bueno, que si lo sabe granjear ganará el cielo; y hay almas tan soberbias y rebeldes, que aunque se sienten aprovechar en devocion y virtudes por medio de esta oracion vocal, y desaprovechar y quedar secas en dejándola; con todo eso no la quieren usar, como yo quiero; porque les parece que en dársela, no les doy mas que un talento, y querrian ellos mas; y lo peor es, que muchas veces mis ministros les ayudan á eso, no pensando que no se ha de mirar al número de talentos, sino al provecho: porque si con un talento saca para sí el provecho que el otro que tiene tres ó cinco; ¿para qué son apetitos vanos de grandes talentos? sino contentarse de lo que yo quiero; y aunque los otros le hacen ventaja en otros talentos que él no tiene, él se la puede hacer á to-

dos en la granjería, de suerte que nadie le igualase.

De manera que si otro le hace ventaja en tener contemplacion (que no sabe tener), él se la hará en el empleo de su talento, que el otro quizá no emplea como debe; y tampoco este aunque quiera tener oracion vocal podrá aprovecharse en ella. No todos los miembros de este mi cuerpo místico hacen un mismo oficio, sino cada uno el suyo. Los ojos no oyen, el olfato no gusta, ni las manos andan: los que no lo entienden, ni miran esto, quieren que todo el cuerpo sea un mismo miembro, que seria cosa monstruosa y fea.

Muchas almas hay, que en abriendo la boca en el Rosario y otras oraciones y palabras devotas, luego se les enciende el espíritu, y en cerrando los labios, se les cierra toda la devocion é hiela el espíritu; y estas han de ir por aquí, y las ha de ayudar el confesor á ello: mas no, cuando sintiere (y nótalo bien) verdadero disgusto y enfado en esto, y facilidad y devocion

verdadera para la meditacion ó contemplacion; porque entonces se ha de dejar la oracion vocal voluntaria y acudir donde yo llamo y abro camino.

Y aunque es verdad que algunas veces por un tiempo doy oracion vocal; pero otras veces, por el tiempo que á mí me parece, la quito y doy otra manera de oracion. De suerte que esto de los talentos y caminos no es cosa eterna ni invariable, que nunca los mudo; sino que los trueco á tiempo, cuando á mí me parece á mi gloria y al provecho del alma.

Segundo camino de la oracion.

Oracion de *meditacion* es otro camino y modo de orar: y á quien la doy, doy talento como dos; y es cuando callando la lengua, no calla el entendimiento ó imaginacion; antes se acuerda de tal ó tal paso de mi vida ó de mis Santos que ha leido, y va mirando y discurriendo por todo

esto, y compara uno con otro, y lo aplica á sí misma sacando el provecho que allí se le ofrece; como considerando mi nacimiento ve mi pobre cama, humildad y amor; y enamórase el alma de lo mismo que ve en mí, y desea la pobreza, humildad y amor; y mas considera cuán bien imitaron estas virtudes los Santos, y cuán bien les fué en ello, y cuán mal á los que esto no hicieron: y considera que así será con ella, si lo hiciere. Este modo de oracion es muy espacioso, porque lo es tanto, cuantos son los pasos de mi vida en treinta y tres años, y cuanto lo son los beneficios que de mi larga mano ha recibido, recibe y recibirá.

Esposa. Llegado hemos, Señor, á mi tormento, porque lo es cierto, grandísimo, ver tanta variedad de florestas como están en este modo de oracion; y no parecer en ellas, ni gustar de sus flores, porque no puedo.

Esposo. Pues no puedes, hija mia, no desees lo que yo no quiero que puedas; que

de querer lo que yo no quiero, no se te cumple tu deseo, y no cumplirse es tu tormento: quiere, pues, lo que yo quiero, y cumplírsete ha, y andarás en paz. Si yo no te doy estos dos talentos, ¿hásmelos de sacar por fuerza? No por cierto. Humíllate, y toma lo que te diere, que sin duda son mejores para tí que los que tú deseas.

Tercer camino. Oracion de actos de virtudes.

Es otra manera de oracion, que á quien la doy, le doy talento como tres; porque el fin de la meditacion es hacer actos de virtudes y mover la voluntad con afectos santos. De manera, que si meditas mi nacimiento, es para hacer actos de pobreza, humildad y amor; y así á quien por medio de la fe le doy, sin meditacion, virtud y gracia para que se esté ejercitando en actos de estas virtudes, le hago gracia y

favor como tres; pues le pongo en el fin y término sin cansarse en discursos largos de meditacion. Este camino de oracion es muy espacioso y ancho, pues lo es tanto, cuanto lo son las virtudes de que los libros están llenos.

Este modo de oracion es bueno para crecer en virtud y merecimiento; porque así como las virtudes se pierden cesando en sus actos, así se engendran, aumentan y arraigan con el ejercicio de ellas; como se ve por experiencia que se aumenta la fe, contemplando y creyendo sus verdades; y la caridad, amando muchas veces, y la esperanza, esperando mis promesas; y así de las demás, humildad, paciencia, obediencia y mortificacion.

Cuarto camino de contemplacion.

La contemplacion de mi divinidad es la cuarta manera de oracion; y á quien la doy, le doy talento como cuatro; la cual

es tan copiosa y fértil, cuanto lo son mis atributos y perfecciones, que son infinitamente perfectas; y así causan inefable perfeccion en quien las contempla y ama en mí, como tú algunas veces lo haces; y querria que siempre lo hicieses contemplando mas y mas mi infinita bondad, hermosura, sabiduría, poder, suavidad y eterna gloria.

Quinto camino de oracion mística, que es junta de la divinidad y humanidad.

La quinta manera de oracion, es juntar mi divinidad con mi humanidad: esto es, estar mirando y engrandeciendo todo lo que yo hice en el mundo por mí mismo por mínimo que fuese. Esta oracion tenia mi grande Agustino, cuando admirado decia: ¡Dios hombre! como si dijera: ¡Dios hombre, que se encoge de frio! ¡que se sienta de cansado! ¡que come de hambriento! ¡que llora de compasion! ¡que se

da en manjar y muere de amor! Y tambien entendiendo que estoy en todas las criaturas por esencia, presencia y potencia, les tiene sumo respeto y reverencia, postrándose á todos y sumiéndose en lo profundo de su nada y de sus pecados. Esta es altísima manera de oracion, que pocas veces la doy, pero no va nada; que basta tener algun talento ó algunas vias ó puertas por las cuales algunas veces las subo al altísimo modo de oracion, que es el de union.

Sexto camino de oracion, que es union.

El último y riquísimo camino es de *union*, y á quien yo la doy, le doy como seis talentos. Muchas veces la tienes, y cuando estás en ella, haces cuenta que aunque vives no vives, sino yo en tí, como si yo y tú fuésemos una cosa; lo cual es vivir tú, mas no tú, sino yo en tí; como te decia, y mi Apóstol lo dijo: Vivo

yo, mas ya no yo, que vive en mí Cristo. ¿Qué piensas qué es la causa que en muchos años no sentias querer tuyo de cosa buena ni mala y aun de tí misma? Porque á la verdad estabas en una inefable paz y contemplacion suavísima de mí, y, haciendo los ejercicios de Marta y María, te parecia que tú no los hacias. ¿Sabes qué era esta y qué es siempre lo que tienes? Vivir yo en tí, y no tú en tí, sino en mí.

Aquí concluyen los diálogos que tuvo Cristo con su esposa, en que nos enseñó con notable claridad y comprension todo cuanto hay que decir en la vida interior y trato con Dios, hasta darnos por medio de esta escala del cielo su gloriosa vista, donde todos nos veamos.

AMEN.

Barcelona 2 de marzo de 1850.
Reimprímase.— BERTRAN, *Vicario General Gobernador*.